LETRA INTERNACIONAL

2003

80

6 €

MAX AUB
Una voz en el exilio

Joaquín Leguina
Gérard Malgat
Jordi Soler
Francisco Caudet
Manuel García
Fernando Huici
Julio Pérez Perucha
Eduardo Haro Tecglen
Eduardo Vázquez Martín

TODOS SOMOS HUÉSPEDES DE LA VIDA
George Steiner

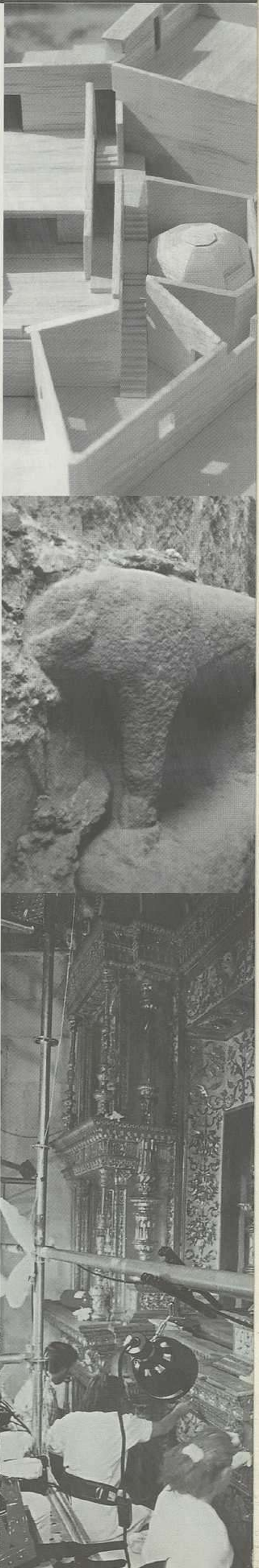
FIGURAS DEL DESENCANTO
Jesús Martín Barbero

Norman Mailer • Peter Marsh • Eduard Miralles
Juan José Solozábal • Luis Magrinyá • José Abu-Tarbush • M.A. Molinero
Abdón Mateos • Alberto Martín-Aragón • Miguel Rubio • Matías Néspolo
Clara Janés • Marina Warner • Luis Seguí • Amanda Schachter

Portada: Jusep Torres Campalans

00080
8 414090 300865

FUNDACION



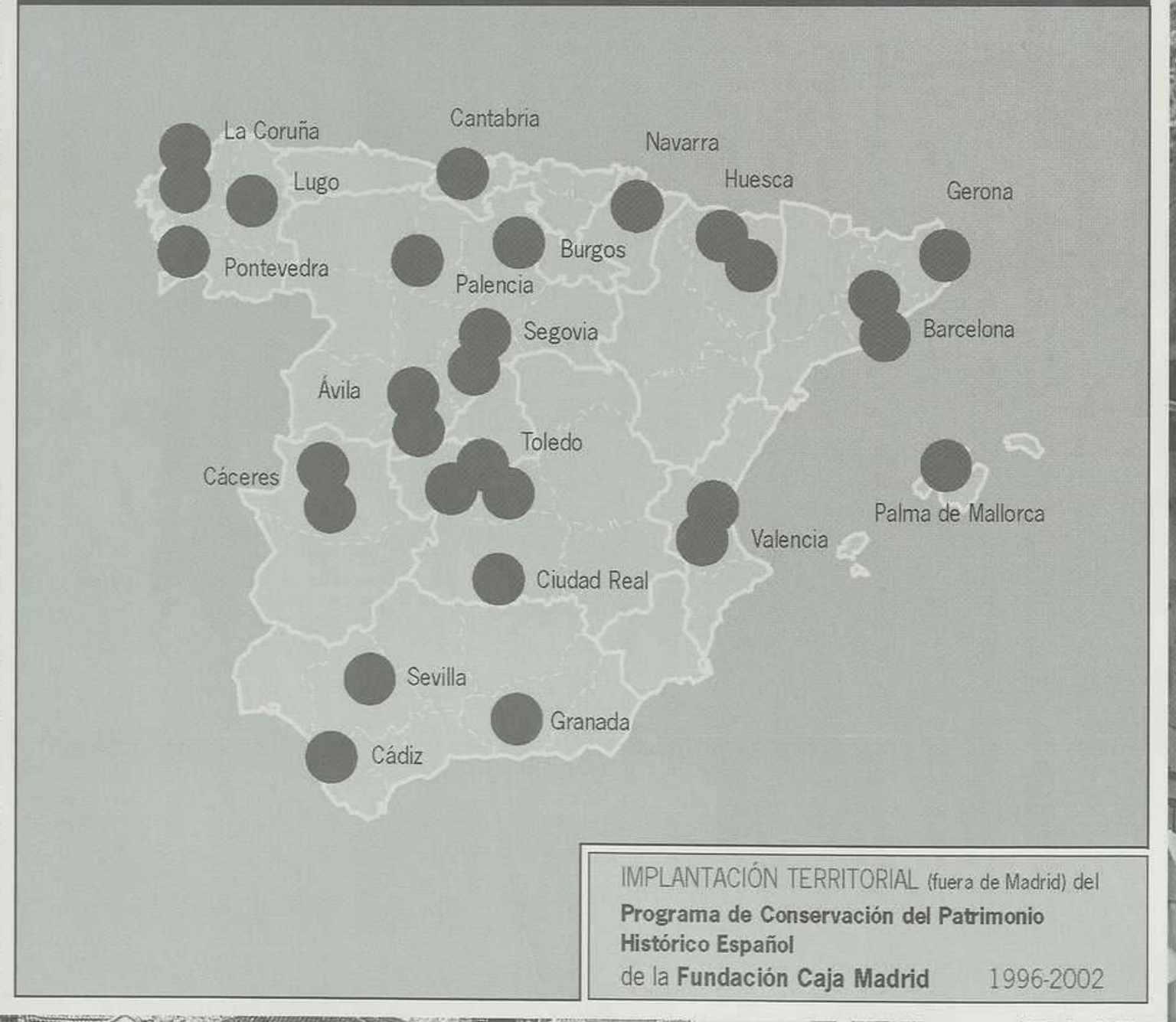
Programa de Conservación del

Patrimonio Histórico Español

La FUNDACIÓN CAJA MADRID, desde su creación en 1991, orientó una parte principal de su actividad y recursos a la conservación del patrimonio histórico. Desde entonces, y hasta el año 2002, se han destinado a este Programa más de 84 millones de euros.

El Programa de Conservación del Patrimonio Histórico Español, creado como tal en 1996, se divide entre las OBRAS PATROCINADAS mediante la aportación de recursos económicos y las OBRAS PROPIAS, en las que la Fundación no se limita a financiar total o parcialmente las restauraciones, sino que además actúa promoviéndolas y gestionándolas en colaboración con otras instituciones. Estas obras tienen como denominador común el rigor metodológico de la actuación y un especial respeto, dentro del panorama de la restauración en España, por los valores históricos y documentales del patrimonio cultural

Plaza San Martín, 1 • 28013 MADRID • ppatrimonio@cajamadrid.es • www.fundacioncajamadrid.es



IMPLANTACIÓN TERRITORIAL (fuera de Madrid) del
Programa de Conservación del Patrimonio Histórico Español
de la **Fundación Caja Madrid** 1996-2002

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LETRA 80 INTERNACIONAL

DIRECTOR FUNDADOR
Antonin J. Liehm

DIRECTOR
Salvador Clotas

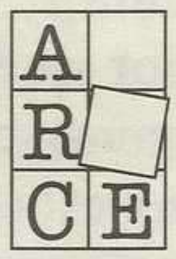
SUBDIRECTOR
Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA
Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCIÓN
Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCIÓN
Victoria Camps, Josep M. Carandell, Luis Goytisolo, Jon Juaristi, Ludolfo Paramio, Carlos Piera, Josep Ramoneda

LETRA INTERNACIONAL ES MIEMBRO DE LA **ASOCIACIÓN DE REVISTAS CULTURALES DE ESPAÑA** Y DE LA **FEDERACIÓN IBEROAMERICANA DE REVISTAS CULTURALES**



LETRA INTERNACIONAL
Monte Esquinza, 30, 2.° dcha.
28010 Madrid.
Teléf.: 913 104 696 - 913 104 313
Fax: 913 194 585
E-mail: editorial@fpabloiglesias.es
http://www.arce.es/Letra.html

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Torre de Babel, S.L.

REALIZACIÓN GRÁFICA
Egraf, S.A.

CIF n.° G-28667061
Depósito Legal: M-4655-1986
ISSN 0213-4721

OTOÑO 2003

ÍNDICE

- **Salvador Clotas**
  Max Aub 2
- **Norman Mailer**
  Un deshaogo para el hombre blanco 4
- **George Steiner**
  Todos somos huéspedes de la vida 8
- **Jesús Martín Barbero**
  Figuras del desencanto 14

MAX AUB. UNA VOZ DEL EXILIO

- **Joaquín Leguina**
  Max Aub, un socialista 20
- **Gérard Malgat**
  Max Aub y Francia. Del laberinto histórico al laberinto literario 26
- **Jordi Soler**
  El testigo incómodo 31
- **Francisco Caudet**
  Mural de palabras. El laberinto mágico de Max Aub 34
- **Manuel García**
  Max Aub: Cultura y política 37
- **Fernando Huici**
  La vida póstuma de Jusep Torres Campalans 40
- **Julio Pérez Perucha**
  De geografías y laberintos. Notas atropelladas sobre Max Aub y el cine 42
- **Eduardo Haro Tecglen**
  Un hombre de teatro 46
- **Eduardo Vázquez Martín**
  El poeta sordo que multiplicó su voz 48
- **Correspondencia cruzada** 52
- **Peter Marsh**
  En alabanza de los malos hábitos 62

LOS LIBROS

- **Eduard Miralles** (E. Bustamante); **Juan José Solozábal** (Rafael del Águila); **Luis Magrinyá** (Anónimo); **José Abu-Tarbush** (Tarik Alí); **M. A. Molinero** (Eduardo Sotillos); **Abdón Mateos** (Rubén Vega); **Alberto Martín-Aragón** (V. Molina Foix); **Matías Néspolo** (Umberto Eco); **Miguel Rubio** (Eugenio Viejo); **Clara Janés** (Antonio Maura) 70

CORRESPONDENCIA

- **Marina Warner, Luis Seguí, Amanda Schachter** 89

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Salvador Clotas

MAX AUB

Tuve la fortuna de saludar a Max Aub en los despachos de la «casa oscura» —nombre que a Barral le gustaba dar a la sede de la editorial Seix Barral en la calle Provenza de Barcelona—. No era ni mucho menos un escritor desconocido. Su extraño nombre nos sonaba aunque casi nadie lo había leído. No recuerdo si en broma o en serio algunos le llamaban a la francesa «Max Ob». La censura política, la lejanía, los años de penitencia habían cumplido su labor siniestra. El escritor era casi un extraño en su tierra. Su obra era desconocida o inalcanzable. Por aquellos días se hablaba de *Jusep Torres Campalans,* quizá recién publicada. Tal vez por eso algunos le veían sobre todo como un crítico o historiador del arte. Casi nada se sabía en estas latitudes de su extraordinaria personalidad intelectual y política, además de la ausencia generalizada de su obra narrativa, teatral o crítica. Naturalmente sólo unos pocos conocían bien su condición de exiliado y de miembro del entonces clandestino Partido Socialista Obrero Español.

Los años de normalización y normalidad democrática han permitido paliar en parte este estado de cosas. La creación de la fundación que lleva su nombre y la publicación de sus obras, la atención mostrada por medios de comunicación y críticos, han iniciado la auténtica recuperación de una figura fundamental de la historia cultural y literaria del siglo XX español. Los actos de este centenario contribuirán también a esta normalización.

No creo necesario justificar por qué LETRA INTERNACIONAL debía sumarse con su contribución a los homenajes y estudios a este intelectual universal. La figura de Max Aub no es frecuente en nuestra historia. Su personalidad es radicalmente europea. No sólo por el hecho de haber nacido en París, de padre alemán, sino por el ámbito de su universo cultural, por el que fue capaz de jugar un papel más allá de cualquier frontera. Es un intelectual profundamente comprometido políticamente, un resumen de Europa y un punto hacia Iberoamérica.

La vocación europea de esta revista que mira asimismo hacia el continente americano, hacia culturas que influyeron en él,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

convierte a Max Aub en una figura absolutamente próxima a nuestro proyecto, como próximas son las publicaciones que creó y escribió y que mantienen una gran actualidad.

El centenario de Max Aub se acerca a su último trimestre aunque aún le quedan actividades, publicaciones y homenajes. Culminará coincidiendo con la celebración de los 25 años de la Constitución española. Si como bien dijo Muñoz Molina en un artículo de esta revista (LETRA INTERNACIONAL, 53), «hay que estar siempre atento a las lecciones de la casualidad», quizá no sería lógico despreciar la que esta coincidencia de fechas nos proporciona. La Constitución española del 1978 debe mucho, quizá más del que se le suele reconocer, al legado democrático de los exiliados españoles. Como lo han expresado algunos, la Constitución realizó mucho de aquello por lo que ellos lucharon, perdieron y se exiliaron. Entre ellos, Max Aub.

El centenario ha contado con brillantes iniciativas: exposiciones, congresos, conferencias, publicaciones. Y, sin embargo, nos está dejando un cierto sabor agridulce. No se entienda por esto ni remotamente una crítica velada a los actos realizados. No lo es. No se entienda, tampoco, una queja que podría ser más justificada a la escasa atención prestada a la ideología y a la militancia socialista del autor de *El laberinto mágico*. No. Ninguna celebración podrá realmente devolverle a este gran escritor el papel que normalmente hubiera ocupado en nuestra historia si la barbarie, la guerra y el exilio no hubieran intervenido. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Un desahogo para el hombre blanco

Norman Mailer

Exeunt: rayos y truenos, conmoción y espanto. Polvo, cenizas, niebla, fuego, humo, arena, sangre y desolación. Sin embargo, el escenario no ha quedado vacío. La pregunta formulada al subir el telón no ha recibido respuesta. ¿Por qué fuimos a la guerra? Si no se han encontrado las armas de destrucción masiva, la cuestión se hace apremiante.

Aunque se descubrieran algunas armas en Irak, seguro que habría otras a buen recaudo en algún lugar más allá de sus fronteras. Y si se produjera algún acontecimiento terrible, podemos prever la respuesta: «Créanme, hoy han muerto americanos inocentes por la perversidad de los terroristas de Al Qaeda». En efecto, conocemos las palabras del presidente aun antes de que las pronuncie. (Los que nos sentimos poco felices con George W. Bush debemos reconocer que tenerle en el despacho oval es como estar casado con una persona que siempre dice lo que de antemano sabes que va a decir. Así se explica que, según parece, le quieran la mitad de los estadounidenses.)

Pero la pregunta clave, ¿por qué fuimos a la guerra?, sigue en pie. Aún no se ha dado una contestación satisfactoria. Las innumerables respuestas que se ofrecen están empezando a producir una cierta perplejidad cognitiva. De momento, el ingrediente más penoso es el descubrimiento de las tumbas. Hemos demostrado al mundo la existencia de un monstruo capaz de causar un número inimaginable de víctimas. Eso sí, nadie puntualiza que una gran parte de los cuerpos encontrados pertenece a los chiítas del sur de Irak, diezmados una y otra vez desde hace doce años por haberse atrevido a plantar cara a Sadam al acabar la guerra del Golfo. Naturalmente, nosotros fuimos los primeros en animarlos a la rebelión, para luego dejarlos tirados. ¿Por qué? Al parecer, en el primer gobierno de Bush se produjo una controversia que finalmente se saldó a favor de los que pensaban que una victoria chiíta sobre Sadam acabaría en un sinnúmero de imanes iraquíes dispuestos a hacer causa común con los ayatolás de Irán, ¡chiítas con chiítas! Hoy nos resultaría difícil convencer a los chiítas supervivientes de que no fueron víctimas de un doble engaño. Es posible que esas tumbas que tanto nos enorgullece haber liberado, representen para ellos un clamor de voces sepulcrales que nos exige la aceptación de nuestra culpa. Culpa que, claro está, no pensamos asumir.

Sí, de nuestra parte de culpa se habló en sordina. Sadam llenó tumbas colectivas durante los años 70 y 80. En los 70 asesinó comunistas en masa, pero a nosotros nos importó un comino. Luego llevó al matadero a decenas de miles de iraquíes durante la guerra con Irán, pero entonces le apoyábamos. Un elevado número de las tumbas descubiertas pertenece a esa época. Ya se sabe, los verdaderos asesinos nunca vuelven la vista.

Al gobierno sólo le preocupaba hallar el modo de despachar la guerra. Se afanaba en buscar posibles justificaciones. Los iraquíes representaban una amenaza nuclear; los iraquíes rebosaban de armas de destrucción masiva; los iraquíes colaboraban estrechamente con Al Qaeda; los iraquíes eran la mente diabólica que se ocultaba tras los acontecimientos del 11 de septiembre. Se ofrecieron al público estadounidense razones insuficientes, imposibles de probar y ajenas a la *realpolitik* de nuestra necesidad de mantener un mecanismo regulador en Oriente Próximo, y no sólo por la cuestión palestino-israelí. Necesitábamos vender una guerra sobre premisas falsas.

El alcance de esta falsificación se comprende mejor cuando se analiza en el contexto del daño espantoso que causó el 11 de septiembre a la moral estadounidense, especialmente en su núcleo fundamental: la empresa. A través de todos los participantes en su organización a cualquier nivel, ya fueran directores, jefes de división, secretarias, vendedores, contables o expertos en mercados; del cúmulo de ciudadanos relacionados con el mundo empresarial y de todos los parientes, amigos o cónyuges de los que trabajaban en las Torres Gemelas la conmoción alcanzó el fundamento mismo de la psicología colectiva. Por su parte, la clase obrera estadounidense se identificó con los guerreros que perdieron la vida luchando en aquel infierno: bomberos y policías repentinamente ennoblecidos.

La posibilidad de proporcionar una idea equivalente de venganza a los millones —¿o decenas de millones?— de personas directamente identificadas con los cuerpos incinerados en las Torres Gemelas brindó a Bush un periodo de bonanza política. Pero cuando el somatén que enviamos a Afganistán se mostró incapaz de encontrar a Osama bin Laden, el presidente tuvo que enfrentarse de nuevo a ciertos problemas internos que no parecían de fácil solución. La economía se tambaleaba, los mercados iban a la baja y ciertos bastiones clásicos de la confianza del país (la probidad de la empresa, el FBI y la Iglesia católica, por citar sólo tres) experimentaban, cada cual por su parte, un peno-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

so desprestigio. El aumento del desempleo minaba la moral de la nación. Nuestro gobierno, evidentemente incapaz de abordar los graves problemas (no relacionados con el enriquecimiento de los poderosos) que se le venían encima, sintió el lógico impulso de embarcarse en aventuras más ambiciosas; es decir, de meterse en una guerra empírea. Cabe pensar que fuimos a la guerra por la urgente necesidad de un éxito terapéutico. En última instancia, y al margen de las grandes excusas —la amenaza nuclear, los nidos de terroristas, las armas de destrucción masiva—, siempre quedaría la posibilidad de alegar que íbamos por liberar a los iraquíes. ¿Quién se opondría? En efecto, uno no. A uno sólo le queda preguntar: ¿a qué precio para nuestra democracia?

Hay que decir que el Gobierno sabía algo que la mayoría ignorábamos; por ejemplo, sabía que contábamos con unas fuerzas armadas, cuya eficacia, probablemente extraordinaria, aún no había encontrado ocasión de demostrarse; un ejército disciplinado, bien abastecido y muy motivado, enfocado a la carrera militar y dirigido por una oficialidad y una plana de generales inteligente, articulada y bastante menos corrompida que los restantes grupos de poder del país.

Cómo no iba a utilizarlo la Casa Blanca en semejante aprieto, si tenía todas las condiciones para elevar la moral de ese elemento esencial de la vida estadounidense que constituyen las decenas de millones de ciudadanos espiritualmente agraviados por el 11 de septiembre. Por otra parte, era también útil para un grupo aún más amplio, que una vez supuso casi el 50 % de la población y que seguía siendo un elemento clave para la posición política del presidente. Un grupo, por cierto, bastante apaleado. Desde el punto de vista de su ego colectivo, el buen americano medio blanco encontraba pocos alicientes para su moral dadas las pésimas condiciones del mercado de trabajo; ninguno, en realidad, fuera del alistamiento en las fuerzas armadas. Sí, en el ejército era distinto. Las fuerzas armadas se habían convertido en el equivalente paradigmático de un joven atleta deseoso de demostrar su auténtica talla. ¿Podría ocurrir que hubiera un tal Irak, allá, en el quinto pino, como hecho a medida a tal efecto? Irak tenía mala reputación, pero había sido desposeído de casi todo. Un oponente de sueño. La guerra en el desierto resulta ideal para unas fuerzas aéreas cuyo diseño sólo puede compararse al de un bólido último modelo para una pista de carreras. Sí, debíamos liberar a los iraquíes.

Así pues, seguimos adelante contra todos los obstáculos, el primero de los cuales fue la ONU. Sin sensibilidad, sin pudor, entusiasmada y envanecida, al menos una de las mitades de nuestro país prodigiosamente dividido se puso a contar los días que faltaban para la nueva guerra. Comprendimos que la televisión iba a ser tremenda. Y lo fue. Higiénica pero tremenda; a fin de cuentas, es lo que se espera de la televisión por red y de la buena televisión por cable.

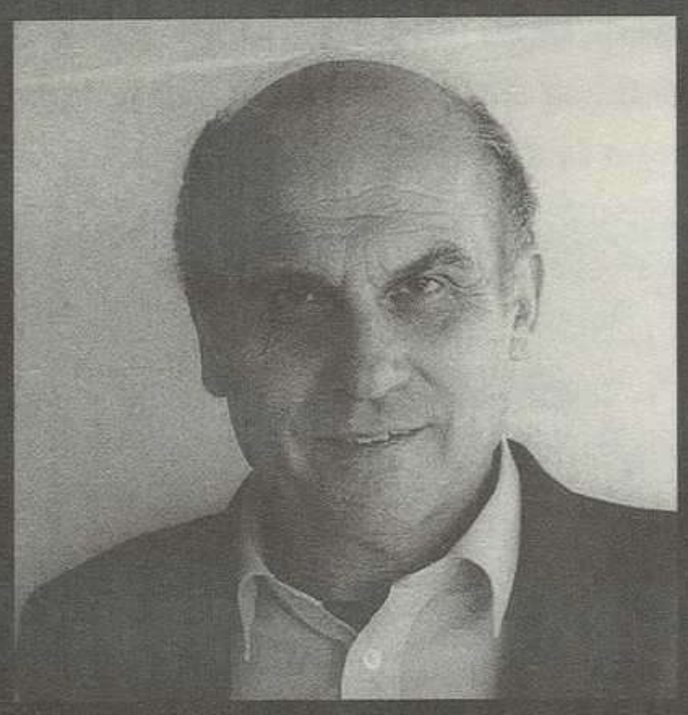
Antoni Socías
TV dRAWING nº 4
2003

Hubo aun otros motivos menores aunque significativos para echar mano de nuestra capacidad militar. Razones que nos remiten de nuevo al malestar actual del americano medio blanco, que lleva treinta años recibiendo una buena zurra diaria. Para bien o para mal, mientras que el movimiento feminista obtenía un éxito revolucionario, el ego antiguo y complaciente del blanco medio se marchitaba poco a poco. Hasta el consuelo de vitorear a su equipo delante del televisor perdía significado. A muchos ya no les compensaba ver los partidos; una pérdida innegable. La mayoría de las grandes estrellas *blancas* de otros tiempos había desaparecido del fútbol americano, del baloncesto, del boxeo y en gran parte del béisbol. En todos estos deportes predominaban ya los genios negros (los hispanos se acercaban a pasos agigantados e incluso los asiáticos comenzaban a asomar la cabeza). Los blancos tenían que contentarse con la mitad del tenis

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Crónicas

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI


© Jerry Bauer

PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS
DE COMUNICACIÓN Y HUMANIDADES
Un libro que, según el propio autor, es su mejor obra: "Parece provenir del ojo de un novelista tanto como del de un periodista; podría ser el producto de un Naipaul o un Graham Greene... Absolutamente memorable" (William Boyd)

ANAGRAMA

(la masculina) y quizá con el hockey sobre hielo, el esquí, el fútbol europeo, el golf (con la notable excepción de *Tiger* Woods), el lacrosse, las carreras olímpicas, la natación y la Federación Mundial de Lucha; restos de lo que en otro tiempo fue la gloriosa hegemonía de los atletas blancos.

Naturalmente, no faltaban los aficionados al deporte que adoraban a las estrellas de su equipo con independencia de la raza. A veces, hasta preferían a los atletas negros. Pero esos hombres blancos manifestaban tendencias liberales y no le servían a Bush para nada. Él necesitaba mimar a su electorado más directo. Si alguna fuerza oculta tenía, era su conocimiento de esas cosas no expresas que fastidian por encima de todo al blanco medio; cosas que ese ciudadano no siempre está dispuesto a confesarse. Para empezar, que los obsesos del deporte se convierten con facilidad en adictos empedernidos a la victoria. Así, el deporte, la ética colectiva (la propaganda) y la bandera estadounidense formaron un triunvirato por la victoria que desarrolló numerosas conexiones psíquicas con el ejército.

A fin de cuentas, la guerra era la extrapolación más seria y espectacular del deporte, y para algunos el concepto de victoria, con sus connotaciones patrióticas, representaba la forma más noble de lucro. Por tanto, Bush sabía que una gran victoria en una guerra fácil complacería al blanco medio. Aunque los negros y los hispanos constituían un grupo representativo de su realidad demográfica entre los soldados, aún no formaban la mayoría, y por los rostros de la oficialidad que aparecían en la televisión se apreciaba que el color blanco aumentaba con el escalafón. Poseíamos, además, unas impresionantes divisiones acorazadas, supermarines y —como mágico as en la manga— la mejor fuerza aérea de la historia. Si no podíamos satisfacer nuestro machismo en otra parte, contábamos con la combinación del combate y la tecnología. Permítaseme, pues, avanzar una sugerencia un tanto odiosa: bien pudo ser ésta una de las razones ocultas pero reales de nuestro deseo de guerra. Sabíamos que nos íbamos a lucir.

No obstante, a medida que se precipitaban los acontecimientos de los últimos meses, nuestro ejército experimentaba una metamorfosis. De grado o por fuerza, pasamos de ser la gran promesa atlética a actuar como un residente de urgencias al que se le pide que opere a toda prisa a un paciente muy enfermo, lleno de frustración y de rabia. Ahora, aunque el paciente se ha recuperado algo, nos enfrentamos a otra pregunta inquietante: ¿Disponemos de algún fármaco para curar lo que tiene todos los visos de ser una gran epidemia? ¿De verdad sabemos tratar sus lívidas supuraciones? ¿O quizá sería mejor mantener nuestra típica confianza en la enorme suerte de los americanos, en la intervención divina que nos protege? Somos, por costumbre, gente entusiasta, pero si la supuración se nos va de las manos o requiere demasiado tiempo, ¿no acabaremos por desentendernos? En tal caso, podríamos trasladarnos a Siria, el otro distrito

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

policial, y declarar con nuestra mejor voz de John Wayne: «Por mucho que corras, nunca podrás esconderte». Tú, Arabia Saudí, sobrevalorado tanque de grasa, ¿no nos necesitas más que nunca? Y tú, Irán, cuidado, que no te perdemos de vista. Puedes convertirte en un bocado apetecible. Porque combatiendo nos sentimos a gusto y porque ya hemos empezado y podemos llegar más lejos. Hemos probado las mieles. Sí, hay muchos billones que ganar en Oriente Próximo mientras podamos eludir el problema de los trillones de deudas que nos esperan en casa.

Hay que decir que los motivos que impulsan los grandes hechos históricos de una nación posiblemente no sobrepasan la talla intelectual de sus dirigentes. Es muy probable que George W. Bush no sepa tanto como él cree de las disposiciones divinas, pero nos conduce a toda velocidad como si lo supiera. Uno de los orgullos más legítimos de este hombre que lleva el timón es que sabe cómo se transforma la copropiedad de un equipo de béisbol de la liga mayor en una victoria electoral en Texas. Y —¿es posible que lo olvidemos?— fue catapultado, gracias a todo tipo de trucos y estratagemas legales, con un himno ya envilecido pero aún todopoderoso: ¡*Heil*, jefe!

No, no seremos capaces de sobrepasar la talla intelectual de nuestros dirigentes, y ahora que el ardor guerrero de la victoria empieza a enfriarse, algunos percibirán las grietas del edificio, porque, una vez más, hemos sido víctimas de esas ciencias publicitarias que se basan en la mendacidad y la manipulación. Nos han mentido sobre las auténticas razones de la guerra; hemos sido burlados por expertos «aprietabotones», que han conseguido convencernos de haber ganado una guerra noble y necesaria, cuando, en realidad, nuestro rival no era otra cosa que un zoquete hueco, cuyos actos monstruosos comenzaban a disminuir con la vejez.

Aunque puede que no fuera tan viejo. Puede que Sadam haya decidido pasar a la clandestinidad, tan sano como se fue, y financie Al Qaeda o cualquiera de sus ramificaciones en alguna forma de colaboración con Osama bin Laden; un nuevo grupo clandestino, los Gemelos Terroristas Incompatibles. La hipótesis no es menos descabellada que el mundo que se nos avecina.

La democracia, más que cualquier otro sistema político, depende de un mínimo de rectitud, pero últimamente se halla a merced de un dirigente que nunca ha sentido vergüenza de sí mismo. ¿Qué decir de un hombre que pasó dos años en la Fuerza Aérea de la Guardia Nacional (para no ir a Vietnam) y que —como muchos otros niños bonitos de papá rico— no se tomó la molestia de presentarse en su servicio durante el segundo año? Casi todos tenemos algún episodio de juventud cuyo recuerdo nos sonrojaría, pero no aprovecharnos de nuestras faltas tempranas y esforzarnos en aprender de ellas es un signo de madurez. En cambio, Bush ha convertido su declaración del final de la campaña iraquí en un eficaz pase de modelos. Para ello eligió —este inesperado clon del Honrado Abraham— aterrizar en la cubierta del portaaviones *Abraham Lincoln* con un reactor Viking S-3B que realizó un espectacular aterrizaje de cola. El portaaviones era fácilmente accesible con un helicóptero desde San Diego, pero G. W. no habría podido lucirse vestido de aviador; es decir, no habría podido demostrar lo bien que lleva el uniforme que nunca honró. Jack Kennedy, que fue héroe de guerra, vistió siempre de paisano mientras fue comandante en jefe. Y lo mismo puede decirse del general Eisenhower. George W. Bush, quien, dejado a su destino, hubiera podido llegar a ser un *top model* masculino (no hay foto en la que no salga bien), apareció cargando con el casco y luciendo el uniforme de aviación. Por eso, en la «operación foto», parece un tío grande entre tíos grandes. Sólo nos queda esperar que nuestra democracia sobreviva a estas continuas jugadas sucias. □

Antoni Socías
TV dRAWING nº 6
2003

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Todos somos huéspedes de la vida

George Steiner

Como saben, Aristóteles sitúa en el asombro, *taumazein*, el origen de todo pensamiento filosófico. Si así fuera, esta mañana me habrían ascendido a filósofo serio. Porque me asombra profundamente verme aquí, en la iglesia de San Pablo en Frankfurt, galardonado con el premio Ludwig Börne. Quizá, si me permiten la expresión, mi corazón esté aún más asombrado que mi cabeza. Ni soy un escritor alemán ni me siento en casa en el día a día de la crítica literaria alemana, la universidad o los medios de comunicación de habla alemana. Mi primera visita a Alemania no tuvo lugar, es obvio, hasta después de la Segunda Guerra Mundial que, al igual que la Primera, fue una guerra civil europea. A los catedráticos alemanes —con la honrosa excepción de Gadamer— nunca les ha gustado demasiado mi trabajo. En Alemania, mi morada son dos grandes editoriales, una en Frankfurt, otra en Munich. Como podrán comprobar hoy, mi alemán está algo anquilosado y anticuado. Y es que procede de un mundo perdido.

Y aun así: el gran honor que me han concedido tiene algo que lo justifica de forma incluso fundamental. No es sólo que Ludwig Börne fuera un judío que, sin aquella ironía oportunista y el odio hacia sí mismo de Heinrich Heine, tuvo que convertirse al cristianismo; no es sólo que Börne, después de Lessing, fuera uno de los primeros periodistas críticos con la alta cultura: era un «extranjero en todo lugar». Incluso con respecto a si mismo, tanto en su vertiente pública como privada, estaba exiliado. También pertenece a una constelación que, creo, es especialmente propia de la lengua y de la literatura alemanas: la de los grandes maestros de la lengua alemana y del pensamiento alemán que crearon su obra fuera de Alemania: pienso en Heine, Nietzsche, Rilke, Kafka, en los largos años de extraterritorialidad de Thomas y Heinrich Mann, de Robert Musil o Herman Broch; quiero recordarles a Peter Weiss, y los años que pasó en América Bertolt Brecht, a Nelly Sachs y Paul Celan. Exilio, expulsión, huidas allende las fronteras; encontramos incluso un cierto odio hacia la patria y un trágico sentimiento de desazón para con la lengua vernácula en el caso de Nietzsche, al igual que en Celan o Canetti. No conozco ninguna otra literatura ni cultura donde el marginado, el que está en la periferia o, como solía decir el señor Hitler, el «hombre del aire», esté tan cercano al centro. Stefan George y Hermann Hesse están enterrados en Suiza. Es un fenómeno estremecedor, que da fe de una relación extremadamente complicada, y muchas veces cruel, entre el poder y la libertad de la literatura, la poesía y el pensamiento, la persecución política y el valor cívico.

El hombre ha sido «arrojado» a la vida, por utilizar la porténtosa expresión de Heidegger. No hay razón para este «ser arrojados», no existe una explicación última. Llegamos a la existencia ciegos, sordos o condenados de antemano por una enfermedad genética. Se puede ser bello como Apolo o feo como Sócrates. El uno nacerá en el mundo del bienestar, la cultura, la seguridad, el otro en el *hinterland* africano o asiático arrasado por el hambre y el sida. Mientras el uno es un genio, el otro pasará sus días obcecado en su estupidez y desvalido. El 90,5% de la humanidad conoce un solo *in memoriam*: nuestro nombre en la guía de teléfonos. Menos mal que la biblioteca del Congreso de Washington archiva todas la guías telefónicas. Allí encontramos nuestra inmortalidad. Una ínfima minoría, los grandes pensadores, artistas, científicos, estadistas o criminales, alcanza una inmortalidad relativa si bien auténtica. El nombre de Franz Kafka es hoy un adjetivo en unas doscientas lenguas. También en mongol se dice «kafkiano». Interpretan a Shakespeare grupos de sordomudos en asilos de Togo. El «ser arrojados» es un imponderable juego de dados.

El padre había desaparecido sin dejar rastro, la madre era lavandera en el barrio más pobre del sur del Bronx, en Nueva York. La hermana ya no aguantaba que el hermano pequeño, todavía casi un bebé, se pasara el día gritando, gritando de puro aburrimiento. Por veinticinco centavos le compró al pequeño un juego de ajedrez de plástico. Hoy creemos que con cuatro años y medio Bobby Fisher era el mejor ajedrecista del mundo. ¡No hay explicación! No sabía que era un juego para dos jugadores. Siempre jugó contra si mismo. Tenía seis años cuando, en un parque, vio por primera vez sentados al tablero a dos jugadores.

Tuve el gran honor de seguir en Islandia el duelo entre Bobby Fisher y Boris Spassky. La noche después de la tercera partida, Spassky vino a nuestro hotel y dijo: «Para él, no existo». Ese era el secreto. En su mente, Fisher realizaba los movimientos de Spassky mucho más rápido de lo que éste pudiera hacerlo. No hay explicación posible para la lotería, el Monte Carlo del «ser arrojado» al mundo.

El hombre no tiene raíces, debe peregrinar por lo humano.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Esto, damas y caballeros, significa que todos somos huéspedes de la vida. El Ser es nuestro anfitrión. La vida nos ha invitado. Nadie tiene derecho a haber nacido. Todos somos huéspedes en el *misterium tremendum* de la vida. Hasta el recién nacido, nos recuerda Montaigne, tiene edad para morir. Vivir significa aceptar un regalo del azar.

¿Cómo debe comportarse un huésped? Debería dejar la casa donde se ha hospedado un poco más limpia, un poco más bella, un poco más segura de lo que la encontró. Aquí reside el sentido profundo de la ecología. La contaminación, la explotación, la profanación de nuestro pequeño y superpoblado planeta se ha convertido hoy en locura suicida. En el monte Everest hay toneladas de basura, de desperdicios envenenados. Los mares agonizan. Innumerables especies de plantas y de animales son exterminadas. El huésped se ha convertido en un vándalo ciego y borracho de tecnología. De forma sistemática ensucia la posada que lo acogió. Si no aprendemos a ser huéspedes decentes en el mundo orgánico, mancillaremos también los otros planetas. Sólo la autodestrucción de la humanidad enloquecida por la avaricia permitirá que el medio ambiente se recupere. Sólo si nosotros desaparecemos, el planeta tiene un oportunidad.

Las personas son para sus semejantes huéspedes y anfitriones a la vez, de igual manera que ambos son huéspedes de la vida. En griego clásico, *xenos* significa «extranjero» y «huésped». De esta maravillosa parábola nos ha quedado la palabra xenofobia. Esa es nuestra historia: ¡de *xenos* a xenofobia!

¿Y cómo debe comportarse un huésped para con su anfitrión? Deberá aprender todo lo que pueda sobre sus costumbres, sus convicciones y su fe. Y también, en la medida de lo posible, su lengua. Si no son moralmente injustas, el huésped deberá acatar las leyes del lugar donde se hospeda. Deberá hacer todo lo que esté en su mano para contribuir al bienestar, al patrimonio cultural, a la riqueza de su anfitrión. Y que en el umbral, en el momento del adiós —no olvidemos nunca que el nombre de Dios está contenido en esta humilde palabra de despedida— la gratitud sea mutua. Un «¡hasta la vista!» en el milagro compartido que es la vida.

Los griegos antiguos probablemente fueran el pueblo más dotado de la historia de la humanidad. Como pueblo, han desaparecido. ¿Qué queda del imperio de los romanos, de la cultura egipcia? Un solo pueblo ha sobrevivido. Destruido, deportado y dispersado una y otra vez, bordeando la extinción, perenne objeto de repudio social, de discriminación política, expulsado de un refugio tras otro, sobrevive, desde hace más de cuatro mil años, el pueblo de Ludwig Börne; incluso aquí, en la iglesia de San Pablo, consagrada a su mayor detractor. ¿Por qué esta supervivencia inconcebible, casi imposible? Quizá esta pregunta no tenga un sentido racional. Y sin embargo me permito hacerla aquí —y precisamente aquí—, en este país, y en la lengua de la pasada medianoche.

Estoy convencido de que el hecho casi absurdo de que los judíos hayan sobrevivido y sigan viviendo tiene un significado o quizá un sentido ontológico. Porque siempre se les echó, porque en ningún lugar tenían su casa, porque su único hogar verdadero era el texto, la Tora, los judíos son *per definitionem* huéspedes en esta tierra, huéspedes entre los hombres. Su misión es servir a la humanidad de ejemplo, de modelo de esa condición. Es su obligación mostrar que también otros hombres, por muy arraigados que puedan parecer, son

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

huéspedes los unos de los otros y de la vida. Sobre los judíos recae la carga de demostrar que Baal Shem, fundador y maestro del jasidismo, tenía razón al enseñar que «la verdad siempre está exiliada, siempre tiene que seguir camino». Es obligación de los judíos luchar contra la barbarie del nacionalismo, del chovinismo, de la persecución racial. Tienen que demostrar que en cualquier lugar de la tierra resulta interesante vivir, trabajar y, sobre todo, aprender. Que, al igual que en el caso de Proust, Wittgenstein o Carlos Marx, es posible crear obras maestras en los hoteles, en las cafeterías de las estaciones de tren, o en las bibliotecas públicas. Tienen que dar testimonio de que, tal como proclamaba David Lev Bronstein, también conocido por Trotski, la fronteras sólo están para cruzarlas, que es una bestialidad y una locura aniquilar a otro ser humano porque sus orígenes o su color de piel sean distintos, porque habla una lengua extranjera (en el fondo, ¿qué significa «lengua extranjera»?). Hay que coleccionar pasaportes como si fueran sellos. Los árboles tienen raíces, el *homo sapiens* —¡orgullosa palabra!— tiene piernas. Puede y debe peregrinar por lo humano. En su visado, una única frase: «*Nihil humanum alienum mihi*», nada humano me es ajeno. También para ti, que tan orgulloso estás de tu sangre y de tu tierra, las estrellas un día pueden tornarse amarillas.

Mi padre era un joven estudiante de Derecho en Viena, no tenía un céntimo y, por supuesto, podía viajar sin pasaporte por toda Europa. Nadie le preguntaba: «¿Tienes permiso de trabajo?». Había un solo país, muy exótico, que exigía visado: la Rusia de los zares. Todos se reían de ello. ¡Se podía viajar por Europa entera! ¿Y hoy? Somos como esclavos, vivimos bajo el régimen esclavista de la burocracia. En aquel entonces, los hombres eran libres.

No es fácil estar llamado a ser huésped. En la mayoría de los de nuestra especie existe un atavismo territorial que muchas veces llega a la brutalidad: al marginado le enseñamos los dientes. El hombre medio siente un miedo rayano en el pánico frente a aquél distinto a él mismo y a su hábito de vida. El *apartheid*, el vivir sólo entre los suyos, denota una pereza del alma repugnante pero casi orgánica. El extranjero huele mal, los hijos de los inmigrantes gritan demasiado y ensucian la calle. Por Dios, ¿es que estos miserables tienen que mezclarse con los demás? Huésped y refugiado, trabajador invitado y siervo son términos que convergen peligrosamente. Qué paciencia, qué humildad, qué tacto diplomático, qué delicadeza apenas susurrada son necesarias para que se permita al huésped cruzar la umbral, no digamos entrar en las dependencias del anfitrión. Incluso cuando se le da la bienvenida de corazón, se espera que deje, con la discreción que corresponde, en un rincón la maleta siempre lista. Esto se lo he enseñado a mis hijos. ¡Qué deliciosa descripción hace Heine de esta condición en su obra inconclusa *El Rabino de Bacharach*!

Es inevitable que esta situación incida sobre el carácter, sobre la manera de ser del huésped. La ambición arribista, la mordaz ironía —siempre arma del débil—, la en todo momento vacilante lealtad hacia el país de la que se acusa a los judíos, y no siempre sin razón, son la marca de fuego dejada por su fuero interno apátrida. Y esta marca demasiadas veces distorsiona su relación con otros judíos (la expresión «compañeros de viaje» lo describe exactamente). La historia de la enemistad entre Heine y Börne es un ejemplo destacado.

Hoy, a esto se la añade algo más: la relación de los judíos-huéspedes de la diáspora con el sionismo de Israel. Ahí estoy en un terreno que me atormenta. Israel es un milagro, un sueño salido del infierno y mágicamente convertido en realidad. Es ahora el único refugio seguro para los judíos si en algún lugar las cosas volvieran a ponerse feas. ¡Y volverán a ponerse feas! Quizá algún día Israel acoja a mis hijos y nietos. ¿Qué judío tiene derecho a sentir dudas o tristeza con respecto al sionismo? Y aun así: durante más de dos mil años de persecución, masacres, guetos y desprecio los judíos fueron incapaces de humillar a otros, de torturarlos. En mi opinión, no había distinción más grande, nobleza más honrosa que la de pertenecer a un pueblo que no había torturado. Casi desde mi infancia me enorgullecía tanto de ello, me sentía tan superior: yo pertenezco a la raza que está por encima de todas porque no torturamos. Somos los únicos. No tuvimos poder para ello. ¡Aleluya!

El fascismo del dinero y de los medios de comunicación se está desperezado en Europa.

Aprecio la amistad que me brinda un filósofo francés. Estuvo en Argelia, en la guerra. Frente a él, estaba sentado un prisionero *fedai*. A mi amigo, nadie le obligó. Si no le torturas, no te pasará nada, le habían dicho. Mantienes tu rango, no te pasará nada. Pero cuando salten las bombas, no matarán sólo a los nativos sino también a tus camaradas del batallón. Mi amigo me ha contado que algunos encontraron una solución muy sencilla a este problema: se suicidaron. ¡Eso está bien! Ojalá yo tenga el valor de hacerlo antes que torturar a otro ser humano.

El que tortura, aunque sea para sobrevivir, es menos que un ser humano. Esto para mí es y seguirá siendo un imperativo categórico. Y precisamente para sobrevivir en un entorno de una hostilidad fanática y lleno de odio, también Israel tiene ahora que torturar y humillar a sus vecinos, humillarlos terriblemente. Tiene que hacerlo. ¿Es un precio demasiado alto? Israel, ¿ha despojado al judaísmo de su *lettre de noblesse*, de su título de nobleza moral y metafísica? Formular esta pregunta aquí y en lengua alemana probablemente suponga un trágico descaro, lo sé. Que Spinoza me ampare.

Durante cincuenta años, damas y caballeros, he sido profesor: de literatura y de hermenéutica. Los destacados poetas y pensadores escriben las cartas. El profesor, el intérprete, es el cartero, el *postino*, que se esfuerza cuanto puede por echar las cartas en los buzones

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

correctos. Una profesión humilde: Hölderlin no necesita al señor Steiner, pero el señor Steiner necesita al Hölderlin con delirio. Para poder respirar en la conciencia. Nunca hay que confundir estas dos actividades, como hacen tantos de mis compañeros profesores de universidad. Se lo aseguro: en el claustro la gente se toma a sí misma muy en serio.

Una profesión modesta, pero quizá la más hermosa que existe. ¿Qué significa ser profesor? La respuesta de Dante es incomparable: *m'insegnavate come l'uom s'eterna*. Intraducible: «Tú, mi profesor; tú, Ser Brunetto, me has enseñado cómo el hombre se vuelve hacia la eternidad, se hace a si mismo eterno». A través del estudio y del comentario de los textos, a través la inagotable felicidad que da memorizarlos (lo que se ama, se aprende de memoria). Y de ahí crece la familia de los discípulos, esa masonería de la esperanza que se renueva cada otoño.

Tengo discípulos en cinco continentes. Muchos de ellos se han convertido a su vez en profesores y me han invitado a sus conferencias inaugurales. Entre los shakespearianos de Weimar y Cracovia, entre los comparatistas chinos en Pekín o en Ginebra, en el Seminario Walter Benjamin en Amsterdam y en Ciudad del Cabo, como profesor de poética en Harvard, Oxford o Bolonia, entre jovencísimos alumnos en Calabria y en el seminario para catedráticos en Dublín, Gerona, Kioto, en el Collège de France o en la Universidad de Glasgow: nunca, y les ruego que me crean, dejo de encontrarme como en casa. En el momento en que el estudiante chino, húngaro o americano llama a la puerta, pasa a formar parte de la familia. No hay extraños; sólo familiares unidos por afinidades electivas, huéspedes del texto, de la reflexión, de la música, del arte o de la ciencia correspondiente. En un instituto de Princeton, la morada de Einstein —también Einstein fue un refugiado—, vi trabajar juntos en la pizarra a jóvenes matemáticos rusos, japoneses y americanos. En silencio, porque no compartían lengua alguna. Sólo la lengua universal de los símbolos algebraicos, en la que también Leibniz creía. Pero de repente se echaron a reír —habían conseguido demostrar una proposición—con ese humor inalcanzable para el lego que se esconde hasta en las teoría y demostraciones topológicas más puras. Quien haya visto y oído algo así, no volverá a creer, no deberá creer jamás en la estupidez asesina que son el nacionalismo y la lucha racial.

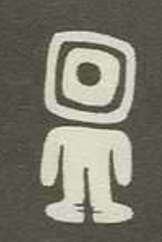
Dije que somos huéspedes de la vida. Qué suerte tenemos, cuando además nos está permitido ser huéspedes de la verdad. A ello la profesión de profesor, si bien modestamente, ofrece una invitación constante. Qué triste debe ser, ser banquero.

Mis expectativas, mis esperanzas seguramente sean utópicas, lo sé. En todas partes arden hoy odios ideológicos, religiosos, tribales. En Europa emerge triunfal un fascismo del dinero, de lo filisteo, de los medios de comunicación. En Italia existe una palabra para ello: *il berlusconismo*. La «nobleza de espíritu» como la llamaba Thomas Mann, casi suena a algo ridículo. Para esta trivialización, para esta indulgencia fatal del sistema educativo, nos falta la palabra adecuada. Max Weber, que vislumbró todo esto con una lucidez sin concesiones, la hubiera acuñado.

No puedo remediarlo. Si no aprendemos a ser huéspedes los unos de los otros, si no aprendemos que en hebreo y en árabe la palabra para «paz» es exactamente la misma, entonces lo que queda de nuestra cansada cultura y nuestro humanismo se hundirá en la barbarie. Heine lo expresó: «La medianoche se acercaba / y Babilonia yacía en silencio». En los colegios alemanes, ¿se siguen aprendiendo de memoria estos versos?

Muchas gracias, damas y caballeros, por permitirme ser su huésped.

Conferencia pronunciada con ocasión de la entrega del premio Ludwig Börne en Frankfurt el 25 de mayo de 2003


editorial minúscula

COLECCIÓN
PAISAJES NARRADOS

ERNST WEISS
Jarmila
Una historia de amor de Bohemia

ALEXANDR PUSHKIN
El viaje a Arzrum durante la campaña de 1829

COLECCIÓN
ALEXANDERPLATZ

KARL KRAUS
Dichos y contradichos

Portolà, 26 - 08023 Barcelona
Tel/fax. 93 418 95 54
minuscula@mundivia.es
www.editorialminuscula.com

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Figuras del desencanto

Jesús Martín Barbero

> Lo que estamos viendo no es simplemente otro trazado del mapa cultural —el movimiento de unas pocas fronteras en disputa, el dibujo de algunos pintorescos lagos de montaña— sino una alteración de los principios mismos del mapeado. No se trata de que no tengamos más convenciones de interpretación, tenemos más que nunca, pero construidas para acomodar una situación que al mismo tiempo es fluida, plural, descentrada. Las cuestiones no son ni tan estables ni tan consensuales y no parece que vayan a serlo pronto. El problema más interesante no es cómo arreglar este enredo sino qué significa todo este fermento.
>
> CLIFFORD GEERTZ

El lugar de la cultura en la sociedad cambia cuando la mediación tecnológica de la comunicación deja de ser meramente instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural, pues la tecnología remite hoy no sólo a la novedad de unos aparatos sino a nuevos modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras. Lo que la trama comunicativa de la revolución tecnológica introduce en nuestras sociedades no es tanto una cantidad inusitada de nuevas máquinas sino un nuevo modo de relación entre los procesos simbólicos —que constituyen lo cultural— y las formas de producción y distribución de los bienes y servicios. Escribe Manuel Castells en su obra, *La era de la información*: «Lo que ha cambiado no es el tipo de actividades en que participa la humanidad, lo que ha cambiado es su capacidad tecnológica de utilizar como fuerza productiva directa lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica, eso es, su capacidad de profesar símbolos» (1). La «sociedad de la información» no es sólo aquella en la que la materia prima más costosa es el conocimiento sino también aquella en la que el desarrollo económico, social y político se halla estrechamente ligado a la innovación, que es el nuevo nombre de la creatividad sociocultural.

Pero frente a esa constatación sociológica se acumulan los relatos del desencanto, que ven en la cultura no el espacio de la producción y la creatividad sino el escenario de la degradación más profunda de lo humano, erosionado justamente por aquellas mutaciones tecnológicas que llevarían a su extremo el fracaso de la creencia secular en el progreso moral y político, esto es, en el paso natural del cultivo de la inteligencia a un comportamiento social constructivo. ¿Adónde nos llevan hoy esos relatos del desencanto? ¿Puede su lúcido pesimismo ayudarnos a afrontar las contradicciones que la globalización envuelve, o sus argumentos son la legitimación de un nihilismo escapista? Ya T.S. Eliot en sus *Notas para la definición de la cultura* (1948) concluía diciendo: «Ha dejado de ser posible hallar consuelo en el pesimismo profético» (2). Para los que vivimos el desencantamiento del mundo sin que ello nos convierta automáticamente en seres desencantados, hay una frase de Benjamin que nos sigue desafiando e iluminando: «Todo documento de cultura es también un documento de barbarie». Un buen ejemplo de ello se halla en el dictamen de barbarie que Adorno, Steiner y Kundera han proferido sobre uno de los más expresivos modeladores culturales de estos tiempos: el *rock*, que para Adorno no es más que «un pretexto para la barbarie y los intereses de la industria cultural» (3), para Steiner una nueva esfera sonora identificada con «un martilleo estridente, un estrépito interminable que, con su espacio envolvente, ataca la vieja autoridad del orden verbal», y para Kundera el *rock* es «el aullido extático en que quiere el siglo olvidarse de sí mismo (...) La imagen acústica del éxtasis ha pasado a ser el decorado cotidiano de nuestro hastío» (4).

Leyendo esos tres textos me pregunto si la idea de W. Benjamin no sería reversible: en estos oscuros tiempos, ¿no habrá documentos de barbarie que constituyen documentos de cultura, y en un sentido bien preciso, documentos por los que atraviesan movimientos que minan y subvierten, desde sus bajos fondos, la cultura con que nuestras sociedades se resguardan del sinsentido? Así, más que al éxtasis, el aullido del rock remitiría a la rabia y la desazón de unas generaciones que han encontrado en esa música el único idioma en el cual expresar su rechazo a una sociedad hipócritamente empeñada en esconder sus miedos y zozobras. Lo que habla —o mejor grita— en esos documentos es la profunda desubicación que sufren actualmente los saberes

(1) M. Castells, *La era de la información*, vol. 2, Alianza, Madrid, 1999, pág.49.

(2) T.S. Eliot, *Notas para la definición de la cultura*, Bruguera, Barcelona, 1984 (primera edición en inglés, 1948).

(3) Th. Adorno, *Teoría estética*, Taurus, Madrid, 1980, pág. 414.

(4) M. Kundera, *Los testamentos traicionados*, Tusquets, Barcelona, 1994, págs. 247 y 249.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

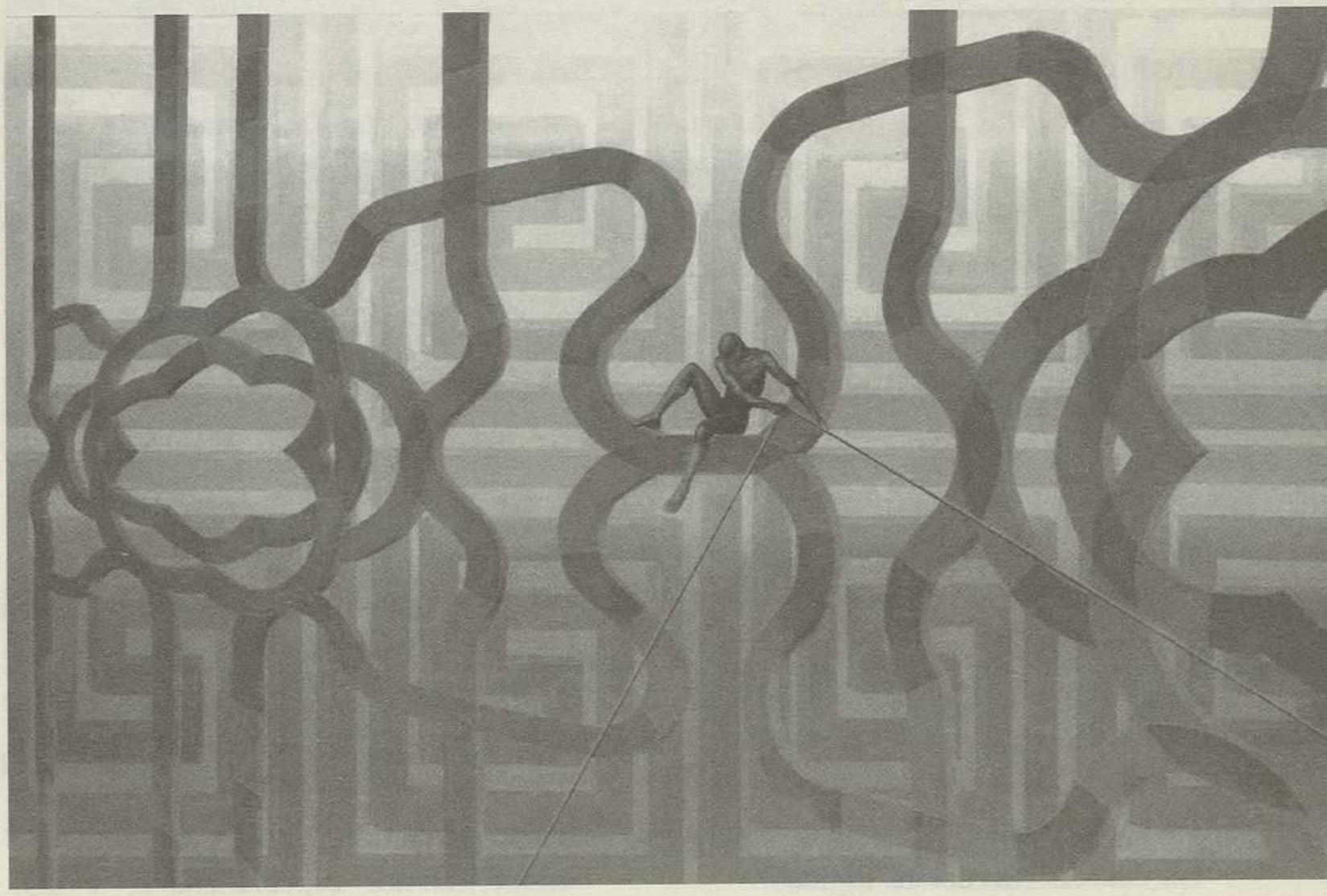
escolar-letrados y la des-figuración de las condiciones y el sentido del trabajo. Ahí remiten algunas de las figuras en que se dibujan las más hondas razones del desencanto intelectual.

La «crisis de identidad» del conocimiento en una *sociedad de la información* se halla ligada estructuralmente a la *sociedad de mercado*, pues es de éste de donde proviene la dinámica de fondo a la que responden el valor y el modo actual de producción y circulación del conocimiento.

Descentramiento y diseminación

Desde una perspectiva histórica encontramos que el conocimiento está pasando a ocupar el lugar que tuvieron primero la fuerza muscular humana y después las máquinas. Lo que introduce dos cambios estratégicos: el descentramiento y la deslocalización / diseminación de los saberes (5). En el estrato más profundo de la actual revolución tecnológica lo que encontramos es una mutación en los modos de circulación del saber, que fue siempre una fuente clave de poder, y hasta hace poco había conservado el doble carácter de ser a la vez centralizado territorialmente, controlado a través de determinados dispositivos técnicos y asociado a muy especiales figuras sociales. De ahí que las transformaciones en los modos como circula el saber constituyan una de las más profundas mutaciones que una sociedad puede sufrir. De ahí que sea disperso y fragmentado cómo el saber escapa de los lugares «sagrados» que antes lo contenían y legitimaban, y de las figuras sociales que lo detentaban y administraban. Cada día más estudiantes testimonian una simultánea y desconcertante experiencia: la de reconocer lo bien que el maestro se sabe su lección, y al mismo tiempo el desfase de esos «saberes/lectivos» por relación con los «saberes/mosaico» que —sobre biología o física, filosofía o geografía— circulan fuera de la escuela (6). Y frente a un alumnado cuyo medio ambiente comunicativo lo empapa cotidianamente de esos «saberes/mosaico» que, en forma de información, circulan por la sociedad, la escuela como institución tiende mayoritariamente a atrincherarse en su propio discurso, puesto que cualquier otro tipo de discurso es resentido como un atentado a su autoridad.

Examinemos esos dos cambios claves. Descentramiento significa que el saber se sale de los libros y de la escuela, entendiendo por escuela cualquier sistema educativo desde la primaria hasta la universidad. El saber se sale ante todo del que ha sido su eje durante los últimos cinco siglos: el libro. Un proceso que no había tenido casi cambios desde la invención de la imprenta sufre hoy una mutación de fondo, especialmente con la aparición del texto electrónico. Que no viene a remplazar al libro sino a descentrar la cultura occidental de su eje letrado, a relevar al libro de su centralidad ordenadora de los saberes, centralidad impuesta no sólo a la escritura y la lectura sino al modelo entero del aprendizaje por linearidad y secuencialidad, implicadas en el movimiento de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo que aquéllas estatuyen (7). Sólo puesto en perspectiva histórica ese cambio puede dejar de alimentar el sesgo apocalíptico con que la escuela, los maestros, y muchos adultos, miran la empatía de los adolescentes con los medios audiovisuales, los videojuegos y el ordenador. Estamos ante un descentramiento culturalmente desconcertante, pero cuyo desconcierto es disfrazado por buena parte del mundo escolar moralistamente, esto es, echándole la culpa a la televisión de que los adolescentes no lean. Actitud que no nos ayuda en nada a entender la complejidad de los cambios en los lenguajes, las escrituras y las narrativas, que es lo que verdaderamente está en la base de que los adolescentes no lean en el sentido en que los profesores siguen entendiendo el leer, o sea, únicamente libros. Si fuera un tecnólogo o un tec-



Pilar Insertis
Sutra I, 2002

(5) J. Martín-Barbero, «Heredando el futuro», *Nómadas*, 5, Bogotá, 1997.

(6) R. Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, Gedisa, Barcelona, 2000.

(7) J. Meyrowitz, *No Sense of Place. The Impact of Electronic Media on Social Behavior*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

nócrata, nos sonaría a puro *bluff* lo que ha afirmado ese gran historiador de la lectura y la escritura en Occidente que es Roger Chartier: que la revolución que introduce el texto electrónico no es comparable con la de la imprenta, que lo que hizo fue poner a circular textos ya existentes —lo que Gutenberg buscaba era la difusión de la Biblia—, pues con lo que debe asociarse es con la mutación que introdujo la aparición del alfabeto. Y es que hasta las etapas de formación de la inteligencia en el niño se replantean hoy al poner en cuestión la visión secuencial que conservó la propuesta de Piaget: los psicólogos constructivistas develan hoy en los niños y adolescentes inferencias cognitivas —«saltos en la secuencia»— que replantean tanto la unicidad atribuida a *la* inteligencia como a su proceso de formación. Yo estaba en París a finales de los años 60 y principios de los 70, cuando se introdujo en la enseñanza primaria la matemática de conjuntos. Y al constatar que niños de primaria aprendían y resolvían problemas de logaritmos que maestros ya mayores enseñaban en los últimos cursos de secundaria, hubo varios suicidios de maestros que sintieron que ese salto dejaba sin sentido su trabajo: ¿cómo era posible que niños de primaria pudieran siquiera plantearse ese tipo de inferencias lógicas?

Segundo: deslocalización/destemporalización. Los saberes escapan de los lugares y los tiempos legitimados socialmente para la distribución y aprendizaje del saber. Desde los faraones hasta los señores feudales, «la morada de los sabios» o estaba cerca del palacio/castillo o se comunicaban entre ellos secretamente. Y también el tiempo de aprender se hallaba acotado a una edad, lo que facilitaba su inscripción en un lugar y su control vital. No es que el lugar escolar vaya a desaparecer, pero las condiciones de existencia de ese lugar se están transformando radicalmente no sólo porque ahora tiene que convivir con un montón de saberes-sin-lugar-propio, sino porque el aprendizaje se ha desligado de la edad y ahora se ha tornado continuo, esto es, a lo largo de la vida. Los miles de ancianos que estudian en la universidad a distancia hoy en Europa son la prueba más clara del desanclaje que viven los saberes tanto en su contenido como en sus formas.

La des-localización implica la diseminación del conocimiento, esto es, el emborronamiento de las fronteras que lo separaban del saber común. No se trata sólo de la intensa divulgación científica que ofrecen los medios masivos sino de la devaluación creciente de la barrera que alzó el positivismo entre la ciencia y la información, pues ciertamente no son lo mismo pero ya no son tampoco lo opuesto en todos los sentidos. La diseminación nombra el movimiento de difuminación tanto de las fronteras entre las disciplinas del saber académico como entre ese saber y los otros, que ni proceden únicamente de la academia ni se imparten en ella ya exclusivamente. Una pista clave para evaluar esto es la trazada por el sociólogo alemán Ulrik Beck (8) cuando liga a la expansión ilimitada del conocimiento especializado el paso de los peligros que conllevaba la modernización industrial a los riesgos que entraña la sociedad actual. No hay salida del mundo del riesgo con base en puros conocimientos especializados, y más bien sucede al revés: a mayor cantidad de conocimiento especializado, mayores riesgos para el conjunto de la humanidad, desde la biología ambiental a la genética. La única salida se halla en la articulación de conocimientos especializados con aquellos otros conocimientos que provienen de la experiencia social (9) y las memorias colectivas.

Nuevas figuras de razón

Un segundo plano de cambios a los que estamos asistiendo es la aparición de nuevas figuras de razón (10) que replantea el racionalismo de la primera modernidad. No hay una sola racionalidad desde la que sean pensables las dimensiones de la mutación civilizatoria que atravesamos. Uno de los más claros avances apunta hoy a la creciente conciencia de la complejidad (11), de la multiplicidad de razones que se entrecruzan cuando hablamos hoy de conocimiento. Esbozo un mapa: desde Platón, y durante siglos, la imagen fue identificada con la proyección subjetiva y con la apariencia, lo que la convertía en obstáculo estructural del conocimiento. Ligada al mundo del engaño la imagen fue, de un lado, asimilada a instrumento de manipulación, de persuasión religiosa o política, y de otro, expulsada del campo del conocimiento y confinada al campo del *arte*. Hoy en día, nuevas formas de concebir y producir el conocimiento liberan a la imagen de su estatuto de «obstáculo epistemológico» para recuperarla como ingrediente clave de la nueva relación entre simulación y experimentación científica.

La revaloración cognitiva de la imagen pasa paradójicamente por la crisis de la representación que examinó Michael Foucault en *Las palabras y las cosas*. El análisis se inicia con la lectura de un cuadro de Velázquez, *Las meninas*, lectura que nos propone como pista el que «la relación del lenguaje a la pintura es infinita. No porque la palabra sea imperfecta sino porque son irreductibles la una a la otra. Lo que se ve no se aloja, no cabe jamás, en lo que se dice» (12). El fin de la metafísica da la vuelta al cuadro: el espejo en que al fondo de la escena se mira el rey, al que el pintor mira, se pierde en la irrealidad de la representación. Y en su lugar

(8) U. Beck, *La sociedad del riesgo,* Paidós, Barcelona, 1998.

(9) B. de Sousa Santos, *Crítica da razao indolente. Contra o despedício da experiencia,* Cortez, São Paulo, 2000.

(10) G. Chartron, *Pour une nouvelle economie du savoir,* Presses Universitaires de Rennes, 1994; A. Renaud, «L'image: de l'économie informationelle à la pensée visuelle», *Reseaux,* 74, París, 1995, pág.14 y ss.

(11) E. Morin, *Les sept savoir necessaires a l'education du futur,* Seuil, París, 1999.

(12) M. Foucault, *Les mots et les choses,* Gallimard, Paris, 1966, pág. 25.

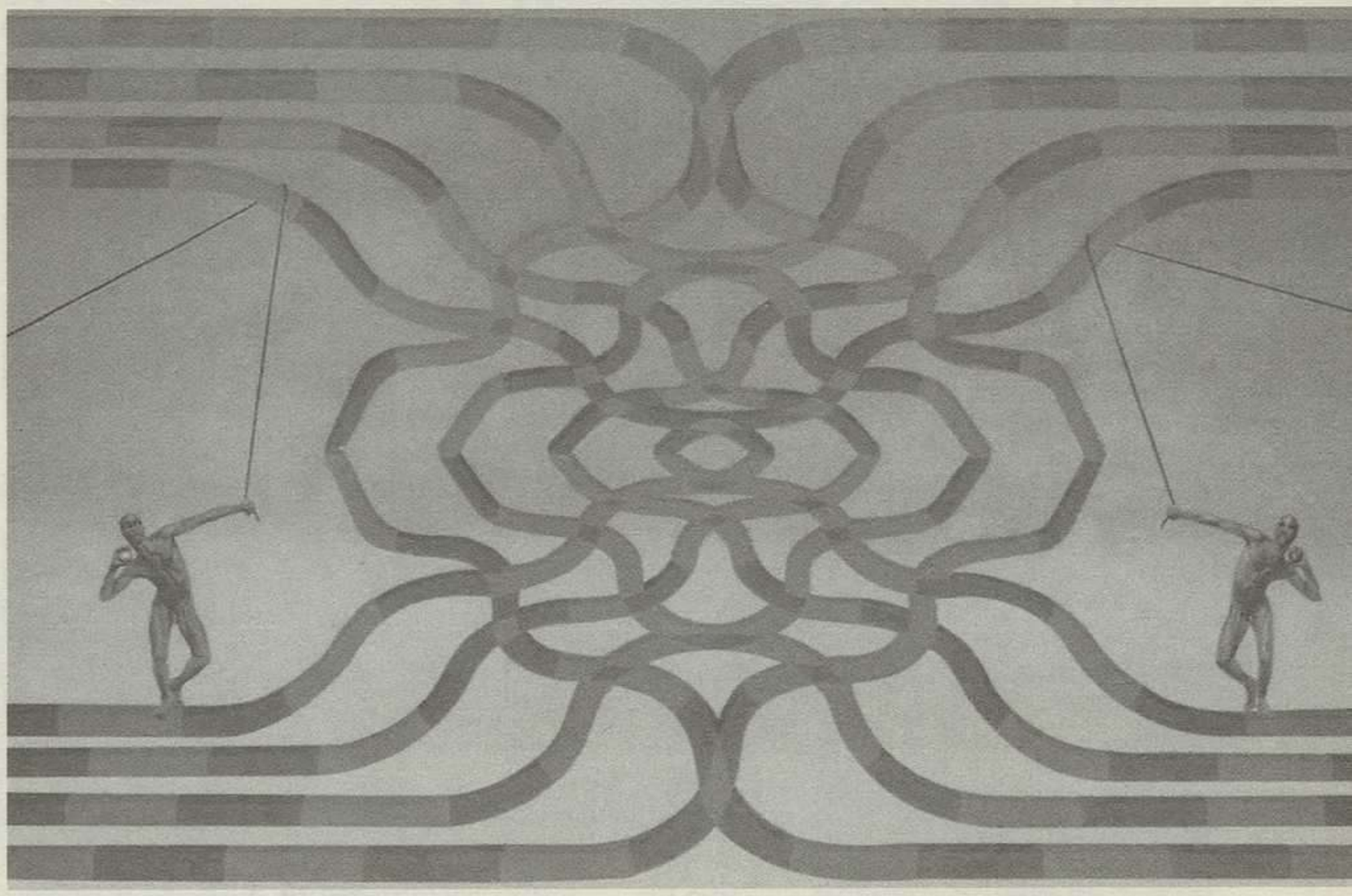
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

emerge el hombre vida-trabajo-lenguaje, trama significante a partir de la que se tejen las figuras y los discursos (las imágenes y las palabras), y aparece la eficacia operatoria de los modelos.

Es justamente en el cruce de los dos dispositivos señalados por Foucault —economía discursiva y operatividad lógica— donde se sitúa la nueva discursividad constitutiva de la visibilidad y la nueva identidad lógico-numérica de la imagen. Estamos ante la emergencia de otra figura de la razón que exige pensar la imagen desde su nueva configuración sociotécnica: el ordenador no es un instrumento con el que se producen objetos, sino un nuevo tipo de tecnicidad que posibilita el procesamiento de informaciones, cuya materia prima son abstracciones y símbolos, inaugurando una nueva aleación de cerebro e información que sustituye a la del cuerpo con la máquina de la modernidad industrial. Esta nueva figura de razón rehace las relaciones entre el orden de lo discusivo (la lógica) y de lo visible (la forma), de la inteligibilidad y la sensibilidad. El nuevo estatuto cognitivo de la imagen se produce a partir de su informatización —de su inscripción en el orden de lo numerizable—, pero eso no borra ni las muy diferentes figuraciones, ni los efectos estéticos o eróticos de la imagen.

El proceso que ahí llega entrelaza un doble movimiento. Uno, el que prosigue y radicaliza el proyecto de la ciencia moderna —Galileo, Newton— de traducir/sustituir el mundo cualitativo de las percepciones sensibles por la cuantificación y la abstracción lógico-numérica; y dos, el que reincorpora al proceso científico el valor informativo de lo sensible y lo visible. Un nuevo modo de conocer abre la investigación a la intervención constituyente de la imagen en el proceso del saber: arrancándose a la sospecha racionalista, la imagen se percibe como posibilidad de experimentación/simulación que potencia la velocidad del cálculo y permite inéditos juegos de interfaz, esto es, de arquitecturas de lenguajes. Virilio denomina «logística visual» (13) a la remoción que las imágenes informáticas hacen de los límites y funciones maniqueamente asignados a la discursividad y la visibilidad, a la dimensión operatoria (control, cálculo y previsibilidad), a la potencia interactiva (juegos de interfaz) y a la eficacia metafórica (traslación del dato cuantitativo a una forma perceptible: visual, sonora, táctil). La visibilidad de la imagen deviene legibilidad (14), permitiéndole constituirse en mediación discursiva de la fluidez (flujo) de la información y del poder virtual de lo mental.

El trabajo se identificó, durante la primera modernidad —la industrial—, con la capacidad de ejecución de tareas fijadas de antemano y delimitadas de una vez para toda la vida, esto es, con pocos cambios a lo largo del día y de la vida. En la tardomodernidad que configuran la era de la información y la sociedad de mercado se ponen en marcha profundos cambios en el sentido del trabajo y la identidad social del trabajador (15).



Pilar Insertis
Sutra II, 2002

Una «flexibilidad» tramposa

Las condiciones comienzan a erosionar el sentido moderno del trabajo (16) y del trabajador cuando a mediados de los años 70 se cierra el ciclo de los «30 gloriosos años:1945-1975» que siguen al fin de la Segunda Guerra Mundial y, con la crisis del petróleo, hacen su aparición los primeros dos movimientos: el aumento en la terciarización del empleo y de su precariedad. De una sociedad industrial, salarial, manual, conflictual pero solidaria y negociadora se comienza a pasar a otra terciarizada, informatizada y menos conflictual pero fracturada, dual, desregulada y excluyente. De explotado pero incluido en el sistema, un buen sector de trabajadores pasa a ser llanamente excluido. Desciende

(13) P. Virilio, *La máquina de visión,* Cátedra, Madrid, 1989, pág.81.

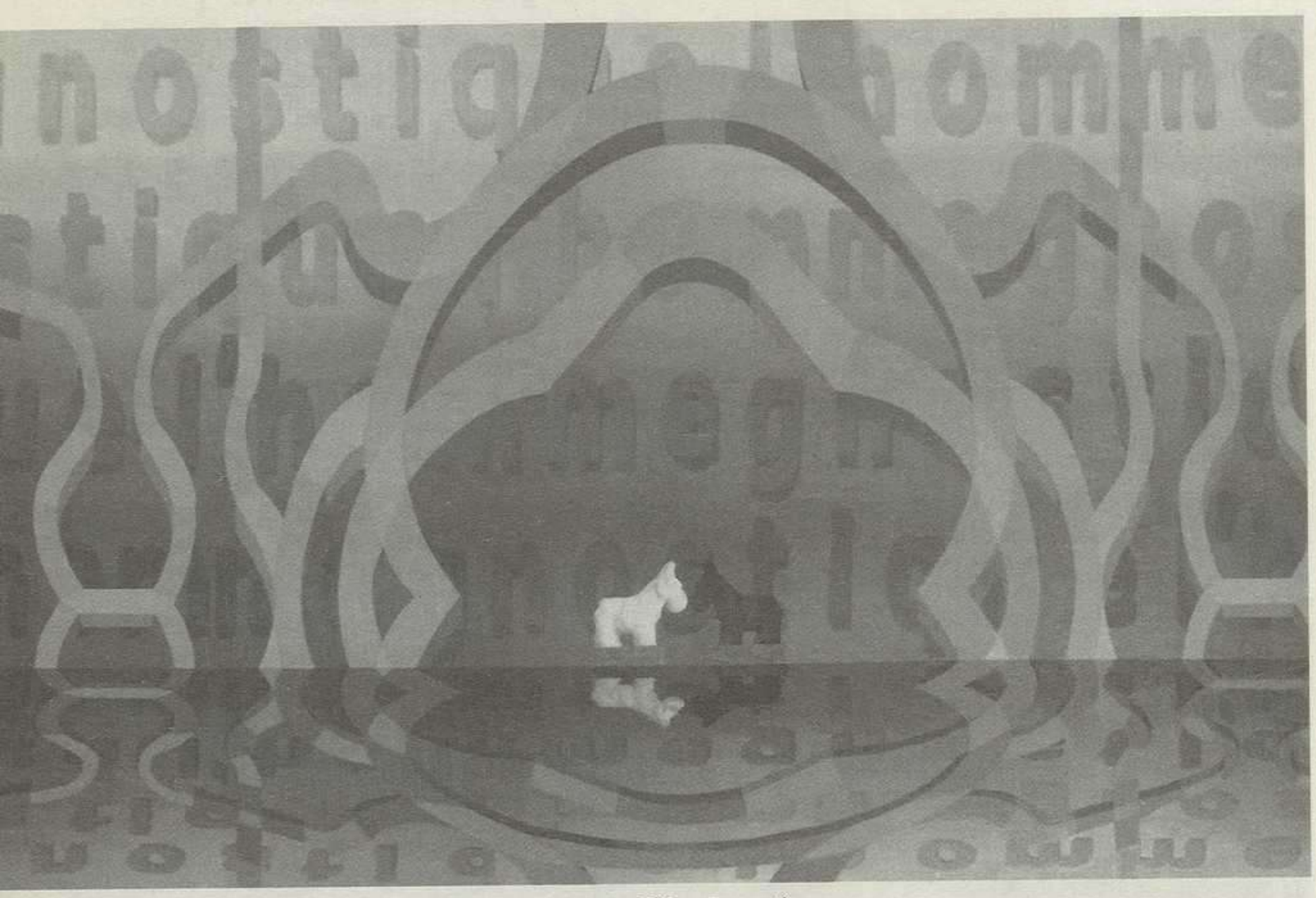
(14) G. Lascaut y otros, *Voir, entendre,* UGE-10/18, París,1976; J.L. Carrascosa, *Quimeras del conocimiento. Mitos y realidades de la inteligencia artificial,* Fundesco, Madrid, 1992.

(15) C. Dubar, *La crise des identités: interprétation d'une mutation,* PUF, París, 2000.

(16) Dos libros claves a ese respecto: *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo,* Anagrama, Barcelona, 2003; U. Beck, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización,* Paidós, Barcelona, 2000.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

drásticamente el número de trabajadores en los ámbitos de la gran industria tradicional —minería, acerías, metalmecánica, agrícola, etcétera—, se acrecientan los puestos de trabajo en los campos de la educación, la salud, la seguridad, el comercio, y se abren o potencian otros campos: la informática, la asesoría, la investigación, la gestión. Sólo que los empleos creados en los últimos cuatro campos no pasan a ser ocupados por los desocupados de las industrias tradicionales, ya que se trata de nuevos oficios.



Pilar Insertis
L'homme gnostique, 2003

La muy ambigua —o mejor, tramposa— palabra con la que, desde el ámbito de la gestión empresarial, se denomina a estos cambios, la «flexibilidad laboral», junta y confunde dos aspectos radicalmente diferentes del cambio. Uno, eminentemente positivo en principio aunque muy recortado en la práctica: el paso de un trabajo caracterizado por la ejecución mecánica de tareas repetitivas al de un trabajo con un claro componente de iniciativa por parte del trabajador, que desplaza el ejercicio de la predominancia de la mano a la del cerebro: nuevos modos del hacer que exigen un saber/hacer y el despliegue de destrezas con un mayor componente mental. La trampa que el uso de la palabra flexibilidad encierra al ser identificada únicamente con esa dimensión positiva es lo que oculta, en primer lugar, que esa capacidad de iniciativa, de innovación y creatividad en el trabajo es férreamente controlada por la lógica de la rentabilidad empresarial, que la supedita en todo momento a su «evaluación de los resultados»; y en segundo término, que la flexibilidad incluye otro componente radicalmente negativo: la precarización del empleo tanto en términos de la duración del contrato de trabajo como en las prestaciones salariales en salud, pensión, educación, vacaciones, etcétera. La flexibilidad se convierte así en el dispositivo de enganche del trabajo en las nuevas figuras de empresa. Pues, de un lado, al trabajador o empleado no se le permite la creatividad, no se le deja libre para que haga lo que quiera y de veras invente, sino sólo para que tenga la posibilidad de competir mejor con sus propios compañeros de trabajo; y de otro, la competitividad es elevada al rango de condición primera de existencia de las propias empresas.

El resultado ya palpable de esos cambios es la mengua o desaparición del vínculo societal —espacial y temporal— entre el trabajador y la empresa, afectando profundamente la estabilidad psíquica del trabajador: se acabó la posibilidad de hacer proyectos de vida (17). La crisis de identidad del trabajador tiene una de sus figuras más expresivas en ese paso del sujeto ejecutor de tareas trazadas por otros a la del individuo abocado a una permanente reconversión de sí mismo, obligado a tener iniciativa, a innovar, justo en un momento en el cual no solamente el mundo del trabajo sino la sociedad en su conjunto hacen del individuo un sujeto inseguro, lleno de incertidumbre, con tendencias muy fuertes a la depresión, al estrés afectivo y mental. Al dejar de ser un ámbito clave de comunicación social, del reconocimiento social de sí mismo, el trabajo pierde también su capacidad de ser un lugar central de significación del vivir personal, del sentido de la vida.

Nuevas figuras de profesional

Y cambian también las figuras del ejercicio profesional, cambio de formas en las que lo desfigurado es el fondo, como lo atestiguan los grupos/proyecto, los «círculos de calidad», en los que cada individuo es puesto a competir con otros individuos dentro de un grupo-proyecto, y cada grupo compite con otros grupos, no sólo fuera sino aun dentro de la misma empresa. En la estructura profesional de la empresa «tradicional» no había dos equipos haciendo lo mismo en situaciones que permitieran evaluar permanentemente cuál de ellos es el más competitivo. Ahora podemos afirmar que la libertad de hacer, la inventiva y la creatividad son incentivadas y a la vez puestas a prueba permanente-

(17) A. Giddes, *Modernidad e identidad del yo,* Barcelona, Península, 1997; Z. Bauman, *O malestar da pos-moderniade,* Zahar, Rio de Janeiro, 1999.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mente bajo el baremo de la competitividad. Y en condiciones de competitividad cada vez más fuerte, la creatividad se transforma, se traduce en fragmentación no sólo del oficio sino de las comunidades de oficio. El nuevo capitalismo (18) no puede funcionar con sindicatos fuertes, a los que vuelve no solamente innecesarios sino imposibles. ¿Por qué? Porque la verdadera iniciativa ahora otorgada al individuo consiste en responsabilizarlo en cuanto tal de las actividades que antes asumía la empresa: desde la formación o adquisición de competencias y destrezas hasta la duración del contrato de trabajo. Al ser puesto a competir con sus propios colegas y perder la seguridad del trabajo indefinido en la empresa, el sentimiento de pertenencia a un gremio, de solidaridad colectiva, sufre una mengua inevitable.

Resulta bien significativo que en español «competencia» nos sirva para hablar a la vez de los saberes/destrezas, y también de la lucha a muerte entre las empresas. Hoy esa confusión es aún más significativa, pues sus ingredientes nunca estuvieron tan inextricablemente mezclados. De la nueva enseñanza por competencias se empieza a hablar en la academia justo en el mismo momento en que la empresa ha hecho estallar el oficio de administrador o de ingeniero industrial para transformarlo en un número determinado de actividades desempeñables por competencias individuales. En la actual sociedad de mercado la nueva empresa, organizada por las competencias de los grupos-proyecto, hace imposible el largo plazo, tanto el de la pertenencia a una colectividad empresarial como el de la carrera profesional, dejando sin sentido a la empresa como comunidad y a la carrera profesional como temporalidad individual. En Silicon Valley, que no es nuestra sociedad pero constituye la punta de lanza de los cambios en este campo, el promedio de contratación de profesionales es de ocho meses, y aunque no sea nuestra realidad, ya lo están viendo como modelo no pocas de las transnacionales ubicadas en nuestros países, pues el nivel salarial tiene que ver cada vez menos con los años de trabajo en la empresa. Amigos en Colombia, en España y Francia, que llevan muchos años en la compañía son desalojados rápidamente de su empleo por jovencitos que acaban de entrar a trabajar ganando el doble que ellos. El valor del trabajo se divorcia así también del largo plazo y el largo tiempo de la solidaridad, para ligarse a una creatividad y una flexibilidad uncidas a la férrea lógica de la competitividad. □

(18) P. Drucker, *La sociedad poscapitalista*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

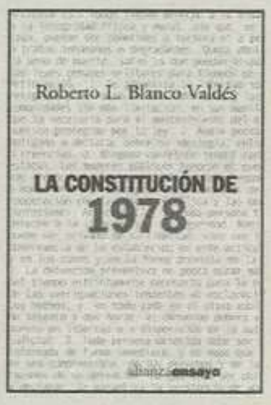
Alianza Editorial

Graciela Ben-Dror
La Iglesia Católica ante el Holocausto
España y América Latina 1933-1945

Guillermo de la Dehesa
Globalización, desigualdad y pobreza

Rafael Dezcallar
Tierra de Israel, tierra palestina
Viajes entre el desierto y el mar

Roberto L. Blanco Valdés
La Constitución de 1978



Juan Carlos Velasco
Para leer a Habermas

Adelina Sarrión
Beatas y endemoniadas
Mujeres heterodoxas ante la Inquisición
Siglos XVI a XIX

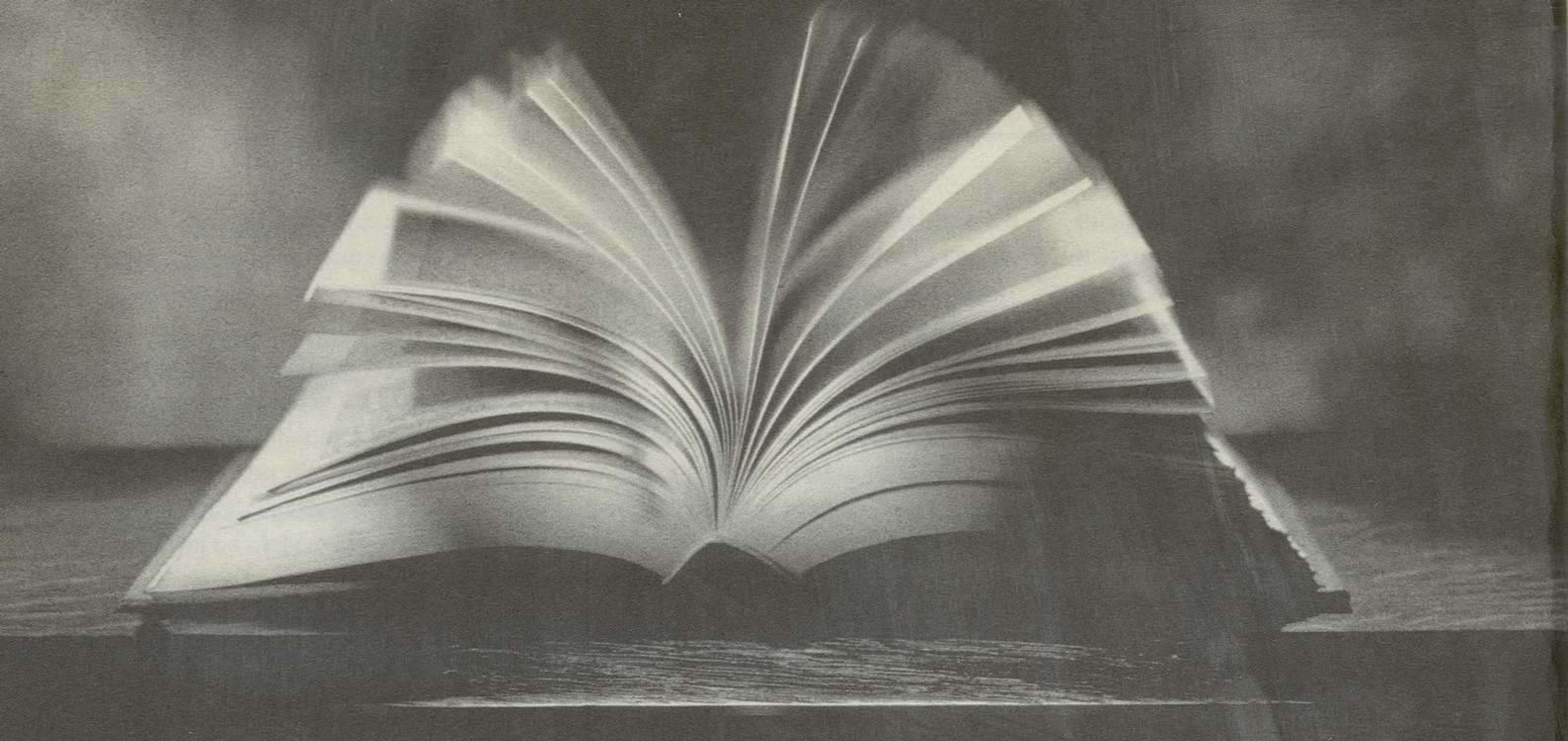
Manuel Castells
La era de la información
Vol. 3 El poder de la identidad
2ª edición

Pablo de Lora
Justicia para los animales
La ética más allá de la humanidad

Prólogo de Jesús Mosterín

Alianza Editorial
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 • 28027 Madrid • Tlf.: 91 393 85 90 • Fax.: 91 742 64 14 • www.alianzaeditorial.es

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



PAÍSES INVITADOS

Chipre Eslovaquia Eslovenia Estonia Hungría Lituania Malta Polonia

LIBRO LIBRE LIBER

Edición XXI

Feria Internacional del Libro

1 al 4 de octubre de 2003

MADRID - ESPAÑA

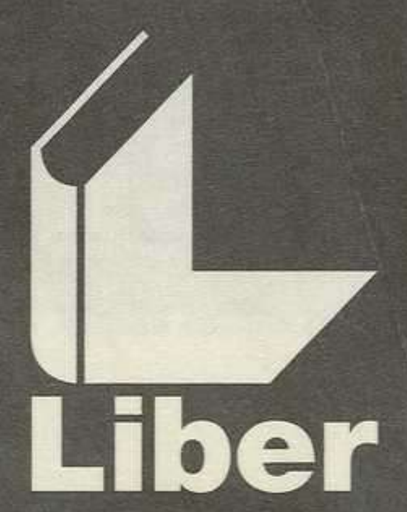
PATROCINADORES

- Ministerio de Educación, Cultura y Deporte Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
- Instituto Español de Comercio Exterior ICEX
- Comunidad de Madrid Consejería de las Artes
- Ayuntamiento de Madrid
- Centro Español de Derechos Reprográficos CEDRO
- Gremio de Editores de Madrid

COLABORA

- Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid

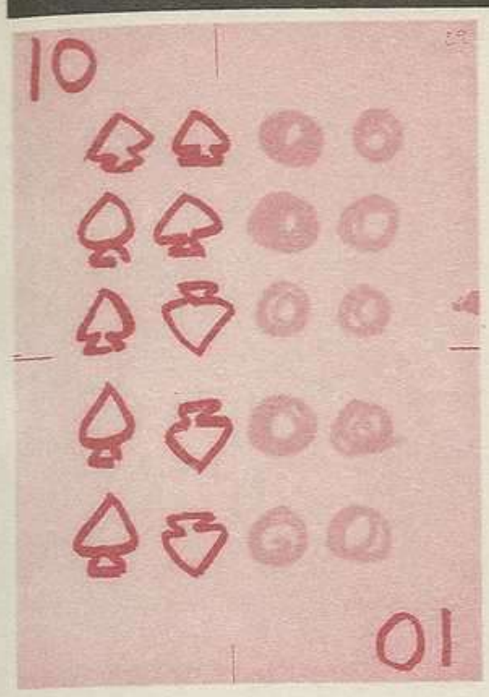
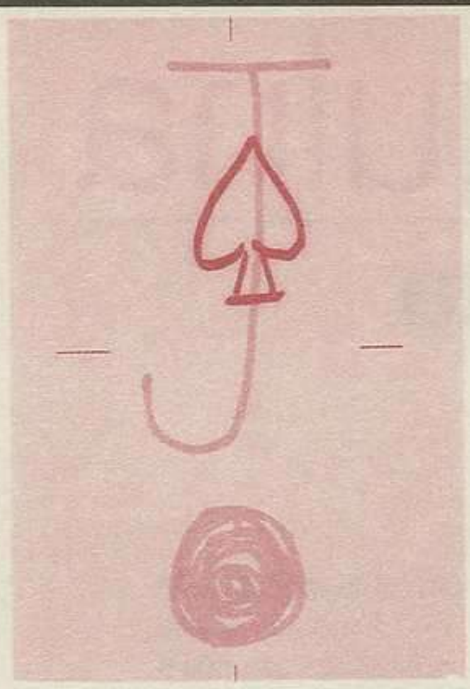
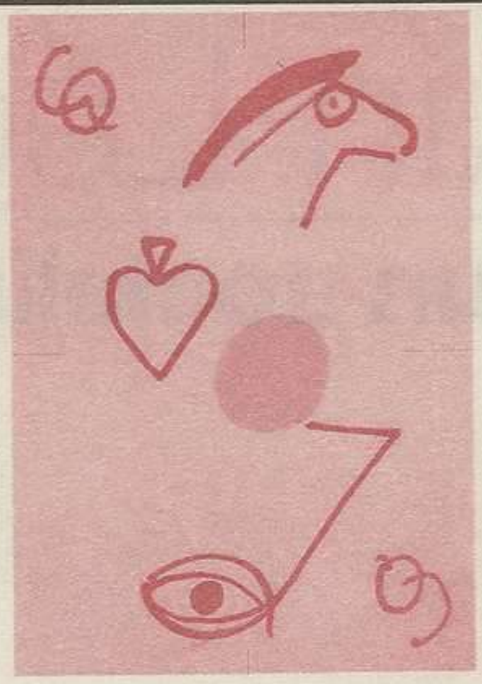
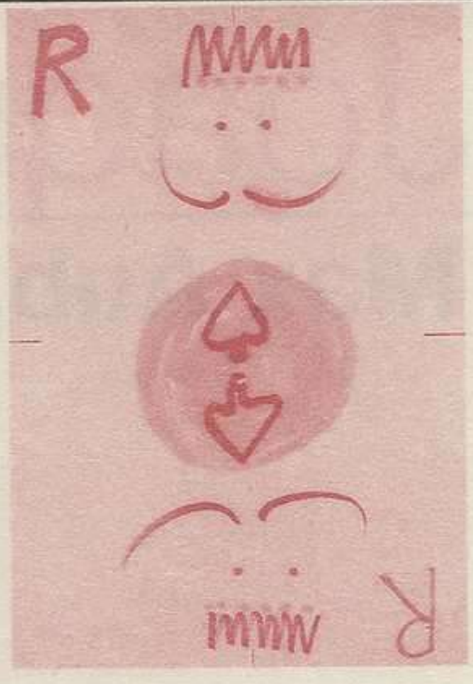
PROMUEVE



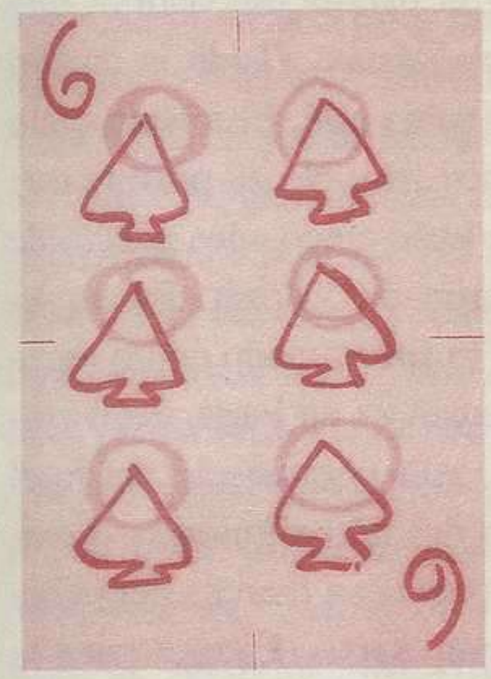
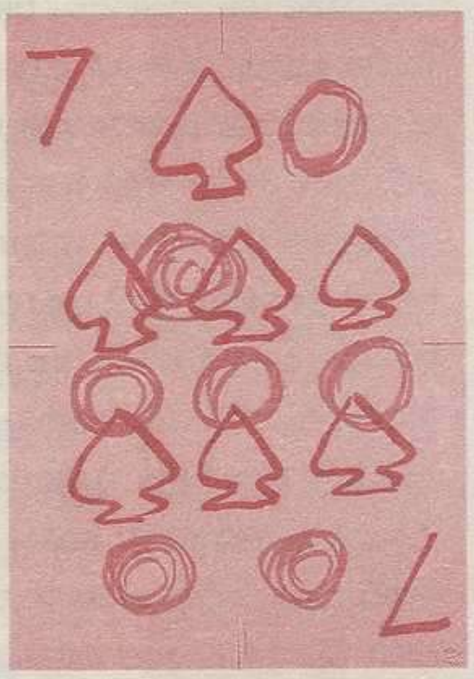
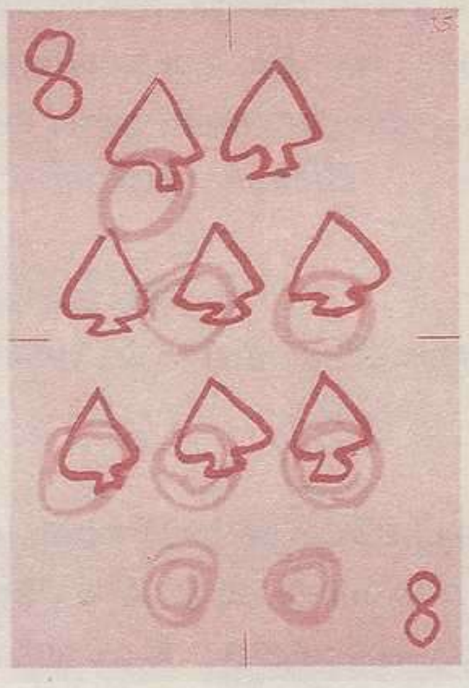
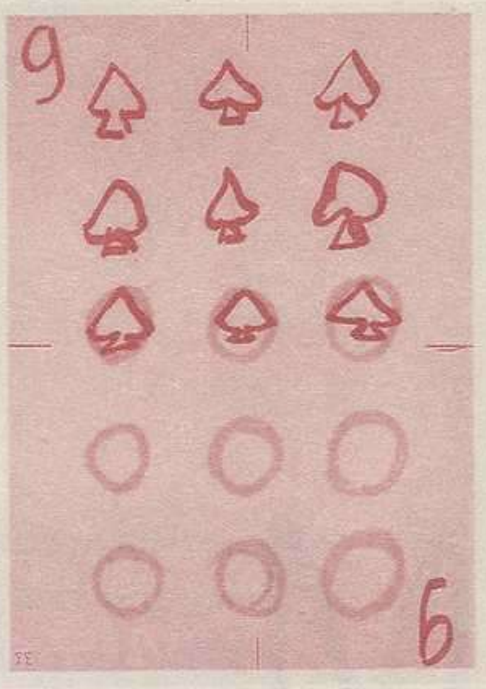
ORGANIZA

Parque Ferial Juan Carlos I
28042 Madrid
España/Spain
Tel.: (34) 91 722 53 59 / 50 00
Fax: (34) 91 722 58 04
E-mail: liber@ifema.es
www.liber.ifema.es

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

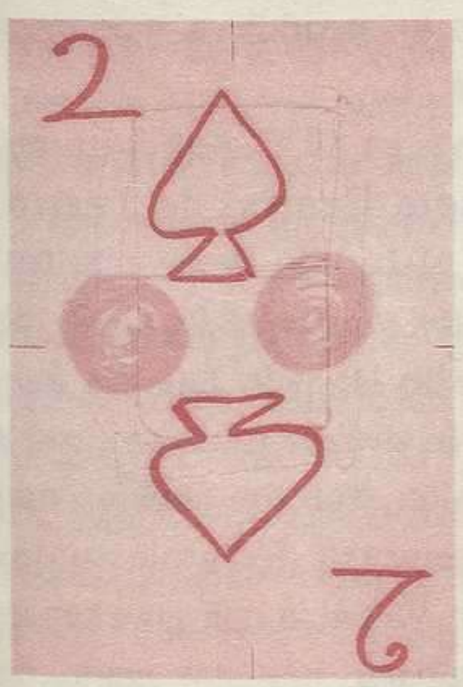
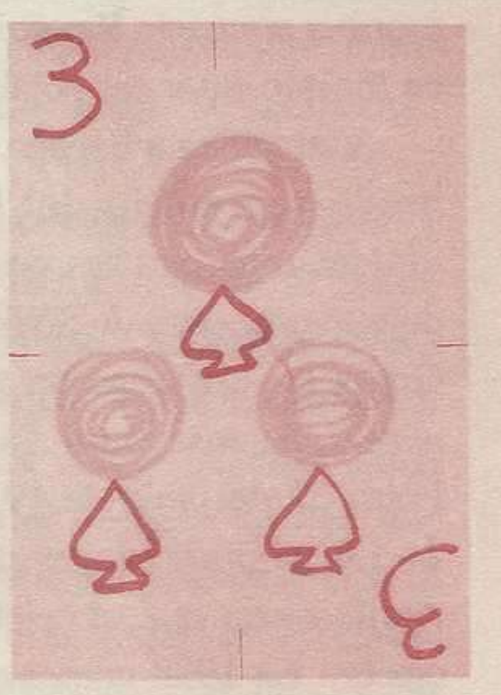
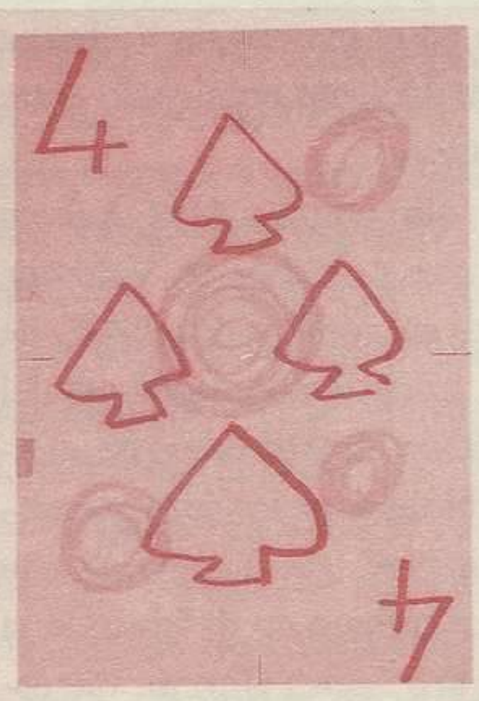
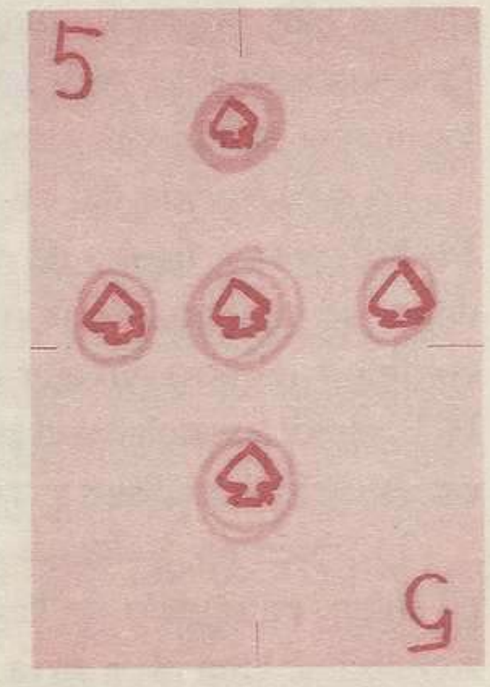
MAX AUB
Una voz del exilio

La celebración del centenario del nacimiento de Max Aub Mohrenwitz (París, 1903-Ciudad de México, 1972) ha hecho posible que en España, Francia y México, entre otros países, se hicieran exposiciones, organizaran conferencias o editaran de nuevo las obras de este escritor. A ese esfuerzo por revisar la vida y la obra de este poeta, narrador, ensayista, guionista de cine, dramaturgo e inventor de artistas, propiciado desde la Comunidad Valenciana por la Fundación Max Aub, se ha querido sumar LETRA INTERNACIONAL con este Cuaderno sobre el autor del ciclo de novelas *El laberinto mágico*.

Sacar a la luz el perfil del intelectual comprometido del primer tercio del siglo XX, del autor vanguardista de sus inicios literarios y del hombre perseguido por sus convicciones democráticas, ha sido uno de los retos de esta aproximación a Max Aub. Un reto que, por otra parte, hemos querido rubricar con unas cartas que dan testimonio de sus inquietudes en el exilio.

Desde aquí queremos dar las gracias a todos los autores que nos acompañan —Francisco Caudet, Eduardo Haro Tecglen, Fernando Huici, Joaquín Leguina, Gerard Malgat, Julio Pérez Perucha, Jordi Soler y Eduardo Vázquez— sin cuya generosa contribución desde Francia, México y España —lugares donde vivió y trabajó nuestro escritor homenajeado— no hubiéramos podido publicar este perfil de una de las voces más personales del exilio literario español.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Joaquín Leguina

Max Aub, un socialista

Mi socialismo nace de un sentimiento de solidaridad, de un deseo: que los que no tienen vivan mejor. No es esto una idea, sino un anhelo tan viejo como la sociedad. Al fin y al cabo, si mi obra tiene algún valor es como literatura. Si no vale como tal, las ideas que contiene mi obra están mejor en cualquier otro autor.

MAX AUB
Diarios, 25 de marzo de 1954.

Max Aub ingresó en el PSOE en 1927 y perteneció a este partido hasta su muerte, en 1972. Sin embargo, este aspecto de su vida, sin duda relevante, ha permanecido semioculto. En primer lugar porque su condición de escritor (de gran escritor) ocupa con razón la mayor atención y en segundo porque, aun estando al cabo de la calle de los avatares de su partido, nunca quiso entrar en las rencillas internas que tuvieron lugar durante aquellos años del exilio. «Max Aub inclina ligeramente su testa de morueco y contempla, tras sus gafas de miope, (...) cómo en un bar de México un largocaballerista suelta pestes de un socialista partidario de Negrín» (*La gallina ciega*).

Su activismo político y su presencia pública, en tanto que socialista, sí fueron notables, especialmente durante la guerra civil. Cuando ésta se inició, estaban traducidas al francés su *Fábula verde* y la obra teatral *Narciso*, próxima a estrenarse en aquel país. Otras obras habían recibido críticas muy positivas, incluso en el manual de Valbuena Prat aparecía Max Aub favorablemente enjuiciado entre los nuevos narradores y dramaturgos.

La sublevación del 18 de julio cogió a Max Aub en Madrid, pero a finales de ese mes ya estaba en Valencia, donde se encargó, precisamente en nombre del PSOE, de co-dirigir (el otro director era Josep Renau, militante del PCE, pintor y cartelista) el periódico *Verdad*, diario de unificación de los socialistas y comunistas a inicios de la guerra.

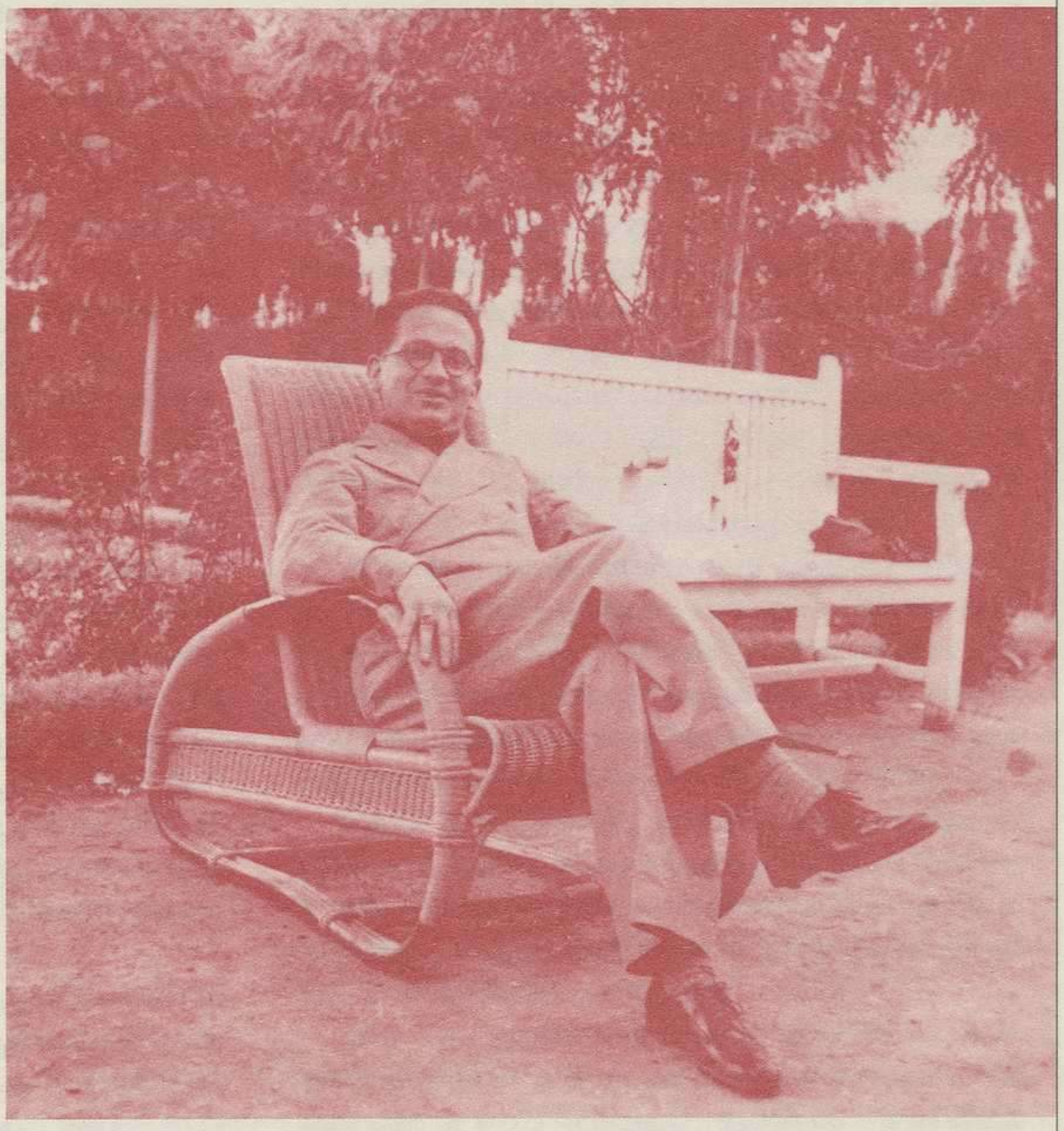
También en Valencia dirigió el teatro universitario El Búho, entregado de lleno al trabajo en defensa de la República. Una obra suya, *Pedro López García*, fue estrenada en la iglesia de los dominicos de Valencia, convertida en sala de actos culturales.

Mientras que el gobierno republicano salía de Madrid hacia Valencia en los primeros días de noviembre, Max Aub tomaba la misma dirección, pero en sentido inverso. Asistió, pues, a la batalla de Madrid, que frenó en seco a las tropas franquistas. «Toda la ciudad estremecida, esperando no se sabía qué. El mismo cielo gris que hoy, pero hacía menos frío. No es posible que hayamos perdido», recordaría justo cinco años más tarde en el campo de concentración de Vernet. En aquel mismo mes noviembre de 1936 fue enviado como agregado cultural a la embajada española en París, cuyo embajador era Luis Araquistain. Allí permaneció desde el 22 de noviembre hasta julio del año siguiente, trabajando muy activamente en la puesta en marcha del pabellón español que construyeron Sert y Lacasa para la Exposición Internacional de 1937. Max Aub, agregado cultural español en París, intervendría con una delegación hispano-francesa en la petición de obras para el pabellón español de 1937 a los artistas Alberto Sánchez, Alexander Calder, Joan Miró, Julio González y a Pablo Picasso, autor del *Guernica*, cuyos gastos materiales del mural le abonaría Aub en nombre del Gobierno español. Fue él quien escribió y leyó el texto de presentación el día de la inauguración. También se ocupó de algunos escritores españoles residentes en París que habían huido de España, entre otros, de Pío Baroja, que tan mal le habría de pagar, pese a que fue Aub quien lo mantuvo en el Colegio de España (en la ciudad universitaria de París), en contra de la opinión de Luis Araquistain, que lo quería expulsar y no sin razón, pues Baroja, en plena guerra, escribía contra la República en los periódicos argentinos en los que entonces colaboraba.

A su vuelta a España, todavía en 1937, Aub fue nombrado secretario del Consejo Central de Teatro. «Intentamos muchas cosas (...) Jacinto Benavente tradujo alguna obra de Shakespeare; yo adapté *La madre* de Gorka (...), estrené un propósito llamado *Las dos hermanas*. Se ensayó mi *Jácara del avaro*» (Aub en carta a Prats, 22 de junio de 1970). Max Aub fue también uno de los organizadores del Congreso de Intelectuales Antifascistas que se celebró en Valencia con gran repercusión. En 1938 comenzó a trabajar, muy entregado, en

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Max Aub en el balneario de Las Arenas
Valencia, ca. 1935
(Archivo Manuel García)



la filmación de *Sierra de Teruel*, la película de Malraux. Junto a todo el equipo de Malraux saldría de España el 1 de febrero de 1939.

Se me ha pedido que glose el socialismo de Max Aub y he aceptado en tanto que lector y admirador, pero debo advertir que no como estudioso o erudito. Quien quiera conocer el pensamiento político de Max Aub deberá leer sus obras y, en este punto concreto, también *Política y literatura en los ensayos de Max Aub,* de Manuel Aznar Soler. Los trabajos de Aznar Soler y *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub,* de Ignacio Soldevila, son, en todo caso, imprescindibles si se quiere entrar a fondo en el autor de *El laberinto mágico*. Por suerte, existe hoy una pléyade de estudiosos que vienen produciendo notables trabajos en torno a la figura y la obra del autor valenciano. Un español que lo fue por voluntad propia, desmintiendo con su actitud la sentencia pesimista según la cual «es español quien no puede ser otra cosa».

A la recuperación de la obra y la figura de Max Aub no es ajena la existencia de la Fundación Max Aub (de la que es un buen motor Miguel González Sanchis), con su correspondiente Archivo y Biblioteca y que, entre otras notables actividades, está publicando su obra completa. En el sentido expuesto más arriba, se me permitirá un breve excurso personal:

Cuando en los primeros meses de 1966 empecé a colaborar en Ruedo Ibérico, en la rue Aubriot de París, como «chica para todo» (redactor de Cuadernos, selección de textos, corrección de pruebas y hasta recadista), me compré —allí no se regalaban libros— *Campo francés*, que Ruedo acababa de editar —¡pero en una imprenta italiana!— con gran despliegue gráfico y con la calidad con la que trabajaba José Martínez, director, editor y alma de aquella editorial.

—¿Conoces a Max Aub? —me preguntó Martínez.

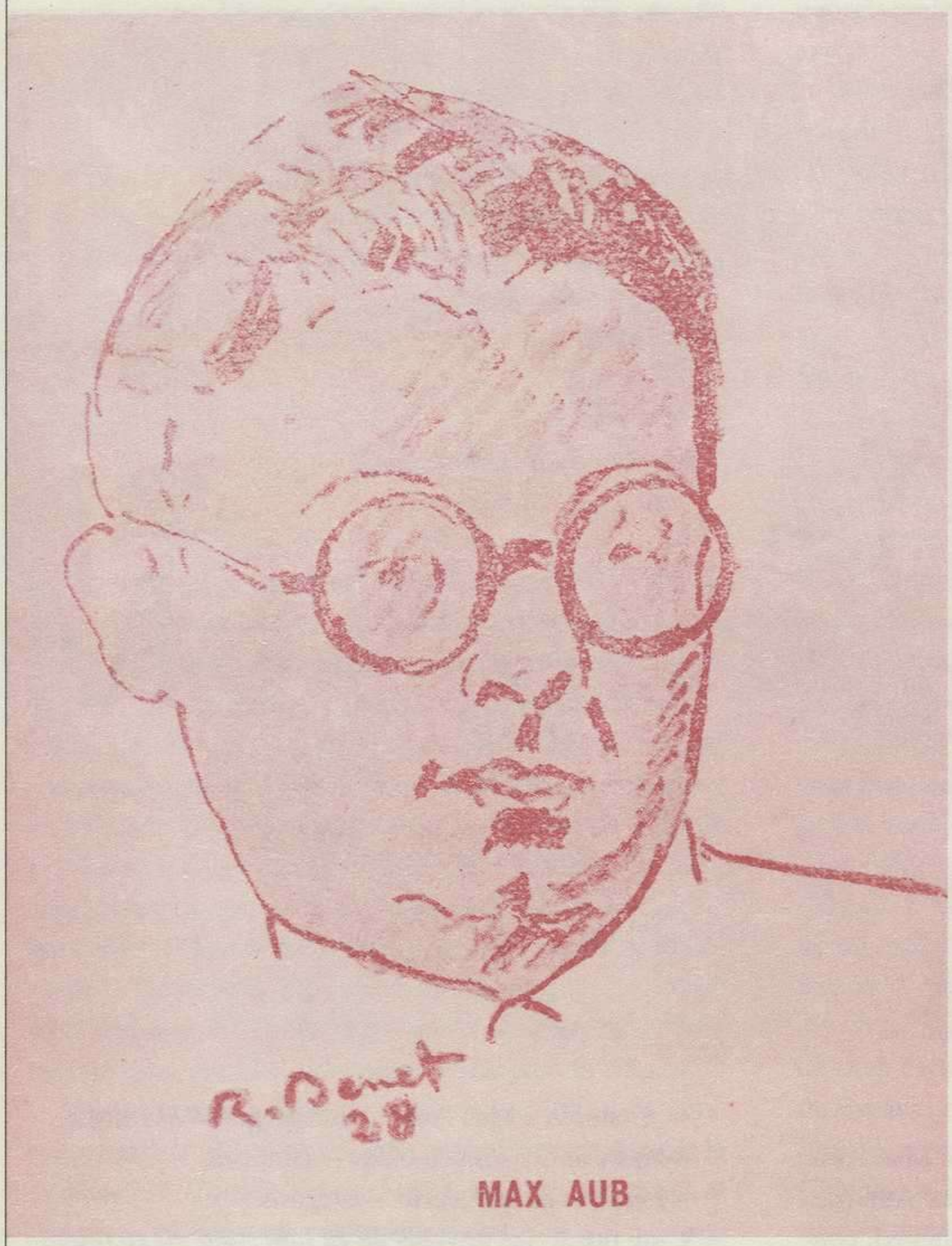
—Hasta ahora sólo de oídas —contesté.

—Pues tienes que leerlo —aseguró.

Y me prestó las novelas de *El laberinto mágico* que Aub había publicado en México y que José tenía en su casa de la rue Sommerard. Más que leer, devoré sin tregua aquellos libros y quedé sobrecogido y atado para siempre a ellos. Consciente de todo lo que nos había robado el franquismo, era yo una mínima muestra del daño infligido a un autor como Aub, pez obligado a vivir fuera del agua, privado de sus lectores naturales, los españoles de la guerra y, sobre todo, los que habíamos nacido después. Tampoco era cierto que los españoles quisieran tan sólo olvidar, también querían entender, y la prueba de ello fue el éxito que obtuvieron las novelas de José María Gironella (*Los cipreses creen en Dios* y *Un millón de muertos*); novelas que desde nin-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Rafael Benet
Max Aub, 1928
(Archivo Manuel García)



gún punto de vista le llegaban a la suela de los zapatos a las de Aub, pero, mientras aquél ganaba millones con sus obras vendidas en España, éste andaba lampando. Existe una entrada en los diarios de Aub, la del 24 de febrero de 1956, que se refiere a la novela de Gironella. «He podido leer 150 páginas de *Los cipreses creen en Dios*, no más, por falso. Los personajes que se mueven en una época que conozco, jamás pudieron ser así… Sin embargo —me dicen— el éxito es grande y hasta el *Times* le ha dedicado grandes y extensos elogios. He aquí —otra vez— el problema de la verdad y de la literatura (como literatura en sí, creo que la novela vale poco. ¿Importa?)».

Aub, por entonces, editaba a su cargo, viendo rechazada incluso su distribución. «Orfila (director del Fondo de Cultura Económica) me hizo saber que no distribuirá mis libros. Recurrí a Hermes (López Llausás, en Buenos Aires), no le interesa (…) Debiera desalentarme, pero no me desaliento. (De publicar, quizá; pero dependerá de las circunstancias)» (*Diarios*, 6 de julio, 1955). Y habló de sus novelas, pero qué decir de su teatro.

En efecto, Max Aub, que ya era un autor conocido y apreciado cuando estalló la guerra civil, se quedó sin oxígeno, como otros exiliados, cierto es. Pero lo más admirable es que siguiera escribiendo con la sola esperanza de que, más adelante, cuando fuera, le llegaría la hora del retorno y del reconocimiento… y llegó, pero él ya había muerto. «No sé de quién partió la pregunta —¿Por qué escribes?— ¿Yo?, contesté, para salvarme y ser famoso… Si miro muy a mis adentros no han cambiado nada las razones de mi empuje de escritor» (*Diarios*, 10 de noviembre, 1943). «Hay que escribir por algo y yo escribo por escribir» (*Diarios*, 12 de diciembre, 1950).

El calvario de Max Aub, entre el 1 de febrero de 1939, cuando abandonó España por Cerbére, junto con todo el equipo de la película de Malraux, *Sierra de Teruel*, y el 1 de octubre de 1942, día en que llegó a Veracruz procedente de Casablanca (ciudad que dio nombre a la película de Curtis que se estaba rodando en Hollywood entonces), no es muy diferente al de tantos republicanos españoles forzados al exilio y a la persecución («¡Qué infinitamente más largos, más llenos fueron para mí los años 1936 a 1942, que de 1942 hasta hoy!»). Mas, a diferencia de la mayoría de los trasterrados, Aub fue un hombre que asumió el oficio de mantener viva la memoria de la forma que mejor sabía: escribiendo. La memoria de la guerra civil y la del exilio y fue, a mi juicio, el más notable, al menos desde el punto de vista novelístico.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

A DIFERENCIA DE LA MAYORÍA DE LOS EXILIADOS, AUB ASUMIÓ EL OFICIO DE MANTENER VIVA LA MEMORIA.

«El exiliado vive siempre escindido; de los suyos, de su tierra, de su pasado. Y a hombros de una contradicción permanente, entre una aspiración a volver y a la imposibilidad de realizarla». Estas palabras son del también exiliado Adolfo Sánchez Vázquez, el filósofo, pero bien las podía haber suscrito Aub, a quien, en cualquier caso, le son estrictamente aplicables.

Durante los catorce meses que separan febrero de 1939 de abril de 1940, Max Aub, en el cuchitril de la calle Capitaine Ferber nº 7 de París, escribirá compulsivamente *Campo cerrado*, la primera novela de *El laberinto mágico*. «Me puse a escribir *Campo cerrado*, diez cuartillas diarias, por la mañana a mano, por la tarde a máquina. Ni cinco céntimos. La buhardilla; ya no recuerdo el papel que recubría la pared. Sólo aquella cocina de gas en la esquina. Empotrada. Y mis maletas y el triste catre. La mesa de pino y las hijas repartidas por los alrededores de París». (*Diarios*, 25 de mayo, 1951). Un «realismo testimonial» polifónico, dialogado, pero no autobiográfico, por eso, aunque el 18 de julio de 1936 Max Aub se encontraba en Madrid, en esta novela decidió centrarse en los acontecimientos que sucedieron aquel día en Barcelona.

A causa de una denuncia anónima que lo acusó de alemán, judío y peligroso comunista lo llevaron (el 5 de abril de 1942) al estadio Roland Garros, convertido en lugar de internamiento. A finales de mayo ingresó en el campo de concentración de Vernet d'Ariège, que pudo abandonar a finales de noviembre gracias a los buenos oficios de Gilberto Bosques, el cónsul mexicano en Marsella. Pero el 5 de junio de 1941 fue detenido otra vez y llevado a la cárcel de Niza, donde permaneció poco tiempo. El 3 de septiembre, otra denuncia anónima lo llevará por segunda vez al campo de Vernet, de donde será trasladado al puerto de Vendrès y desde allí hacia Argelia, en las bodegas del carguero *Sidi Aïcha*. Durante esa travesía concebirá *San Juan*, la obra de teatro que terminó en México y que se estrenó veintiséis años después de su muerte. Desde diciembre de 1941 a julio de 1942 estuvo en el campo de concentración de Djelfa. «Gracias a México y a sus hombres, logré, tras muchos avatares, embarcar en Casablanca el 10 de septiembre de 1942 a bordo del *Serpa Pinto*». Once días después llegó a Veracruz.

La triple denuncia, quizá no tan anónima (1), eficaz en la Francia anterior a la ocupación, de alemán, de judío (bajo Vichy, que había publicado ya sus leyes antisemitas en octubre de 1940) y de comunista (pese al pacto germano-soviético) colocaba a Max Aub en una situación auténticamente kafkiana, porque él no era ninguna de las tres cosas. En efecto, aunque parte de su familia fuera alemana y él hablara aquel idioma, Aub, que había nacido en París (dato que entonces se negó a usar en su propio beneficio), tenía decidido y bien decidido ser español y aunque de origen judío, no lo era ni por religión ni por convicción. Y en fin, tampoco fue nunca comunista, aunque siempre se negó a aparecer en público como anti-comunista.

«Qué daño me ha hecho (...) el llamarme como me llamo (...) el haber nacido en París y ser español, tener padre español nacido en Alemania, madre parisina, pero también de origen alemán y de apellido eslavo, y hablar con este acento francés que desgarra mi castellano, ¡qué daño me ha hecho!» (*Diarios*, 2 de agosto, 1945).

«¿Qué soy? ¿Alemán, francés, español, mexicano? ¿Qué soy? Nada. ¿De quién la culpa? ¿Cómo culparme? Y, sin embargo, latente, esa punzadura, ese veredicto: culpable» (*Diarios*, 22 de enero de 1956, día en que obtuvo la nacionalidad mexicana).

Max Aub tampoco era judío ni se sentía tal. «Creí que tenía algo de judío no por la sangre (que, pobrecita, ¿qué sabe de eso?) sino por la religión de mis antepasados —mis padres no la tuvieron— y vine aquí [a Israel] con la idea de que iba a resentir algo, no sé qué, que me iba a enfrentar conmigo mismo. Y no hubo nada... No, no tengo nada de judío. Lo siento, pero no puedo llorar, me son extraños, tanto o más que los noruegos o los turcos». (*Diarios*, 12 de enero, 1967).

Obvio es decirlo, Max Aub tampoco era comunista. Es más, su actitud crítica con los comunistas, tan estalinistas entonces, le trajo graves problemas y no pocos desencuentros y distancias con personas, exiliadas como él, a las que había querido mucho, a las que siguió que-

(1) «José María Rancaño me confirma que N, tal como supuse en 1940, en Marsella, era un traidor. Lo que me confirma de que la mayoría de mis desdichas provinieron de él y de mi insensata insultada en plena calle, cuando topé con él, dos días antes de que me volvieran a meter en Vernet» (*Enero en Cuba*). El investigador segorbino José Luis Morro afirma que el nombre de N era Félix Nogués. Aub lo ha retratado *in extenso* como López Mardones en *Campo de sangre*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

AUNQUE NO ESTABA SOLO, AUB SINTIÓ LA SOLEDAD DE QUIEN NADA Y PELEA CONTRACORRIENTE.

riendo a pesar de todos los pesares. Sus diarios están plagados de referencias y reflexiones a este respecto. Como republicano y socialista, en nada comulgante con la política norteamericana de la época, que nunca quiso oír los cantos de sirena, por ejemplo, de las agencias culturales («el congreso para la libertad en la cultura») convenientemente engrasadas por el Departamento de Estado, se encontró entre la espada y la pared, con un dilema. «El hombre de nuestro tiempo —dicen— está forzado a escoger entre dos soluciones políticas contrapuestas (...) Para nosotros, españoles republicanos, se añade el dilema de nuestra situación especial. Es evidente que la política de los Estados Unidos es favorable a Franco y que la de la URSS le es contraria (...) Pero ¿será cierto que debemos escoger? ¿No existe la posibilidad de un mundo donde se dé a la Igualdad lo que es de la Igualdad y a la Libertad lo que es de la Libertad?» («El falso dilema», en *Hablo como hombre*).

Pese a todo y para más *inri*, el sambenito de comunista, que le había colgado el Gobierno colaboracionista de Vichy, perseguirá a Max Aub durante años. Cuando en 1951 solicitó el visado para viajar a Francia con intención de ver a su familia, le fue denegado ¡a causa de la ficha política que le había hecho la policía colaboracionista! La carta que Max Aub escribió el 22 de febrero de 1951 a Vincent Auriol, entonces Presidente de la República Francesa, no tiene desperdicio (*Hablo como hombre*).

El PSOE, que había salido destrozado de la guerra civil, siempre acogió sus escritos en *El Socialista*, pero el socialismo, que arrastraba la división producida durante la guerra (Prieto, Negrín, Largo Caballero, Besteiro…) careció de la patria de la que hacían gala los comunistas españoles: la URSS, y, aunque Max Aub no estaba solo, él sintió con frecuencia la soledad de quien nada y pelea contracorriente. Que, al final, fuera él (y con él tantos otros) quien tuviera la razón de la razón y la razón histórica, poco consuelo debió de representar para él pues, además, murió cinco años antes de que se celebraran en España las primeras elecciones libres tras un paréntesis de cuarenta y un años y cuatro meses. Pero no se trataba tan solo de una posición política, tenía también que ver con su oficio, con su propia vida de escritor. «Ahí es nada: decidir por decreto que la música de Prokofiev y Shostakovich es mala y hay que hacer otra» (respecto a un comunicado del Comité Central del PCUS, *Diarios*, 25 de abril, 1948). «Pero, ¿qué te has creído? ¿Que soy un propagandista político o un escritor? ¿Qué me reprochas? ¿Qué mis personajes se mueven por resortes sentimentales y no políticos? Echa una mirada a la estantería: Tolstoi, Balzac, Cervantes, Vigry, los setenta tomos de Rivadeneyra… ¿qué escritores están con vosotros? ¿Neruda, Amado, Fast? ¿Queréis que hagamos una lista de los que no lo están? (…) Pedís unidad y desunís. No queréis más unidad que la que está bajo vuestra égida» (*Diarios,* 16 de mayo, 1951). «O se es jesuita o se es escritor; o se es comunista o se es escritor. No se puede ser escritor comunista, a lo sumo comunista escritor, lo que es muy distinto» (*Diarios*, 24 de marzo, 1951) «Ahí está la obra *política* de vuestros escritores. ¿Qué vale? Bien poco… Los grandes cantos civiles de nuestro mundo no fueron escritos por consigna ni son consecuencia de limaduras de comités, centrales o no. Ahí reside, a mi juicio, una de las grandes equivocaciones de la política comunista» (*Diarios*, 27 de junio, 1951). «Conversación con Rejano acerca de *Campo abierto* que ha leído —le di el libro anteayer— hasta la mitad. Me reprocha haber descrito escenas que políticamente —según él— nos pueden perjudicar. Callo. ¿Para qué discutir? Sé lo que me contestaría si le dijese que de su posición se desprende la mediocridad de la literatura soviética» (*Diarios*, 19 de febrero, 1952). «La imposibilidad de entenderse con los comunistas reside en que, para ellos, todo es política; es decir, movible, inseguro, sujeto a rectificación si viene al caso. No les importa más que el poder. Muy poco lo demás» (*Diarios*, 5 de diciembre, 1955).

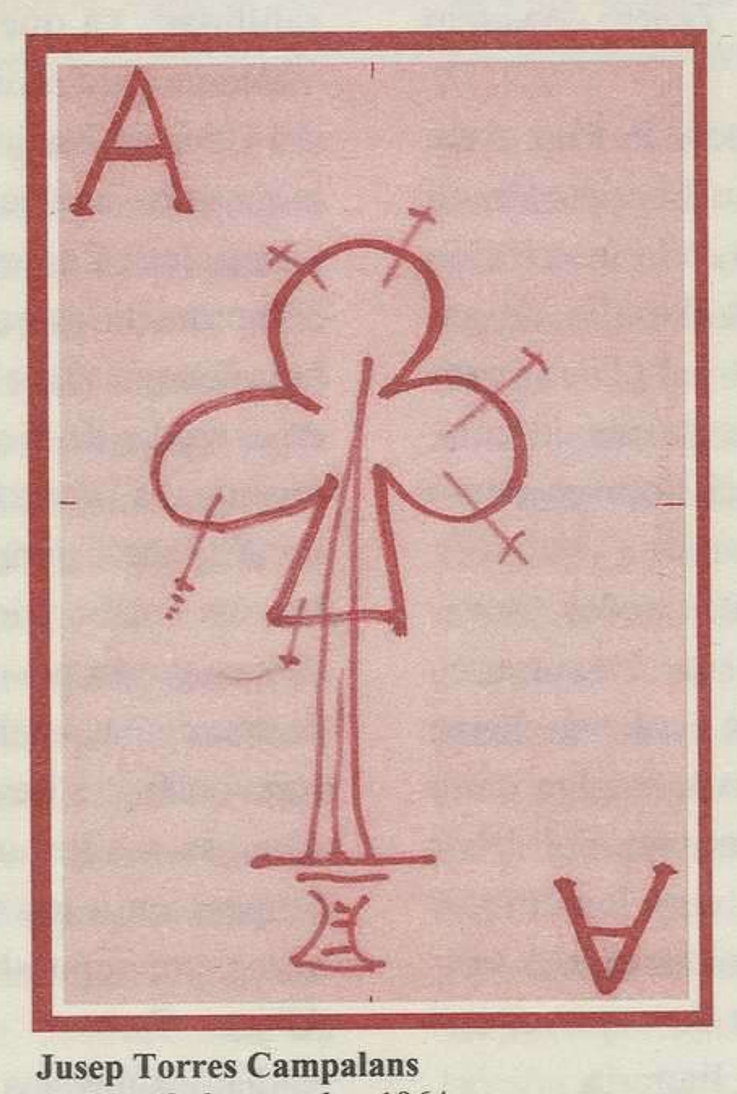
Pero, ¿qué clase de socialista era Max Aub? Su socialismo hundía las raíces en la Ilustración y en las revoluciones liberales y habría de servir para construir una sociedad democrática con una economía fuertemente socializada. «Lo que obsesiona a éstos [al Gobierno norteamericano] es la solución social, la desaparición del capitalismo privado y esto es lo que a nosotros nos parece bien» (*Diarios*, 24 de julio, 1954). «No admitiré nunca, creyendo como creo en el progreso, que se sacrifique la libertad en pro de un porvenir que sé que no será más que un eslabón de un estadio futuro» (*Diarios*, 5 de abril, 1952).

En tanto que escritor, Aub no podía separar la política de la ética y lo repitió hasta la saciedad: «Un inte-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

lectual es un hombre para quien los problemas políticos son morales; puedo ensanchar esa ancheta: no sólo los políticos, todos» (*Diarios*, 24 de julio, 1954).

Como militante del PSOE, Aub, a diferencia de otros, nunca se dejó arrastrar por los cantos de sirena de cualquier tentación totalitaria y vivió tiempos muy duros, durante los cuales esas tentaciones llamaban a la puerta con insistencia. En este sentido, bien se le pudiera aplicar la frase de Indalecio Prieto: «Soy socialista a fuer de liberal», pero lo tomaría por ofensa, pues Aub despreciaba a Prieto hasta límites inconcebibles, a consecuencia, muy probablemente, de la actitud de Don Indalecio tanto durante la guerra como después, en su exilio mexicano. «El pacto Prieto-monárquicos (...) Dos años perdidos por ese deshacedor de lo que toca, disolvente asqueroso, mal de España. Ahora que logra lo que la ONU propuso hace dos años, los gringos dirán que quieren otra cosa, que aquello ya no sirve. Y allí Prieto, hecho papilla, inventará otro truco para seguir mangoneando, hurgando para nada. Dolor» (*Diarios*, 9 de octubre, 1948). «Folleto de Indalecio Prieto (*Yo y Moscú*) acerca del libro de Jesús Hernández (*Yo fui ministro de Stalin*). Basura sobre basura... y esa insensatez: ¡asegura que los soviéticos no enviaron suficiente material a España porque él no quiso trabajar de consuno con ellos! Si fuese verdad resultaría él culpable de la derrota, por motivos puramente personales... Prieto es uno de los hombres más funestos que ha tenido España» (*Diarios*, 7 de mayo, 1953).



Jusep Torres Campalans
As de trébol y espadas, 1964
(Generalitat Valenciana. Fundación Max Aub, Segorbe).

Palabras mayores, ¿fruto de las convicciones o del enfado? Quizá también de algún resquemor personal («la culpa que —Prieto— tuviera en mi odisea»). Un menosprecio alimentado, sin duda, por el viejo, doloroso y terrible divorcio entre Prieto y Negrín. Max Aub siempre comulgó con este último y, probablemente, también con Álvarez del Vayo (a ambos los trataba desde los años 20 en la tertulia del Regina madrileño). «Cena con Negrín (...) se acusa a sí mismo de no haber estado a la altura de las circunstancias. Habló de Prieto y de la culpa que tuviera en mi odisea. No lo puedo culpar —dice Negrín—, le tengo que perdonar, porque yo soy responsable de no haber hecho con él lo que Clemençeau hizo con Bolo Pachá» (*Diarios*, 3 de noviembre, 1952).

Pese a la división de la diáspora, pese a su amarga visión acerca de algunos líderes, como Prieto, Max Aub nunca tiró la toalla y siguió en el PSOE, incluso colaborando en las publicaciones partidarias, por ejemplo en *El Socialista*, cuando alguien se lo demandaba, aunque su opinión acerca de la organización del partido que él conocía, la del exilio mexicano, no era precisamente piadosa. «Los socialistas son gentes para los cuales la vida política se reduce a las elecciones, las preferencias, las zancadillas, los dimes y diretes, la antigüedad en el partido... eso arriba. Y la base inficionada. La vida les tiene sin cuidado, dejan toda libertad al correligionario para que sea un sinvergüenza. ¿Qué es un partido sino una norma de vida? (...) hay que cambiar todo esto» (*Diarios*, 24 de marzo, 1941).

Muchos años después, en 1969, cuando vuelve a España (viaje recogido en *La gallina ciega*) va a expresar su profundo pesimismo acerca, entre otras cosas, de las posibilidades de cambio que pudieran albergar los jóvenes españoles de entonces, socialistas o no, y, aunque las cosas se estaban moviendo, también en el interior del PSOE (o en el PSOE del interior), Max Aub no las percibió. De hecho, en *La gallina ciega* tan sólo hay algunas, pocas, referencias personales a dos socialistas del interior. Unas dedicadas a Luis Martín Santos, que entonces ya había muerto, para elogiar repetidamente su novela *Tiempo de silencio* y otras para citar, de pasada, a Tierno Galván.

Seis años después, los socialistas del interior, aunque no sólo ellos, iban a reconstruir su partido sobre unas bases ideológicas y políticas que Aub hubiera aplaudido, pero su maltratado corazón no le permitió llegar a verlo. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Gérard Malgat

Max Aub y Francia

Del laberinto histórico al laberinto literario

El autor se siente prisionero de sus historias,
no sabe cómo salir del laberinto.

Campo de los almendros

Al fin y a cabo, lo de mi teatro histórico,
como es natural, no lo escribí yo
sino que me lo escribieron.

Teatro completo

Estas citas sintetizan la trayectoria de Max Aub, tanto en lo que se refiere a su implicación en los eventos del siglo XX como en la inscripción de su obra en esta literatura en el exilio, desgarrada de su crisol fundamental. Ambas se aplican particularmente al periodo del cual tratamos en este artículo, periodo crucial, decisivo tanto para el hombre como para su obra.

En febrero de 1939, Max Aub piensa poder encontrar refugio en París, su ciudad natal. Pero va a entrar en un laberinto cuya única salida posible será marcharse hacia México. Con este exilio, definitivo, la obra entra igualmente en el laberinto, el del testimonio, del deber de «dar cuenta» al cual Aub se aferra hasta los últimos años de su existencia. Recordemos los principales episodios de esos años 1939-1942, antes de entrever sus consecuencias y resonancias en su obra literaria.

PARÍS-MARSELLA-DJELFA:
DE LA EMBAJADA A LA ALAMBRADA

El golpe de Estado franquista de julio de 1936 significa para Max Aub lo mismo que para muchos intelectuales españoles —artistas, escritores, científicos—: un trastorno en su vida. El «señorito» —calificativo que se atribuye a sí mismo—, que dedicaba su rentable oficio de viajante de comercio a su insaciable apetito de cultura y a su firme vocación de escritor dramático, decide comprometerse para defender la República: «Nos comprometimos en todo el sentido de la palabra; en el sentido de que uno firma un compromiso: uno va a una mesa, delante de un señor que tiene galones, y uno firma... ¡Y todos firmamos!» (1). En 1936 primero y luego en 1939, aquel compromiso trae y vuelve a traer a Aub a Francia, pero con modalidades muy distintas: en sólo tres años pasa del estatuto de diplomático al de refugiado y rápidamente al de víctima.

Diciembre de 1936: Aub es nombrado agregado cultural en París, al lado de su amigo José Gaos, con el fin de preparar la participación del gobierno legítimo en la Exposición Internacional de las Artes y Técnicas. Durante los pocos meses en los cuales ejerce esa responsabilidad, ya que desde agosto de 1937 es llamado a Valencia para asumir con Antonio Machado los destinos del Consejo Nacional del Teatro, Aub traba amistad con numerosos intelectuales franceses —Louis Aragon, Jean Camp, Jean Cassou, André Chamson, Andrée Viollis...— comprometidos en la solidaridad con la República española. Luego viene la propuesta de Malraux de secundarle en el rodaje de *Sierra de Teruel*. El autor de *La condition humaine*, a la vez que fundador de la admirada escuadrilla «España», tiene un enorme prestigio que repercute sobre sus colaboradores. Pero para Aub esta notoriedad se va a convertir pocos meses después en sospecha y motivo de acusación, según lo que él escribe en su diario: «Nadie supo quién era hasta que Malraux se decidió —a mi gran sorpresa— a llevarme con él para hacer *Sierra de Teruel*. Empezaron a tenerme por comunista (menos los comunistas, por supuesto) y así quedé para mejor vocación en África» (2).

En los últimos días de enero de 1939, el avance inexorable de las tropas franquistas obliga a Malraux y a Aub a interrumpir el rodaje de la película y a replegarse hacia Francia. Max Aub llega a París, donde vuelve a encontrarse con Perpetua Barjau, su mujer, y sus tres hijas. Alquilan una modesta habitación abuhardillada situada en el número 7 de la calle del Capitaine Ferber. Durante los meses siguientes, Max Aub se esfuerza en regularizar la situación de la familia, ya que para quedarse en París necesita una autorización de residencia en el departamento del Sena. Con el apoyo del escritor

(1) Palabras sacadas de una entrevista radiofónica de Max Aub, realizada en 1967 por su amigo André Camp para la Radio nacional France-Culture.

(2) Joaquina Ródriguez Plaza y Alejandra Herrera, *Relatos y prosas breves de Max Aub*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993, pág. 24.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

André Malraux a su llegada a Madrid, Hotel Florida, 21-7-1936 (Archivo General de la Administración Civil del Estado)

André Chamson, miembro del gabinete de la Presidencia del Consejo y del diputado y ex ministro socialista Léo Lagrange, Aub presenta una solicitud de estancia en la capital. Puede argumentar con la carta que le envió Cipriano Rivas Cherif avisándole del acuerdo de Manuel Azaña para que se encargara de la edición francesa de sus obras (3). Su situación, muy precaria, obliga a los Aub a confiar a sus hijas a familias obreras de las cercanías de la capital.

Después de haber terminado el montaje de *Sierra de Teruel* en los estudios de Joinville, Aub quiere volver a la escritura y se dedica a la redacción de *Campo cerrado*. Tiene ganas también de volver al teatro y escribe un monólogo en un acto, titulado *De algún tiempo a esta parte*, en el cual, por la voz de la protagonista Emma, Aub describe la violencia antisemita que se desencadena en Austria y va a prosperar en toda Europa. En septiembre, el gobierno Daladier, que no quiere chocar con las susceptibilidades del nuevo poder instalado en Madrid, instaura la censura y prohíbe el estreno de *Sierra de Teruel* (4). Malraux quiere mandarla a México, el país más abierto y solidario con los republicanos españoles. Piensa en confiar esta misión a Max Aub, quien solicita un visado a las autoridades mexicanas.

El invierno de 1939-1940 está cargado de tristeza y de soledad: Aub constata con dolor que «desde la pérdida de la guerra no se ha levantado una voz, desde la emigración, no se ha publicado nada contra la dictadura que destroza, desentraña y desangra a España. Sólo se oyen voces de unos vencidos contra los otros» (5). Su soledad se acrecienta con las salidas sucesivas de varios de sus amigos (Bergamín, Ímaz, Masip...) que han decidido irse de Europa para México, Argentina o Chile. Max Aub no se conforma con tal elección, ya que se siente completamente vinculado a Europa: «¿Qué vamos a hacer?: esperar. Las organizaciones de refugiados: huirlas. ¿Irse a América? ¿Para qué? Uno es de Europa, ¿qué se nos ha perdido allí? Nadie me ofrece irme, dicho sea de paso» (6).

La primavera de 1940 y su *dróle de guerre* traen a Aub la esperanza de que se concreten dos proyectos editoriales en los que participa, en relación con Negrín y el Gobierno español en el exilio. Trabaja con André Malraux para publicar en la editorial Gallimard una colección de clásicos españoles. Con Jean Cassou y Léon Pierre-Quint, responsable de la editorial Sagittaire, colabora al lanzamiento de una colección dedicada a los países de Europa ante la guerra.

Pero un engranaje policial ya se ha puesto en marcha después de que el franquista Lequerica, embajador de España en París, haya recibido una denuncia anónima en la que se presenta a Max Aub, con «nacionalidad alemana. Nacionalizado durante la guerra civil. Actividades: comunista y revolucionario de acción (...) sujeto peligroso» (7). Al margen de esta hoja manuscrita, otra mano añadió «judío» junto al nombre del es-

(3) Todas las informaciones biográficas están sacadas de la tesis *¿Max Aub y Francia o la esperanza traicionada?* presentada en la Universidad de Paris X-Nanterre en julio de 2002, por el autor de este artículo.

(4) *Sierra de Teruel*, que en su versión francesa se titula *L'Espoir*, no será estrenada sino en 1945.

(5) Max Aub, *Diarios, (1939-1972)*, edición de Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba Editorial, 1998, pág. 39.

(6) Max Aub, *Diarios, (1939-1972), op.cit.*,pág. 186.

(7) Esta denuncia está conservada en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. Caja N° 1780.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Max Aub
París,
1937
(Archivo Manuel García)

critor. Inmediatamente las autoridades francesas toman en cuenta esta denuncia y difunden un telegrama de «aviso de búsqueda». Aub es detenido la mañana del 5 de abril y trasladado al día siguiente a Roland Garros, estadio convertido en campo de tránsito. Aub pide ayuda a Jules Romains, a André Malraux y a Julián Zugazagoitia, que vive refugiado en París, sin obtener resultado. El 30 de mayo es trasladado al campo del Vernet d'Ariège donde, según su testimonio, «heredé, llegando al Vernet, el colchón de Arthur Koestler... Koestler cuenta su vida en el Vernet, yo conté mi vida en el Vernet y, lo que es bastante divertido, es que hablamos naturalmente de nuestros amigos de derecha y de izquierda, puesto que los tres dormíamos en sólo un metro y veinte, más o menos» (8). El 21 de noviembre Aub es liberado y asignado a residencia en Marsella.

Zambullido en una ciudad repleta de millares de perseguidos que tratan de embarcarse hacia las Américas, Aub no va a quedarse inactivo en la lucha antifascista.

(8) Entrevista radiofónica de 1967, *op. cit.*

Gilberto Bosques, que dirige el consulado de México, y Margaret Palmer (amiga de la familia Aub desde los años 30 en Valencia) que trabaja en el Centro Americano de Ayuda, le otorgan dos misiones oficiales: agregado de prensa del consulado de México y colaborador del Instituto Carnegie en Pittsburg. Al amparo de estas misiones, ambas ficticias, Aub se esfuerza en reanudar contactos con André Malraux y su compañera Josette Clotis, con Jean Cassou, Louis Aragon, y con responsables republicanos españoles escondidos en la ciudad. Además, Max Aub puede hacer de «enlace» entre el consulado mexicano, el Centro Americano de Socorro y el HICEM, organismo judío de ayuda a la emigración.

¿Es uno de sus oficios de enlace lo que le conduce a Niza los 3 y 4 de junio del 41, para entrevistarse sucesivamente con Matisse, Malraux, Aragon y Gide? A pesar de que Aub haya obtenido un salvoconducto para este viaje, es detenido en Niza. ¿El motivo del arresto? Quizá éste: «Haber estado con Malraux para ver cómo luchábamos contra unos agentes de la policía de Vichy que se habían infiltrado en las organizaciones de resistencia españolas y viendo cómo podía esconder un tanque (no invento)» (9). Este nuevo encarcelamiento alimenta la máquina policial, que produce nuevos informes para elaborar el perfil de «su» Max Aub, peligroso activista comunista culpable de haber tomado la palabra en una reunión en La Mutualité y de haber recaudado dinero en la vía pública el primero de mayo... Esta identidad ficticia, creada con la terquedad impuesta por una institución policiaca entonces obsesionada por el «peligro rojo» y las «actuaciones antifrancesas», dejará huellas en lo más profundo de su ser, con su carga de heridas interiores frente a las muchas arbitrariedades y persecuciones sin motivo. Eso influirá también sobre sus concepciones filosóficas y las relaciones —paradójicas— que establecerá su obra literaria con la verdad de la ficción y lo falso de lo real de esta «realidad», producida por los servicios represivos de un Estado hundiéndose en la colaboración con el odio nazi.

El 5 de septiembre de 1941, una nueva orden de reclusión lleva a Aub otra vez al campo del Vernet y el 27 de noviembre es embarcado en las bodegas del *Sidi-Aïcha*

(9) Carta de Max Aub a Rafael Prats Rivelles, fechada el 12 de agosto de 1970.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

«CAMPO FRANCÉS» ES UN DIARIO DE LA DESDICHA Y DE LA PERSECUCIÓN POLICIAL.

para ser conducido, vía Argel, al campo de Djelfa. Como otros campos instalados en el sur argelino, Djelfa está destinado a aislar a los «activistas» políticos considerados como peligrosos en la metrópolis, así como a los hombres que lucharon en las Brigadas Internacionales durante la guerra de España. Max Aub va a salvarse de este sórdido campo, en el cual las pésimas condiciones de vida provocan una alta mortalidad, gracias a los esfuerzos conjugados de Gilberto Bosques y de Margaret Palmer quien, habiendo regresado a Nueva York al final de 1941, sigue trabajando para el Gobierno Federal americano. El 15 de mayo, el director del campo recibe una orden de liberación mandada de Casablanca y la ejecuta en seguida, sin avisar a sus superiores jerárquicos en Argel. Retenido durante algunas horas en Uxda, punto de paso entre Argelia y Marruecos, Aub llega demasiado tarde a Casablanca para embarcarse en el barco que debía conducirlo a los Estados Unidos. Tiene que esconderse durante varias semanas en una maternidad, mientras Gilberto Bosques le ayuda a solucionar los últimos trámites preparatorios a su emigración. El 10 de septiembre, Max Aub se embarca a bordo del barco portugués *Serpa Pinto*, con destino a Veracruz. Con esta salida, es más que un episodio doloroso lo que se cierra: es el principio de un exilio que Aub no quería pero al cual tuvo que resignarse debido al ensañamiento policiaco y la arbitrariedad del Estado francés. Ruptura profunda, irreversible, que cambia el rumbo no sólo de su vida, sino también de su vocación de escritor: «Me fui en el último barco que partió, ya que sin saberlo, en el Atlántico cruzamos a los americanos que iban a desembarcar a Casablanca. Es muy posible que, si yo lo hubiera sabido, nunca hubiera emigrado a México, y nunca hubiera escrito, o habría escrito de otra manera todo el resto de mi obra, que es la mayor parte de ésta» (10).

DEL LABERINTO HISTÓRICO AL LABERINTO LITERARIO

El laberinto histórico que empuja a Aub fuera de España en 1939 y después fuera de Francia en 1942 no deja de convertirse, a lo largo de los treinta años del exilio mexicano, en laberinto literario. El callejón sin salida en el cual se encuentra hundida España, ahogada por la dictadura franquista, es también, profunda e íntimamente, el suyo.

La confesión que hemos puesto en epígrafe de este artículo, esta comprobación de la imposibilidad de salir, es decir, de cerrar el dédalo de lo que llama «sus historias», la escribe en 1966, más de un cuarto de siglo después de la caída de la República española. Aub observa que no puede irse de aquel *Laberinto mágico*, su obra maestra según nuestra opinión. Compuesto de seis novelas y de unos treinta relatos, esta suma circunscribe tanto el itinerario del hombre —escribe *Campo cerrado* en París en 1939 y acabará el último *Campo de los almendros* en México solamente en 1967— como el recorrido del escritor en su propia vida. En medio de los hilos entremezclados de aquel laberinto más verídico que mágico, Aub no deja de recorrer los campos cerrados de aquellos años negros y restituye una crónica de esos tres años de persecuciones francesas. Si tomamos como referencia la clasificación que Aub había establecido en la perspectiva de una edición integral, podemos darnos cuenta de que dieciséis de estos relatos se refieren a acontecimientos ocurridos en Francia, en su mayoría autobiográficos.

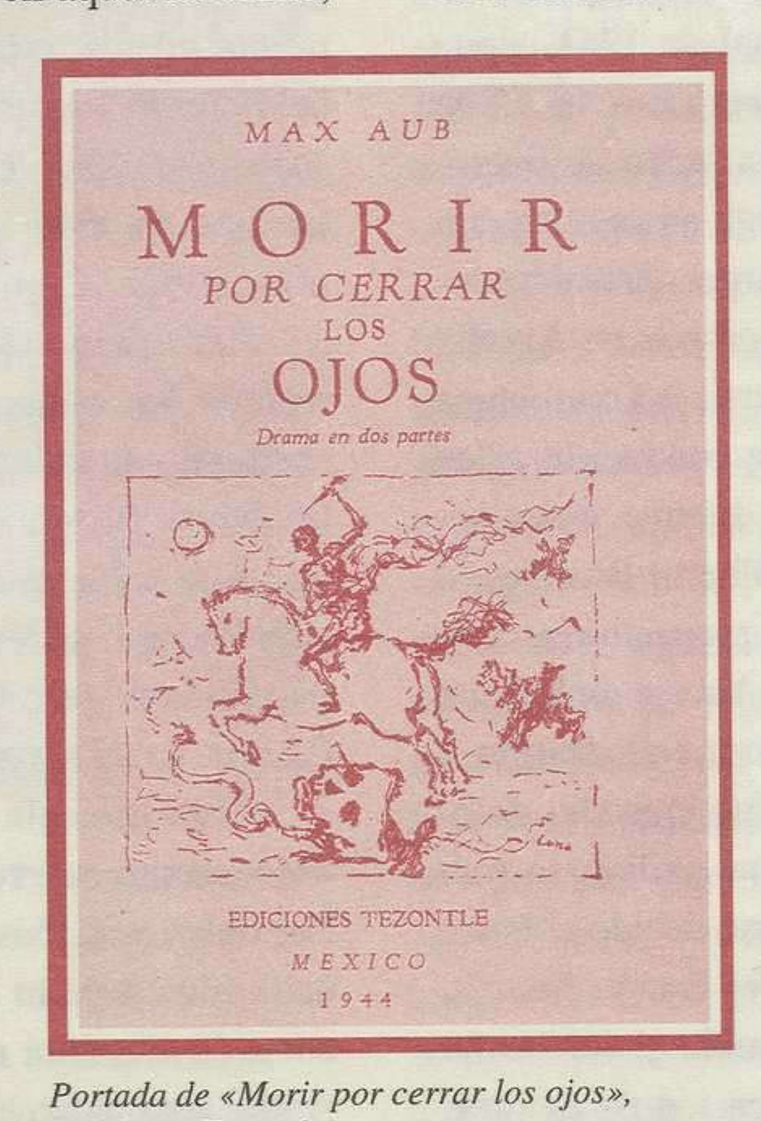
«Una historia cualquiera», «Historia de Vidal», «Manuscrito cuervo: historia de Jacobo» y muchas más... Por todas esas «historias» con «h» pequeña, Aub redacta una crónica de lo que «mueve y muele el mundo», así como lo escribirá en 1951 al presidente francés Vincent Auriol para indignarse ante la prohibición de dejarle pasar unos días en su país natal. Y si comparamos los apellidos y los hechos contados en relatos como «El limpiabotas del padre eterno» o en «Enero sin nombre» con los archivos de esos campos del menosprecio y de la indignidad, podemos comprobar hasta dónde pueden estar cargados de realidad. Y volviendo a los años 1939-1942, ¿cómo no dejar de dar un enfoque particular a su *Campo francés*? Primer relato escrito por Aub al salir de este sombrío periodo, guión cinematográfico nacido de la urgencia de dar cuenta, *Campo francés* es ante todo un diario de la desdicha, de la espantosa maquinaria delatora que se pone en marcha en París, en toda Francia, en 1939. Este guión, que Aub nunca pudo realizar, es una acusación contra la arbitrariedad policiaca y su motor, la delación, contra la estupidez y la humillación. Como lo son también los poemas reunidos en el *Diario de Djelfa*, que contienen las mismas

(10) Entrevista radiofónica de 1967, *op. cit.*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

precisiones factuales —y tristemente reales— que las incluidas en los relatos. Los personajes citados —y víctimas, ya que varios de estos poemas son homenajes a prisioneros muertos en este campo— están igualmente presentes en los relatos: José Dorcas apodado *El Madriles*, Manuel Gutiérrez Santos, Casanada, Vázquez, Cañas, Julián Castillo (11)... compañeros de infortunio de una crónica del sufrimiento y de la crueldad.

Su teatro se ve también arrastrado en aquel laberinto, lo que observa el propio Aub cuando afirma que «me lo escribieron». Las orientaciones originales del joven dramaturgo, que en los años 30 miraba hacia Jacques Copeau, Dullin, Pitoëff u otros para encontrar los caminos de una representación depurada de las pasiones humanas, deja paso a un teatro político concebido para dar testimonio de las luchas y las renuncias, las convicciones y las dudas de todos los desconocidos atrapados en el engranaje de la historia. Obras como *A la deriva, Morir por cerrar los ojos, El rapto de Europa, El puerto* están también encargadas de dar cuenta de esos años del exilio francés, años infectados de xenofobia y de odio por el Otro, de persecuciones y de internamientos arbitrarios. Caídos en la trampa de una Europa sojuzgada por los nazis y sus cómplices franceses, los fugitivos intentan huir de Francia aprovechando la noche. Noche de la clandestinidad, de la acción guerrera o secreta, del intento de embarque, pero también noche como metáfora de la ausencia de visión de un porvenir posible.



Portada de «Morir por cerrar los ojos», Ediciones Tezontle México D. F., 1944

Dos veces entonces, en 1914 y luego en 1940, el sino de Max Aub se anuda y se juega en Francia. Las dos guerras que marcan la historia del siglo XX modifican la trayectoria del niño parisino, que se vuelve un joven español; más de un cuarto de siglo después el escritor español se vuelve cuidadano mexicano. Esos dos exilios de Francia tienen consecuencias muy diferentes: el primero ensancha las aspiraciones de una vocación literaria que bebe en las fuentes fecundas de ambos países. El segundo le separa de aquéllos y le aleja de sus culturas. Para Aub, todo cambia en Francia con el arresto de 1940.

¿Pero no constituye también, paradójicamente, este segundo exilio un nuevo manantial que va a irrigar toda la obra posterior? La guerra, el desarraigo, el exilio mantienen un sufrimiento interior a la vez que crean una fuente de inspiración para una obra que se estructura por esa adversidad misma. El exilio nutre la obra... Y podemos preguntarnos, al tomar en cuenta algunos eventos biográficos (pensamos en su decisión, al pasar la frontera en 1939, de callar el hecho de que había nacido en Francia de madre francesa; o su rechazo en 1951 de contentarse con un visado otorgado por el consulado francés de México, lo que le hubiera evitado «despertar» las fichas policiacas guardadas desde los años 40). ¿No se ha esforzado Aub, en parte con intencionalidad y en parte inconscientemente, en alimentar su vena literaria? Puesto que Aub, por su vasta y polifacética cultura novelesca, poética, dramatúrgica, era consciente de que la dicha no tiene historia(s) y que un escritor dichoso no puede, salvo escasa excepción, legar una obra que sobreviva a su desaparición y le inserte en el mundo universal e intemporal de las letras. Y era precisamente —lo declaró muchas veces— su mayor deseo: que algunos de sus libros le otorguen un sitio en aquel mundo.

¡Parece que, en este año 2003 en el cual los investigadores «maxistas» se multiplican y las iniciativas «aubianas» abundan, Aub esté en trance de obtener satisfacción! □

(11) Los archivos del campo de Djelfa consultados en el Centro de Archivos de Ultra-Mar de Aix-en-Provence corroboran los contenidos de esos poemas. Incluyen la partida de defunción, el 16 de enero de 1942, de «Castillo Nunclares Julián, nacido el 26 de enero de 1886, arrestado el 27 de mayo de 1940 e internado en el campo de Bram, (Tarn)». Dos días después, Max Aub escribe el poema «Ya hiedes, Julián Castillo». *Diario de Djelfa*, Valencia, Edicions de la guerra & café Malvarrosa, 1998, págs. 39-42.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Jordi Soler

El testigo incómodo

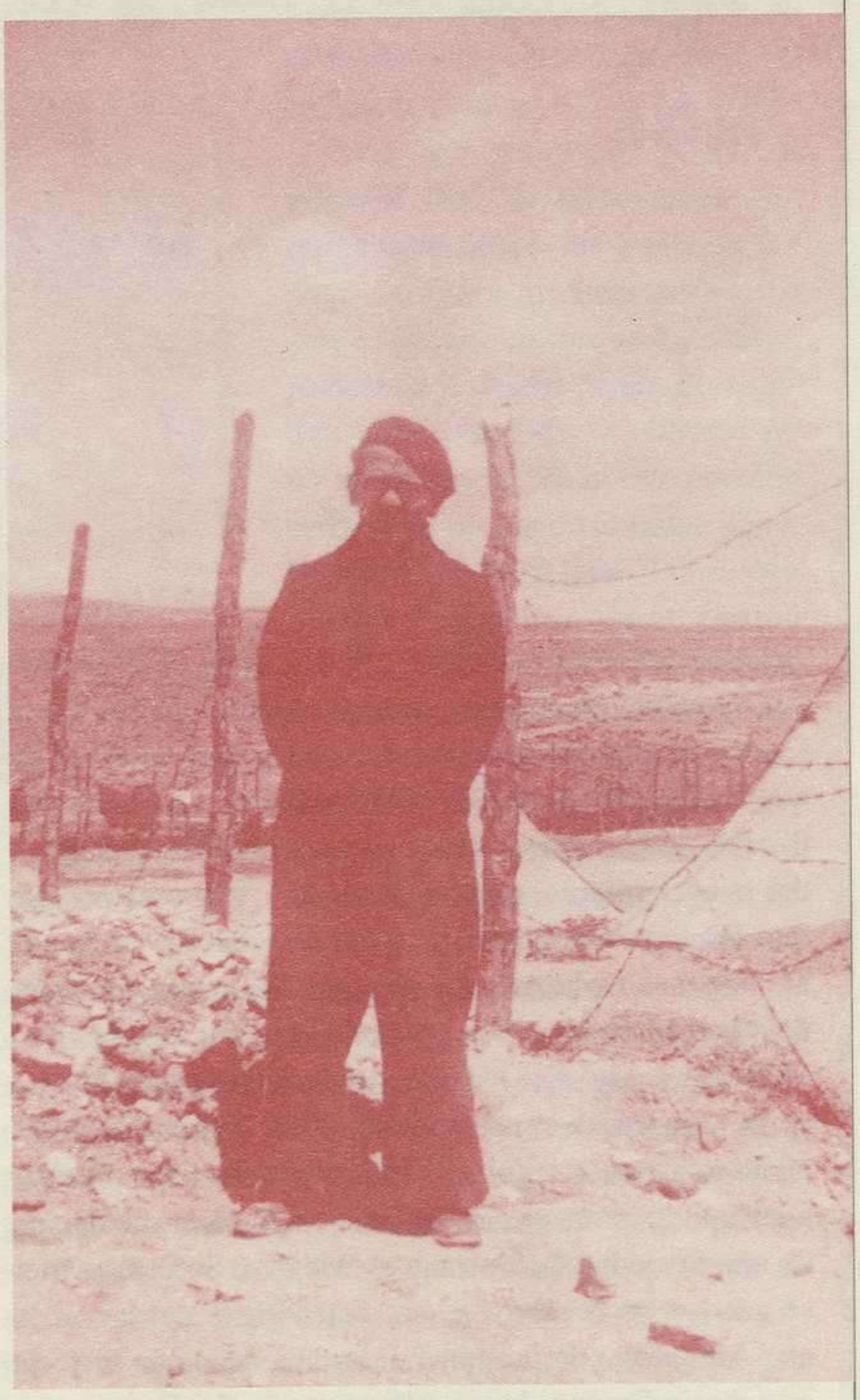
Jorge Semprún aborda, en una de sus desasosegantes historias de campo de concentración, el papel que juegan los testigos de una época, de una época atroz como la que él casi siempre narra; desde ahí dice, o mejor, hace que quien narra diga, metido en ese mundo de barracas y fango y alambrada de púas, al tiempo que es testigo de lo que acontece en Buchenwald: «Está claro que el mejor testigo —en realidad el único testigo verdadero, según los especialistas— es el que no ha sobrevivido, el que llegó hasta el final de la experiencia y murió en ella». Está claro que así es, como es clarísimo también que esos testigos verdaderos nos sirven de poco y que en realidad aprendemos de los que lograron sobrevivir, como el mismo Semprún. Unas líneas más abajo, dentro del mismo soliloquio, Semprún llega, toca apenas a los sobrevivientes: «Pronto ya no quedarán testigos molestos, de embarazosa memoria».

La historia de la que copio estas líneas se titula *Viviré con su nombre, morirá con el mío*. Ahí el narrador nos cuenta cómo, durante el invierno de 1944, llega un requerimiento a la oficina de la Gestapo en el campo de concentración de Buchenwald donde se pregunta si Jorge Semprún, «de 20 años, matrícula 44904», sigue vivo. Como detrás de ese tipo de preguntas solía venir una calamidad, sus colegas, primero que nada, se ponen a averiguar de dónde procedía el requerimiento y luego de algunas investigaciones llegan a la punta de la madeja, a la oficina del embajador de Franco en Francia, José Félix de Lequerica, el mismo embajador que años antes había denunciado a Max Aub por ser «notorio comunista y revolucionario de acción» y además judío. La denuncia de Lequerica terminó, como ya se sabe, con Max Aub en el campo de concentración de Djelfa.

Pero la coordenada común, entre Semprún y Aub, que encontré en esta historia desasosegante, no es la de Lequerica, aquel embajador de quien no pienso escribir una línea más, ni tampoco la de las barracas, el fango y la desesperanza que reinaba en los campos de concentración, sino la idea del testigo verdadero a la que regresaré más adelante.

Una de la obras de Max Aub que más me inquietan es *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*. En sus páginas está condensada esa obsesión que movió durante décadas a los refugiados republicanos en México, la obsesión de que alguien matara a Franco. En la parte mexicana de sus diarios, que es casi toda y además, me parece, es su obra capital, se puede ver la gestación, año con año, de la historia del camarero que viaja a España con el objetivo inaplazable de matar al dictador.

El 3 de octubre de 1943, por ejemplo, Aub anota en su diario: «No he hecho nada de lo que me proponía. Perdido el tiempo a gusto hablando con R. y S. de la casa que este último piensa construirse en Benicasim,



Max Aub en el campo de prisioneros de Djelfa, Argelia
ca. 1941-42
(Archivo de la familia Aub)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Orden de puesta en libertad de Max Aub
Djelfa, Argelia
17-5-1942
(Archivo de la familia Aub)

GOUVERNEMENT GÉNÉRAL
DE L'ALGÉRIE

Sécurité Générale

Centre Séjour surveillé de Djelfa

N°

ÉTAT FRANÇAIS

Djelfa, le 17 Mai 1942 *194*

Le nommé AUB Max, libéré, doit se rendre à CASABLANCA d'urgence, en vue de son embarquement pour le Mexique. (exécution du télégramme officiel N° 235 du 15 courant.).

Départ de Djelfa : lundi matin, 18 Mai 1942, par le car.

DJELFA, le 17 Mai 1942.
Le Directeur du C.S.S.
-J.CABOCHE-

Itinéraire :
Djelfa - Alger - Blida - Ste Barbe du Tlélat - Oudjda - Fez Meknes - Casablanca.

cuando volvamos a España». Ni R., ni S., ni el mismo Aub podían imaginarse, durante aquella charla, que a Franco le faltaban más de treinta años para morir ni de que finalmente moriría de muerte natural. La muerte del dictador desde aquí, desde el observatorio ventajoso del nuevo milenio, parece un chiste, ¿cómo es posible que Franco consiguiera morirse de viejo en su cama? Un año más tarde Aub imagina una línea para un personaje que no puede creer que el dictador siga en su sitio: «Un refugiado —a los diez años— desesperado: Lo perdí todo ¡hasta el acento!». El 23 de febrero de 1945, anota una conversación donde aprovecha para plantear a su interlocutor, otro refugiado como él, la fundación de una Sociedad Galdosiana en México. Su interlocutor se encoge de hombros y, sin detenerse a pensar en lo que Aub acaba de proponerle, le dice: «Lo que importa es echar a Franco, luego ya veremos». Ni Fortunata y Jacinta ni Nazarín, como puede verse, lograban matizar el deseo de erradicar al dictador que tenían los refugiados. El 18 de julio de 1950, Max Aub pone en su diario la línea inspiracional que terminará siendo esa historia que publicaría diez años después: «¿Por qué no matarán a Franco?».

En *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*, obra que naturalmente puso los pelos de punta al Gobierno franquista, se narra la historia de Ignacio Jurado Martínez, un camarero sonorense que encuentra su sitio en el mundo sirviendo cafés y panecillos en una cafetería del centro de la ciudad de México. Ignacio era un trabajador silencioso, eficiente y disciplinado, trabajaba, porque así era su deseo, hasta en su día libre y tenía una vida personal nula, era extremadamente solitario y sexualmente neutro. Todas estas características lo convertían en el escucha idóneo de las conversaciones que, durante dos décadas, tuvieron lugar en las mesas que atendía. «Cuando se retiran los revolucionarios —escribe Aub— empiezan a llegar los intelectuales, que ocupan durante tres horas, de tres y media a seis y pico, las tres mesas del centro». Y después escribe la lista de los clientes de Ignacio, un tumulto de nombres que es, en realidad, una fotografía colectiva de los artistas y los intelectuales mexicanos de finales de la década de los años 30: «Los Revueltas, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Octavio Barreda, Luis Cardoza y Aragón, Lolito Montemayor, José y Celestino Gorostiza, Rodolfo Usigli, Manuel Rodríguez Lozano, Lola Álvarez Bravo, Lupe Marín, Chucho Guerrero Galván, Siqueiros, a veces Diego Rivera, hablaban de literatura, de la guerra española, de arte...».

«Todo cambió a mediados de 1939 —escribe Aub al final del primer capítulo—. Llegaron los refugiados españoles». A partir de entonces el oficio de Ignacio se convirtió en un tormento, los españoles discutían y pedían café con un volumen que ese camarero de Sonora nunca antes había experimentado: «Hasta ese momento, las tertulias habían sido por oficios u oficinas, sin hostilidad de mesa a mesa. Los españoles lo revolvieron todo con sus partidos y subdivisiones sutiles que sólo el tiempo se encargó de aclarar en la mente nada obtusa, para estos matices, del mesero sonorense; por ejemplo: de cómo un socialista partidario de Negrín no podía hablar sino mal de otro socialista, si era largocaballerista o de Prieto, ni dirigirle la palabra, a menos que fuesen de la misma pro-

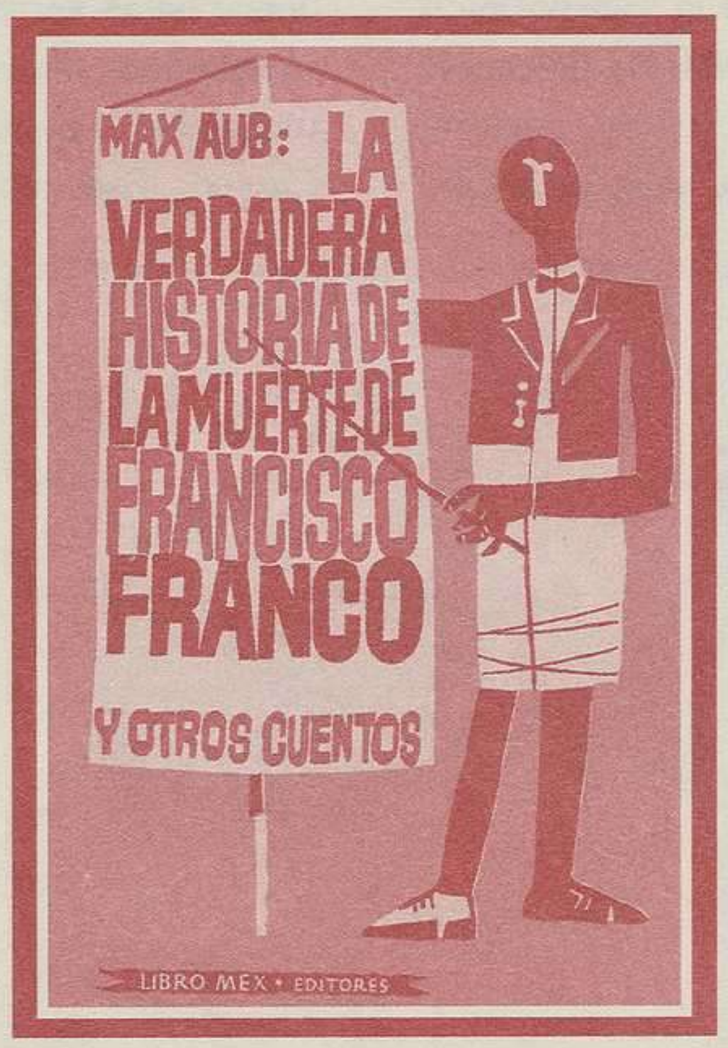
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

SU CONDICIÓN DE TRÁNSFUGA PLANETARIO DOTABA A AUB DE UNA PERSPECTIVA CRÍTICA EXCEPCIONAL.

vincia; de cómo un anarquista de cierta fracción podía tomar café con un federal, pero no con un anarquista de otro grupo y jamás —desde luego— con un socialista, fuera partidario de quién fuera, de la región que fuese. El haber servido en un mismo cuerpo de ejército era ocasión de amistad o lo contrario. El cobrar los exiguos subsidios que se otorgaron a los refugiados los primeros años, subdividía más a los recién llegados: los del SERE frente a los del JARE, así fuesen republicanos, socialistas, comunistas, ácratas, federales, andaluces, gallegos, catalanes, aragoneses, valencianos, montañeses o lo que fueran. En una cosa estaban de acuerdo: en hablar sólo del pasado, con un acento duro, hiriente, que trastornaba».

Ignacio el camarero, luego de unos cuantos días de escuchar las tertulias escandalosas de los refugiados, soñaba que «le traspasaban la cabeza, de oreja a oreja, con un enorme alfiler curvo, en forma de C, en un pueblo catalán».

Además del fabuloso retrato de la metamorfosis que provocaron los refugiados en la vida cultural, y de café, de la ciudad de México, Aub ejerce, como es su costumbre, una crítica feroz contra sus colegas de guerra y, desde luego, contra él mismo. Ignacio el camarero, harto de las conversaciones y de las quejas que los refugiados permanentemente expresan contra Franco, decide viajar a España para matar al dictador. Mientras Ignacio, el camarero de Sonora, llega a Madrid y consigue el arma con la que va a matar a Franco, los refugiados republicanos, cuando menos los de esta historia, conversan y beben café al otro lado del mar, e insertan, cada dos por tres, esa frase tan célebre en ellos: «Cuando caiga Franco...». La crítica de Aub es total: ¿Qué hacían los refugiados mientras Ignacio el camarero terminaba, de un solo balazo certero, con ese dictador que era su pesadilla?; o, escrito por él mismo, otra vez en su diario luminoso: «¿Qué pesamos? Nada. ¿Qué valemos? Lo que somos capaces de pesar».



Portada de «La verdadera historia de la muerte de Franco»,
edición de Libro Mex
México, 1960

Cada vez que regreso a la obra de Max Aub me sorprende, nuevamente, el difícil equilibrio con que su obra está construida; la gran mayoría de sus páginas, sean cuentos, novelas, ensayos o notas de diario, están cargadas de esa mezcla imposible de literatura de altos vuelos y crítica feroz, crítica a sus paisanos, a sus anfitriones, a los escritores que le disgustan y a los que le gustan, todo pasa por sus páginas diseccionado por su estilete, hasta Dios y el cosmos: «Cada año nuevo el sol debería salir por lo menos treinta segundos antes o después, para desconcierto de científicos. El mundo está mal hecho y el calendario peor. Falta de imaginación de Dios».

Max Aub era uno de esos testigos molestos, de embarazosa memoria, que apunta Semprún en las páginas de su historia desasosegante. Su condición de tránsfuga planetario le dotaba de una perspectiva crítica excepcional: «Qué daño no me ha hecho, en nuestro mundo cerrado, el no ser de ninguna parte. El llamarme como me llamo, con nombre y apellido que lo mismo pueden ser de un país que de otro. En estas horas de nacionalismo cerrado el haber nacido en París, y ser español, tener padre español nacido en Alemania, madre parisina pero también de origen alemán, pero de apellido eslavo, y hablar con ese acento francés que desgarra mi castellano; ¡qué daño no me ha hecho!». La obra de Max Aub está cifrada ahí, en su calidad de testigo de perspectiva múltiple, cuyos testimonios cimbran, conmueven y a veces molestan. Sus páginas están construidas en esa zona donde casi ningún escritor incursiona: dice exactamente lo que piensa sin ningún tipo de miramiento, ni social, ni político, ni literario, no se pone nunca la mano en el corazón; se parece a su personaje el camarero que va y se mancha y se moja y se enloda y mata a Franco mientras sus lectores esperamos su historia de aristas feroces, bebiendo café, impacientes, en un restaurante de ultramar. □

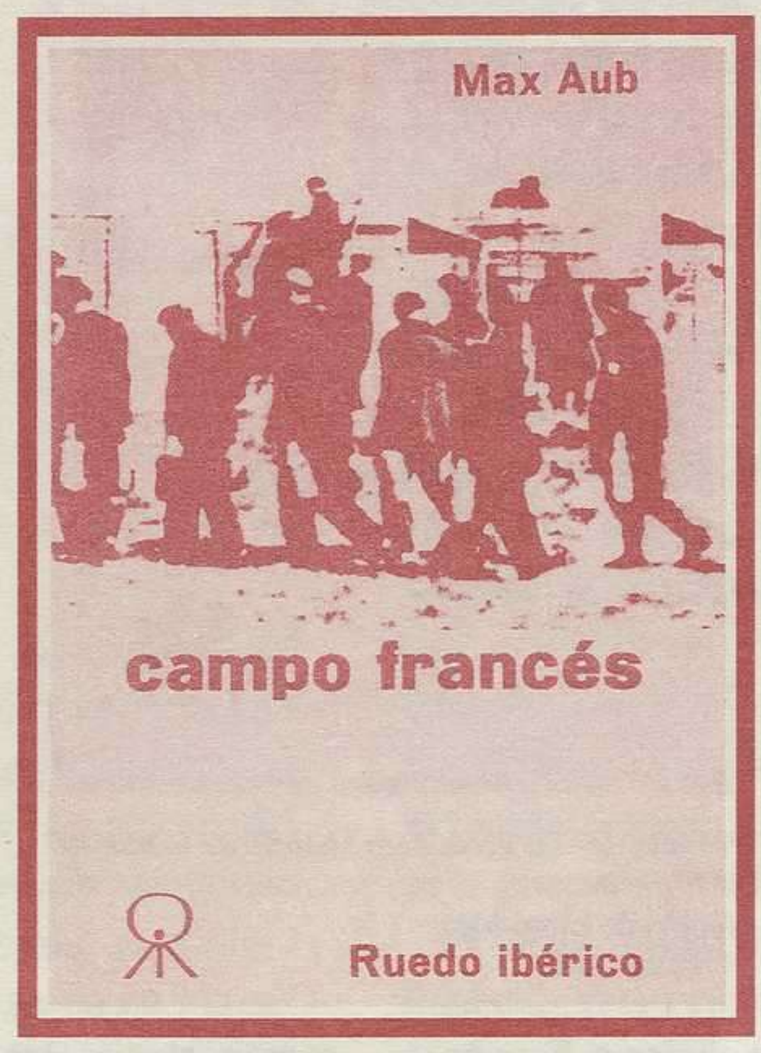
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Francisco Caudet

Mural de palabras. El laberinto mágico de Max Aub

El laberinto mágico de Max Aub, que comprende *Campo cerrado*, *Campo abierto*, *Campo de Sangre*, *Campo del Moro*, *Campo de los almendros* y *Campo francés*, nace y se desarrolla bajo el doble signo de la fragmentación y de la totalidad, de lo que siendo parte en apariencia autónoma, está destinado a conjuntarse en un todo unitario. *El laberinto mágico*, inmerso en un continuo proceso de investigación de una parcela de la realidad histórica: guerra civil y comienzos del exilio, va presentando los resultados de esa investigación a través del tamiz de la transposición literaria. Y lo hace de manera escalonada, sin descanso, con la fijación de quien necesita, palabra tras palabra, novela tras novela, *Campo* tras *Campo*, alcanzar a todo trance una meta omnicomprensiva.

El trauma de la guerra y del fracaso de las esperanzas republicanas fue el detonante de *El laberinto mágico*. Dar testimonio escrito de lo ocurrido en aquellos tres años de enfrentamiento fratricida había de convertirse para Max Aub en una obsesión. Pero no ya por razones personales —inevitables por su condición personal de víctima—, sino sobre todo porque Max Aub se impuso a sí mismo el imperativo ético de levantar acta de la destrucción de los ideales republicanos y de la población que los asumió y defendió. Para ello, la obra aubiana hubo de hacer un largo y laberíntico recorrido que había necesariamente de terminar, aunque tuviera luego otras ramificaciones —las más importantes, las relacionadas con el exilio y los campos de Francia y Argelia—, en el puerto de Alicante, que es el tema central de *Campo de los almendros*.



Portada de «Campo francés», edición de El Ruedo Ibérico París, 1960

Los acontecimientos habían seguido un derrotero que la pluma aubiana estaba determinada a rastrear hasta las últimas consecuencias. Por tanto si, de un lado, persistió en reconstruir lo ocurrido con el testimonio de los testigos y de su propia experiencia, de otro, la narración de los hechos tenía marcado el recorrido.

Hay un hilo, cuyo grosor se espesa a medida que las cuartillas escritas con firme trazo se apilan en los rimeros de papel de la mesa del escritor, que ha ido uniendo el tiempo fundacional de la esperanza —el 14 de abril de 1931—, con el tiempo de su declive —el para los republicanos fatídico mes de marzo de 1939—. El primer tiempo, que el golpe de Estado de julio de 1936 amenazó de muerte, aparece expresado, de manera simbólica, en el primer capítulo de *Campo cerrado*, titulado «Viver de las Aguas». De ese pueblo castellonense, donde había veraneado de niño Max Aub, toma y funde el recuerdo del agua y de la fiesta local del toro de fuego. Es —insisto— el momento fundacional de los *Campos*. Esos recuerdos, aún en *Campo cerrado* un hilo finísimo, son la primera urdimbre que le va a permitir ir tejiendo el macrotexto, el gran mural de los seis *Campos*, así como otros microtextos y paratextos que le sirvieron para componer los seis *Campos* de *El laberinto mágico*. Viver de las Aguas, casi en la raya de Aragón, se encuentra, como el destino que aguardaba a la esperanza republicana, entre el camino de la tierra firme, «el áspero, desnudo camino de Teruel», o el que conduciendo carretera abajo, precipita hacia la disolución, hacia la muerte, «hacia la mar». Pues bien, ese recorrido, que es el recorrido de la memoria, permite componer a la pluma de Max Aub el macrotexto, o mural de palabras, que es *El laberinto mágico*.

La mayoría de los personajes del *Laberinto*, como el propio Max Aub, se habían quedado ya para siempre a solas con los recuerdos personales y colectivos —República, guerra, exilio—, y con la memoria de los paisajes familiares. Con ese pesado hatillo de tiempos y espacios del pasado habrían de habérselas —era parte de la condena— en adelante.

Aub parece expresar su propia situación cuando en *Campo de sangre*, pone en boca de Paulino Cuartero

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Max Aub en el Casino de la Selva, Cuernavaca, México ca. 1946-1952

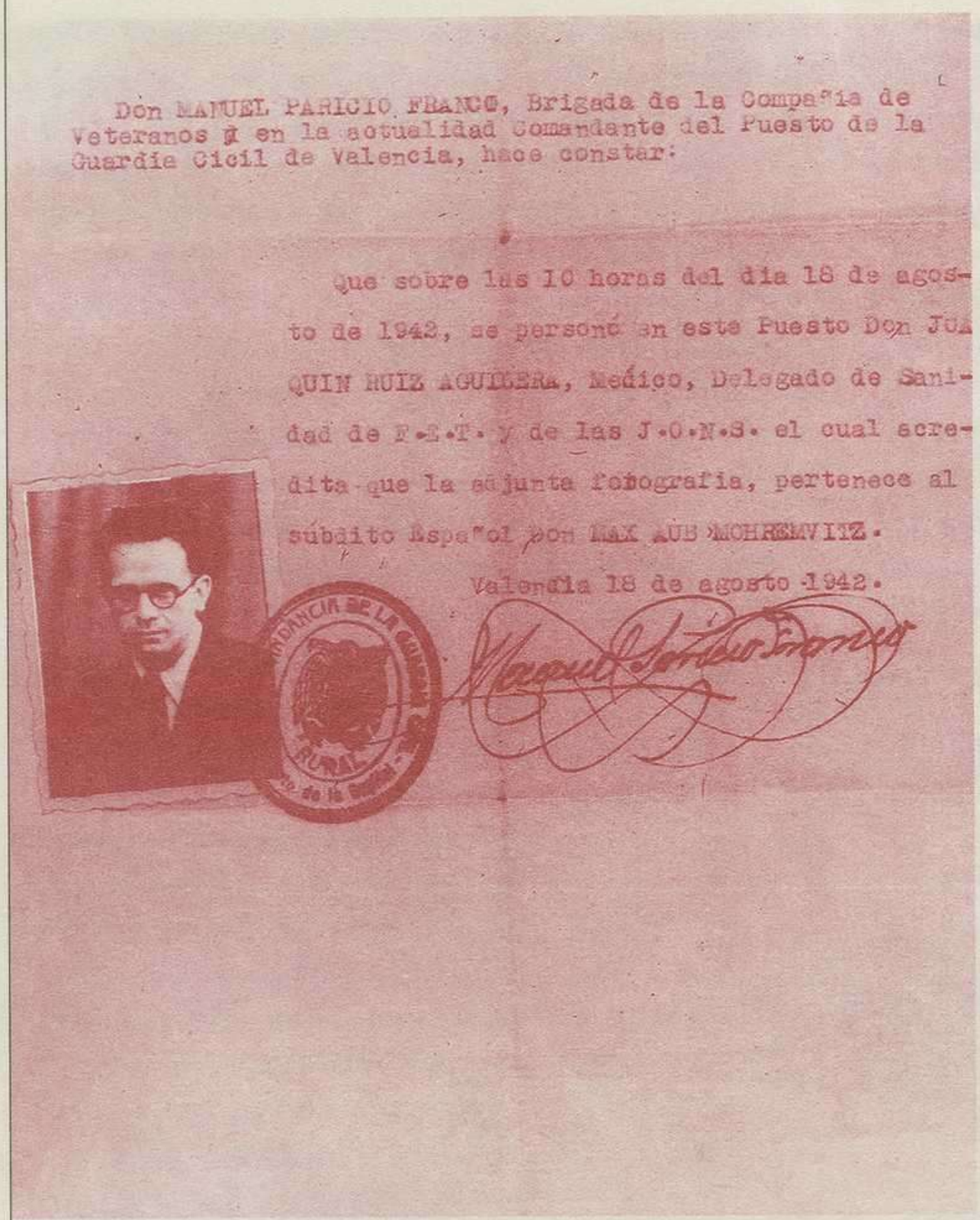
estas palabras: «Prodigiosa soledad, con mis monstruos a cuestas, personajes que vivís, hongos, esclavos, rémoras mías, os llevo, tras mi cortejo de lamas, por un mar sombrío sin viento. Soledad de frío, soledad de lluvia. Esa inmensa celda del cielo...».

El tema-símbolo del agua, que compite con la dualidad toro-fuego —a veces, transmutada en otros símbolos, como Minotauro o Polifemo—, es recurrente a lo largo de los *Campos* y, en particular, en *Campo de los almendros*. El agua conjura todas las significaciones que Max Aub atribuye a los conceptos de renovación y de progreso. Por eso, derramar y desperdiciar el agua, desaprovechar su capacidad fertilizadora, resulta incomprensible e inimaginable —y desde luego inaceptable— a los personajes aubianos entregados al empeño de transformar aquella España.

El narrador retoma, en las primeras páginas de *Campo de los almendros*, el tiempo en que transcurre *Campo del Moro*, machihembrando —para utilizar un verbo muy del gusto de Max Aub— *Campo del Moro*, que termina el 13 de marzo, un día después de haber firmado la paz Casado y los comunistas, y *Campo de los almendros*, que empieza el 12 de marzo, día en que Vicente Dalmases sale de Madrid hacia Valencia y Alicante. Por otro lado, llegados al final de *Campo de los almendros*, aparece una clara referencia a Viver de las Aguas, donde comienza *Campo cerrado*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Denuncia ante la Comandancia de la Guardia Civil de Valencia
18-8-1942



Don MANUEL PARICIO FRANCO, Brigada de la Compañía de Veteranos y en la actualidad Comandante del Puesto de la Guardia Civil de Valencia, hace constar:

Que sobre las 10 horas del día 18 de agosto de 1942, se personó en este Puesto Don JUAQUIN RUIZ AGUILERA, Médico, Delegado de Sanidad de F.E.T. y de las J.O.N.S. el cual acredita que la adjunta fotografía, pertenece al súbdito Español Don MAX AUB MOHREMVITZ.

Valencia 18 de agosto 1942.

El círculo narrativo de *El laberinto mágico* se cierra, pues, sobre sí mismo, entrelazando tanto las distintas partes del ciclo novelístico-histórico como su comienzo y su final. Con razón se le puede aplicar a ese ciclo lo que Paul Kohler, con sagaz y certero juicio crítico, dijo de *Campo de los almendros*, en carta fechada el 19 de mayo de 1968 que se conserva en la Fundación Max Aub de Segorbe: «La larga serie de estas evocaciones se parece a un grabado longitudinal que corre al pie de un pedestal masivo sobre el cual se erige el monumento conmemorando la lucha (...). La mayor prueba de su valor: que nunca se cansa uno volviendo a leer estas páginas, dondequiera que sea, que son como esbozos infinitamente reales cuya economía verbal enfoca el interés y evoca percepciones muy finas y profundas».

Los *Campos* son novelas muy cinematográficas. Sobre todo porque el principio que las anima es la acelerada sucesión de escenas. El diálogo, que desempeña una función decisiva en la estructura narrativa aubiana, lo relacionaba Max Aub con el teatro y a la vez con el cine. Pero esa relación se fue progresivamente decantando cada vez más del lado del cine. De uno u otro modo, el diálogo se constituye, como dijo Manuel Tuñón de Lara, en la «columna vertebral de todo el relato, y no ya, como aditamento o como sustentáculo; el diálogo deja de ser arbotante del edificio, para llegar a ser la nervatura de su bóveda».

La escena, otro de los elementos fundamentales de la novela aubiana, entronca también con el teatro y con el cine. Los *Campos* son obra de aluvión, de acumulación de escenas que se suceden ante la mirada extática del lector. Que las escenas suelen ser en los *Campos* más cinematográficas que propiamente novelescas lo evidencia el que apenas haya descripciones de los personajes, quienes hablan y actúan como si estuvieran físicamente presentes en el celuloide. Esa supuesta presencia hace superflua su descripción.

Hay que tener también en cuenta que la proliferación ininterrumpida de escenas requiere una técnica especial de ilación o soldadura, que se consigue en el cine con la técnica de montaje.

Durante mi reciente visita al Aula Capitular del monasterio de Santo Domingo, donde se conserva el doble sepulcro de la familia Boyl, el guía, Diego Peña, me llevó a la Capilla de los Reyes. Gracias a su iniciativa tuve la inesperada oportunidad de contemplar su impresionante bóveda, obra del arquitecto Francisco Valdomar. Sí, una impresionante bóveda; y también sorprendente, única. Un conjunto de nervaduras sin nervios, esa bóveda se asemeja, con sus complicadas y desnudas aristas, al portentoso tallado de un diamante. Un conjunto de nervaduras sin nervios, como las novelas —pensé entonces— de *El laberinto mágico*, que están soldadas, formando un conjunto, y lo están sin que se noten las soldaduras. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Manuel García

Max Aub: Cultura y política

Compañeros: Yo he venido al socialismo porque es el único Partido hoy en España que ofrece la posibilidad de un mundo mejor (1)

La actividad cultural de Max Aub a lo largo de su vida está determinada, desde nuestro punto de vista, por varias cuestiones que nos remiten al perfil del «intelectual comprometido» de los años treinta.

Nos referimos, claro está, a la posición política que adoptaron muchos artistas y escritores progresistas tras la Primera Guerra Mundial (1914-1917), la Revolución rusa (1917) y el ascenso de las ideas fascistas al poder en Italia y Alemania, una actitud que se hizo patente, entre otras actividades de la época, con la fundación de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (1932) y los diversos congresos internacionales de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrados en París (1935) y Valencia (1937).

Aunque al hablar de los vínculos de Max Aub con las artes siempre se argumenta su relación con el mundo de las imprentas, las vanguardias artísticas de los años 30 y la gestión artística durante la guerra, se obvian a menudo algunas decisiones políticas tomadas en su juventud que lo vinculan estrechamente con una militancia socialista, una actitud de diálogo con las opciones culturales del marxismo de la época y un compromiso directo con la política cultural republicana.

Esta perspectiva liberal que se da ahora de Max Aub oculta el perfil de intelectual de izquierdas que le definió a lo largo de su juventud, la guerra civil y el exilio.

Al referirnos a las relaciones entre arte y política en la vida y obra de Max Aub, nos ha parecido oportuno señalar algunas experiencias que definieron el compromiso político de este autor.

El compromiso del escritor (1931-39)

La actitud política de Max Aub durante su etapa española se entronca, desde nuestro punto de vista, dentro de las inquietudes de los intelectuales del primer tercio del siglo XX y su posicionamiento entre el socialismo y el fascismo. Desde las inquietudes propias de la juventud progresista de la época próxima a las ideas anarquistas, socialistas y comunistas, Max Aub opta por la militancia socialista, el diálogo con la intelectualidad marxista del periodo y la defensa de las ideas republicanas.

Resulta curioso que en los perfiles biográficos de la etapa española de Max Aub (1914-39) se silencie a menudo la relación estrecha que mantuvo con Josep Renau, cuyos vínculos intelectuales, políticos y artísticos les hicieron compartir actividades en la revista marxista *Nueva Cultura* (Valencia, 1935-37), militancia en la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura (1936-39) y la organización del pabellón de la República española en París (1937).

Amigo personal de Josep Renau en Valencia, colaborador literario de la revista *Nueva Cultura* y co-director un breve tiempo de *Verdad* (Valencia, 1936), diario de unificación del PSOE y el PC al inicio de la guerra, el perfil de la amistad Aub-Renau se inscribe dentro de las relaciones que intelectuales socialistas y comunistas entablaron durante la guerra civil española y continuaron en el antifranquismo desde el exilio. En ese sentido, como destaca Manuel Aznar en una ponencia sobre este escritor: «Está claro que Max Aub nunca simpatizó con el comunismo, pero también es verdad que, a pesar de malentendidos e incomprensiones, nunca practicó tampoco el anticomunismo» (2).

Sin embargo, esta buena relación entre Aub y Renau se truncaría un tiempo tras la publicación del cuento «Librada» en la revista *Sala de espera* y el ataque feroz que la revista comunista *Nuestro tiempo* le dedicaría a Max Aub (3).

---

(1) Max Aub, *Orígenes de la guerra de 1914,* conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid, 2 de febrero de 1930.

(2) Manuel Aznar, *Política y literatura en los ensayos de Max Aub*, Valencia, 13 de diciembre de 1993, en *Actas del Congreso Internacional «Max Aub y el laberinto español»*, Valencia, 1996, vol. 2, pag. 573.

(3) Ver «Librada», en *Sala de espera*, nº 30, México, marzo 1951, y Jorge Cuenca, «La sala de espera de la Falange o los falsificadores de la historia», en *Nuestro tiempo*, año IV, nº 6, México, julio 1952, pag. 45-57. Sobre este tema hay una Correspondencia entre Max Aub y Josep Renau en el archivo de la Fundación Max Aub, que reproducimos en este Cuaderno.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El perfil de intelectual de izquierdas definió a Max Aub a lo largo del exilio.

Pese a este percance, las convicciones antifranquintas vencieron a veces las diferencias ideológicas que existieron entre los socialistas y los comunistas españoles del exilio. Esa actitud bastante ecuánime de Max Aub es la que le valió que, en 1980, Josep Renau lo recordara de esta manera: «Él era pues un gran español y más que un español era un valenciano, inserto en todos los problemas que teníamos en España (...) En todo caso, no me parece que esto signifique ser político, es simplemente el compromiso del intelectual» (4).

Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura

La actividad de Max Aub en la Alianza de Intelectuales para Defensa de la Cultura (1936-1939) es una de las experiencias políticas del autor en la que habría que profundizar para conocer su evolución ideológica.

Max Aub se inscribió en esa organización antifascista en Madrid, en 1936, es decir, a inicios de la guerra civil española; tenía el carnet número tres de la sección de literatura y constaba como domiciliado en la capital valenciana.

La actividad principal realizada por Max Aub en esa organización y su entorno se desarrolla a través de las representaciones de algunas piezas teatrales de guerra; en algunas tareas relacionas con la organización del Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura y como colaborador de la revista *Hora de España* (1937-1938) que dirigía el poeta Antonio Machado.

Sea cual fuere la actividad puntual de Max Aub en dicha organización, las labores culturales que desarrolló a lo largo de la guerra como comisionado en la Embajada de España en Francia (1936-1937), en el Consejo Central del Teatro (1938) y con André Malraux en la película *Sierra de Teruel* (1938-1939), se inscriben perfectamente en el carácter antifascista de dicha organización (5).

(4) Varios autores, «Retratos valencianos de Max Aub», en *Max Aub Homenaje*, Valencia, 1980, pág. 5.

(5) Sobre las relaciones entre la literatura española y el antifascismo ver: Manuel Aznar Soler, *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura*, 1937, vol. II, Valencia, 1987.

El pabellón español de 1937

El azar hizo posible que el Gobierno de la República nombrara a tres intelectuales vinculados por la amistad gestores del pabellón español en la Exposición Internacional de las Artes y las Técnicas en el Mundo Moderno celebrada en el verano de 1937 en París. Nos referimos al filósofo José Gaos, al pintor Josep Renau y al escritor Max Aub. Formados los tres en la capital valenciana, con sensibilidades políticas diversas y profesiones muy distintas, coordinaron hábilmente los intereses políticos de un país en guerra con las expresiones culturales españolas más diversas, dándole el espacio que correspondía a las vanguardias artísticas que, en términos de obras realizadas expresamente para ese pabellón, se concretaron en las esculturas *El pueblo español tiene un camino que le conduce a una estrella* (1937) de Alberto Sánchez; *La Montserrat* (1937) de Julio González y *La fuente de Almadén* (1937) de Alexander Calder y los murales *El pages catalá i la revolució* de Joan Miró y el *Guernica* de Pablo Picasso (6).

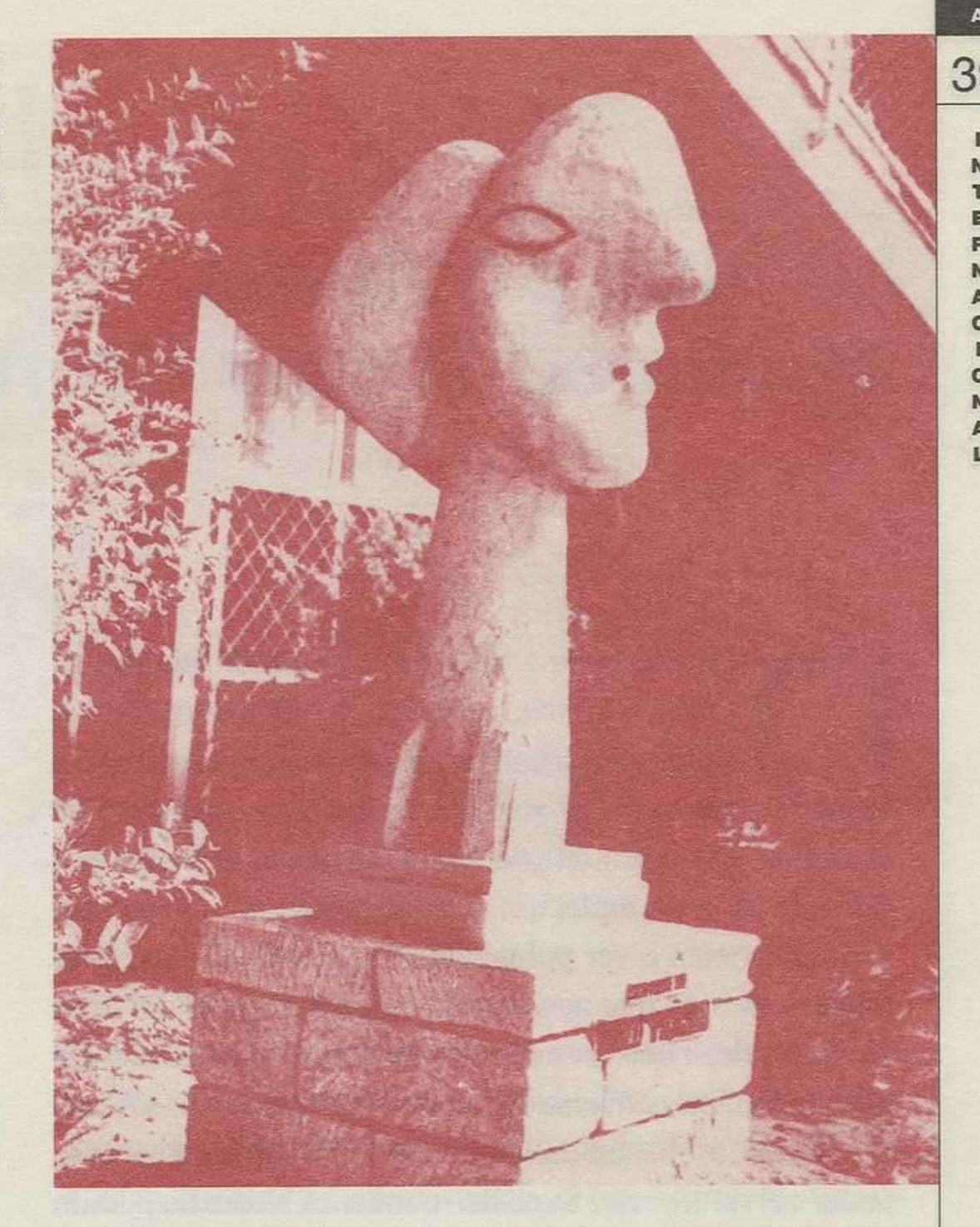
Aunque el mencionado pabellón albergó otras obras de arte, fotomontajes murales, artesanía popular, conciertos musicales, representaciones teatrales, etcétera, las obras anteriormente citadas dan fe de la importancia artística de esa exposición que hizo factible la expresión de solidaridad de las vanguardias artísticas con la lucha por la democracia del pueblo español.

La labor de Max Aub (agregado cultural de la legación diplomática española); Luis Araquistain (embajador español); José Bergamín (miembro de la Junta Delegada del Gobierno español); José Gaos (comisario general del pabellón) y Josep Renau (director general de Bellas Artes) en el pabellón de la República española, hay que entenderla quizás desde la óptica de los intelectuales comprometidos con la defensa de las libertades democráticas ante la ofensiva fascista de la época.

Ese perfil del intelectual español del primer tercio del siglo XX, es decir, de aquellos que compaginaban la práctica artística con la práctica política, nos viene

(6) Josefina Alix y otros, *Pabellón español. Exposición Internacional de París*, 1937, Ministerio de Cultura, Madrid, 1987.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Pablo Picasso,
«Cabeza de mujer»
Escultura realizada
para el Pabellón
de la República española
París, 1937

ahora a la memoria al evocar, aunque sea sintéticamente, la experiencia de Max Aub de París en 1937.

Algunas de estas ideas debieron inspirar el texto leído por Max Aub a los trabajadores del pabellón cuando dijo:

«Picasso ha representado ahí la tragedia de Guernica. Es posible que se acuse a este arte de demasiado abstracto o difícil para un pabellón como el nuestro, que quiere ser, ante todo y sobre todo, una manifestación popular. No es el momento de justificarnos, pero tengo la seguridad que, con algo de buena voluntad, todos percibirán la rabia, la desesperación y la terrible protesta que significa esta tela. Nuestro tiempo es el del realismo, pero cada país percibe lo real de cierta manera. El realismo español no representa sólo lo real, sino también lo irreal, porque para España en general siempre fue imposible separar lo que existe de lo imaginado. Esta suma forma la realidad profunda del arte. Por eso Goya o Picasso son pintores realistas aun apareciendo para los demás pueblos como personalidades extravagantes» (7).

El pabellón español de 1937, construido por los arquitectos Luis Lacasa y Josep-Lluís Sert, pasó seguramente a la historia antes por haber albergado el mural de Picasso dedicado a la villa vasca de Guernica y por extensión al drama de la guerra, que por el programa político-cultural que exponía la República española ante todo el mundo.

El *Guernica* de Picasso no sólo constituyó, durante cerca de medio siglo, el icono del exilio, del antifranquismo, del pacifismo, etcétera, sino también, a nivel más popular, una obra de arte de especial significación para intelectuales exiliados como Max Aub y Josep Renau, pues ambos estuvieron muy cerca de la gestión del pabellón, del encargo del mural y del pago en efectivo a Picasso de esa obra de arte universal.

En la correspondencia que se conserva en la Fundación Max Aub entre Max Aub y Josep Renau (8) hay unas cartas cruzadas desde Berlín a la ciudad de México donde se aborda este tema. Josep Renau escribe a Max Aub: «Hace tiempo que estoy escribiendo algo sobre mi participación personal en el origen y en ciertos pintorescos e inéditos aún acontecimientos alrededor de esta histórica pintura (...) No me gustaría mucho citar al buen tun-tun (pues he de citarlo forzosamente) un significativo *quid pro quo* que nuestro buen y entonces obcecado Larrea deslizó en la introducción del libro, de cuya circunstancia soy yo, precisamente, más que testigo, el principal protagonista».

Max Aub contesta a Josep Renau: «Me ha costado Dios y ayuda dar con la nota bibliográfica del *Guernica* de Larrea. Yo recordaba haber visto un ejemplar porque es un libro que sólo se ha editado en inglés. Efectivamente, lo tenía Silva Herzog. Con una introducción de Alfred Barr Jr. se publicó en Nueva York en 1947, con un pie de imprenta de un tal Curt Valentin Publisher. Pero desde luego es una edición del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Y supongo que allí te lo podran facilitar.

»Referente a lo que escribes, recuerda que también intervine en este asunto y que personalmente fui yo, como agregado cultural de la embajada, el que le pagó los 150.000 francos —de entonces—, que le dimos como compensación de los gastos materiales con la condición de que el cuadro seguía siendo suyo».

Los documentos oficiales de la época conservados en el Archivo General de la Administración Civil del Estado correspondientes a la gestión del pabellón dejan claro que Josep Renau, como director general de Bellas Artes, le encargó a Picasso la realización de una pintura mural y a Max Aub, como agregado cultural de la embajada, le tocó pagar a Picasso los costes materiales de la obra.

Ambos cumplieron, en sus diversos cometidos, el objetivo planteado por la República española de explicarle al mundo, en plena exaltación colectiva de la modernidad, que la amenaza de la paz europea tenía un enemigo común: el fascismo. □

(7) Max Aub, *Hablo como hombre*, Joaquín Mortiz Editor, México, 1967.

(8) Max Aub-Josep Renau; Correspondencia, 1965, en Archivo de la Fundación Max Aub.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Fernando Huici

La vida póstuma de Jusep Torres Campalans

Deja bien claro Max Aub, hacia el final de su extraordinaria novela, que el protagonista, aquel intempestivo catalán, desengañado de la pintura y la anarquía, exiliado del mundo y de sí mismo en un remoto rincón de Chiapas, dedicado por entero a la contemplación y al mestizaje, no llegará lamentablemente a ver publicado el relato de su vida, pues fallece antes de que aparezca la edición original del libro en Tezontle. Dice en concreto el escritor, en el párrafo que cierra *Las conversaciones de San Cristóbal*: «Al regresar de Europa, en diciembre de 1956, procuré saber si podía volver a verle. Supe de su muerte. Nadie ha podido precisarme la fecha, ni siquiera el lugar…». Y sin embargo, como El Cid, mucha guerra había de dar todavía el tal Torres. Pues tanta será, incluso, la frenética hiperactividad de ultratumba que acumula desde entonces el personaje que, antes que fallecido, más parece lo suyo hacerse el muerto.

El caso más notable, en ese sentido, es el de otro artificio narrativo que Aub presentará en 1964. No tan conocido ni celebrado como el *Jusep Torres Campalans*, el *Juego de cartas* constituye, con todo, una apuesta experimental igualmente extraordinaria, tan radical y sorprendente como su antecesora. Con la forma de una baraja de gran formato, del tipo que suele utilizarse en determinados números de prestidigitación, lleva impresa en el dorso de cada naipe una carta, donde los sucesivos firmantes nos ofrecen un acercamiento parcial al personaje central del relato, el difunto Máximo Ballesteros. A partir del doble sentido del término, las cartas de la baraja se desdoblan así en una novela epistolar aleatoria, cuya secuencia de lectura se transforma constantemente, construyendo, en el mosaico conformado por las misivas, un retrato del protagonista de modulaciones infinitas. Una tipología narrativa tradicional —al modo de la biografía o la monografía artística en el *Jusep Torres Campalans*— cobra aquí una reformulación dinámica, una estructura abierta que se activa con la interacción del lector. Señalé en un texto anterior como, más allá del engaño que el propio Aub desvelará al poco de aparecer el libro, el *Torres Campalans* parece buscar ante todo la complicidad del lector, en el acercamiento a un personaje de ficción a través de los recursos instrumentales propios a la evocación de una figura histórica. En otras palabras, la seductora e inusitada viveza de Campalans requiere que aceptemos entrar en el juego de leer la novela-biografía-monografía artística o visitar una exposición de sus supuestas pinturas, haciendo en todo como si fuera real. Algo semejante ocurre en la baraja: es el lector quien, mediante el juego con los naipes, debe dar forma al relato, que se configura, al igual que la novela-*collage* cubista de 1959, como una constelación de fragmentos.

Portada de «Jusep Torres Campalans», edición del FCE México, 1958

Con todo, no es ese paralelismo funcional el único nexo de unión entre ambas obras, ni tan siquiera el más elocuente. Ya que el diseño de los distintos palos y figuras del *Juego de cartas* se atribuye, a su vez, nada menos que al mismísimo Torres Campalans. Pero por más que pueda sorprender esa resurrección, no resulta, en principio, necesariamente incongruente, dado que, pese a editarse en 1964, nada impide que la colaboración entre el escritor y el presunto pintor pudiera haberse establecido en algún momento de su original encuentro en San Cristóbal de las Casas, quedando dormido el proyecto luego largos años en un cajón, antes de ver la luz.

En nada violentan tampoco la lógica del relato la tan oportuna aparición de viñetas y dibujos inéditos del protagonista que incorpora, en 1961, la versión francesa del Torres Campalans, o el casi medio centenar de pinturas y *collages*, desconocidos hasta entonces, que ampliaban la exposición neoyorquina que arropó el lanzamiento de la edición americana por Doubleday&Co, y procedentes, según Aub, del fondo de obras de su criatura milagrosamente preservado por los herederos de Ana María Merkel.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

André Malraux en México (Archivo Manuel García)

Como idéntico crédito merece el presunto *gouache* del artista que Vicente Rojo afirmará haber descubierto en una almoneda de Barcelona y que cedió al escritor.

Mayor licencia, sin embargo, se permitirá el autor en ciertas reemergencias de Campalans. Algunas, es cierto, no superan la esfera de lo privado, como en el diálogo intermediado por Aub en su epistolario, entre los mensajes que figuras como Cela le remitirán con el ruego de que los traslade al pintor y las correspondientes respuestas del mismo a las que da cabida en sus propias cartas. Pero otras, finalmente, abandonan sin pudor alguno ese umbral clandestino. Será el caso de los comentarios sobre la actualidad cultural desgranados en la página mensual, ilustrada por Leonora Carrington, que Jusep Torres Campalans firma, entre mayo y agosto de 1966, en la *Revista de la Universidad de México*, como, al igual, el de la crónica *Vincent le Rouge* que dedicará a su vez a una muestra de pinturas de su colega y compañero de exilio, el mencionado Vicente Rojo.

Pero lo cierto es que todas esas recurrencias póstumas de la figura de Torres Campalans distan mucho de resultar caprichosas. Antes bien, son por el contrario consecuencia natural del extraordinario artificio narrativo ideado por Max Aub. La hispanista Estelle Irrizarri precisa con acierto uno de los mecanismos decisivos de la obra, en el empeño en desbordar la experiencia literaria más allá de los límites del libro. Dicha estrategia, que la profesora estadounidense asocia ante todo a las pinturas que el autor realiza y atribuye al personaje, expande sin embargo a partir de ese núcleo originario una espiral centrífuga que alienta, en el mismo espíritu, constantes bifurcaciones. A las pinturas, junto con el ritual de las exposiciones que las difundieron, le seguirán las contribuciones de aquellos cómplices que, alentados por Aub o de *motu proprio*, suman nuevos e incesantes registros a la ocupación escénica que el espectro de Torres Campalans despliega en el plano de lo real. Los comentarios apócrifos de Octavio Paz, Juan Soriano o Siqueiros sobre el pintor, fruto de la mordaz destreza de Carlos Fuentes y García Terrés, el texto promocional de la edición de Gallimard donde Jean Cassou, director del Museo de Arte Moderno de la Villa de París, abunda en el engaño, incluso el guiño tardío y tan enrevesado del pretendido retrato —o autorretrato, a la postre— que Torres Campalans realiza de Sabino Ordás, aquel otro escritor imaginario en el que Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez y José María Merino rendían homenaje al arquetipo de Aub, dibujan, junto con muchos otros síntomas, el mapa de ese contagio.

E idéntico origen tienen los avatares de la tal vida póstuma: ese impulso incontenible que la fábula irradia más allá de los márgenes del libro. El objetivo no puede ser más transparente. Pues al igual que el discurso que interpreta un determinado segmento de lo real no llega nunca a abarcarlo por entero y la lectura que establece habrá de ser reescrita de continuo por la irrupción de nuevos datos, también la sofisticada estrategia de Max Aub, en su mimesis del proceso de investigación y reconstrucción de una supuesta identidad histórica, mediante la recreación de los usos metodológicos y pautas de lenguaje que le son propias, queda obligada a establecer un mecanismo de proyección ilusoria capaz de sugerir, entre el libro y la ficción extensa, una relación de escala análoga a la que entre sí establecen el mundo y su representación.

Tal es la clave del juego, la que otorga al personaje su inefable verosimilitud. Pues justo en la extensión teatral del relato, con las acotaciones de Aub a cada nueva versión, con los cómplices que alentó y sigue alentando el libro, con lo vivido de más en toda esa andadura póstuma, es donde Jusep Torres Campalans alcanza esencialmente su definitiva condición inmortal. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Julio Pérez Perucha

De geografías y laberintos. Notas atropelladas sobre Aub y el cine

No parece que Max Aub tuviera en mucho al cinema. Guionista profesional entre 1943 y 1954 en el seno de la industria cinematográfica mexicana, Aub, que no se contenía a la hora de reflexionar sobre su práctica artística e intelectual, fue extremadamente parco en considerar aquella experiencia, reduciéndose sus comentarios sobre el asunto a ocasionales observaciones desdeñosas. Tal actitud, sin embargo, no difería, ni difiere, ni quizá diferirá, de la de numerosos creadores literarios que reputan el cinema como estructura industrial (y sólo eventualmente artística) dedicada con fervor al saqueo de escritores, saqueo del que éstos, no obstante, se benefician en mayor o menor medida económica; en suma, inevitable ganapán.

Así las cosas, la evolución profesional de Max Aub en el mundo del cine —y por lo que respecta a conocidos escritores republicanos exiliados en México— se encontraría más cercana a la de Álvaro Custodio (nacido en 1912, llega a México en 1944 y entre 1946 y 1952 escribe diez notabilísimos guiones antes de volver al mundo de la escritura y del teatro), que a la de Paulino Masip (nacido en 1899, llegado a México en 1939 y que entre 1941 y 1957 participó en la escritura de 38 guiones, alternando este trabajo con su actividad literaria); aquellos parecieron considerar el cinema como estación de paso, provechosa etapa provisional, mientras que éste lo entendió como digna y permanente actividad creadora.

Pero, ¿se encontraba Aub verdaderamente distante del cinema como experiencia artística? Teniendo en cuenta sus atípicas y decisivas funciones en la más que memorable *Sierra de Teruel* (André Malraux, 1939), sus actividades marginales también en el seno de la cinematografía mexicana y su monumental tentativa de reconstruir la frondosa megalópolis cultural republicana a través de la figura del cineasta Buñuel, podríamos sospechar que, quizás, los desentendimientos e indiferencias de Aub respecto al cinema tuvieran que ver antes con las características de una estructura industrial determinada (la del cine mexicano) que con las virtualidades, y también realidades, del arte cinematográfico propiamente dicho.

He aquí, pues, a Aub convertido en un fustrado y potencial cineasta independiente. Algo así le ocurrió como dubitativo pintor, y se inventó a Torres Campalans. Claro que el cinema, mucho más caro en su ejecución, impedía repetir el invento en ese otro terreno. En fin: laberintos e hipótesis. Vayamos brevemente a los hechos.

En junio de 1970 Max Aub se jactaba de haber participado en «multiples adaptaciones cinematográficas» (carta a Rafael Prats Rivelles). Dejando a un lado lo que Aub pudiera entender por «múltiples», cierto es que existe una bien asentada tendencia en los técnicos (guiones incluidos) cinematográficos a engordar inmoderadamente el volumen de sus intervenciones cinematográficas. En el caso de Max Aub, el censo verificable de sus actividades como guionista o similares se extendería tan sólo a veintidos títulos que, por otra parte, no es escaso balance; títulos a los que habría que añadir dos adaptaciones de obras suyas sustanciadas por otros guionistas. Este censo se entiende nutrido por películas en las que aparece debidamente acreditado, sin que nada asegure que no haya intervenido en alguna que otra más que no llegara a filmarse o en la que sus servicios o aportaciones fueran desestimados en fase de preparación o rodaje. En todo caso, rastrear proyectos fustrados tras su inicio sólo sería posible, también a la vista de los exiguos testimonios sobre el particular de Aub, mediante penoso examen de hemerografía mexicana —heroica tarea para uso de doctorandos— o a través de razonable y quizá inútil estancia en Segorbe.

La actividad de Aub como guionista en el cine mexicano responde a la caracterización que puede esperarse de la que entonces era era la más potente cinematografía en lengua española: ocho comedias, once dramas y tres films de aventuras, dirigidos por catorce directores diferentes, de los que sólo cuatro realizan más de uno de sus guiones (Emilio Gómez Muriel, cinco; Fernando Cortés, dos; Adolfo Fernández Bustamante, tres; y Rafael Portas, dos) quedando configurada la nómina de restantes realizadores por las figuras, en algunos casos ilustres, de Julio Bracho, Gilberto Martínez Solares, Agustín P. Delgado, Miguel M. Delgado, Chano Urueta, Celestino Gorostiza, y los españoles exiliados Antonio Momplet, Jaime Salvador, José Díaz Morales, y Luis Buñuel. Y para concluir este pasaje estadístico potencialmente tedioso, señalemos que Aub oficia de guionista en cuatro títulos, de co-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Max Aub y André Malraux durante el rodaje de «Sierra de Teruel», 1938-1939 (Filmoteca de la Generalitat Valenciana).

guionista en catorce, de dialoguista en uno y de co-dialoguista en otro, y de co-argumentarista en tres, siendo en uno de estos últimos también co-guionista. Ahora bien, examinando más atentamente la relación de títulos en los que Aub participa, deberemos retener algunos aspectos profesionales de su actividad, ya que podrían iluminar, siquiera por aproximación, algunas características de aquellos.

Por lo que se refiere a sus trabajos como guionista y/o adaptador, mencionemos en primer lugar su debut en la magistral *El globo de Cantolla* (Gilberto Martínez Solares, 1943) verdadero, en mi opinión, manifiesto fílmico republicano, urdido a través de la perspicaz oposición entre caracteres conservadores y aristocráticos y caracteres juveniles y populistas. Obsérvese que en esta divertidísima película el director artístico es el valenciano (como Aub) Vicente Petit, decorador también de *Sierra de Teruel*, instalado en el cine mexicano desde 1939, ya entonces profesional prestigioso y posible mentor de Aub en su incorporación a la industria cinematográfica azteca. Y nótese, igualmente, que los vivaces e inspirados diálogos son responsabilidad del también escritor exiliado republicano Eduardo Ugarte, yerno de Carlos Arniches, escritor y hombre de teatro que procedía de las filas de la republicana productora madrileña Filmófono (que dirigía Buñuel) y que no tardaría, tras participar en otros guiones, en incorporarse a las tareas de realización cinematográfica en compañía de la productora del poeta Manuel Altolaguirre. Y recordemos que, también con Ugarte, Max Aub es co-dialoguista de la atractiva película de época *La monja alférez* (Emilio Gómez Muriel, 1944), en donde la potente María Félix se travestía en espadachín.

En 1945 Aub abordó el guión y adaptación de la comedia de Lope de Vega *La viuda valenciana*, adelantando varios siglos la acción de la obra y convirtiéndola en una pieza con canciones que puso al día a Lope. La exitosa tentativa dio en llamarse *La viuda celosa* (Fernando Cortés, 1945).

La comedia *Hijos de la mala vida* (Agustín P. Delgado, 1946) no parece tener mayor interés que el posible laconismo sarcástico que preside numerosos trabajos de Aub, pero un año antes escribe para Celestino Gorostiza, a partir de un argumento de éste, el drama biográfico decimonónico *Sinfonía de una vida* (Celestino Gorostiza, 1945), iniciandose así las regulares colaboraciones de Aub con personajes relevantes del mundo cultural mexicano que se acercaban desprejuiciadamente al universo del cinema. Tal era el caso del traductor, dramaturgo y director escénico Gorostiza (1904-1967), figura decisiva en la modernización teatral de su país, fundador del Teatro Ulises (1927-1928) y el Teatro de la Orientación, en 1932, en donde puso en pie obras de teatro poético atravesadas por las experiencias de la vanguardia artística; y que desde comienzos de la década de los años 40 se acercó al cinema, debutando en 1943 con una versión, desafortunada según algunos, de *Naná*.

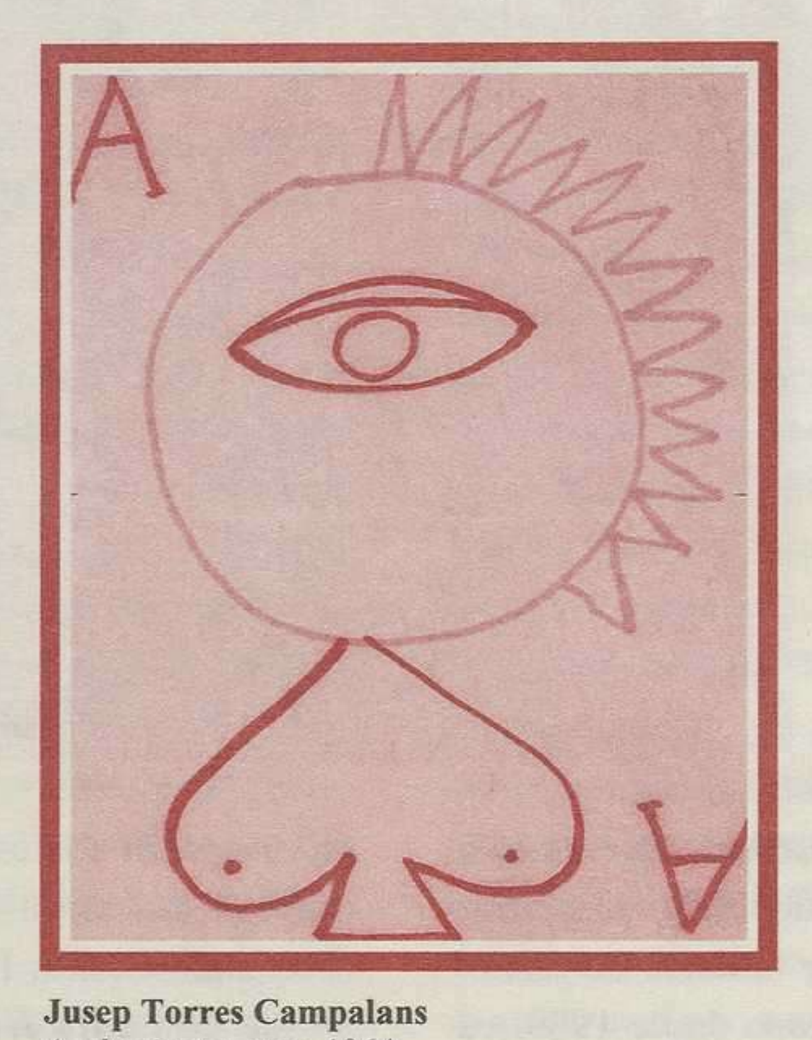
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La actividad de Aub como guionista en el cine mexicano no merece desdén ni olvido alguno.

También procedía del campo de la escritura el guionista y ocasional realizador Mauricio Magdaleno (1906-1986), crítico e historiador de literatura, autor de teatro revolucionario, novelista en cuyas obras daba cuenta de la situación del indígena tras la revolución, y fundador en 1932 con el también escritor vanguardista y futuro peso pesado del cine mexicano Juan Bustillo Oro, del Teatro de Ahora.

Magdaleno y Aub trabajaron juntos en seis ocasiones a partir de 1950, en que colaboraron en la adaptación del drama de Santiago Rusiñol *El místico* que se presentó como *Entre tu amor y el cielo* (Emilio Gómez Muriel, 1950).

Mayor alcance tuvo *Historia de un corazón* (Julio Bracho, 1950), comedido melodrama que a ratos parece navegar en alas de la comedia, emparentado argumentalmente con la *Stella Dallas* (1937) de King Vidor y que postula con impertérrito optimismo la conveniencia de la intervención estatal en ciertos conflictos educativo-conservadores.



Jusep Torres Campalans
As de picas y oros, 1964
(Generalitat Valencia. Fundación Max Aub, Segorbe)

También Max Aub fue co-guionista con Magdaleno del drama *Cárcel de mujeres* (Miguel M. Delgado, 1951) que interpretó Sarita Montiel, de la película de aventuras *La ley fuga* (Emilio Gómez Muriel, 1952) producida por el actor y cantante de ópera de origen español Emilio Tuero, y co-argumentista (y así mismo co-guionista con el propio Magdaleno y con los españoles José Diaz Morales y Carlos Sampelayo) del drama *La segunda mujer* (Díaz Morales,1952). Igualmente ejerció de co-argumentarista del drama *Pata de palo* (Emilio Gómez Muriel, 1950), que transformó en guión Pedro de Urdimalas.

Este Urdimalas, experto dialogista por sus vastos conocimientos de los diversos modismos y localismos que presentaba el español hablado en México, también colaboraría con Aub y con el director Fernando Cortés (más arriba citado a propósito de Lope de Vega) en otra adaptación de un clásico que, bajo el título *El charro y la dama* (Fernando Cortés, 1949) mexicanizaba con desenvoltura y desparpajo *La doma de la bravía* Shakespeariana. Y, por último, Aub y Urdimalas escribieron juntos los precisos y asombrosos diálogos —uno poniendo el mexicanismo y otro la áspera sequedad que los caracteriza— de la, más allá de toda ponderación, obra maestra *Los olvidados* (Luis Buñuel, 1950), película a propósito de la que no cometeré ahora la redundante ligereza de comentársela al lector o lectora que por estas páginas transite. Si diré, en cambio, que según ciertas fuentes, Aub colaboró con Buñuel y con el también exiliado republicano Luis Alcoriza en el guión de la película.

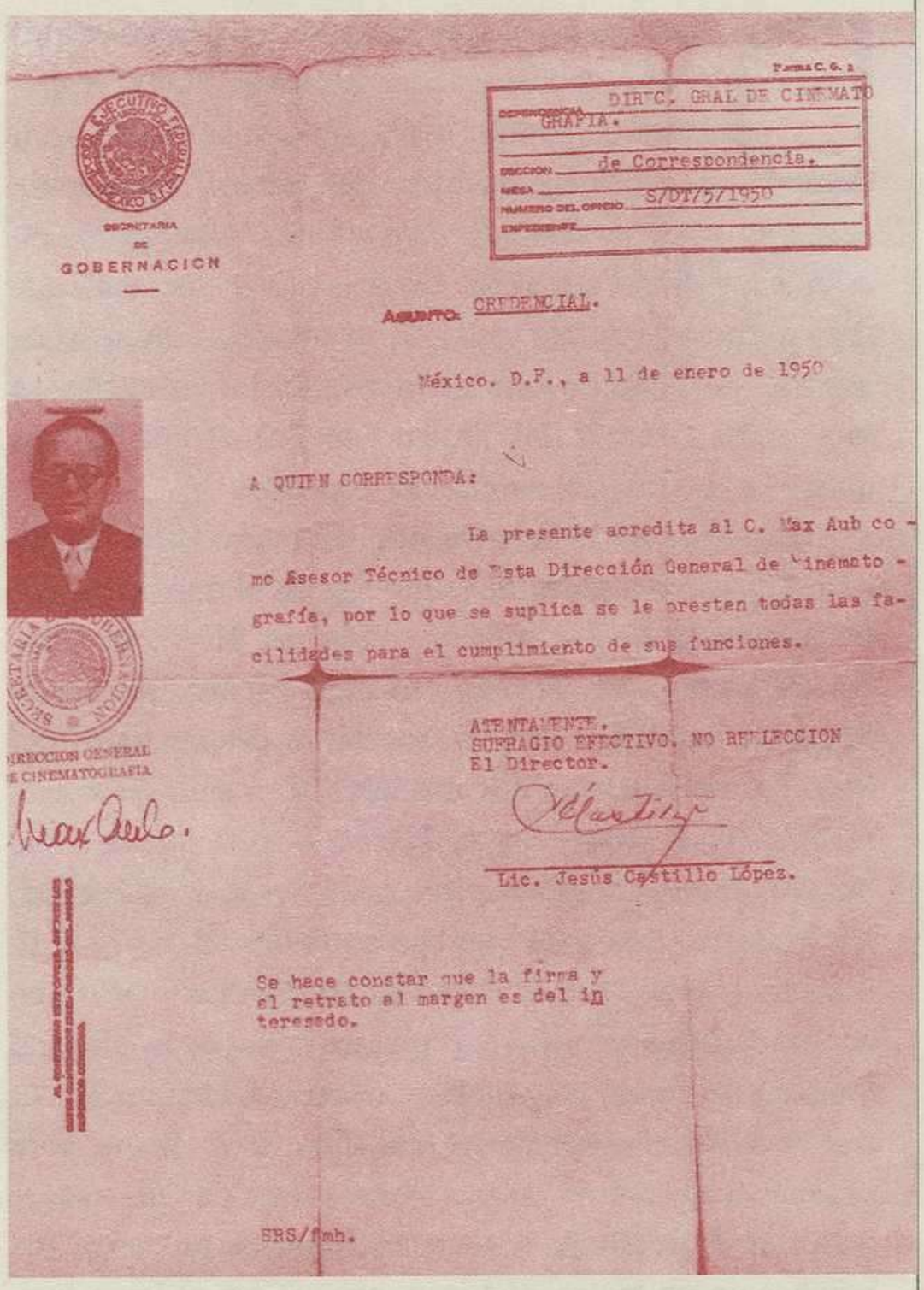
Y puesto que de diálogos nos ocupamos, recordaremos que también los escribió para la adaptación del drama de Stefan Zwelg *Amok* que realizó el español exiliado Antonio Momplet en su primer film mexicano, 1944, tras una interesante etapa argentina y una breve carrera bajo la República Española.

Cocluyamos mencionando, a efectos asépticamente informativos, los otros ocho títulos que, hasta nueva orden, componen la fimografía de Aub como guionista: la co-adaptación de una zarzuela *Marina* (Jaime Salvador, 1944); *El sexo fuerte* (Emilio Gómez Muriel, 1945), *Contra la ley de Dios* (A. Fernández Bustamante, 1946), *La rebelión de los fantasmas* (A. Fernández Bustamante, 1946), *Otoño y primavera* (A. Fernández Bustamante, 1947), *Al caer la tarde* (Rafael E. Portas, 1948), y *Para que la cuña apriete* (Rafael E. Portas, 1950), en todas ellas como co-guionista; para concluir su carrera como co-argumentista de Mauricio de la Serna en *La desconocida* (Chano Ureta, 1954).

Breve mención aparte merecen otros dos títulos situados en los extremos cronológicos de su carrera, adaptaciones de obras suyas en las que no parece haya intervenido de forma precisa. Nos referimos a la notable *Distinto amanecer* (Julio Bracho, 1943), adaptación de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Credencial de Max Aub de la Dirección General de Cinematografía
México, 11-1-1950
(Archivo de la familia Aub)



Forma C. G. 1

DIRECCIÓN GENERAL DE CINEMATOGRAFÍA.
de Correspondencia.
S/DT/5/1950

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

ASUNTO: CREDENCIAL.

México, D.F., a 11 de enero de 1950

A QUIEN CORRESPONDA:

La presente acredita al C. Max Aub como Asesor Técnico de Esta Dirección General de Cinematografía, por lo que se suplica se le presten todas las facilidades para el cumplimiento de sus funciones.

ATENTAMENTE.
SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION
El Director.

Lic. Jesús Castillo López.

Se hace constar que la firma y el retrato al margen es del interesado.

SRS/fmh.

su novela de 1942 *La vida conyugal*. Película socialmente combativa y crítica ante las corrupciones sociales, con atmósfera de barriada y adorno de boleros, la película es considerada como la mejor del gran Julio Bracho. Y los diálogos se deben, premonitoriamente —recuérdense las colaboraciones de Aub con Gorostiza y Magdaleno—, al dramaturgo, traductor, eventual novelista, fundador de revistas, director escénico, crítico, ensayista y poeta asociado al surrealismo Xavier Villaurrutia (1903-1950), quien como se recordará, había fundado el Teatro de Ulises, y, más tarde, el Teatro de Orientación con Gorostiza.

Y nos referimos también a *Triángulo* (Alejandro Galindo, 1971), adaptación de su drama psicológico de 1949 *Deseada*, obrita de la que José Monleón nos informa (en Manuel García, ed., *El universo de Max Aub*, pág. 159), fue prohibida su lectura privada en el teatro Fígaro madrileño, pese a ser uno de sus dramas más inocuos, más alejados de la condición testimonial que distingue a todo su teatro.

Y, finalmente, no olvidemos que lejos en tiempo y espacio, España y 1978, su novela de 1954 *Las buenas intenciones* dio pie a una de las obras maestras del cine de la transición política española: la espléndida *Soldados* de Alfonso Ungría.

Tras esta sucinta caracterización del trabajo («alimenticio») de Max Aub en el seno del cine mexicano no creo que pueda afirmarse que su actividad merezca desdén u olvido alguno. Según mi parecer, y a falta de un estudio minucioso de todas sus películas, doy en convenir en que el balance es favorable, el saldo es positivo, y el conjunto estimable. Nada extraño, pues, viniendo de quién viene.

Otras actividades, secundarias, confusas y mal documentadas, desgranó Aub en el cine azteca. Entre 1948 y 1949 fué asesor técnico de la Dirección General de Cinematografía, según un documento expedido el 11 de enero de 1950. También parece que entre 1943 y 1951 fue un inesperado profesor de Teoría y Técnica cinematográfica en el Instituto Cinematográfico de México. Para ello, y para poder ejercer con normalidad sus actividades de guionista, el 1 de octubre de 1943 se afilió al Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica y, más aún, los responsables de la compañía Filmos certificaron, recién comenzada su carrera (26 de julio de 1944), que Aub trabajaba en la empresa, aunque no informan de su cometido. Residualmente, entre 1960 y 1966 fue Director de los Servicios Coordinados de Radio, Televisión y Grabaciones de la Universidad Autónoma de México. En fin, está por investigar, que sepa, el contenido exacto de estas difusas actividades, que poco tienen que ver con el oficio de guionista, por parte de quien, antes de la experiencia del rodaje, comenzado en el verano de 1938, de *Sierra de Teruel*, sólo se conocía un artículo sobre cine, escrito en mayo de 1934, sobre la película de Pudovkin *El desertor*. □

Administrativa nota final: como se ha dicho, todo empezó con *Sierra de Teruel*. Sin embargo, este asunto es, por fortuna, bastante más conocido que sus andanzas mexicanas, lo que me lleva, razones de espacio incluidas, a omitirlo. No obstante, siempre sería bueno volver a tan excepcional película.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Eduardo Haro Tecglen

Un hombre de teatro

Durante todo el siglo pasado, los grandes escritores lucharon por ser admitidos por el teatro. Entre ellos, Max Aub, del que se puede decir que era un hombre de teatro imaginario, desde su primera obra, *El disconforme prodigioso*, escrita a los diecisiete años, hasta las casi cincuenta que dejó al morir; y sobre todo, en su ucrónico discurso de ingreso en la Real Academia Española, en el que se imaginaba director del Teatro Español en una España donde la guerra civil no hubiera ocurrido.

Temo que no lo hubiera sido. El teatro cerró un círculo defensivo a partir del siglo XIX en el que no permitió la entrada de los «otros» escritores. Hacia los años del Desastre —tan beneficioso para España: llevó a la Segunda República tras los sucesivos desprestigios del Rey, la aristocracia y los militares, que eran en sí una misma clase, junto con la Iglesia— una nueva clase hizo el teatro para ella misma, a imitación de la burguesía francesa, que a su vez había creado un teatro a su imagen y semejanza. El local de terciopelos y oros, los acomodadores de librea y guante blanco, la enorme lámpara de cristal colgando en el centro, el símbolo del que se valió el autor de *El fantasma de la Ópera* para señalar el desplome de esa clase social por un marginado; en Barcelona, los revolucionarios pusieron sus bombas en un teatro, el Liceo, porque era el lugar burgués por excelencia.

El contenido de los teatros en Europa, y así se aproximó a España, eran las letras de banco, las ruinas de los comercios, las malas alianzas entre las clases sociales, las herencias, el acreedor, el matrimonio por interés. El autor español que primero se acercó a esa burguesía fue Echegaray, aun dentro de sus desmesurados versos: *El libro talonario*, por ejemplo. Para tal público, tales obras: y tal sistema de organización teatral que repudiaba cualquier otra cosa. El empresario era una figura fundamental, que se erigía en director de la sala. Como Cándido Lara, por ejemplo, carnicero en el mercado de la Corredera, que fundó el teatro al que dio su nombre y que aún está allí, y en el que se estrenó gran parte del teatro burgués de la época. El empresario solía tener una compañía fija, en la que debía haber preferentemente un divo o una diva, mejor si eran pareja, y un grupo de personas entre las que sobresalían el galán y la damita joven, los característicos (el barba, claro), el gracioso, y algunos personajes supletorios en torno a los cuales se organizaba la acción: un alguacil, un cartero, un jardinero; unos criados que solían preparar los antecedentes (al levantarse el telón conversaban entre sí anunciando el conflicto que iba a suceder). Los empresarios pedían a los autores una obra, y ellos la construían sobre esos datos, sabiendo la importancia de los primeros actores. Los autores se atribuían un género, amparado por las preceptivas, las de la «literatura dramática», que era el género que les correspondía, y que había que escribir con enormes dificultades, con un sentido especial y sonoro del diálogo, de los fines de acto y del final de la obra, cuidando las minuciosas entradas y salidas de los personajes. A esto se le llamaba «carpintería teatral». Los otros escritores, por grandes que fueran en sus géneros, no eran «autores», no podían escribir para el teatro. Aunque fuera el glorioso, ya en vida, Galdós, que sin embargo fue un autor de primer orden en el periodo de transición de entre dos siglos, que era también, por la caída de Cuba, entre dos Españas.

Esa manera excluyó a muchos escritores; alguno llegó a estrenar, como Unamuno, pero sin ningún éxito. Los hermanos Machado reducían mucho su calidad en las obras de teatro: y era también costumbre admitida que algunos escritores rebajasen su calidad y escribiesen «para el público», como decían: «para hacer reír» o, simplemente «para ganar dinero». Este mismo fenómeno ocurrió con la llegada del cine, y luego con la televisión.

La generación de la República —porque ayudó a traer la República—trató de romper ese círculo: Max Aub, desde su primera obra, fue un autor de vanguardia, en una época en que en otros países era común: *Ubu Rey* se hizo célebre en París en 1896. Personalmente, a pesar de esa rotura de *El disconforme prodigioso* y otras obras pequeñas, no considero a Max Aub un escritor de vanguardia en ninguna de sus obras: el progreso, el adelanto sobre su tiempo, las ideas, los personajes, son rupturistas por dentro, sin necesidad de alardes de disfraz o de escenario o de figuras partidas, como haría por ejemplo Ramón Gómez de la Serna con *Los medios seres*. Es curioso que este teatro más o menos realista no fuera bien admitido en el extranjero, precisamente por-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Antoni Clavé
Teatro de la guerra civil española ca., 1936
(Biblioteca Nacional, Madrid).

que no era de vanguardia y tampoco era el teatro burgués usual. Hay que anotar que Max Aub, hacia el final de su vida, no aceptaba que su obra general fuera realista o irrealista: declaraba, y era verdad, que su único interés era la libertad y no la comodidad del público. Aunque él creyó que el público iba a serle más fácil.

La obra de Aub estrenada en España con más éxito fue *San Juan* (antes lo tuvo una adaptación, que no hizo él, de su prodigiosa *La gallina ciega*). La vanguardia de esa representación estuvo mas en el montaje del escenario, la cubierta de un barco movida por las olas del naufragio, que en el texto cuya trascendencia sobre la realidad era su carácter simbólico. Diaz Canedo, eminente crítico de *El Sol* hasta el exilio, que luego compartió con Aub, decía que era una representación «de este nuestro mundo a la deriva condenado sin apelación y abatido sin esperanza». Tras él hay alguna anécdota real de un barco de judíos exiliados y hundido a la deriva; pero lo que Aub coloca en ese microcosmos son los judíos, los comunistas, los que huyen de una historia de Europa que se les viene encima. Hay gente con esperanza ante esa muerte inmediata y pensando en el mundo que dejan atrás: «Siempre se puede hacer algo», dice un personaje. El grupo de comunistas jóvenes abandona la nave en un bote, pero no para salvarse: para volver a la España que ha perdido y seguir luchando. Creo que en Max Aub hubo siempre esta manera de considerar el mundo. A pesar de sus abatimientos: el la pérdida de la República con la que luchó y donde trabajó con Malraux en el rodaje de una película inolvidable, *L'Espoir* —titulo en francés porque se estrenó en Francia; en español, *Sierra de Teruel*—; el de que la guerra mundial no lanzase a los aliados contra el nazismo de Franco; y el que, tras la victoria, las supuestas democracias no obligaran a Franco a entregarse. Judío de tradición familiar, pero ateo como los grandes judíos de su tiempo —Feud, Marx, Chaplin, Einstein— veía en esta obra, y reprochaba, lo que se entendía por «pasividad judía». No creo en ella: los judíos atacados en Europa, como siglos atrás en España, no tenían poder: eran civiles de oficios menores, generalmente aislados en barrios o guetos, y la idea de que pudieran oponerse al enorme ejército alemán que se anexionó a Europa es descabellada. En el *San Juan* de Aub, alguno de ellos pretende asaltar el mando del barco y dirigirlo a tierra aunque los cañones costeros apunten contra él. Parece, en ese realismo, inútil.

La teatralidad en las obras de Max Aub no es una concesión a la carpintería: más bien parece que existe en todas sus obras, en la burlesca parodia de la vida de un pintor *Jusep Torres Campalans* o en el relato de la «verdadera» muerte de Franco (antes de que sucediera) que fue llevado al cine con el título de *La Virgen de la Lujuria*, lógicamente adulterada la narración. Si el teatro es una rectificación de la vida, la obra de Aub es una continua rectificación de la horrible realidad, de algo que se hizo mal: si hubiera sido creyente, hubiera pensado que a Dios le salió mal no sólo la época a la que envió a Max Aub, sino todas las precedentes. Él la hubiera hecho mejor: Max Aub está en todas sus obras, sobre todo en el teatro, rectificando, arreglando, replanteando aquello que salió mal: el robo de la libertad. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Eduardo Vázquez Martín

El poeta sordo que multiplicó su voz

Max Aub previno a sus amigos y posibles lectores y se presentó siempre como un poeta sin oído cuando no como un mal poeta. En una carta fechada en 1933 dirigida al crítico literario José María de Cossío y que sirve de presentación a la edición de *A*, el escritor hace suyas unas palabras de Friedrich Schlegel donde asume como propia una poética que entiende al poema como el espacio de expresión de las emociones del alma pero en lo que se refiere a la calidad de dicha expresión, es decir a la perfección y belleza de sus versos, declara que a su trabajo poético anda muy escaso de tales dones y acota: «Pero ni escogí donde me pusieron en el mundo, ni mi oído, y si en prosa, bien que mal, me defiendo, encallo en los versos: a fuerza de desearlos exactos los retuerzo y enredo más de la cuenta y de lo que fuera mi gusto».

Parece cierto que don Max tenía mal oído; su hija Elena me confió que un día llegó a saludar a su padre, que se encontraba concentrado en su estudio escribiendo alguno de sus innumerables textos, mientras se hacía acompañar por la música de un disco, que el tornamesa reproducía en una revolución diferente a la indicada sin que el autor de *La gallina ciega* se diera cuenta de ello. Aub, sin embargo, nunca intentó disimular esta carencia; prefería avisar a quien se acercaba a sus poemas del resultado formal de los mismos sin que ello le implicara dejar de escribir o negarse a compartir el resultado de dicha escritura. Debió ser difícil para Aub asumir su vocación poética junto a su lucidez crítica, justo además cuando entre sus contemporáneos se hallaban poetas con tan buen oído como Rafael Alberti o García Lorca, pero también es evidente que la necesidad de expresarse con las palabras era en Max Aub tan apremiante, tan necesaria, que ninguna crítica o autocrítica hubiese sido capaz de hacerlo callar.

Pero la insistencia del propio escritor en la mala calidad de su madera poética puede ser considerada también como una de las falsas pistas que el escritor legó a sus contemporáneos y lectores no porque no fuese sincero al hacer notar sus carencias, sino porque se guardaba de comentar sus aciertos.

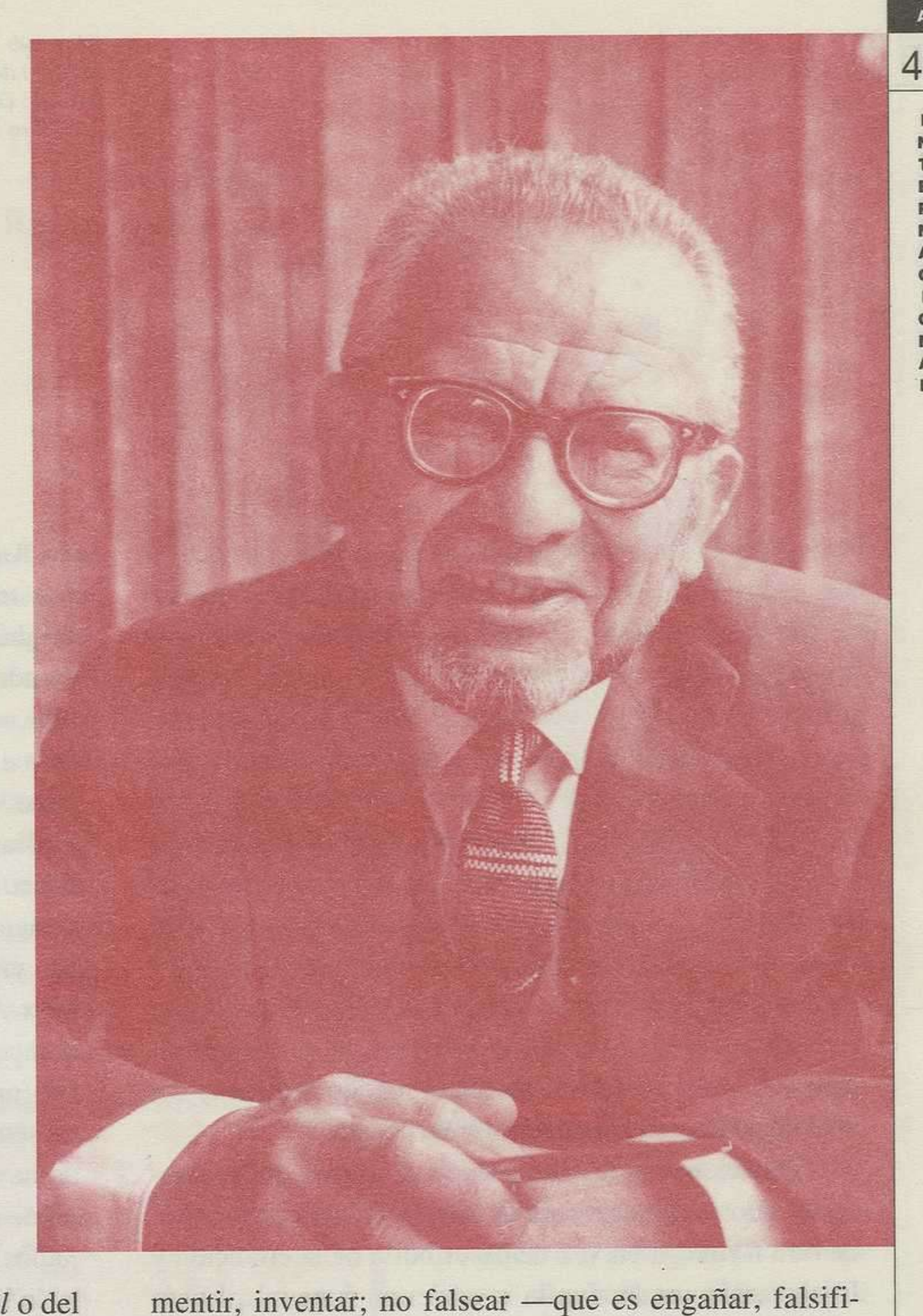
Dentro de una obra tan extensa, las previsiones de Aub sobre sus limitaciones han servido de atajo para no visitar sus provincias poéticas y ahorrarse su lectura en favor de cuentos, ensayos, memorias y novelas. Sin embargo, si nos acercamos a aquellos territorios, es posible constatar que se trata de un mundo mucho más interesante y sorprendente que una suma de versos escritos por alguien con oído de dinamitero.

Para empezar, se puede decir que hay dos universos poéticos claramente diferenciados en la poesía aubiana: el lírico, el de un poeta que escribe desde la primera persona sobre las cosas que le suceden (*Los poemas cotidianos, Diario de Djelfa*) y su obra de traductor de poetas inventados, su poesía heterónima y de ficción (*Antología traducida, Versiones y subversiones, Imposible Sinaí*). La primera, una poesía de la experiencia, es en su caso una poesía anclada en la sensibilidad romántica pero de espaldas a la renovación modernista; igual que Cernuda, Aub valora más a Bécquer que a Darío y *Los poemas cotidianos* hablan de una luz de aldea, no de ciudad, y el amor a que se refieren es un amor más bien cortés, no el amor consumado ni mucho menos el amor sexual. Se trata de un mundo bucólico evocado desde una pulcritud y corrección que poco tienen que hacer frente a la gran reflexión poética que con materias similares escribió el Jorge Guillén de los primeros poemas de *Cántico*, o que carecen de la elasticidad, la gracia y la luz de los de Alberti. Aquellos versos son los de un joven fascinado por la belleza y la palabra, pero con una sensibilidad y un gusto más del siglo XIX que del XX, consciente sin embargo de su inocencia y de su asombro:

No me contéis, no,
que quizá
cuando sepa
me arrepienta,
árbol en flor,
paisaje de mi amor,
no me contéis, no
que quizá
cuando sepa
me arrepienta.

Si por *Los poemas cotidianos* parece no haber pasado la experiencia del amor compartido, es evidente que tampoco ha pasado la guerra. Sin dejar de ser poemas de la experiencia, el siguiente libro de Max Aub es

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Ricardo Salazar
Max Aub
México, 1961

diametralmente diferente: son versos escritos no desde la plácida contemplación del mar o de la huerta, sino desde el encierro y tras la guerra. Entre *Los poemas cotidianos* y el *Diario de Djelfa* están la guerra civil, el primer exilio, la persecución, las comisarías y el campo de concentración; es un libro escrito para sobrevivir, donde la palabra poética representa un refugio para su humanidad vejada, un acto de justicia, una tabla de salvación en medio de la muerte y la derrota. Es cierto que los poemas del campo de Djelfa no son —como aclara el propio Aub— hijos de la inspiración serena de origen becqueriano, sino de «la intranquilidad, del frío, del hambre y de la esperanza o de la desesperación», pero tampoco alcanzan la hondura de los poemas del Miguel Hernández preso, ni sus lamentos o cantos épicos a la heroicidad de sus compañeros tendrán la fuerza del *Romancero de la guerra civil* o del llanto de *Primavera en Eaton Hasting* de Pedro Garfias.

El *Diario de Djelfa* es un documento conmovedor acerca de la voluntad humana para sobrevivir y del poder de la poesía y la escritura para sostener la dignidad de un hombre en el infierno, pero lo mejor de la poesía de Max Aub tuvo que esperar a que éste dejara la pesadilla del campo de concentración a orillas del mar sahariano y tuviera la oportunidad de construirse otra vida en su exilio en México.

En un texto supuestamente anónimo encontrado entre los papeles de su Jusep Torres Campalans y titulado «Estética», Aub escribe la poética no sólo de esa novela y de la obra plástica del personaje de la misma, sino muy probablemente de la poesía que escribe en aquellos años (*Antología traducida* es publicada en su primera versión en 1963 pero es corregida y aumentada hasta su última versión de 1972, mientras que la novela se publica justo en el año 1970). Aventura la siguiente respuesta a propósito de la eterna pregunta sobre qué es el hombre: «el único que miente»:

«Inventar mentira, y que los demás la crean. Dar algo basado exclusivamente en sí, y que lo tengan por bueno. Forjar de la nada. Mentir: única grandeza. El arte: expresión hermosa de la mentira. La verdad, monda —si existe—, no es hermosa, dígalo la muerte. (...) Ojo: mentir, inventar; no falsear —que es engañar, falsificar—, particularidad de endebles, vengativos enanos. No decir una cosa por otra, sino otra, nacida de la nada, de la imaginación, (...) urdir otros mundos, ¡Gloria! Que la verdad se vea al través, único modo de alcanzarla».

A partir de la *Antología traducida* Max Aub se libera de la primera persona del verbo y a contracorriente de la tradición romántica en la que había abrevado se encuentra de plano en el terreno de la modernidad; asume la condición dual del creador contemporáneo, su escisión irreversible, y hace suyo el descubrimiento de Arthur Rimbaud: *yo soy el otro*; mismo que Octavio Paz convirtió en programa: *para poder ser he de ser otro*. Lo sobresaliente es que a diferencia de Fernando Pessoa, Valery Larbaud o Antonio Machado, Aub no crea uno, dos o cuatro heterónimos, sino un coro de decenas, de cientos, de voces que entre todas constituyen una especie de voz universal, de voz humana, más cerca quizá de aquella suma de los *Cantares* de Ezra Pound.

Pero hay más de una diferencia entre lo que Pound y Aub quieren hacer: el primero es trágico y solemne, el segundo escéptico y satírico; el primero tiene una seguridad absoluta en su talento poético y quiere revelar a través de sus *Cantares* una especie de voz central, fundamental y fundacional del decir humano, mientras el segundo no sólo no tiene demasiada confianza en sus dotes poéticas

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Max Aub y León Felipe
en casa de Joaquín Díez-Canedo
México DF ca., 1958
(Archivo I. Soldevila)

sino que además es poseedor de un sentido del humor del cual el poeta norteamericano estaba exento.

Probablemente la obra poética de ficción de Aub hubiese sido mejor valorada si éste la hubiera presentado de otra forma, si en vez de hacer burla de la erudición y la anotación académica la considerara fruto excelso de su propia erudición (que no cabe duda que la tenía) y producto literario de valor irrebatible. Pero el viejo Max era un rebelde que amaba el juego, y su conocimiento de la literatura era tan amplio como agudo su sentido crítico; vio nacer el arte moderno más radical (fue el responsable de colgar el *Guernica* en la exposición universal de París) y fue testigo también de la impostura y el capricho del mercado del arte y de la fama, al extremo de ser capaz de escribir la vida de un pintor inexistente y, aún más, de pintar su obra. Por ello su escritura poética se mueve en un espacio poco convencional, donde es capaz de conseguir grandes hallazgos y recorrer los espacios más profundos y complejos del decir poético, sin darles demasiada importancia al atribuírselos a autores de poca monta perdidos en la desmemoria de los siglos.

En la nota de presentación de la *Antología traducida*, Max Aub se pregunta «¿por qué hay más poetas malos que buenos?». Sin entrar a responderse tal enigma, que es en sí la pregunta misma sobre lo que considera los límites de su propio talento poético, pasa a reflexionar: «No hay duda de que entre miles llamados menores existen algunos que escribieron un poema, tal vez dos o tres, tan buenos como los mejores. Como si Dios hubiese querido marcarlos, manteniéndolos a flote, salvándolos del olvido, de un hilo».

Antología traducida, *Versiones y subversiones* e *Imposible Sinaí*, son una apuesta poética verdaderamente original y compleja: la creación de un universo poético creado con supuestas traducciones de los mejores poemas, «tan buenos como los mejores», de poetas que jamás existieron pero cuyos contextos culturales abarcan trece siglos y los paisajes de Palestina, Mesopotamia, la Galia, Alejandría, Roma, el Al-Andalus, Flandes, Cracovia o el Tíbet, por nombrar sólo algunos. Estas antologías de autores irreales conforman un universo de feliz y errática heterodoxia; las notas biográficas con que Max Aub describe la vida de cada autor son al mismo tiempo la demostración de una cultura extensa, inagotable (propia del amigo que era de Alfonso Reyes), junto a un sentido del humor a flor de piel y una ironía como filo de navaja. En cada una de esas notas su autor inventa a un disidente, a un marginal o a un perdedor: maniqueos, judíos, bufones, místicos, aventureros, taciturnos, desengañados, anarquistas, independentistas, comunistas, sionistas, colaboradores, desterrados...

El humor y el juego en Max Aub son poco comunes en la poesía peninsular de su época pero no impropios de la latinoamericana —aun cuando su referente habría que buscarlo en la poesía del Siglo de Oro, en la pluma desenvainada de los duelos de Góngora y Quevedo. Desde la perspectiva del siglo XX, la obra poética aubiana tiene que ver con la crítica del lenguaje que inaugura Huidobro y que en algunos casos se ha convertido en la poesía latinoamericana en una radical destrucción del decir poético desde la poesía misma: Efraín Huerta, Nicanor Parra o Gerardo Deniz, son buenos ejemplos de esta actitud.

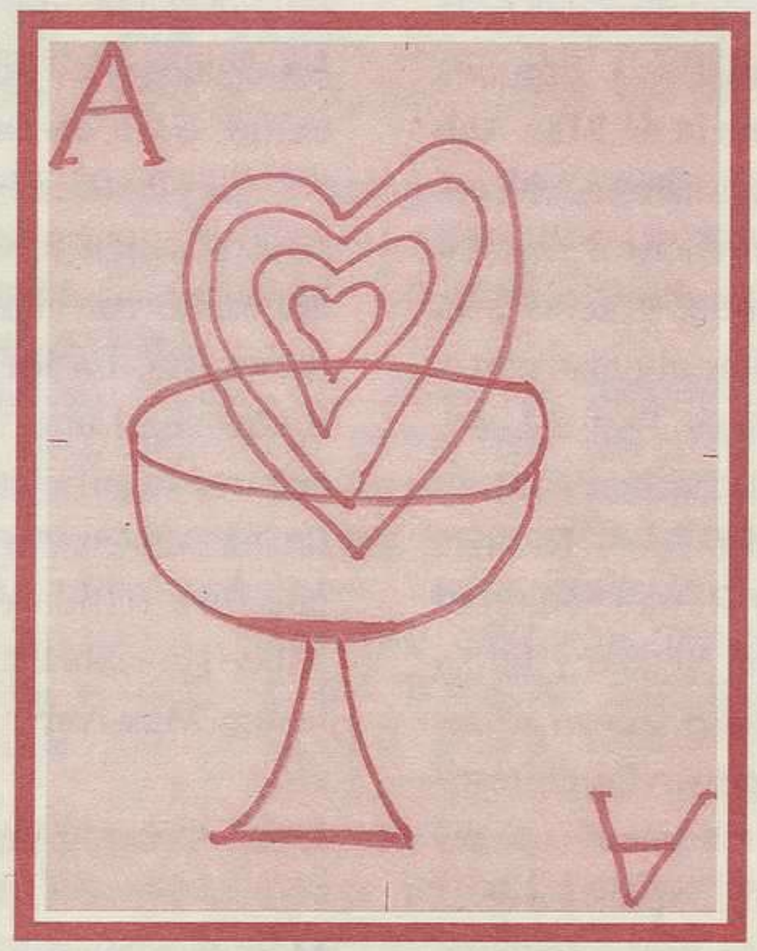
Parece que este joven valenciano nacido en Francia, de origen alemán y español por decisión propia, encontró en el México de Ibarguengoitia un terreno fértil para desarrollar una obra poética nacida justamente de la derrota del escritor frente al lenguaje poético tradicional, y aquí radica quizá su mayor genio: haber canjeado su carencia de facultades líricas y oído poético por una poesía de la imaginación y la irreverencia capaz, sin embargo, de mostrar mediante una multiplicidad de identidades ficticias la aventura de la palabra poética, su propia aventura con esa palabra y su decir frente a la historia, el amor o lo divino.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Lo mejor de la poesía de Aub tuvo que esperar a su vida en México.

Ya se sabe que toda literatura es en realidad una forma de traducción, que entre lo vivido, lo sentido o lo pensado y su expresión, su representación, hay un ejercicio de interpretación y recreación. La conciencia crítica y la sensibilidad literaria permitieron a Max Aub construir este archipiélago de voces, que son en efecto traducciones de las voces y las historias del hombre. Ninguno de los poetas a los que Aub consagró su oficio de traductor vivieron en la tierra y sin embargo él les rescató del olvido de los no natos y guardó para la poesía sus mejores versos, a sabiendas de que «el que haya escrito un solo verso verdadero, se salvará». Y aquí radica lo increíble de esta aventura poética: la verdad que nos transmiten sus versos, que aunque muchas veces sean obra de una persona (*personae*, máscaras) marginal, desequilibrada o contradictoria, son fruto de una necesidad urgente de comprender el mundo, una necesidad que parece nacer del personaje, lo que hace efectiva la ficción, pero que en última instancia son muestra de una voluntad de expresión poética nacida de una voz rebelde ante sus limitaciones expresivas.

En términos estéticos, Max Aub es seguidor de Heinrich Heine, como queda expresado en su conferencia dictada en el Instituto Alemán de la ciudad de México en 1956 con motivo del centenario del escritor alemán. Esto quiere decir, en pocas palabras, que es revolucionario pero escéptico, ateo pero panteísta: «Es —en palabras de Aub— el que cree y no cree, y crea». Su obra poética, como la de aquél, es satírica y profética (léase *Imposible Sinaí*, donde las pasiones entre judíos y palestinos se comprenden mejor que leyendo los diarios), sensual y social a la vez. Como Heine, Max Aub es lector de Hegel y Marx, y ambos fueron expulsados de sus países y conocieron el exilio por obra de la reacción conservadora de su tiempo.



Jusep Torres Campalans
As de corazones y copas 1964
(Generalitat Valencia. Fundación Max Aub, Segorbe).

En su análisis de la poética *heiniana*, Aub se refiere al papel fundador de la sensibilidad contemporánea, que tiene como origen la Revolución Francesa, es decir la ruptura de la unidad del hombre con la divinidad, del hombre con el creador, gracias a la cual aparece la noción de dualidad y el artista deja de hablar por todos o de ser un siervo de Dios para decir lo propio, decir lo humano. Pero Heine previene, citado por Aub, que «con la mejor voluntad de ser sincero nadie puede decir la verdad acerca de sí». El estilo expresa la voluntad del artista por construir un lenguaje fuera de sí mismo, un lenguaje diferente al propio; la búsqueda de un estilo es sinónimo de la creación de un personaje mediante el cual habla el poeta. «La obra —escribe Aub— viene a ser biombo, el escritor crea un caparazón. La palabra es, según Heine, "un abandono servil a la impresión del momento". Por lo tanto, Heine querrá tener tantos estilos como obras escriba. Ser distinto, aquí y allá.»

En esta última frase puede estar la clave del cambio de curso que se operará en la obra poética de Max Aub a partir de su *Antología traducida*: si la marca de un autor es justamente el estilo, el cambio del tiempo, de sensibilidad, de la circunstancia, le convocó a cambiar de autor, a crear un autor para cada hecho poético. El poeta no sólo asumió la necesidad de un estilo diferente para expresar la impresión de cada momento sino la creación de un hombre que encarnara cada nueva experiencia poética.

Es curioso cómo, a sabiendas de que se trata de un mentiroso irremediable, la crítica y la academia le sigan creyendo a Max Aub cuando asegura ser un mal poeta; aun cuando sea de esos que escriben algunos poemas tan buenos como los mejores. Aunque esto no debiera tener ninguna importancia, y más cuando es probable lo que asegura el poeta polaco Josef Waskiewitz, anarquista muerto en París en los albores del siglo XX, «nada sirve para nada, menos el poema:/ espejo muerto de la nada.» □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Correspondencia cruzada

Selección y notas de Manuel García

En el archivo, biblioteca y hemeroteca de la Fundación Max Aub, la sección de Correspondencia comprende cerca de 5.000 cartas con las que Max Aub rompió el aislamiento que el franquismo impuso a los intelectuales republicanos en el exilio.

Esa amplia labor epistolar de carácter personal, literario o profesional, le permitió relacionarse con políticos (André Malraux), poetas (Juan Ramón Jiménez), artistas (Josep Renau), críticos de teatro (José Monleón), novelistas (Camilo José Cela), historiadores (Vicente Llorens), editores (Jaime Salinas) o profesores universitarios (Ignacio Soldevila), entre otros muchos.

Al elaborar el sumario de este Cuaderno desde la perspectiva del «intelectual comprometido», creímos oportuno sacar a la luz la correspondencia de Max Aub con políticos, escritores y artistas cuyo trasfondo desvelaba algunas inquietudes políticas del escritor transterrado. Esa ha sido la razón por la que, gracias a la Fundación Max Aub, pudimos consultar algunas cartas entre Max Aub y Rafael Alberti y María Teresa León, Julio Álvarez del Vayo, Luis Araquistain, Pablo de Azcárate, Carlos Contreras, Julio Just, Ramon Lamoneda, André Malraux, Josep Renau, Manuel Tuñón de Lara, Wenceslao Roces, Juan Rejano y Julián Zugazagoitia. De esa «correspondencia política» se seleccionan, a su vez, algunas cartas que sirven de testimonio de inquietudes que Max Aub, como exiliado republicano español y militante socialista, expresaba en la posguerra a aquellas personas con las que tenía confianza para debatir esos temas. Sobre el contenido de las mismas hacemos algunas acotaciones con la idea de que el lector interesado pueda acceder directamente a esos textos que, desde nuestro punto de vista, amplían las ideas expresadas por Max Aub en la edición de sus *Diarios* que ha publicado, anotado y prologado el profesor Manuel Aznar.

Las cartas cruzadas de Max Aub con diversos intelectuales, políticos y amigos en el exilio, son sólo una muestra de la ingente actividad epistolar que mantuvo el escritor desde el destierro. La selección de cartas que comentamos —algunas de las cuales reproducimos de forma facsimilar— son sólo un testimonio, entre muchos, de las inquietudes literarias, humanas y políticas del exilio republicano, que en esta ocasión hemos querido rememorar con motivo del centenario del nacimiento de este autor tildado de «judío-marxista-masón» por el franquismo y que, ahora, en democracia, desde distintas sensibilidades políticas, podemos libremente homenajear, leer y celebrar.

Rafael Alberti y María Teresa León

La correspondencia con los escritores Rafael Alberti y María Teresa León se inicia el 28 de marzo de 1951 y finaliza el 25 de marzo de 1970. La mayor parte de las cartas son de Max Aub con María Teresa León y están relacionadas con la publicación de libros, iniciativas editoriales y las dificultades de la lucha por la vida en el exilio. Sólo en carta del 16 de mayo de 1965 Rafael Alberti plantea a Max Aub que colabore en un proyecto de exposición itinerante por Italia de artistas españoles del exilio con motivo del aniversario de la lucha antifranquista. La idea de incluir obras de Miguel Prieto, Rodríguez Luna, Josep Renau, entre otros, debió dificultarse lo suficiente para que se concretara esa colaboración de Max Aub en la resistencia antifranquista europea. Esa fallida experiencia no impediría que Rafael Alberti colaborara en la revista *Los sesenta* que por esas fechas Max Aub editaba en México.

Julio Álvarez del Vayo

Max Aub escribe el 3 de abril de 1944 a Julio Álvarez del Vayo advirtiéndole que había una copia de la película *Sierra de Teruel* en Nueva York y que sería interesante difundirla en México, argumentando que «representa dicha obra en cierto modo la justificación de la epopeya del pueblo español en pro de un ideal que defienden hoy las Naciones Unidas».

Álvarez del Vayo contesta a Max Aub el 31 de diciembre de 1945 sin dejar clara la resolución del asunto que plantea el escritor. Por otra parte, le dice «tanto N (¿Negrín?) como yo creemos que el sitio de usted es París».

Años más tarde, en uno de los diversos viajes que Álvarez del Vayo hace por el mundo, le remite una tarjeta postal fechada el 14 de febrero de 1957, proponién-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Leg. 1-18/1

Max Aub
Reforma 137 dp.2
México D.F.

Sr. D. Julio Alvarez del Vayo
Hotel Montejo.
Ciudad.

Querido amigo:

Aprovechando su estancia en México me es grato recordarle que se halla en Nueva York una copia de la película SIERRA DE TERUEL que André Malraux, con mi colaboración, realizó en España, en 1938 y 39, por cuenta del gobierno español.

Siendo esta producción propiedad del gobierno del cual Vd. formó y forma parte, y precisamente como ministro de Estado : departamento que financió la película, acudo a Vd. con la proposición siguiente:

Representa dicha obra, en cierto aspecto, la justificación de la epopeya del pueblo español en pro de un ideal que defienden hoy las Naciones Unidas. La exibición de la misma no acarrearía más que beneficios -económicos y de propaganda- a la causa que todos defendemos, sin herir las suceptibilidades de gobiernos enemigos, aunque oficialmente neutrales, ya que el film no ataca a estos en ningun momento. Por lo antedicho le sugiero haga lo posible para hacerse cargo de la copia existente en E.U. para enviarla aquí para su definitivo arreglo y distribución de las copias, a menos que los actuales detentadores de la película prefieran sacar un contratipo que nos sirviera para el fin antecitado.

Resta señalar para los efectos consiguientes que A.M. es deudor de una cantidad bastante elevada de francos a diversas empresas francesas, dinero que se gastó en el acabamiento del film.

Sin más sabe es suyo affmo. amigo

Max Aub

México, 3 de abril de 1944.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

12

31 de Diciembre ,1945

Ayer llegó Giral. Mañana Don Jorge. Todo ello así pregunta "New York Times", "Le Monde" y con el "Daily Express" de Londres, "Lumière". Espera de Mulsados: de inmediato.

Querido Max Aub:

No tenía el otro dia su dirección a mano y por eso en mi carta a M.F. le rogué informase a usted que iba a haber un considerable retraso en el arreglo de su asunto. Por la especial situación, que nos habia sido señalada, de A.M. dentro del gabinete ,nos pareció a N. y a mi que era mejor que él tratase de ello directamente a su llegada a Francia ,o que yo planteara la cuestion de llegar antes que él. Ahora bien N. no creo que se ausente de Londres durante la primer fase de la Conferencia de las Naciones Unidas ;y, en cuanto a mi, solo llegaré a Paris a primeros de Febrero.

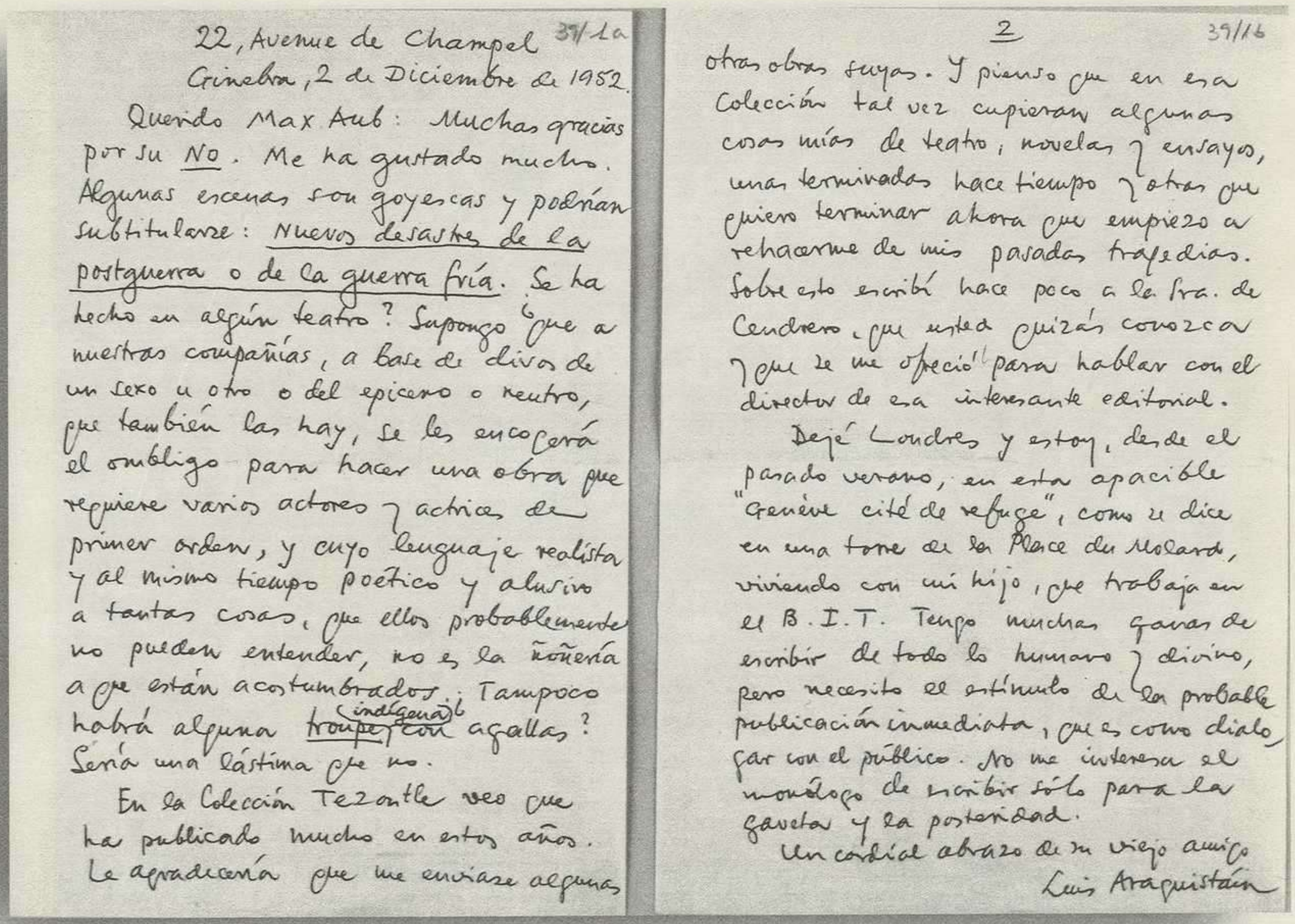
En esa situación y en vista de su carta (recibida hoy) me parece lo mas aconsejable que si le vuelve a salir otra oferta de peliculas la acepte, siempre que no lo ate por demasiado tiempo pues tanto N. como yo creemos que el sitio de usted es Paris. Pero, eso le daría trabajo digamos hasta la primavera y entretanto de una manera u otra ,sur place, nosotros le prepariamos todo. No cree usted que es lo mejor?.

Muchas gracias por su cooperación en el asunto de Marcial F. .

Féliz 1946 y desde luego "reunion in Spain"!

Un abrazo y recuerdos de Luisa.

J. Alvarez del Vayo



22, Avenue de Champel 39/1a
Ginebra, 2 de Diciembre de 1952.

Querido Max Aub: Muchas gracias por su No. Me ha gustado mucho. Algunas escenas son goyescas y podrían subtitularse: Nuevos desastres de la postguerra o de la guerra fría. Se ha hecho en algún teatro? Supongo que a nuestras compañías, a base de divos de un sexo u otro o del epicceno o neutro, que también las hay, se les encogerá el ombligo para hacer una obra que requiere varios actores y actrices de primer orden, y cuyo lenguaje realista y al mismo tiempo poético y alusivo a tantas cosas, que ellos probablemente no pueden entender, no es la ñoñería a que están acostumbrados. Tampoco habrá alguna troupe indígena con agallas? Sería una lástima que no.

En la Colección Tezontle veo que ha publicado mucho en estos años. Le agradecería que me enviase algunas

2 39/16

otras obras suyas. Y pienso que en esa Colección tal vez cupieran algunas cosas mías de teatro, novelas y ensayos, unas terminadas hace tiempo y otras que quiero terminar ahora que empiezo a rehacerme de mis pasadas tragedias. Sobre esto escribí hace poco a la Sra. de Cendrero, que usted quizás conozca y que se me ofreció para hablar con el director de esa interesante editorial.

Dejé Londres y estoy, desde el pasado verano, en esta apacible "Genève cité de refuge", como se dice en una tarje de la Place du Molard, viviendo con mi hijo, que trabaja en el B.I.T. Tengo muchas ganas de escribir de todo lo humano y divino, pero necesito el estímulo de la probable publicación inmediata, que es como dialogar con el público. No me interesa el monólogo de escribir sólo para la gaveta y la posteridad.

Un cordial abrazo de su viejo amigo
Luis Araquistáin

dole que colabore en el periódico *El Socialista* en la edición que se publicaba entonces en Francia.

LUIS ARAQUISTAIN

Max Aub había conocido a Luis Araquistain como director de la revista *España*, militante del Partido Socialista Obrero Español y embajador de la República española en París. En el exilio, ambos mantuvieron una correspondencia más relacionada con la literatura que con la política. Las expectativas que Max Aub crea como posible director de una colección de literatura española editada en México motivan a Luis Araquistain a ofrecerle varios libros suyos. Así, en carta del 2 de diciembre de 1952 le dice:«...pienso que en esa colección (Tezontle) tal vez cupieran algunas cosas mías de teatro, novelas y ensayos». Más adelante le confiesa que quiere publicar enseguida y que «no [l]e interesa el monólogo de escribir sólo para gabela y la posteridad».

Al no conservarse copias de las cartas de Max Aub a Luis Araquistain, poco puede añadirse a las posibilidades de publicación que tuviera dicho autor en editoriales mexicanas a las que estuviera vinculado Max Aub.

PABLO AZCÁRATE

Max Aub recibe de Pablo Azcárate una sola carta fechada el 12 de agosto de 1969 y está relacionada con las pesquisas que el escritor lleva a cabo por esas fechas en el proyecto de biografía de Luis Buñuel. Se refiere a

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

23/46

lista y ex redactor de Heraldo de Madrid. Esa es una explicación para ti que haría falta a los lectores curiosos.

Desde luego que la tesis es digna de examen. Abandonar la causa de España a las viejas colonias de América es peligroso; pero no cabe duda que en España ha desaparecido mucha gente de izquierda, muchos militantes, y todos los que regresen serán útiles a la República. ¿Han surgido nuevos valores? Quizá. Pero eso está por ver. Yo creo que la cantidad de «regresantes» dependerá de factores familiares y económicos que nosotros no podremos variar. Ahora mismo se da un fenómeno en Italia: algunos antifascistas que regresan se encuentran sin lugar, sin trabajo; en fin, en una situación angustiosa. Cuando se pueda volver a España, la gente tratará de informarse bien antes de desorganizar su vida y correr esos peligros. Eso no será heroico, pero sí natural y humano. En resumen, lo deseable es que volvamos todos, aunque parezca el iberoamericanismo otra cosa, por mucho que se razone, siempre parecerá egoísmo o desaliento.

Espero tu respuesta.

Un abrazo,

R. Lamoneda

Negrín y Vayo te envían un saludo y agradecen tu libro.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

23/5

Max Aub,
Euclides Núm. 5,
México (5), D. F.

México, D. F., octubre 18 de 1952.

Querido Ramón Lamoneda:

He leído con verdadera pena el número sesenta y tres de "El Socialista". Dejando aparte los artículos necrológicos que nos recuerdan inmisericordes la triste realidad, todo el resto está dedicado casi íntegramente a insultar a los comunistas y a los prietistas.

¿Qué aberración es esa? ¿Han cambiado los comunistas de manera de ser? No. Nunca estuvimos de acuerdo con su proceder, y por eso no somos, no soy, comunista. Ultimamente se han metido violentamente conmigo, allá ellos. Pero, ¿Vamos a imitarlos precisamente en lo que tienen de censurable? ¿Vamos a llamarlos "enemigos del pueblo"? ¿Vamos a sumarnos a los disidentes de los partidos comunistas, a los renegados, y emplear sus métodos y su lenguaje?

Si es así, no contéis conmigo. No soy comunista, ni lo fuí, pero no soy anticomunista, ni mucho menos voy a sumarme a los expulsados de un partido, al que estoy dispuesto a señalar sus fallas, pero no a insultar. Eso equivaldría a caer en sus mismos males y sobre todo olvidar la línea del Partido Socialista Obrero Español.

A mi juicio, dejarse deslizar por esa pendiente no lleva más que a olvidarse de nuestro actual único enemigo, Franco y lo que representa, para inmiscuirnos en una lucha, que, por ahora, nos es extraña. Y, sobre todo, ¿a qué, a dónde nos lleva esta funesta política?

Nuestro periódico, por lo menos en el número a que me refiero, parece más un organo de "Acción Socialista" que de nuestro partido.

Y contra eso alzo la voz y digo, una vez más, que NO.

Como siempre, muy tuyo

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

México 4 de julio de 1948.

A Juan Rejano y Wenceslao Roces.

Mis queridos amigos:

El título de ciertos cuadernillos que publico ha movido a algunas personas, que os son bien conocidas, a considerarlo como derrotista en sí.

Dice el diccionario :- Espera, acción y efecto de esperar. Esperar, tener esperanza de conseguir lo que se espera. Creer que ha de suceder alguna cosa. Permanecer en un lugar...hasta que ocurra algo que se cree próximo. Ser inminente o estar próxima alguna cosa.

Contra estas cuatro acepciones una sola que puede interpretarse peyorativamente : - Detenerse en el obrar hasta que suceda algo. ¿Es detenerse publicar estas hojas? Aguardar y permanecer en vilo...¿Quién de nosotros no se ha sentido roído de oscura impaciencia por lo largo del tiempo frente a nuestras fronteras? Nunca he dicho " esperar sentado " como parece indicarle la malévola intención de quién ha querido insinuar cierta lejana - ¡ y tan lejana de todo en todo! - correlación con la palabra "espectador". Sentados suelen estar los espectadores cuando no caidos como no hace falta que os diga.

Es mucho más fácil cazar a la espera - acechado la pieza a sobrar - que no hacer algo como, bueno, malo o regular, lo intento. ¿Qué es espera si no esperanza? No es mi culpa si algunos la quieren confundir, desviandose del recto sentido, con la paciencia, el sosiego o la tranquilidad. No espero el santo advenimiento, ni - para mí - "mañana" quiere decir cada día lo mismo. "Mañana se fía", y no os fiaís de nadie, quizá con razón, como tantas veces se demuestra. Pero yo sí, y de vosotros, y de los españoles algunos más. Procuro no darle tiempo al tiempo, sino ganarlo. No somos culpables de ese horrendo plantón que la historia nos ha deparado.

Otros son los espectadores y los espectantes. En las salas de espera - en las estaciones, en las antesalas de los médicos - todos esperan la marcha o un remedio para sus males; sin moverse se mueven. Otros son los responsables del retraso. Procuro - con sencillez - hacerme oir, a ver si sumando mi pobre voz rota a tantos fra-

una posible petición de éste de ingresar en la Sociedad de Naciones y a una supuesta visita del rey Alfonso XIII a la Residencia de Estudiantes.

CARLOS CONTERAS

La breve nota manuscrita del legendario Carlos Contreras a Max Aub de fecha 26 de agosto de 1969 sorprende bastante pues no se tenía noticia de que Max Aub conociera al comisario político del Quinto Regimiento. La frase textual: «Recuerdo con nostalgia nuestras charlas en México», nos hace pensar que hubieran podido mantener una relación amistosa al inicio del exilio de ambos a México. Carlos Contreras llegó con Tina Modotti apenas terminada la guerra civil española (1939). Max Aub llegó en 1942. ¿Dónde coincidie-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

2

gores, puedo ayudar en algo: peón caminero.

Es muy fácil hacer chistes, torcer y retorcer la intención o la realidad ajena. No os hubiese escrito estas líneas sino me doliese que los que considero como mis amigos den tan mala interpretación a mi enclenque esfuerzo, mi amarga gota de agua. Tal vez me diréis que esos comentarios se forjaron en la pendiente de la simpatía mezclados con ese afán de hacer gracia, tan característa de los españoles. A mí no me ha hecho ninguna.

Pese a lo que pueda parecer en su soledad, "Sala de Espera" no es esfuerzo singular, sino que tiende a encajarse modestamente, pero hombro con hombro, hombre con hombre, solidariamente, con el trabajo de todos por la reconquista de nuestra España.

Sentiría que no lo entendiérais así. El que espera desespera, pero no está dedesperado. Desesperado sí lo estoy, por ejemplo, de encontrar un editor o de dar con una compañía que se interese por mis comedias; que ese es el pago actual del interés por nuestra España, del que no puedo ni quiero librarme. Si los desterrados hubiésemos alcanzado remedio para cualquiera de ambas cosas, no hubiese tenido que echar al mundo esta "Sala de Espera", que solo aguarda algo mejor para desaparecer.

Como siempre, vuestro

M. A.

ron? ¿Qué amistad les unió? Toda una incógnita la relación entre un agente de la policía política soviética y un escritor del exilio español.

JULIO JUST

Max Aub fue amigo tanto del escultor Alfredo Just como del político republicano Julio Just. Ambos eran valencianos. Con los dos mantuvo correspondencia, sobre todo con el primero, mientras estuvo viviendo exiliado en los Estados Unidos de Norteamérica.

La carta de Julio Just a Max Aub del 2 de febrero de 1958, es breve; habla con elogio de su libro *Heine* y le pide que medie con la prensa mexicana para conseguir publicar en México.

JUAN REJANO-WENCESLAO ROCES

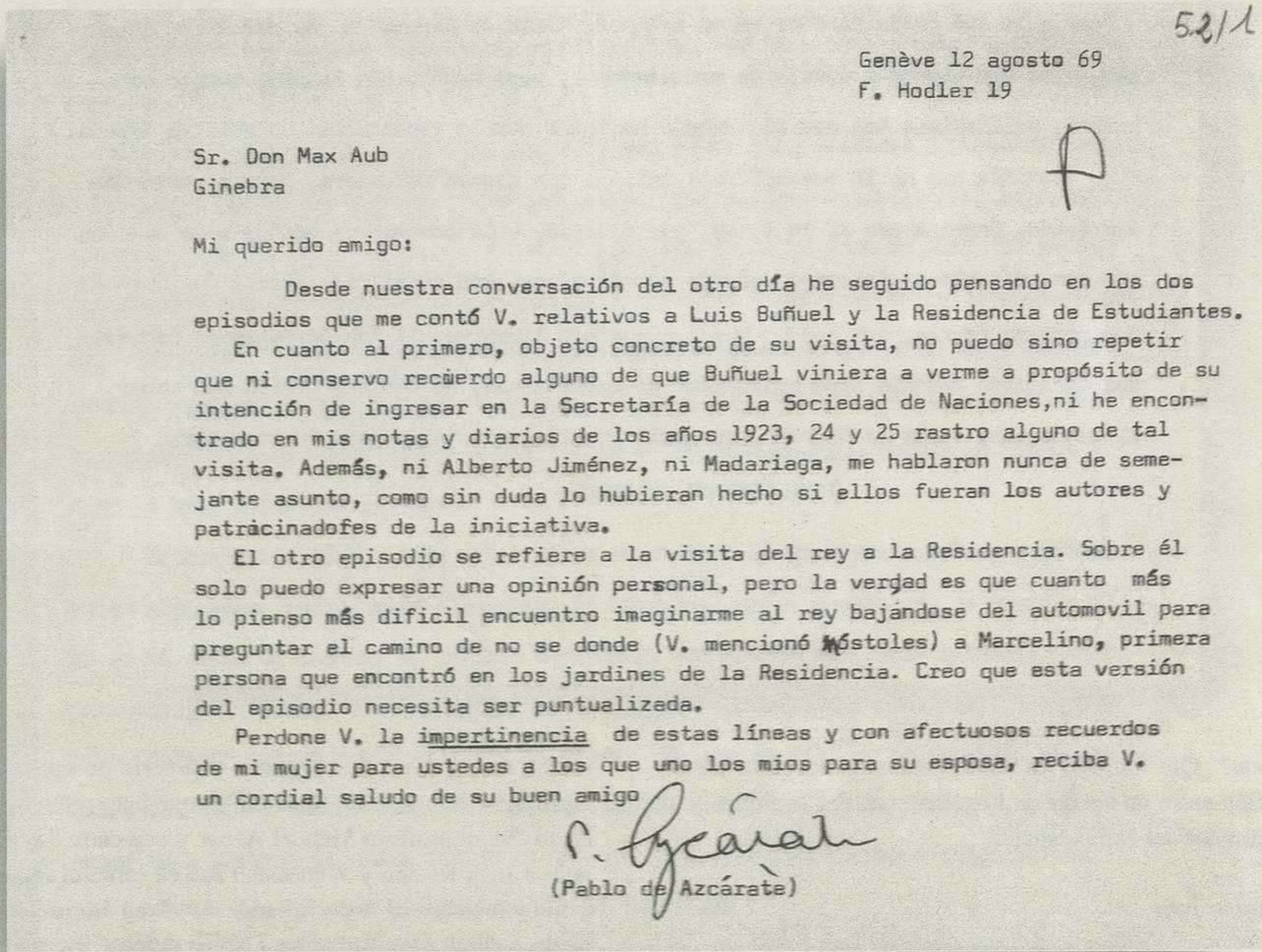
La edición de Max Aub de *Sala de espera* (México, D. F., 1948-51) y más concretamente la publicación del texto «Librada» provocó una agria polémica entre Max Aub y algunos intelectuales militantes del Partido Comunista de España. Entre las cartas que hacen referencia a este tema se encuentra una serie de epístolas entre Max Aub y Josep Renau a las que hizo referencia, en su día, el profesor Manuel Aznar y una carta de Max Aub a Juan Rejano y Wenceslao Roces sobre el mismo asunto fechada el 4 de julio de 1948 en la que, con cierta acritud, Max Aub dice: «No os hubiese escrito estas líneas si no doliese que los que considero como mis amigos den tan mala interpretación a mi enclenque esfuerzo, a mi amarga gota de agua».

Sobre el tema de debate, es decir, la publicación *Sala de espera*, añade Max Aub: «... no es esfuerzo singular sino que tiende a encajarse modestamente, pero hombro con hombro, hombre con hombre, solidariamente con el trabajo de todos por la reconquista de nuestra España. Sentiría que no lo entendierais así».

RAMÓN LAMONEDA

Max Aub y Ramón Lamoneda se escriben entre 1946 y 1952. Es quizás la correspondencia con más contenido político del escritor. Son dos compañeros de militancia socialista. Uno exiliado en París, otro exiliado en México. Es bastante significativa la epístola que le remite

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Genève 12 agosto 69
F. Hodler 19

Sr. Don Max Aub
Ginebra

Mi querido amigo:

Desde nuestra conversación del otro día he seguido pensando en los dos episodios que me contó V. relativos a Luis Buñuel y la Residencia de Estudiantes.

En cuanto al primero, objeto concreto de su visita, no puedo sino repetir que ni conservo recuerdo alguno de que Buñuel viniera a verme a propósito de su intención de ingresar en la Secretaría de la Sociedad de Naciones, ni he encontrado en mis notas y diarios de los años 1923, 24 y 25 rastro alguno de tal visita. Además, ni Alberto Jiménez, ni Madariaga, me hablaron nunca de semejante asunto, como sin duda lo hubieran hecho si ellos fueran los autores y patrocinadores de la iniciativa.

El otro episodio se refiere a la visita del rey a la Residencia. Sobre él solo puedo expresar una opinión personal, pero la verdad es que cuanto más lo pienso más dificil encuentro imaginarme al rey bajándose del automovil para preguntar el camino de no se donde (V. mencionó Móstoles) a Marcelino, primera persona que encontró en los jardines de la Residencia. Creo que esta versión del episodio necesita ser puntualizada.

Perdone V. la impertinencia de estas líneas y con afectuosos recuerdos de mi mujer para ustedes a los que uno los mios para su esposa, reciba V. un cordial saludo de su buen amigo

(Pablo de Azcárate)

Lamoneda a Aub desde París (27 de junio de 1946) donde le cuenta de sus esfuerzos por reagrupar a los socialistas y reparar las huellas de la guerra y su enorme preocupación por la situación española de posguerra: «Nos están preparando una jugada bastante mala».

Parte de la primera correspondencia entre ambos se basa en propuestas de colaboración en la prensa socialista del exilio y en la preocupación que expresa Max Aub por las diferencias en el exilio entre «prietistas» y «negrinistas» en el seno de las filas socialistas.

En una carta de Aub a Lamonenda del 18 de octubre de 1952 se queja de las críticas anticomunistas de los socialistas en el exilio y llega a escribir: «No soy comunista, ni lo fui, pero no soy anticomunista, ni mucho menos voy a sumarme a los expulsados de un partido, al que estoy dispuesto a señalar sus fallas, pero no a insultar. Eso equivaldría a caer en sus mismos males y sobre todo, olvidar la línea del PSOE.

A mi juicio, dejarse deslizar por esa pendiente no lleva más que a olvidarse de nuestro actual único enemigo: Franco y lo que representa, para inmiscuirnos en una lucha que, por ahora, nos es extraña y sobre todo ¿a qué, a dónde nos lleva esta funesta política?».

Ramón Lamoneda contesta a esa carta el 26 de octubre de 1952 con estas consideraciones: «Para que te expliques esa acritud desusada hasta ahora en nuestro órgano periodístico te aconsejo que leas tu libro *No*, que he recibido y estoy saboreando». □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Diputació
Barcelona
xarxa de municipis

Red de bibliotecas

Internet. Vídeos.
Revistas.
Multimedia. Diarios.
Libros. Cómics.
Todo por...

VEN A LA BIBLIOTECA. PODRÁS ACCEDER A INTERNET, CONSULTAR LIBROS, DIARIOS, ESCUCHAR CD, HOJEAR REVISTAS Y CÓMICS. DISFRUTARÁS MUCHO MÁS DE LO QUE TE IMAGINAS Y NO TE COSTARÁ NADA.

La **Red de Bibliotecas** de la provincia de Barcelona es un servicio compartido de los **ayuntamientos** y la **Diputación** formado por **149** bibliotecas y **9** bibliobuses.

www.diba.es/biblioteques

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

En alabanza de los malos hábitos

Peter Marsh

En esta ponencia trataré de hacer tres cosas. Primero, quiero ofrecer una perspectiva del elevado grado de interés (hay quienes lo llamarían obsesión) por la corrección en cuestiones de dieta, salud y forma de vida que caracteriza a las sociedades occidentales contemporáneas y en particular al Reino Unido y a Estados Unidos. Esta búsqueda de conceptos tan estrictos como novedosos sobre unos supuestos «salud» y «buen estado físico» nos ha llevado a crear una nueva casta de parias: quienes no se someten al creciente catálogo de prescripciones sobre lo que «más nos conviene», quienes, oponiéndose a los consejos de aquellos que se arrogan el título de árbitros de la rectitud moderna, persisten en los malos hábitos.

En segundo lugar, deseo argumentar que este *Zeitgeist* de la «salud» posee desagradables e infelices precedentes históricos, lo cual quizás podría servirnos de advertencia. Las fuerzas que conforman la raíz de lo que llamaré «sanitarismo» podrían ser bastante menos benignas de lo que se nos ha querido hacer creer. En tercer lugar, deseo argumentar que ciertas tendencias que se manifiestan en nuestras culturas van en contra de la que podríamos suponer es nuestra herencia evolutiva. La idea del supuesto deber de suprimir cualquier peligro que atente contra nuestras vidas y cuerpos evitando lo que anteriormente pudiera parecer placentero o «divertido», bien podría resultar «insostenible» y conducir a regímenes de vida para los cuales nuestros cerebros, que datan de la edad de piedra, simplemente aún no están diseñados. Por si esto pareciera prologar una descripción simplista, reduccionista o neodarwinista de la condición humana, desde el comienzo debo también dar fe del marco filosófico —si el término no resulta demasiado altisonante— en el que haré mis observaciones. En nuestro Centro de Investigaciones sobre Asuntos Sociales (Social Issues Research Centre) hemos estado tratando —sin conseguirlo totalmente, hay que admitirlo—, revivir una perspectiva que parece haber desaparecido casi del todo en los últimos años: la posición de centro-izquierda libertaria. De la palabra «libertario» se ha apoderado en gran medida la extrema derecha política, especialmente en Norteamérica, en tanto que la izquierda se ha ido aproximando cada vez más a la coerción de los modos de vida y a lo que acertadamente se ha denominado «fascismo de grupo de discusión» *focus group fascism*: si el grupo de discusión de Blair cree que algo es «malo», hay que vetarlo en aras de un fácil populismo, lo que constituye una concepción bastante novedosa de la democracia.

Qué triste es todo esto. Parecemos habernos alejado mucho de John Stuart Mill quien, en su ensayo *Sobre la libertad*, decía: «No hay persona ni grupo de personas autorizados para decirle a otro ser humano hecho y derecho que no puede hacer en beneficio de su propia vida lo que él decida. Todos los errores que pueda cometer, a pesar de consejos y advertencias, pesan mucho menos que el mal de permitir que otros lo obliguen a hacer lo que consideran que es por su propio bien».

En el concepto originario del «liberalismo» no encuentro nada que sea incompatible con una sociedad justa y considerada, que crea en la redistribución de la riqueza y en la ayuda a sus miembros menos favorecidos. Y digo esto porque estoy harto de ser tildado de «conservador» por pequeñoburgueses que se nombran guardianes irrebatibles de lo que hoy pasa por ser corrección política. Que quede, pues, constancia de ello.

Debería también, supongo yo, basándome en pasadas experiencias en las que he tratado algunos puntos de esta charla, hacer una advertencia sobre la salud. Así como un humilde paquete de cacahuetes lleva ahora impreso «Contiene nueces» (por si no lo hubiéramos advertido) y un destornillador eléctrico una etiqueta que dice: «No introducir en el oído», esta ponencia puede contener afirmaciones y argumentos que podrían causar aflicción intelectual o psicológica. Los derechos legales de los presentes no se ven afectados por esta advertencia. En Occidente vivimos una época que, según todos los criterios objetivos, es la más segura que haya experimentado nunca nuestra especie en su evolución y en su historia. Estamos más sanos de lo que nunca lo estuvieron nuestros antepasados, en promedio vivimos bastante más que nuestros propios progenitores inmediatos. Actualmente, la tasa de mortalidad infantil es de menos de 6 por cada 1000 nacimientos; hace cien años, era de 150. Aún a finales de los años 50 morían cuatro veces más niños en el primer año de vida que hoy en día. Nuestra dieta, pese a toda la propaganda en contra de la comida basura, no sólo es la más nutritiva sino también la más libre de contaminantes y bacterias que hayamos consumido jamás. A pesar de las divisiones de clase que subsisten en nuestra sociedad y que se ven reflejadas en la brecha de salud entre ricos y pobres, en lo que atañe a peligros objetivos contra nues-

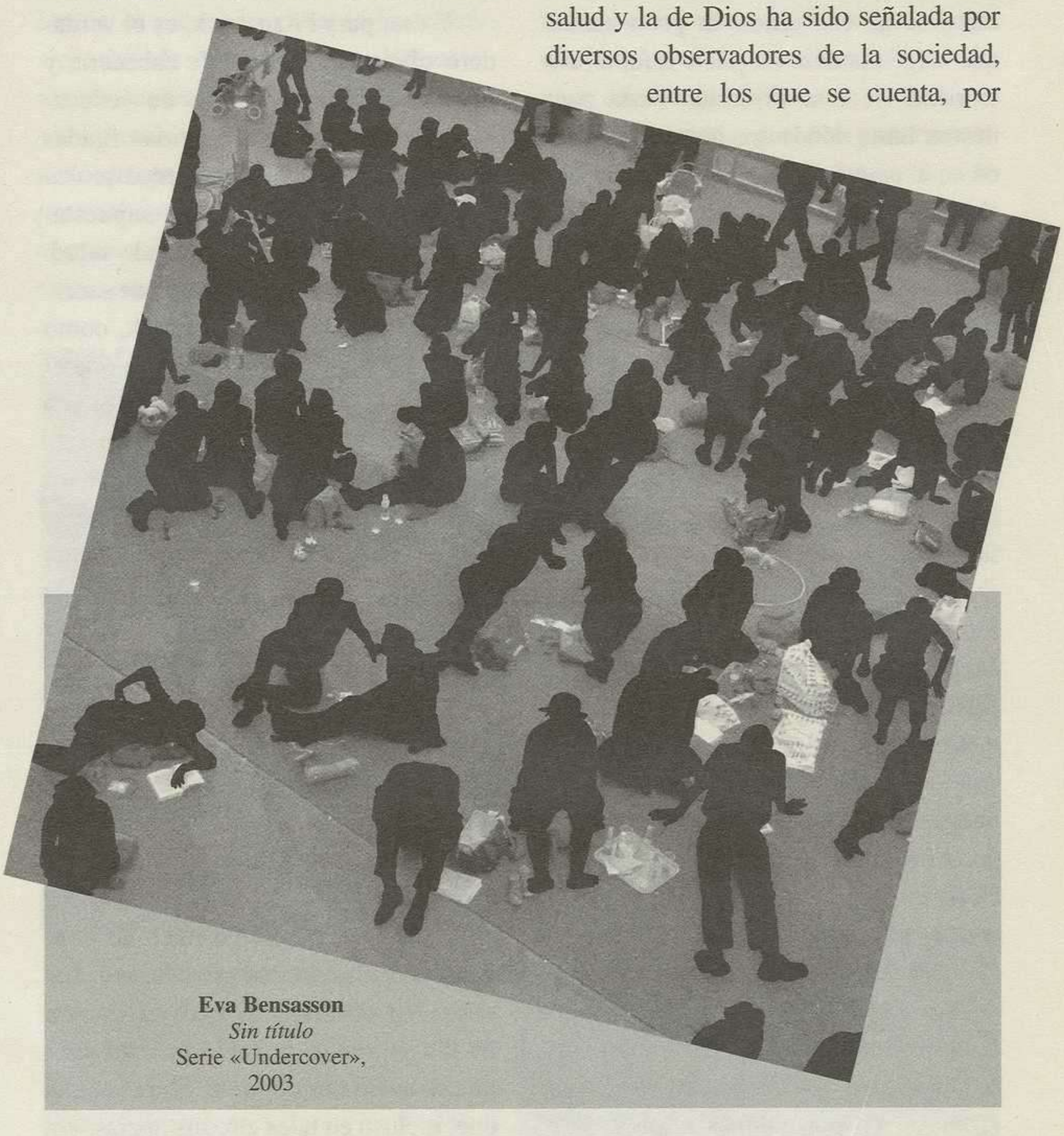
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

tras vidas y nuestro bienestar «las cosas nunca estuvieron más fáciles», según las famosas palabras de Harold MacMillan.

Al mismo tiempo hemos llegado, cosa irónica, a temer más que nunca al mundo que nos rodea. A falta de riesgos reales nos inventamos otros nuevos y con frecuencia totalmente fantásticos. Los miembros más acomodados de nuestra sociedad, los que tienen menos de qué preocuparse, son los más propensos a esta original neurosis de nuestra la época: temen que, de no seleccionarse su contenido con obsesivo esmero, la cena les producirá una muerte instantánea, y que de no seguir cuanta novedad pasajera les recomienda su entrenador físico personal, sufrirán un deterioro corporal «inaceptable». Nos asalta el constante temor a que los extraños sean un peligro para nuestros hijos —pese al hecho de que la inmensa mayoría de los casos de abuso infantil ocurre dentro del círculo familiar— y nos cercioramos de que llegan a salvo al colegio llevándolos en vehículos de transporte, al tiempo que deploramos el agotamiento de los combustibles fósiles y los niveles «inaceptables» de contaminación ambiental... y encima nos extrañamos de que estos niños se estén poniendo gordos. Inmersos en un perpetuo estado de inquietud irracional empezamos a perder la fe en todo lo que tenga visos de ciencia y preferimos depositarla en el «traje del emperador» de la homeopatía y otras formas de medicina «complementaria», en tanto que retiramos a los niños de programas de vacunación sensatos y seguros dirigidos a prevenir una epidemia de sarampión amedrentados por un brote de agitación irresponsable en la prensa.

Nuestra huida de la racionalidad se hace evidente también en otros terrores que nos asaltan actualmente. El desarrollo de la biotecnología, por ejemplo, que acaricia la auténtica promesa de erradicar el hambre en lugares mucho menos afortunados del planeta, es combatido por los sanos y bien alimentados por temor a liberar un nuevo monstruo de Frankenstein —pese al hecho de que los norteamericanos llevan más de una década comiendo estos productos sin una sola consecuencia nociva. Cuando los más radicales planean campañas desde sus móviles, no ven ironía alguna en tratar de convencernos de que los postes y antenas que facilitan su acción coordinada van a tostarnos el cerebro (en especial el de nuestros hijos), y otra vez a pesar de no haber ninguna prueba real que justifique semejantes creencias. Son las mismas personas que antaño sostenían que los pasajeros de los trenes de vapor se asfixiarían si viajaban a más de cincuenta kilómetros por hora y que podrían producirse peligrosas fugas de electricidad si se dejaban sin tapar las instalaciones eléctricas. El problema ahora es que la gente les cree. En el contexto de esta era posracional, la idea de una «forma de vida correcta», fundamentada mayormente en ideales narcisistas de la salud, ha llegado a orientar las vidas de la gente de maneras antaño características del poder de las religiones establecidas. En lugar de tener fe en las creencias y doctrinas de la Iglesia oficial, ahora seguimos servilmente las igualmente falsas promesas de las profesiones promotoras de la salud: las mismas que nos quieren hacer creer que si llevamos la vida «buena» disfrutaremos de vitalidad y belleza inagotables.

Esta similitud entre la búsqueda de la salud y la de Dios ha sido señalada por diversos observadores de la sociedad, entre los que se cuenta, por ejemplo, la académica australiana Deborah Lupton. En su libro *The Imperative of Health* («El imperativo de la salud»), sostiene que «en esta era seglar, concentrarse en la dieta propia y otras opciones de régimen de vida se ha convertido en una alternativa a la oración y la vida virtuosa como medio para dar sentido a la vida y la muerte. La sanidad ha reemplazado a la santidad como vara



Eva Bensasson
Sin título
Serie «Undercover»,
2003

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

para medir la perfección y la vida recta. Puede considerarse, entonces, que la salud pública y el fomento de la salud contribuyen a la regulación moral de la sociedad al concentrarse en prácticas éticas y morales de la persona».

Si bien la nueva religión de la salud permite que en nuestras sociedades muchas personas adquieran un sentido de dignidad moral, también se constituye en un valioso medio para censurar a los descarriados, esos nuevos parias de un mundo donde el concepto de «tolerancia cero» se ha convertido en poco menos que «algo bueno». (A juicio mío, el uso corriente de esta expresión basta para ilustrar hasta dónde nos hemos extraviado en el plano moral.) Las personas reacias a doblegarse ante lo que el difunto Petr Skrabanek (un médico checo renegado) describía como «sanitarismo coercitivo» —es decir, quienes exhiben malos hábitos— son los nuevos parias de este cada vez más temeroso e intolerante mundo. Se trata, en palabras de Michael Fitzpatrick, un médico de medicina general del Este de Londres, de la tiranía de la salud que nos rodea ya por todos lados.

El reciente libro de Michael Fitzpatrick, titulado *The Tyranny of Health: Doctors and the Regulation of Lifestyle*, («La tiranía de la salud: los médicos y la regulación del estilo de vida»), es una obra cuya lectura recomiendo encarecidamente a todo el mundo. Fitzpatrick trabaja en la zona de Hackney, donde todos los días entra en contacto con enfermos y, de vez en cuando, con moribundos. Cada vez más, entra también en contacto con «sanos desazonados», personas que se han visto llevadas a temer al mismísimo mundo en el que viven por alarmas infundadas e inapropiadas formas de promoción de la salud. Y ahora se topa regularmente con personas que se culpan de sus propios males, personas convencidas de estar enfermas simplemente por no haber adoptado los modos de vida que el gobierno, cada vez más autoritario según Fitzpatrick, les receta.

Su sencillo mensaje es: «Los doctores deberían dejar de sermonear a los pacientes y concentrarse en su tratamiento», y recurre al apoyo del microbiólogo René Dubos para reforzar este argumento. En su libro *The Mirage of Health* («El espejismo de la salud»), escrito ya en 1960, Dubos comentaba: «Como decía un sabio médico, entre las funciones del doctor está la de lograr que a sus pacientes les sea posible seguir haciendo las cosas agradables que les hacen daño —fumar en exceso, comer y beber en exceso— sin que se maten antes de lo necesario».

Y ése, para Fitzpatrick, es el verdadero oficio del médico de cabecera, y no eso de alcanzar metas de «educación en el de régimen de vida» fijadas por el Estado. Ni mucho menos se trata de rehusar tratar a quienes supuestamente son culpables de su mala salud. Su oficio es el de doctor, no el de sacerdote. La protesta de Fitzpatrick, como la de Skrabanek, quien temía lo que él llamaba la «muerte de la medicina humanitaria», nos recuerda mucho la diatriba lanzada en 1909 por Bernard Shaw contra el gremio de los médicos. En un discurso ante la Sociedad Médico-Legal, fustigó la arrogancia de la profesión por atropellar los derechos civiles de los individuos, actitud que no sería tolerada en ninguna otra área. Y concluía: «Por último, quiero decirles esto: deben ustedes socializar la profesión médica, ya que los médicos se ven cada vez más tentados a arrogarse poderes sobre la libertad del hombre corriente, poderes imposibles de confiar a ninguna entidad privada, sea cual sea». No obstante, la nacionalización de los servicios de salud en este caso no era lo más importante. Shaw añadía que, incluso en tales circunstancias, «ni por un momento se me ocurre sugerir que el doctor debería tener poder de coerción sobre el paciente, aunque fuera por su bien». Shaw sacó de casillas a más de un médico con sus opiniones francas sobre el papel que debía cumplir la profesión. Y, como ahora, pocos doctores de ese entonces se adherían a su dictamen de que no hay que buscar la salud como un fin en sí mismo. Shaw decía: «Usa tu salud, incluso hasta acabarla. Para eso está. Gasta antes de morir toda la que poseas».

Esta sentencia de Shaw se hace claramente eco de un viejo proverbio ruso que, si visitan ustedes la sede de nuestro humilde Centro en Oxford, podrán ver a la entrada. Traducido, dice simplemente: «Si no bebes ni fumas, morirás sano». También, y acaso de modo más sonado, Samuel Langhorne Clemens, más conocido como Mark Twain, expresó un sentimiento parecido. Decía, en su «autobiografía»: «Hay personas que se privan severamente de todos y cada uno de los comestibles, bebestibles y fumables que por cualquier razón hayan adquirido una reputación dudosa. Pagan este precio por la salud. Y salud es lo único que sacan de ello. ¡Qué cosa más rara! Es como si pagaras toda tu fortuna por una vaca que ya no da leche».

Fue Mark Twain, desde luego, quien nos instó también a ser cautelosos al leer libros de salud. «Podrías —nos advertía— morir por culpa de una errata». Han pasado cien años y parece que hemos echado al olvido estas bastante sabias opiniones liberales, a pesar de las claras pruebas de que disponemos sobre las consecuencias negativas del sanitarismo, tanto en el ámbito individual como en el social. Si nos remontamos otro poco en la historia, hasta la Revolución Francesa, por ejemplo, empezamos a divisar los orígenes en la Europa moderna de esas mismas fuerzas que denostaron Shaw, Twain y muchos otros. Las transformaciones de la filosofía de la salud pública en la Francia revolucionaria surgieron de una ideología que sostenía que el aleccionamiento sobre el régimen alimenticio y el modo de vida eran las claves para asegurar la sumisión final del pueblo francés. Quizás no fuera cosa del azar, por tanto, que el jefe del primer departamento oficial de salud pública que se creó en Europa, establecido en 1789, año de la revolución de marras, fuera nada menos que un tal doctor Guillotin, más conocido como inventor de un eficiente dispositivo de decapitación: la guillotina.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Sobre este periodo de la historia, Petr Skrabanek comenta: «Es paradójico que el Siglo de las Luces, que aniquiló las falsas certezas del dogma religioso y liberó al hombre de la superstición, forjara al mismo tiempo nuevas cadenas para esclavizarlo, al considerarlo semejante a una máquina, regido por leyes materialistas y deterministas».

En otras partes de la Europa del siglo XVIII se comenzaban a desarrollar otros tipos de coerción en política sanitaria. En Alemania, por ejemplo, muchas publicaciones médicas incluían en sus títulos el término *Medizinalpolizei* («policía médica») y más adelante *Gesundheitspolizei* («policía sanitaria»). El historiador de la medicina George Rosen ha sostenido que el concepto de la policía médica era parte de una tendencia política más amplia que buscaba incrementar las riquezas de la clase comerciante y la aristocracia asegurándose de que los trabajadores estuvieran lo suficientemente sanos para desempeñar su trabajo de semiesclavos. Según Paul Weindling, de la Unidad Wellcome para la Historia de la Medicina, en Oxford, esta tendencia tuvo consecuencias de mucho más largo alcance: «La medicina pasó de ser una profesión libre, como lo proclamó la Confederación Germánica en 1869, a una de doctores que cumplían deberes de funcionarios del Estado, no en interés del paciente particular, sino de la sociedad y las generaciones futuras».

Esta convergencia de los intereses del Estado y la medicina se manifestó también en Gran Bretaña con la aparición del movimiento eugenésico en los albores del siglo XX, tras la publicación de los escritos de Francis Galton y otros. Esta filosofía abrigaba la creencia de que era posible mejorar la calidad de la raza humana, como ocurría con otros animales, impidiendo la reproducción de los ejemplares de calidad inferior y fomentando la propagación de las variedades superiores. La expresión «higiene social», acuñada pronto durante el desarrollo de la ideología eugenésica, incorporaba las ideas de la selección genética a intereses sobre la sanidad, la dieta, el estilo de vida personal y el cuidado de los niños. Si anteriormente la mala salud era considerada un infortunio inevitable, ahora se convertía (en parte al menos) en el resultado de los malos hábitos.

El hecho de que los reformadores de la salud encontraran convincentes estas peligrosas filosofías se debió en gran parte a las presiones por alcanzar la «eficiencia nacional» en los años previos a la Primera Guerra Mundial. Desde el punto de vista de los comisionados de beneficencia y del estamento médico, el número de pobres «indignos» en la sociedad había alcanzado proporciones inaceptables y se precisaban medidas radicales para aliviar semejante carga en época de recesión económica. Así, la ideología eugenésica encontraba adeptos a todo lo ancho del espectro político, coincidiendo «izquierda», «derecha» y «nuevos liberales» en que el control de la reproducción y de los modos de vida eran funciones legítimas del Estado.

Estas tendencias convergentes entre el Estado y las profesiones médicas fueron, según algunos historiadores, precursoras directas del extremo alcanzado por la filosofía del Tercer Reich en lo que se refiere a la prescripción del estilo de vida y la salud. Y las semejanzas entre el sanitarismo de hoy en día y el que se desarrolló en Alemania en la década de 1930 son, me temo, tan extraordinarias, que no pueden ser pasadas por alto. La teoría de *Gesundheit ist Pflicht* —«la salud es un deber»— cobró al principio formas que resultan desconcertantemente familia-

BRUNO SCHULZ
EL SANATORIO DE LA CLEPSIDRA
MALDOROR ediciones

JERZY JARZębSKI
SCHULZ
MALDOROR ediciones

JERZY GROTOWSKI
APOCALYPSIS CUM FIGURIS
Descripción del espectáculo
Ma∏gorzata Dzieduszycka
MALDOROR ediciones

En MALDOROR ediciones
E-mail.:
maldoror_ediciones@hotmail.com
Distribuidor nacional:
MARTÍNEZ LIBROS, S.L.
c/ Reina Mercedes, 3
28020 MADRID
Teléfs.: 91 553 36 93
Fax: 91 534 86 99

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

res cuando se miran las actuales pautas de salud. Las implicaciones de estos paralelismos han sido señaladas por el profesor de pediatría neoyorquino Hartmut Hanauske-Abel, quien aporta algunos de los argumentos más persuasivos contra las tendencias contemporáneas hacia la «intervención» sanitaria en su artículo sobre la medicina alemana y el nacionalsocialismo en la década de 1930, publicado en 1994 en el *British Medical Journal* (BMJ). Antes, en 1986, había publicado un artículo similar en la revista *The Lancet*. De resultas de ello, las autoridades médicas alemanas le retiraron la licencia para practicar medicina de urgencias. Sólo se la restituyeron después de un fallo del Tribunal Supremo. Hanauske-Abel es un duro crítico de sus antecesores alemanes y de la parte activa que tomaron en la consecución de los objetivos del Tercer Reich. Sostiene que no fue el régimen de Hitler el que corrompió a los doctores alemanes, sino que, por el contrario, fueron ellos los que se le anticiparon al proponer políticas eugenésicas. Si bien esto explica su escasa popularidad entre los estamentos médicos alemanes, su afirmación de que lo que sucede actualmente con esta profesión tiene numerosas y muy notables similitudes con lo ocurrido a principios de los años 30, le ha granjeado una animadversión aún mayor. Sus argumentos son detallados y a menudo complejos, pero el meollo de su tesis, basada principalmente en el análisis de documentos aparecidos en 1933 en publicaciones médicas alemanas, versa sobre dos tipos de convergencia. El primero de ellos es el que ya he señalado, entre el Estado y el gremio de los médicos. Los doctores no se dedicaban ya a diagnosticar y tratar enfermedades, sino a inculcar en sus pacientes una estricta filosofía de la salud. Lo que hoy en día llamamos con benevolencia «promoción de la salud», tiene no obstante, sus raíces en ideologías políticas fundamentalmente antiliberales y peligrosamente autoritarias. El segundo tipo de convergencia trabajado por Hanauske-Abel es el de la convergencia política: la erradicación virtual de la oposición política, dando por resultado una única zona de consenso en lo que atañe a todos los aspectos del control y la intervención estatales. No suelo ser propenso al alarmismo, pero se me hace que vivimos ahora en la que podría ser descrita como una década «postpolítica». En Gran Bretaña no se da un verdadero debate político, como vimos en el último periodo electoral. Hay tan sólo una incómoda concomitancia en torno a una posición centrista con propensión hacia la derecha. Incluso cuando llovían miles de bombas sobre lo poco que quedaba de Afganistán en la así llamada «guerra contra el terrorismo», en nuestro intento por expulsar una banda de matones mediante el recurso de armar y apoyar una banda de fanáticos igualmente sedienta de sangre, las voces de desacuerdo entre quienes se dicen representantes del pueblo fueron tan tenues y apagadas, que apenas se escucharon. Es precisamente en tiempos de decadencia económica, como se vio en la Alemania de los años 30, cuando estas formas de convergencia política pueden tener efectos catastróficos.

Hanauske-Abel remataba su artículo en el BMJ diciendo: «El análisis contextual de los acontecimientos del verano de 1933 en Alemania [año de la ascensión de Hitler al poder], además de ampliar nuestra comprensión del pasado, puede también ayudarnos a dilucidar el presente y el futuro cercano. Los nuevos desarrollos producidos en los campos de la medicina y la sociedad en la última década, especialmente en Norteamérica y Europa, pueden dar pie a otra convergencia de fuerzas políticas, científicas y económicas previamente autónomas... Tales fuerzas podrán no ser tan demoníacas como las de Alemania en el verano de 1933, pero sólo abordando con mucha cautela este alineamiento podremos evitar una conflagración».

De acuerdo, esto puede sonar demasiado dramático, y ésa fue mi sensación cuando leí el artículo por primera vez. Y en modo alguno quiero insinuar que los médicos y los profesionales de la salud estén involucrados en una siniestra conspiración neonazi, no lo afirmo en absoluto. Pero mientras más examino la intolerancia que nuestra sociedad dirige contra quienes considera que ostentan «malos hábitos», más vienen a mi mente esos conceptos de «higiene racial», «pureza de la salud» y el «deber» de acatar el criterio estatal de una «vida sana». La sensación es incómoda, y esta «incomodidad» ante los recordatorios históricos es lo que se hace evidente en la Alemania actual. Algunos, como por ejemplo George Davey Smith, un epidemiólogo de la universidad de Bristol, han sugerido que una de las razones para que muchos alemanes sigan fumando cigarrillos en aparente resistencia a las intensas campañas contra el tabaco, estriba en los recuerdos del pasado nazi. Hitler pensaba que el tabaco era un «veneno genético» y las campañas contra el hábito de fumar que él incitaba personalmente estaban ligadas de manera directa a la promoción de la superioridad aria. La posición asumida por Goebbels respecto del café era muy parecida. Y el recuerdo de todo eso aún subsiste.

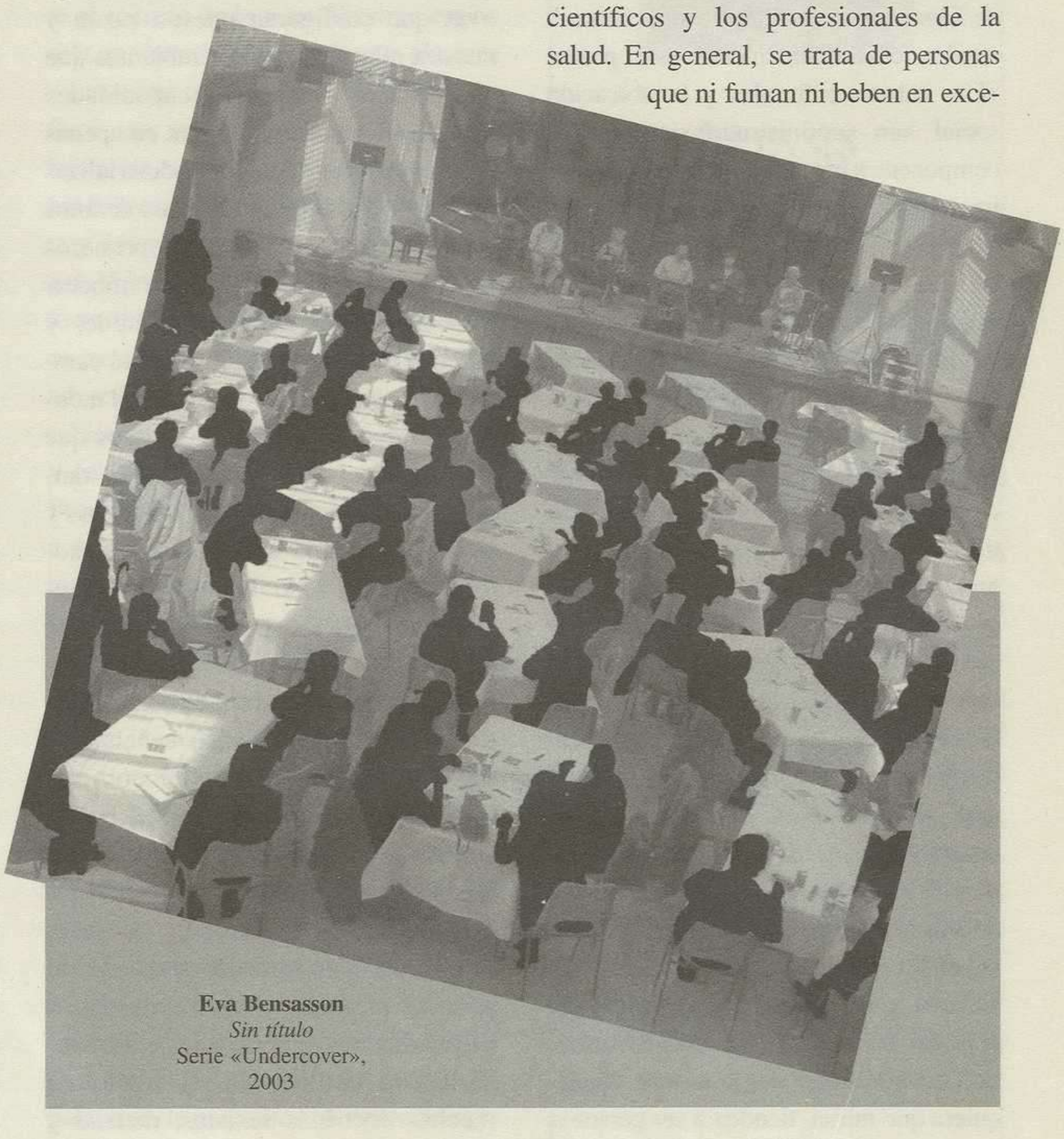
Pautas de convergencia similares a las ocurridas en la Alemania de los años 30 se pueden apreciar también en el papel desempeñado por organismos supragubernamentales como la Organización Mundial de la Salud, que imponen conceptos sanitarios occidentales en los programas de los países en vías de desarrollo. De allí las campañas a favor del uso del cinturón de seguridad en países como Mozambique, donde el principal modo de transporte es el carro tirado por un búfalo. Por su parte, Deborah Lupton observa que bajo el discurso «sanitarista» imperante, la búsqueda de la salud se ha vuelto un fin en sí mismo, en vez de un medio para alcanzar un fin. Para la OMS la salud ha alcanzado tal grado de objetivación que la define como «un estado de completo bienestar físico, mental y social», frase que, a la luz de los argu-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mentos que acabo de exponer, podría tener visos siniestros. Como observa David Seedhouse, director del Centro Nacional para la Salud y la Ética Social de Nueva Zelanda, «en las sociedades pluralistas, todo aserto de conocer de manera objetiva los componentes de una vida valiosa debe ser, como mínimo, mirado con cautela».

Seedhouse sostiene que el concepto de «bienestar» debería ser borrado del programa de la OMS. No sólo es demasiado vago para usarlo como medida de la efectividad de las políticas de promoción de salud, sino que huele fuertemente a esa filosofía de «aquí sabemos qué es lo que más te conviene». En una de esas «biblias» de promoción de la salud que emplean los activistas de la OMS, Robert Downie y sus colegas se revelan como claros exponentes de este papel paternalista. Dicen que en cierto sentido podemos considerar que el «bienestar» es un juicio subjetivo que hacen los individuos sobre sus propios estados físicos y mentales. Sin embargo, los simples mortales, a diferencia de los promotores de salud, pueden forjarse «ilusiones» sobre su bienestar cuando resulta que no «están de maravilla» para nada. Según ellos, «el bienestar subjetivo (...) puede ser espurio y provenir de influencias que van en menoscabo del funcionamiento y florecimiento del individuo y/o de la sociedad». Según este modo de ver las cosas, la corpulenta dama polinesia, apreciada en su cultura por su tamaño y peso, y quien por esto vive una vida larga y plena, se llama a engaño. Su índice de masa corporal (IMC) de más de 30 infringe la medición «objetiva» de bienestar de la OMS: la mujer es obesa. Por lo tanto, hay que «animarla» a adquirir un tamaño más «normal», a pesar de que esto inevitablemente le restará valía cultural y la hará acaso totalmente infeliz. Y tampoco hay pruebas de que vaya a vivir más tiempo. Para Seedhouse y otros, el concepto de bienestar «objetivo», que ocupa un lugar central en la filosofía de la OMS, no consiste más que en prejuicios infundados. Facilita un «pretexto» a esos promotores de la salud cuyas verdaderas «intenciones y preferencias —sugiere él— se están haciendo demasiado obvias».

Permítanme volver ahora al asunto del riesgo, antes de entrar en el tema final de esta ponencia. En el fondo de todo sanitarismo está el interés por eliminar los riesgos de la vida de las personas. A primera vista éste parece un objetivo altruista y liberal, que encuentra apasionados defensores entre quienes trabajan en los campos de la educación y la promoción de la salud. Con todo, el riesgo, como han hecho ver la antropóloga Mary Douglas y otros, es en la actualidad un concepto politizado y moralizado. El riesgo es ahora el equivalente secular del pecado. En este sentido, exponerse a un riesgo cuando hay otras opciones disponibles es obrar de forma pecaminosa. Pero hay algo más aquí, y tiene que ver con la (a menudo arbitraria) definición de riesgo. ¿Qué aspectos específicos de un modo de vida se pueden definir como arriesgados/pecaminosos, y sobre cuáles segmentos sociales se debe aplicar la «persuasión» por el «bien de la sociedad en su conjunto»? No son preguntas abstractas, puesto que sacan a la luz otro insidioso componente del sanitarismo: su índole culturalmente divisoria. La determinación de riesgos corre a cargo de una pequeña élite blanca, de clase media y de Occidente: los científicos y los profesionales de la salud. En general, se trata de personas que ni fuman ni beben en exceso, ni realizan actividades sexuales promiscuas. Guardan una dieta baja en grasa y sodio y tienden a tener una representación exagerada en el gimnasio y los grupos de aeróbic. (Hay quien podría encontrarlos fenomenalmente sosos.) La exposición a un riesgo (fumar, beber, crear la posibilidad de una enfermedad de transmisión sexual, consumir grasas, azúcar y sal, evitar el exceso de



Eva Bensasson
Sin título
Serie «Undercover»,
2003

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ejercicio) es característica de otros estratos de la sociedad: los pobres y los marginados, las clases trabajadoras, las minorías étnicas y los grupos «divergentes». Cuando los paladines del sanitarismo abogan por cambios del estilo de vida para alcanzar lo que a su juicio es el «bienestar», reclaman cambios en las vidas ajenas con mucha más frecuencia que en las propias. En este sentido, son en esencia moralistas que buscan estigmatizar a miembros específicos de la sociedad. Charles Rosenberg, profesor de Historia de la Ciencia en Harvard, recalca contundentemente este punto: «Los valores culturales y la ubicación social han suministrado siempre los componentes para forjar interpretaciones interesadas del riesgo epidemiológico. El pobre, el forastero, el pecador, han servido todos de objetos oportunos para estas lucubraciones estigmatizadoras».

El problema de los sanitaristas es que tienen lo que Mary Douglas llama un «sentido subjetivo del control sobre las fuerzas sociales». Debido a sus posiciones de relativo privilegio, sienten que tienen una inversión personal en la cultura a la que pertenecen y por ende desean adoptar modos de vida que maximicen los beneficios. Pero como señala el escritor David Shaw en su libro *La policía del placer*, en un estilo menos académico que el de Douglas y sus colegas «los pobres —los hambrientos, los desempleados y los desamparados, aquí o en el extranjero, con hijos o sin ellos— no son los que piden que se prohíban el cigarrillo, los implantes mamarios de silicona y las palomitas grasientas del cine del barrio (...) No: los alarmistas, las Casandras que ven la muerte dondequiera que miran, tienden a ser personas con una educación por encima de la media y un buen estatus socioeconómico (...) que quieren estar absolutamente seguras de que van a vivir lo suficiente para disfrutarlo; con el pero de que están tan embebidas preocupándose, que no tienen el tiempo, la energía y el apetito para disfrutar nada; y, en el intento por convertir su ansiedad personal en política pública, nos privan al resto de nosotros de numerosos placeres que nos debería ser dado extraer de la vida».

La satanización de quienes corren riesgos desempeña funciones sociales y culturales identificables que, a mi modo de ver, van en contra de algunas fuerzas positivas que yacen en la raíz misma de nuestra evolución. Hemos alcanzado los beneficios de un mundo seguro y civilizado precisamente porque nuestros antepasados corrieron riesgos. Desde una perspectiva de psicología evolutiva, las estructuras cognitivas que configuran nuestra razón y nuestra relación con los ambientes que nos rodean —nuestras capacidades naturales— no se moldearon en apenas doscientos años de vida industrializada, sino a lo largo de millones de años desde la aparición de los primeros homínidos. Nuestros cráneos modernos, como indican Leda Cosmides y muchos otros investigadores en el campo de la psicoevolución, albergan mentes de la edad de piedra, cerebros que aún no se han adaptado a la rápida transición de las comunidades cazadoras y recolectoras a la sofisticación tecnológica del siglo XXI. La selección natural es un proceso muy lento: no han pasado las suficientes generaciones para reordenar los circuitos neurales de modo que se compaginen cabalmente con nuestro progreso. No ignoro las limitaciones de las perspectivas evolucionistas y rechazo la idea de que mediante la identificación de lo que existió en nuestro pasado podamos determinar a lo que debemos aspirar para el presente y el futuro. Estos razonamientos superficiales e insostenibles se ocultan en el fondo de muchas doctrinas sexistas, racistas y elitistas. No obstante, es improbable que nos hayamos podido desprender de lo que sin mucho rigor podríamos decir que nos es «connatural» en el curso de tan sólo ese uno por ciento de nuestra evolución que se ha caracterizado por la agricultura organizada y la llamada «vida civilizada». Y yo alegaría que hay copiosos indicios de que el impulso de correr riesgos y sentir el estremecimiento de excitación que acompaña a esta actividad sigue aún «conectado» en las estructuras corticales que dirigen nuestras vidas.

Quizás queramos regular la tendencia a arriesgarnos, así como regular los igualmente naturales deseos de sexo, dominación y placer. Pero no creo que podamos sostener una sociedad «segura» —en la que el riesgo sea el equivalente del pecado— por mucho tiempo.

Cuando nuestra sociedad se hace demasiado segura, nos vemos impulsados a poner nuevos riesgos en nuestras vidas. Pensemos un momento en el «puenting». Sólo a la luz de los últimos cambios en la vida contemporánea puede resultar atractiva —la gente paga por hacerlo— una actividad tan insensata: ¡saltar de puentes y torres para que te rescate de la inevitable consecuencia de la gravedad un cable elástico! Éste es un claro ejemplo del principio de homeostasis del riesgo: en tiempos de seguridad objetiva actuamos más temerariamente, fenómeno que también es patente en otros aspectos más ordinarios de nuestras vidas. Construimos coches «más seguros» con cinturones de seguridad, *airbag* y sistemas de freno automáticos. En consecuencia, las personas, en particular los hombres, los conducen a mayor velocidad y con menor preocupación por la posibilidad de matarse. Y todo esto se basa, a mi juicio, en nuestra herencia evolutiva: la consecución de un equilibrio confortable entre la sensación enervante de la seguridad total y el miedo cerval a extralimitarse al correr un riesgo; es decir, un nivel de exaltación física y psicológica que en un comienzo animaba al hombre primigenio a salir de la cueva en busca de comida, para alimentar así a su familia y asegurar la supervivencia de sus genes, pero que sofrenaba actos de valor ciego frente a un tigre de dientes de sable. Es este sentido de equilibrio (ingrediente esencial de nuestro éxito como especie y que se manifiesta con frecuencia en los que hoy se definen como «malos hábitos») lo que ahora estamos en grave peligro

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de perder. Necesitamos algunos malos hábitos, digo yo, para seguir suscritos a la raza humana.

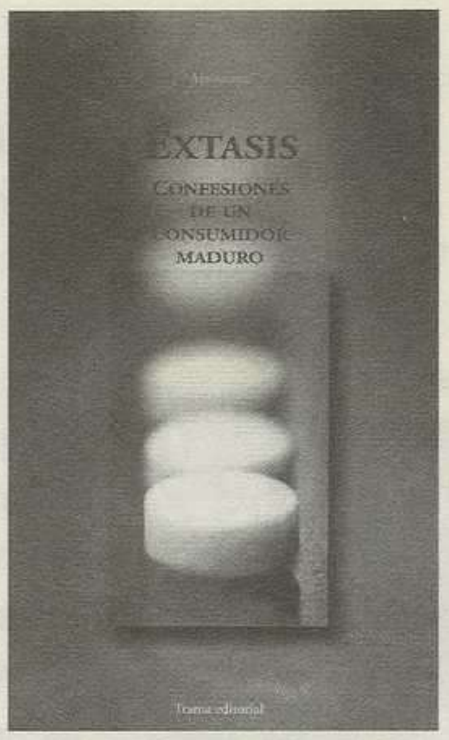
Existe, claro, otro sentido en el que nuestra búsqueda de la salud, definida en términos de longevidad, podría resultar insostenible. Ya se está viendo que tener a un gran sector de la sociedad «jubilado» (más allá de la etapa de contribución productiva a la economía) tiene sus desventajas. La idea, por ejemplo, de que el Estado debe sostener financieramente a las personas de avanzada edad desaparece a grandes pasos. La magnitud de las estafas en materia de pensiones realizadas por los últimos gobiernos hace que Robert Maxwell parezca un principiante. Simplemente no podemos sufragar a las personas para que vivan sus vidas alargadas con un mínimo de dignidad sin un replanteamiento radical de las políticas fiscales del Estado. Y eso, dado el mundo político convergente en el que ahora vivimos, es improbable. Ya vuelve a hablarse de eutanasia voluntaria, de suicidio asistido... pero no nos metamos otra vez por esa senda deprimente. Tal vez la manera de resolver el dilema sea redefiniendo la moralidad, pues la moralidad, después de todo, se fundamenta siempre en la conveniencia y la adaptación. ¿Podrían ser dignos de admiración los fumadores por la forma desinteresada en que acortan sus vidas? ¿No sería posible reformular el desayuno inglés (ese plato de infarto) como el sustento de esas gentes virtuosas que, si vamos a creer en todos los dogmas de salud en boga, van a caer muertas pronta y modestamente debido a un exceso de colesterol? ¡Quién sabe!

Permítanme terminar citando a mi viejo amigo Desmond Morris. Durante un almuerzo cordial y sin prisas en Oxford, que incluyó harto más de las tres unidades de alcohol por día que se nos recomiendan, lo convencimos de que escribiera un artículo para nuestro sitio en la red que tuviera que ver con la comida y su consumo desde el punto de vista del zoólogo. Pensamos que iba a salir con un escrito interesante e ingenioso sobre los leones y su gusto por los ñúes, o algo por el estilo. En lugar de eso, me envió un conmovedor relato sobre la muerte de su madre, ocurrida poco tiempo antes. El título era: «Un poquito de lo que te apetece». Decía: «Fue una comida como para que un fanático de las dietas se desmayara horrorizado. Mi madre apilaba en el plato montones de una fritanga grasienta y mantecosa de carnes y verduras, y la devoraba con deleite. Cuando digo "con deleite", quiero decir que la comía con el apurado placer de un depredador ante su presa. Aunque nació durante el reinado de la reina Victoria, estaba más en sintonía con los robustos placeres gastronómicos del siglo XVIII, cuando un festín era un festín y nadie había oído hablar de comidas sanas, dietas o modales de mesa que te exigían masticar treinta y dos veces cada bocado antes de tragar. Viéndola en acción y haciendo todo lo posible por ponerme a la misma altura en cuanto a su apetito, medio en broma le advertí que, si seguía ignorando los sabios consejos de los gurúes de la salud y los nutricionistas, iba a morir joven. Puede sonar cruel que un hijo le diga esto a su madre, pero el hecho de que ella tuviera 99 años en la fecha de la cena en cuestión ayuda a poner mi comentario en su debida perspectiva».

Tras algunos ataques elocuentes contra los amigos de pontificar y quienes él denomina «fascistas de la nutrición», y luego de hacer hincapié en la naturaleza omnívora del hombre, Desmond vuelve al relato sobre su madre:

«Cuando mi madre agonizaba (justo a tiempo para ahorrarle a la Reina la molestia de enviarle un telegrama de felicitación por sus cien años, según sus palabras), le pregunté si le apetecía algo en especial. "Una ginebra con tónica", murmuró. Se la tuve que dar con una pajita. "Lo que han de comerse los gusanos, que lo disfruten los cristianos", me dijo. Y en lo que toca a comer y beber, bien que lo disfrutó».

Esa razón, se me hace, basta y sobra para alegar que los malos hábitos son, en efecto, valiosos, que ellos nos hacen humanos. □



ÉXTASIS

CONFESIONES DE UN CONSUMIDOR MADURO

Anónimo

Seguido de
SE BUSCA UN PLACER NUEVO
Aldoux Huxley

Trama Editorial
Apdo. de Correos 10.605
Tfno/Fax: 915 738 048
trama@infornet.es
28080 Madrid

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ajuste de cuentas

Eduard Miralles

COMUNICACIÓN Y CULTURA EN LA ERA DIGITAL
Enrique Bustamante (coord.)
Gedisa
Barcelona, 2002

Mucho ha llovido en no demasiado tiempo desde que las relaciones entre la economía y la cultura se debatían entre la hostilidad y la ignorancia más o menos generalizadas. Cabe recordar aquí que los grandes nombres de la historia económica miraron siempre por encima del hombro a los artistas (para Adam Smith formaban parte de los sectores improductivos de la sociedad, junto a los religiosos y algunos otros; Marx les confinó en el purgatorio de la superestructura e incluso Keynes, quien tan cerca estuvo en lo personal de los componentes del grupo de Bloomsbury, ignoró la actividad cultural en sus estudios económicos). El trabajo ya clásico de Baumol y Bowen sobre el dilema económico de las artes escénicas (en síntesis, la imposibilidad de sustituir fuerza de trabajo por capital en sus esquemas productivos), que suele citarse como partida de nacimiento de la economía de la cultura, no data sino de la segunda mitad de los años 60 del pasado siglo. Mucho ha llovido en no demasiado tiempo y hoy en día, sin embargo, desde el Banco Mundial hasta el último edil con responsabilidades municipales sobre el tema, predica con gran fe propia de conversos que las artes son una inversión y no un gasto superfluo, que la cultura cuenta, genera riqueza, da trabajo y, en definitiva, es capital.

Pocos analistas, sin embargo, se han aventurado a desentrañar la verdadera lógica de las relaciones entre la economía y la cultura determinando, entre otras cosas, los procesos de producción de valor y de valores en cadena, los límites de la sosteniblidad de los sistemas culturales en contextos económicos avanzados o el impacto de los nuevos paradigmas tecnológicos, económicos y sociales (en definitiva, la relación entre la globalización y la sociedad del conocimiento y sus múltiples secuelas). En lo que a España respecta, el profesor Enrique Bustamante, catedrático de Comunicación Audiovisual y Publicidad en la Universidad Complutense de Madrid, es sin duda una de las escasas excepciones que confirman la regla. Los más viejos del lugar recordarán su trabajo sobre las industrias culturales en España, ejecutado a cuatro manos con Ramón Zallo y publicado por Akal en 1988, imprescindible y de referencia obligada.

La presente obra, coordinada por Bustamante, es un trabajo coral fruto de la investigación emprendida bajo el amparo de la Fundación Alternativas (cuyo propósito es «la renovación del pensamiento progresista»), con el apoyo de EGEDA (entidad que agrupa a los productores audiovisuales en España), las secretarías para la sociedad de la información de la Junta de Andalucía y de la Junta de Extremadura y la Televisión autonómica andaluza. A lo largo de dos años, un equipo de siete prestigiosos investigadores con responsabilidades académicas en distintas universidades españolas, coordinado por Enrique Bustamante, ha trazado lo que según sus propias palabras constituye una «radiografía empírica» de las industrias analógicas y digitales de la comunicación y de la cultura en nuestro país, intentando triangular las relaciones entre las industrias, los mercados y la diversidad, términos que evoca explícita e intencionadamente el subtítulo de la obra. Contaron además con un consejo asesor formado por catorce significados expertos en cada uno de los temas tratados y el concurso de más de medio centenar de profesionales e investigadores que han tomado parte en los debates de las distintas mesas sectoriales celebradas en el proceso de gestación de la obra.

El libro, desde su introducción, deja ya claras sus intenciones. Se parte de un principio axial, el de la importancia económica de las industrias culturales, así como su enorme transcendencia para la cultura y la sociedad entera, con la preocupación fundamental de reconciliar ambas perspectivas. La obra apuesta por una política cultural y comunicativa integrada, objetivo al que desea contribuir mediante el análisis empírico de la transformación de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

los grandes sectores de las industrias creativas (industria editorial, cinematográfica y discográfica) y de los medios de comunicación masivos (prensa, radio y televisión) en España durante la última década, con la motivación especial de examinar los desarrollos de cada sector en las nuevas redes y soportes digitales. Como novedad digna de encomio, la obra incorpora un breve ensayo sobre la industria del videojuego en red como piloto de la «nueva» cultura multimedia y, como colofón, un completo capítulo firmado por el profesor Ramón Zallo, catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad del País Vasco, a modo de lectura transversal de los sectores estudiados en la clave de las políticas culturales territoriales.

El análisis estratégico de los distintos sectores se basa en la metodología DAFO (determinación de debilidades y amenazas, fortalezas y oportunidades). De este modo, sector a sector, se analizan las fortalezas y las debilidades de sus mercados, estructuras, contenidos, distribución, balanza exterior, generación de empleo y vinculación con las nuevas redes, entendidos estos factores como aspectos de orden interno y significativos a corto plazo, y se analizan las oportunidades y amenazas de sus mercados, gentes, contenidos, rentabilidad, empleo y lenguajes, en tanto que factores externos con un alcance estratégico a medio y largo plazo (la página 16, en el prólogo, presenta un cuadro sinóptico de todos ellos, de gran utilidad para la lectura de la obra). Los títulos de los distintos capítulos resumen de manera explícita e inequívoca la conclusión principal que sintetiza el análisis de cada sector. De este modo, Gloria Gómez-Escalonilla, responsable del capítulo sobre la edición de libros, concluye que estamos ante un sector potente a la defensiva digital; Gustavo Buquet, responsable del epígrafe consagrado a la industria discográfica, constata el reflejo tardío y la dependencia del mercado internacional, y José María Álvarez Monzoncillo, autor del estudio sobre la industria cinematográfica, destaca su cúmulo de enfermedades crónicas e incertidumbres ante el mercado digital. Del mismo modo, en lo tocante a los medios de comunicación masivos, Luis Alfonso Albornoz destaca el carácter pionero pero problemático del salto *on line* de la prensa diaria y periódica; Rosa Franquet subraya la dialéctica entre los procesos de concentración y de diversificación que la radio experimenta en el umbral digital, y el propio Bustamante, en el capítulo consagrado a la televisión, analiza los errores y frenos principales en el camino digital.

El capítulo ya mencionado sobre el videojuego *on line* —según su autor, Pedro Manuel Moreno, inmerso en un mercado creciente con escasa industria— merece una consideración destacada. Se trata del primer mercado de masas del multimedia interactivo, una industria cultural en sentido completo, realizada en términos generales en la intersección de todas las demás. Ello no obstante, la gran demanda existente en España cuenta con una escasa oferta nacional y las grandes dosis de creatividad existente se ven frenadas por la mordaza tecnológica que favorece el desarrollo de las grandes marcas, en un contexto de ausencia total de políticas culturales públicas que contemplen los videojuegos en su seno.

Ramón Zallo, en la recta final, desarrolla holgadamente sus reflexiones sobre las políticas culturales territoriales y el corto alcance de su orientación hacia las industrias de la cultura y de la comunicación. La cultura y la información son, sin duda alguna, los recursos centrales de una sociedad avanzada en la que parece reproducirse de forma muy ampliada la distancia de los territorios que ya tenían ventaja en el modelo fordista o industrial. La especialización de algunos territorios en sectores punta de alto valor añadido (cultural e informacional) está ya aumentando la brecha entre territorios en el acceso y la calidad de vida comunicacional. Paradójicamente, la muy importante transferencia de competencias culturales que a lo largo de los últimos años se ha producido desde el Estado central hacia las comunidades autónomas, en la medida en que éstas han estado más atentas al cultivo de la cultura de corte tradicional que al desarrollo de las industrias culturales y de la comunicación, no sólo no ha permitido paliar las diferencias interterritoriales, sino que ha contribuido, en gran parte, a incrementarlas significativamente. Destaca, en este sentido, la recentralización cultural e informacional de la Comunidad de Madrid (que concentra actualmente más del 40% del PIB cultural español), como reflejo de unas políticas económicas de mayor envergadura. Cabe destacar también el inventario de nuevas tenden-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cias de las políticas culturales territoriales realizado por Zallo (infraestructuras de alta inversión, resurgimiento de la vocación pública por el arte tradicional, inversiones en nuevas tecnologías y su difusión, incremento de los presupuestos consagrados a la cultura, apuestas preferentes por el audiovisual y desarrollo de las políticas lingüísticas), así como de los nuevos instrumentos de acción institucional: planes estratégicos, observatorios, organismos mixtos (consejos de las artes y similares), agencias especializadas e institutos o sociedades de fomento.

A la espera de la inminente aparición de una segunda parte de esta obra, cuyo centro de interés va a ser el panorama internacional sobre la comunicación y la cultura en la era digital, sólo cabe felicitar la labor de sus autores y de su coordinador quienes, aun a pesar de la pertinaz sequía estadística e informativa sobre la producción y el consumo cultural y comunicativo en España (¿hasta cuándo nuestra Secretaría de Estado de Cultura seguirá castigándonos sin un sistema de información de base semejante al que, sin ir más lejos, el Département des études et de la prospective del Ministerio de Cultura vecino viene construyendo desde la década de los sesenta?), y en tiempos de sobredosis de libros blancos y de retórica autoreferencial sobre las bondades del apareamiento entre la economía y la cultura, contribuyen mediante esta obra al necesario ajuste de cuentas en una relación a todas luces desigual y no exenta de peligros. Es de justicia celebrar aquí también la iniciativa y la trayectoria editorial de Gedisa con colecciones como su serie Multimedia, en la que se enmarca el presente trabajo, o la serie Culturas, de reciente aparición, bajo la dirección de Néstor García Canclini, cuyos títulos requerirán sin duda la atenta lectura de los profesionales y estudiosos del sector. □

¿Por qué los intelectuales?

Juan José Solozábal

LOS INTELECTUALES Y LA POLÍTICA
Rafael del Águila (coord.)
Editorial Pablo Iglesias
Madrid, 2003

Seguramente fallan en la actualidad los presupuestos sobre los que se ha afirmado tradicionalmente la figura del intelectual, entendiendo por tal a quien desde una posición de liderazgo espiritual se ocupa de modo independiente de los problemas políticos o generales de la comunidad. Falta, en primer lugar, la distancia o separación entre quien reflexiona y el público correspondiente, pues en las sociedades democráticas se asume mal la diferencia cualitativa entre sus miembros, de modo que se reconozca una posición preferente a cualquier élite, aunque ésta fuese intelectual. De otro lado, las ofertas de referencia ideológica desde las que entender la realidad no proceden de un privilegiado lugar, el ocupado por los intelectuales como casta, sino que tienen un múltiple origen, presentadas como están por los partidos, líderes sociales, iglesias, etcétera, acabándose así con el monopolio funcional del intelectual cuya misión queda desdibujada, al poder ser desempeñada por diversos titulares.

Además, la complejidad de las sociedades de nuestro tiempo impide una explicación sistemática o de conjunto de sus problemas, tarea tradicionalmente asumida por el intelectual. Sólo el experto es capaz de dar cuenta, si bien ya de modo parcial, de algunos aspectos de la realidad. La visión sintética o global cuando es alcanzable corre el riesgo de la banalidad y en todo caso no puede presentar las credenciales de solvencia y cientificidad que sólo el técnico, en modo alguno el generalista que siempre es el intelectual, puede ofrecer. Como último obstáculo a la persistencia del canon tradicional del intelectual, debe señalarse el papel de los medios de comunicación de masas de nuestro tiempo. Ocurre, en efecto,

que la necesidad del intelectual de hacerse oír al objeto de cumplir con su tarea, le incita a la utilización de los medios de comunicación lo que, al lado de indudables oportunidades, especialmente económicas, supone para el intelectual el riesgo de dependencia de la orientación y de los propósitos del grupo mediático correspondiente. De este modo se pone en cuestión la independencia como necesaria condición del desempeño del *métier* del intelectual.

Pero, como demuestra el libro que comentamos, el señalamiento de alguna incompatibilidad entre nuestro tiempo y la figura de los intelectuales no priva de todo sentido a los mismos ni determina la impertinencia de una reflexión al respecto. Así Rafael del Águila, bien pertrechado de un dominio sobre el pensamiento político clásico, y que es el compilador de los trabajos que integran el volumen, se pregunta por la validez del modelo socrático del intelectual. Ocurre, en efecto, que la fidelidad al desempeño de la misión social del mismo, esto es, decirle a la *polis* lo que le pasa, exige al intelectual afrontar eventualmente el riesgo de la impopularidad e incluso de la persecución, lo que ya no es tanto cuestión de lucidez como de valentía. En los trabajos de Victoria Camps y José Antonio Marina nos encontramos con un interesante esbozo de la historia del término intelectual, ligado a determinados sucesos de la vida política durante la III República francesa, pero con precedentes tan valiosos como los de los filósofos de la Ilustración en el siglo XVIII o los sofistas griegos. Estas reflexiones apuntan a una cuestión de relieve como es la contribución del intelectual ya no sólo a la orientación, digamos moral, del lector u oyente, sino a la propia conformación de la opinión pública como institución de la democracia, pues el intelectual interviene de modo inevitable en la formación de ese repertorio de ideas y posiciones que sirven en el sistema político de referencia al orden estatal. Efectivamente, en el sistema democrático la intervención popular tiene lugar, de una parte, de modo procedimentalizado, mediante instituciones con legitimidad electoral directa o indirecta; pero también de modo informal y abierto mediante la opinión pública, que anticipa, nutre y controla la voluntad expresada por los órganos del Estado.

Desde esta perspectiva son interesantes los análisis que se hacen en el libro sobre la crítica al sistema capitalista por parte del pensamiento socialista. Antonio García Santesmases se ocupa de la reflexión socialista contemporánea sobre las consecuencias de la caída del comunismo, los problemas de la globalización y las dificultades de la llamada «tercera vía», ofreciendo un breve pero muy útil panorama de autores como Miliband, Anderson, Bobbio o Giddens.

Elías Díaz, por su parte, lleva a cabo una historia del pensamiento socialista español en sus representantes más conspicuos con proyección sobre la Restauración y la Segunda República. El argumento de esta contribución es la relación entre el pensamiento socialista y la Institución Libre de Enseñanza, y desde luego nadie como el profesor Elías Díaz puede llevar a cabo este cometido. Hay un tema que ha sido excluido a propósito, a saber, el peso de los intelectuales socialistas en la elaboración de la Constitución de 1978, y en general durante el periodo de la transición; pero, ciñéndonos al periodo acotado por el autor, quedan algunas cuestiones a tratar a las que ojalá alcance en algún momento el escrutinio del experto institucionista: ¿Qué ocurre con la vertiente «de derechas» de la Institución, esto es, con los reformadores sociales-liberales —conservadores o no— de la misma?¿Cuáles fueron las relaciones entre las dos caras de la Institución?¿Podría pensarse que es la idea de España como nación el punto de confluencia del ala liberal y socialista de la Institución?

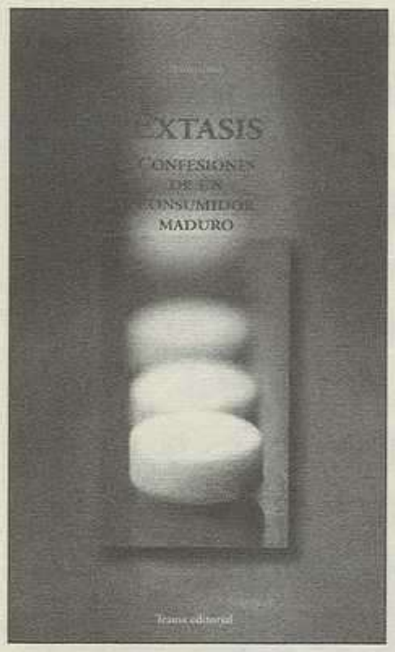
Un sugerente trabajo de Edurne Uriarte sobre los intelectuales y el nacionalismo cierra el libro. Estaríamos de acuerdo con la autora, que destaca con agudeza como referencia el contraste entre el nacionalismo político anglosajón y la inclinación etnicista de los otros nacionalismos, en la pertinencia de convocar a los intelectuales a la reflexión sobre la nación o sobre el problema nacional español, siempre que se quite, lo que no es nada fácil, agonismo y esencialismo a la cuestión. En lo que no podemos coincidir es en la apreciación de la profesora Uriarte acerca de la ausencia de una reflexión sobre España tras el entramado institucional, el «artefacto estatal» de que hablara Ortega, en nuestro sistema autonómico. Creo que no se puede asumir que nuestro constituyente, como tampoco el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

máximo intérprete constitucional ni los dirigentes de los grandes partidos nacionales, han ignorado que no haya Estado sin nación, esto es, un edificio institucional sólido, viable y actualizado sin una comunidad afectiva generadora de solidaridad que le corresponda y sustente. Por limitarnos al plano del pensamiento, jurídico o historiográfico, Manuel García Pelayo, Tomás y Valiente, Francisco Rubio o Gumersindo Trujillo como José María Jover, Antonio Domínguez Ortiz o José Álvarez Junco han sostenido una idea de España, a propósito o, en todo caso, relacionable con el sistema de su organización territorial, articulada con mucha más solvencia que lo que hayan podido hacer en su respectivo caso cualesquiera ideólogos del nacionalismo particularista de nuestros días. Precisamente este tipo de reflexión contribuye a ilustrar el contraste, señalado tan pertinentemente por Edurne Uriarte, entre el vínculo espiritual, racional y querido del nacionalismo político y las limitaciones del nacionalismo etnicista. □

Anónimos

Luis Magrinyà



ÉXTASIS
Confesiones de un consumidor maduro
Anónimo
Traducción anónima
Trama
Madrid, 2003

En la contracubierta: «*Anónimo* es anónimo, escritor, anglosajón y en la cincuentena». En la página de créditos: «© de la traducción, Anónimo». En el imprimátur: «Muchos anónimos, y otros menos, hicieron posible que estas *Confesiones* se terminaran de imprimir...».

Parece que el anonimato ha dado mucho juego en la edición española de estas *Confesiones,* que se publicaron por primera vez en 2001 en la revista británica *Granta*. En ellas un escritor cincuentón, criado en el Medio Oeste de los Estados Unidos, y que oculta su nombre «tras la máscara del cobarde» en espera de «un día en que todos nosotros seamos más (...) adultos, sí, o menos histéricos o apocalípticos», cuenta en apenas cincuenta páginas su experiencia con una droga ilegal (éxtasis, o MDMA), detallando especialmente sus dolorosas circunstancias en el momento de la iniciación (sugerida y preparada por su propio hijo adolescente) y los hallazgos subsiguientes, expuestos éstos de tal modo que la confesión cruza deliberadamente sus límites para adentrarse en el terreno de una exhortación en toda regla. Habría que decir, en primer lugar, que esta extralimitación parece de algún modo necesaria, por motivos —digamos— políticos: hace ya décadas que los filósofos dudan de que la confesión pueda ser un acto voluntario; no hay necesidad de confesar, sino presión para que confesemos, dicen; no hay imperativo interior (aunque así lo creamos, y así esté dispuesto para que lo creamos), sino respuesta a una demanda externa; «toda confesión es un acto de ventriloquia» (Leo Bersani) en el que, manipulados por otro, decimos lo que el otro quiere oír, ateniéndonos a un repertorio predeterminado de «verdades» (vicios, delitos, «intimidades») y de expectativas (de comprensión, de castigo, de perdón) que no sólo sancionamos al confesar, sino que productivamente matizamos y ampliamos. En pocas palabras: confesar es colaborar; y, si así es, parece oportuno ir más allá. Pensar al menos en una forma de requisar el género, de darle la vuelta; mejor: de volverse contra él.

No es de extrañar, pues, el paso que da, con pocos ambages, el autor de estas *Confesiones* de la admisión al entusiasmo, de la declaración a la apología, del recuento personal a la retórica de la persuasión. No se trata sólo de la «necesidad» de contar revertida a derecho de hacerse oír, sino de comunicar, de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

compartir una experiencia y un conocimiento vedados por la ley y las costumbres pero que sin embargo, en el día a día de estos tiempos oscuros, están ahí, como «un secreto» al alcance de todos. Reorientados así el contenido y el propósito de la confesión, y señalizada claramente la disponibilidad de lo confesado, queda por resolver aún lo más difícil: el asunto de la presión externa, que el autor honradamente no omite. Lo menciona ya en los primeros párrafos al reconocerse inducido por «ciertas partes no ya interesadas, sino incluso empeñadas» en su confesión, más concretamente, «ciertos editores» con sentido de la «comercialización» y de «un mercado aparentemente ilimitado». El autor es consciente de haber sido requerido; de haberlo sido, además, por «editores», con todo lo que eso significa, y de que sin duda de él se espera que responda como escritor, con todo lo que eso significa. Y no es ésta una cuestión despreciable, porque significa bastantes cosas. Significa, para empezar, cierta neutralización, si no cierta irrelevancia, en el plano político. Al menos desde el Romanticismo los escritores son famosos por sus incursiones al *otro lado,* y no menos por lo mucho que les gusta contarlas: desde entonces a un escritor se le suponen esta clase de «verdades», y es muy difícil que, una vez expuestas, se tomen como algo más que como «verdades de escritor». Protegido por su nombre y por sus románticas derivaciones temperamentales, que un escritor haga cosas prohibidas no resulta políticamente significativo.

Por otro lado está el hecho, bien conocido por los «editores», de que, si quien hace esas cosas prohibidas es una persona sin nombre, sólo se pondrán a su disposición los medios para publicar su experiencia si ésta se articula dentro de un relato de arrepentimiento y redención. Sólo a un escritor le está permitido darle la vuelta al género y no redimirse, a sabiendas de que su ejemplo será demasiado idiosincrásico para ser imitado de otra forma que no sea igualmente idiosincrásica, es decir, sin consecuencias políticas. Un escritor puede decir: «Salid todos vosotros, todos los que allá estáis, a patear las calles» en busca de éxtasis, e ir buenamente a parar a las páginas de *Granta*; una persona anónima que diga lo mismo seguramente al único sitio adonde irá a parar es a la cárcel.

Es aquí donde el anonimato desempeña, en estas *Confesiones*, un papel menos circunstancial de lo que puede parecer. Pues sólo en la medida en que el autor consiga des-autorizarse y alcanzar el plano ilegítimo de los sin nombre, podrá su texto insubordinarse frente a la presión que lo dirige y, si se le deja, lo dicta. Claro que ésta es tarea ardua, y parece condenada a cumplirse, si se cumple, sólo a medias. Toda la facilidad con que un escritor se erige en portavoz de las personas anónimas —véase el caso de muchos columnistas— deviene dificultad fabulosa a la hora de ser él mismo una persona anónima. Baste recordar el empeño puesto por nuestro autor en adscribir sus *Confesiones* a una tradición literaria, como si no estuviera seguro de poder ser autorialmente legítimo fuera de ella; su pastiche, innecesariamente dilatado, a costa de las célebres *Confesiones* de De Quincey, sólo cabe entenderlo dentro de un rito de culto al nombre, a no ser que pensemos, siendo generosos, que se trata tan sólo de una muestra de buen humor y buen talante atribuible al éxtasis... lo cual no dejaría de corresponder, como la merienda de «anónimos» de la edición española, al capítulo de las risitas, que poca falta nos hace. Pero, por lo demás, revela una inmadurez acorde con otros indicios sumamente interesantes y en los que el autor incide, y hasta se recrea, a lo largo de su autorretrato como individuo que ha pertenecido durante cincuenta años a «la mayoría, la inmensa mayoría» y que al cabo se siente capacitado para decir con satisfacción: «Ya no lo soy: ya no formo parte de ellos».

Es en la concentrada y muy plástica semblanza de esos cincuenta años donde asoma efectivamente el anonimato, la comunidad con «la mayoría», a la par que la posibilidad de dejar, en la medida en que le son posibles las cosas a «la mayoría», de pertenecer a ella. Conservador, respetuoso con las instituciones (el matrimonio, la paternidad, el trabajo, la ley, la literatura), desprendido de honduras (ni el sexo ni la religión ni el suicidio son remedios para sus crisis) pero «seguro de todo» (al punto de estar ridículamente generizado: «la quintaesencia de la fachada varonil»), nuestro hombre es todo un compendio de grandes y pequeños temores anónimos: no sólo temor a la histeria y al apocalipsis, sino al «daño irre-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

parable» que la publicidad de sus secretos pudiera infligir a su «reputación profesional» y al «bienestar» de sus allegados; pánico profundo a la marginación y a la locura, a convertirse en «un paria», así como falta esencial de «valentía» —una cualidad que no está «al alcance de cualquiera»— para tomar decisiones extremas; miedo, concretamente, a las drogas, a «joderse el cerebro», como si realmente supiera —típico presagio pseudocientífico— lo que es «el cerebro»; y, por último, en una expresión tradicional de la literatura de drogas, pavor, «pavor de la belleza. Y de la dicha».

Consecuentemente, cuando todos los temores se confirman y todas las seguridades se desvanecen, convertido al fin en un «despojado», nuestro hombre tampoco se considera ajeno a «la mayoría»: «Todos tenemos —dice— nuestras historias de guerra. La mía no es sino otra más entre tantas». La suya en particular viene desencadenada por la ofensiva de un hijo descarriado, uno de esos adolescentes mimados y, de pronto, además malditos que de vez en cuando estallan en el seno de «tantas» familias. Un hijo que, por otro lado, del mismo modo que trae la guerra, al cabo del tiempo trae también la paz... en forma de éxtasis. La firma de este peculiar armisticio que tantas revelaciones habrá de reportar aparta sin duda a padre e hijo de «la mayoría», pero incluye una cláusula de culpabilidad que, en poética justicia, los devuelve a ella: la menor de las hipérboles con que el padre se refiere al «trato» pactado con su hijo es «vergüenza» (en la mayor brillan «las llamas del infierno»), certera señal de que, ni siquiera con el éxtasis, es tan fácil dejar de pertenecer.

Ni quizá tan deseable. En un episodio de la interesantísima serie familiar *A dos metros bajo tierra*, emitido por TV2 este verano de 2003, una viuda sesentona, madre de tres hijos, tomaba inadvertidamente una pastilla de éxtasis que uno de los hijos había guardado en un frasco de analgésicos. Lo tomaba estando de acampada con un amante, y de pronto se despertaba toda alterada en mitad de la noche; salía en camisón de la tienda de campaña y, arrobadísima, empezaba a abrazar los árboles y a besar las flores; tenía incluso un reencuentro psicodramático con su difunto marido, con el que arreglaba cuentas pendientes; al mismo tiempo, por lo visto también hacía el amor con su amante con una pasión olvidada; y al día siguiente regresaba a casa cantando las excelencias de la primavera, ante la plácida sonrisa del hijo que, sin pretenderlo, había sido su inductor. Cierto es que, en este feliz episodio, todo era involuntario, del mismo modo que, en nuestro texto, el hecho de que todo sea voluntario proyecta una sombra —como poco—«moralmente desagradable» sobre el acuerdo entre padre e hijo. Pero estas componendas, estas vacilaciones, son, con toda probabilidad, genuinamente anónimas; pensar que podría actuarse con mayor firmeza, con mayor resolución, con menor culpa, cae dentro del ámbito del heroísmo... si no de la mentira. La «mayoría», en todo caso, no es heroica, y bastante tiene con hallar, o salir a buscar, en territorios vedados, remedios para sus calamidades; bastante tiene, de hecho, con automedicarse, toda vez que el mismo reglamento que le exige salud, pena perversamente los medios para conservarla. ¿Habrá llegado la hora de introducir el éxtasis en las familias, para que puedan seguir siendo familias? ¿Habrá recuperado el éxtasis, en manos de los legos, el estatus terapéutico que en sus primeros tiempos le asignaron los doctores y del que por ley fue desposeído? Lo interesante precisamente de nuestras *Confesiones* es la confirmación de esta clásica paradoja: haber tenido que salir *fuera* para encontrar un factor de cohesión que se había perdido *dentro*; y la seguridad de que, por la parte que les toca, y si saben lo que les conviene, los lectores tienen la capacidad, a la vista de lo que les cuenta alguien que, como ellos, pertenece a la mayoría, de hacer lo mismo. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El choque de intereses

José Abu-Tarbush

EL CHOQUE DE LOS FUNDAMENTALISMOS
Tariq Alí
Traducción María Corniero
Alianza
Madrid, 2002

La afamada tesis del «choque de civilizaciones» de Samuel P. Huntington encontró un nuevo eco mediático a raíz de los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Esta vez su alcance fue mucho mayor que cuando surgió a principios de los años 90, primero en formato de artículo («¿Choque de civilizaciones?»), en 1993, y luego de libro (*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*), en 1996. Incluso entonces gozó de una gran difusión, sobre todo académica. De hecho, su obra ha sido la más citada en la disciplina de las Relaciones Internacionales durante la última década pero, cabe advertir, meramente por su carácter polémico e inverosímil. Tras el 11-S el texto de Huntington se convirtió en un auténtico *best-seller,* y es de temer que sea uno de esos libros más citados que leídos pero de una notable influencia en la percepción del *otro*, tanto en las sociedades nacionales (inmigrantes musulmanes) como en la sociedad internacional (Estados y sociedades del mundo árabe e islámico).

La obra de Tariq Alí se encuadra en el conjunto de respuestas que ha suscitado la mencionada tesis a lo largo de estos años y, en particular, después del 11-S. Pese a que no tiene ninguna pretensión teórica (no es precisamente un ensayo de teoría de las relaciones internacionales), no por ello se echa en falta el rigor en el tema abordado. Todo lo contrario, es un libro muy bien pertrechado de hechos y acontecimientos que, desde una perspectiva endógena y secular, desmonta la tesis del choque de civilizaciones. El lugar de ésta, como recoge en su título, lo ocupa el choque de los fundamentalismos, no sólo los de raíz socio-religiosa. Al fin y al cabo, el origen de los conflictos no está en la religión ni siquiera en la diferencia religiosa, aunque éstas puedan ser instrumentalizadas, sobre todo en medios estatales y sociales autoritarios. El ejemplo más evidente de ello es el uso —y abuso— de la religión como fuente de legitimidad de numerosos regímenes políticos del mundo árabe e islámico; y no sólo en Arabia Saudí, donde desde el primer momento el wahabismo reinante consideró que el «fervor espiritual debía de estar al servicio de la ambición política, pero no al contrario».

El libro de Tariq Alí, salpicado con algunos breves aspectos autobiográficos, puede leerse como un valioso manual de casos prácticos de sociología política del mundo árabe e islámico y de las relaciones internacionales que mantiene dicho mundo con Occidente y, de manera particular, con los Estados Unidos. En este sentido, destacan los capítulos dedicados a la concepción wahabista del Islam en Arabia Saudí, a Pakistán y sus conflictivas relaciones con la India a propósito de Cachemira, región a la que también concede un buen apartado, además de Afganistán y, cómo no, al conflicto israelo-palestino. Sobre este último no sólo se extiende, sino que añade un apéndice con la entrevista que dio Isaac Deutscher, judío no sionista, a la *New Left Review* a raíz de la guerra de 1967.

Sin embargo, para comprender más globalmente dicho mundo no sólo basta con el recuento del fracaso de su modernización sociopolítica y desarrollo económico, sino que, en relación con estos importantes aspectos, hay que sumar su situación de subordinación en el sistema internacional. Esto es lo que hace Tariq Alí en un extenso capítulo titulado «Curso breve sobre la historia del imperialismo estadounidense», en el que desentraña una de las claves básicas para comprender toda la polémica en torno a la mencionada tesis del choque de civilizaciones, a saber, la desaparición del eterno enemigo, la Unión Soviética, y su reemplazo por el Islam que, en definitiva, sirvió como coartada para los «estrategas e ideólogos de Washington» con objeto de justificar su intervención y permanencia en una de las regiones del mundo de más alto valor económico y geoestratégico.

Pero si la citada coartada puede ser perfecta, no por ello está libre de algunos riesgos, en

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

particular, que se convierta en una profecía que se cumpla a sí misma. Muchos de los últimos acontecimientos internacionales parecen ir en esa dirección. Con todo, el mayor riesgo no está en estas construcciones ideológicas que, pintadas con una débil capa de barniz académico, pretenden legitimar la primacía estadounidense en el mundo, el liderazgo de éste o, peor aún, su gobierno. Por el contrario, la mayor amenaza procede en seguir manteniendo el abismo en la posesión y ejercicio de derechos y libertades en un mundo que se ha hecho demasiado pequeño. De hecho, ni las dictaduras prooccidentales resultan ya fiables: éstas no representan más que la vieja fórmula de «pan para hoy y hambre para mañana». Como señala Tariq Alí: «Los liberales sabían, como todo el mundo, que el motivo de que hubiera dictaduras prooccidentales en Asia, África y Latinoamérica era muy simple: las democracias liberales de Occidente temían que la democracia se implantara en el resto del mundo». □

En el contexto

Miguel Ángel Molinero

1982 EL AÑO CLAVE
Eduardo Sotillos
Aguilar
Madrid, 2002

El «gobierno largo» socialista, 1982-1996, se aleja cada día, de modo visible, de las aguas turbulentas del apasionamiento político, en el que ha sido hasta ahora mucho más víctima que beneficiario, y como materia volcánica parcialmente enfriada, que aún desprende llamaradas de fuego, se va depositando a la espera de su hueco en el juicio de la historia. Sería más preciso decir de los juicios diversos, de las distintas historias de España; en estas cuestiones es ilusorio pretender pronunciamientos unánimes

Varios libros y estudios aparecidos al cumplirse los veinte años de su primera victoria electoral aspiran a fijar la configuración en la memoria de una época a la vez reciente y sometida a discusión. Sin duda, todavía se esperan testimonios de algunos de los principales protagonistas que se arriesguen al ejercicio memorialista; Almunia o Morán, entre otros, ya han dejado relatos de su visión partícipe de los acontecimientos más relevantes.

Eduardo Sotillos se ha decidido, en *1982. El año clave,* por otro tipo de aproximación. El autor, figura destacada del firmamento audiovisual en momentos en los que el periodismo en esos medios apuntaba a destinos más altos que los actuales, portavoz del primero de los sucesivos gobiernos de Felipe González y por tanto, en tiempos de hipervaloración de la imagen, un rostro que se identifica con un determinado periodo, ha preferido sentirse cronista antes que parte del juego, el testigo que recoge la memoria de tiempos efímeros le disputa la partida y se la gana al hombre, por definición unidimensional, que puso un pie en la vida pública.

Para ello se ha propuesto recrear ante los ojos del lector cómo era verdaderamente aquel año 1982, al que las leyes ópticas de la perspectiva emocional traicionan con olvidos, inexactitudes, errores de bulto. Y sobre todo, rememora cómo se vivía entonces desde dentro. Como si se tratara de un relato del novelista italiano Sciascia, que encara con una extraña iluminación ampliadora asuntos contemporáneos y experto en desvelar el envés de la trama oculto bajo la política de las apariencias. De repente, emerge el contexto y se sitúa en el centro de la mirada; el resultado es sorprendente, nada es como creíamos saber. No se trata de una operación de maquillaje para variar el balance, ni de eso que la empobrecida retórica partidista denomina «herencia recibida». Se trata de volver adonde estuvimos.

Para una parte considerable de la sociedad española, la vinculada con distintos grados de parentesco y proximidad a los perdedores de la guerra civil, la victoria, primero electoral y luego de extensión democrática, que no es lo mis-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mo, de una representación de la izquierda tenía un aura mítica, una suerte de reparación de la justicia que abolía simbólicamente decenios de horrores, dolor, exilio. Inauguraba un tiempo nuevo y a la vez estaba dotada de una consistencia que la proyectaba más allá de su realidad.

Esta carga, como no podía ser menos, tuvo múltiples manifestaciones, tanto sobre los nuevos gobernantes como sobre el prisma con el que se enjuicia su labor. Las esperanzas eran enormes y, por tanto, las probabilidades de que se vieran en parte defraudadas, muy altas. En alguna memoria de esos años ya se ha señalado una cierta tentación de «adanismo», de partir de cero, como rasgo dominante de quienes accedían al poder. En la antigua fraseología marxista, era esencial tener en cuenta las «condiciones objetivas», es decir, la consideración realista de los límites que las circunstancias imponen a la hora de actuar, sin dejarse llevar por la vehemencia ideológica o moral.

El ejercicio de la democracia altera todos los supuestos previos, si se mantiene la tensión de lucidez necesaria para reconocerlo. Los pujos milenaristas, la sacralización idealista se tienen luego que abrir paso por tortuosos meandros contrapuestos: lo que es necesario, lo posible, lo que hay que cambiar a toda costa. Y además los planes tienen que cumplirse en la práctica y las cuentas cuadrar. En el otro lado de la balanza, el descenso a lo real trae desafecto y puede convertir en banal la ensoñada épica de intervención en lo público.

Este libro se agarra al hilo de los hechos, recuerda las exigencias del país que había a comienzos de los años ochenta. La idea que lo atraviesa es la de enjuiciar con equidad, hasta el escrúpulo, a todo el mundo. Ser justo con la agonía interna de UCD, sus antagonistas y los empujones externos, comprender al PCE caído en la inadaptación de sus supuestos de lucha. Identifica y destaca los factores que hicieron posible un resultado tan contundente en las urnas, la importancia de las elecciones andaluzas con Escuredo como Bautista anticipador que no debe faltar en una narración que se precie, tras el error autonómico centrista.

No olvida a los planificadores más o menos previsores de las tareas del gobierno naciente, la amenaza golpista subyacente, los datos del envenenado conflicto vasco, los disidentes domésticos socialistas, el campo de minas del *Dossier OTAN*, y hasta al lejano diputado Aznar, que hace falta ánimos, visto desde ahora. No es un estudio de tesis, parte de la idea diabólicamente simple de que contar los antecedentes de lo que sucedió de veras invalida la mayoría de las ideas y argumentos preconcebidos, deja indefensos los tópicos.

Aunque el campo voluntariamente acotado es el del año 1982, Sotillos no resiste la tentación de traspasarlo en alguna ocasión, y dejar constancia de sus opiniones personales sobre lo que vino después. Su desacuerdo con la deriva de la radiotelevisión pública y la estrategia de arranque de las competidoras privadas, el irredentismo aún hoy mantenido sobre el ingreso en la OTAN, como expresión de un desahogo, que por lo demás concuerda con un creciente antimilitarismo de la sociedad española fraguado en anteriores excesos.

Con relación a la OTAN, el propio Felipe González ha calificado de error el referéndum, se supone que dando a entender, más bien, que no debió celebrarse, ya que resulta problemático considerar que se hubiese podido estar al margen de la organización militar dentro del proceso de integración en Europa. Tal vez haya también una cierta lamentación, una oportunidad frustrada por un breve desencuentro temporal. Para la visión de un estadista es difícil olvidar que sólo tres años después se resquebraja el bloque del Este, que era su razón principal. Por muy poco.

Y por apurar la veta subjetiva, se expresa un velado sentimiento de que, en el conjunto de la presencia socialista, por decirlo con sus palabras, quizá se puso demasiado freno a la pasión. Un reproche curioso para alguien que a lo largo de estas páginas no parece en modo alguno dejarse arrastrar por ningún apasionamiento. Por alguna esquina asoma un pudoroso aroma de queja del maltrato recibido en tanto que ortodoxo y no discrepante. Sin entrar en laberintos personales, no parece ser un caso aislado. Una parte no desdeñable del desfondamiento sufrido por la llamada familia socialista, ya antes de la pérdida de la hegemonía política, que se agrava después, se diría que se origina en una sensación de muchos de sentirse desamparados, sin respuesta colectiva. Es arriesgado tomarlo por un fenómeno menor.

La auscultación de un determinado periodo histórico es una tarea compleja, a la que por mucho que se publique siempre le faltan datos, testimonios, zonas ignoradas. Ya irán saliendo. Pero en cada exploración aparecen vetas iné-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ditas. Sotillos centra la preparación de una alternativa económica en el mercado de trabajo, la política monetaria o la reconversión industrial, según los recuerdos de algunos diligentes planificadores de la primera hora. Otra posible línea a seguir es la modernización y profesionalización de las tareas de gobierno. Aquellos «jóvenes nacionalistas» según la visión norteamericana, no improvisaron sus decisiones, como desgraciadamente era tradición.

Lejos de imágenes de idealismo verbal sin papeles, introdujeron un corpus de especialistas y consejeros permanentes en la toma de decisiones, sembraron el gobierno de economistas y colocaron la «ciencia lúgubre», para bien y para mal, en el centro de la acción política, como anteriormente habían convertido los procesos electorales en algo dinámico, exacto y contemporáneo. Aún hoy son imitados con profusión. Ya no se habla de la izquierda que no sabe economía.

Las claves del año inicial, miradas de cerca, son líneas de fuerza que explican mucho de lo que posteriormente ocurrió o condicionan la manera en la que se produjo. Aunque aún haya que preguntarse *pro forma* de dónde vino el impulso de la dimisión de Suárez, o si González piensa escribir, y publicar, claro, sus memorias. De un modo u otro, casi todo acaba sabiéndose. □

España se mueve

Abdón Mateos

LAS HUELGAS DE 1962 EN ASTURIAS
Rubén Vega García (coord.)
Trea
Gijón, 2002

La generalización de las huelgas de la primavera de 1962 fue vista desde el exterior como la «principal sublevación social en el interior de España desde el final de la guerra civil». Atrás quedaba lo de que en España no pasaba nada, como pocos meses antes parecía haber observado la intelectual izquierdista italiana, Rossana Rossanda, y de que los supervivientes de la posguerra estaban silenciados, o incluso adaptados a la dictadura, tras décadas de represión franquista.

Para intelectuales exiliados como Manuel Tuñón de Lara y Max Aub las huelgas demostraban que «aún vive España, no pudieron asesinarla toda entera». Por ello, se comprometieron activamente, a través de la Agrupación Socialista Universitaria y las Juventudes Socialistas, en un movimiento de solidaridad, (el Movimiento Español M59) creado por la débil segunda generación del exilio político en México hacia los jóvenes estudiantes y obreros que luchaban dentro de España.

Esta «sublevación social» contra Franco reavivó la memoria sobre la España republicana y despertó la solidaridad con la causa de la democracia española entre trabajadores e intelectuales europeos y americanos (sobre todo en Francia y México, lugares donde residían decenas de miles de exiliados de la guerra civil y emigrantes). Tras las huelgas y la reunión europeísta de Munich, todos los observadores quedaron convencidos de que el eje de la oposición a la dictadura franquista había pasado definitivamente al interior de España y de que el protagonismo de la lucha recaería en obreros, estudiantes e intelectuales.

En efecto, durante el primer franquismo se había producido la práctica liquidación de una cultura sindical revolucionaria y la destrucción del Frente Popular. A las 60.000 víctimas de la represión franquista durante la guerra civil se sumaron otros 50.000 fusilados en la posguerra. Unos 150.000 españoles pudieron refugiarse en el extranjero y cerca de 250.000 derrotados llegaron a ser encarcelados o internados en campos de concentración al finalizar la guerra civil.

Pero es que la represión contra la resistencia guerrillera de posguerra condujo a otros 25.000 españoles a la muerte o la prisión, y la policía detuvo en los ámbitos urbanos entre 1946 y 1949 a unos 9.000 antifranquistas. Aunque el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LAS HUELGAS DE 1962 EN ESPAÑA Y SU REPERCUSIÓN INTERNACIONAL
Rubén Vega García (coord.)
Trea
Gijón, 2002

renacimiento de la protesta social y el surgimiento de una nueva oposición se vio reflejado en 1956 con la detención, según la diplomacia británica, de más de mil españoles, no sería sino hasta 1962 cuando la protesta social recibiría un impulso definitivo gracias a los mineros asturianos y los metalúrgicos vizcaínos. Según la Dirección General de Seguridad, nada menos que 2.438 antifranquistas y huelguistas fueron encarcelados en 1962. Para entender la magnitud de esta protesta antifranquista hay que señalar que el Tribunal de Orden Público, creado después de las huelgas, procesó a unos 8.000 españoles entre 1964 y 1975.

Las huelgas de 1962 fueron protagonizadas por la generación de niños de la guerra, cuya conciencia histórica y cultura política estaban marcadas por la revolución democrática republicana, aunque también hubiese una minoría de jóvenes nacidos ya durante el franquismo. El eco del pasado democrático y de las luchas del movimiento obrero de alguna manera estuvo presente en las huelgas de 1962 sobre todo en Asturias y el País Vasco, en cuyas concentraciones industriales y mineras los bastiones socialistas y comunistas habían sobrevivido a la represión de posguerra. Pero era el final de un ciclo histórico para una generación de líderes del movimiento obrero cuya experiencia se remontaba hasta los tiempos de la monarquía de Alfonso XIII.

Hacía unos meses que habían fallecido los principales representantes del exilio político, Indalecio Prieto y Diego Martínez Barrio, y poco después lo haría José Giral. Los dirigentes de los sindicatos UGT y CNT, el socialista Pascual Tomás y el anarquista Germinal Esgleas, o bien estaban gravemente enfermos o bien se habían aislado de la realidad y caído en el sectarismo. A la dirección de los sindicatos en el exilio, a pesar de haberse agrupado en una Alianza Sindical y contar con el patrocinio de un comité de las internacionales obreras, cada vez les sería más difícil gestionar la representación de los trabajadores españoles ante tribunas como la OIT, la OCDE y las Comunidades Europeas, y mediar la solidaridad de los ciudadanos y de la socialdemocracia europea hacia los huelguistas y represaliados.

A partir de 1962 cobró fuerza el nuevo antifranquismo que había surgido con las protestas de 1956 y se fueron consolidando movimientos sociales de amplias vanguardias como Comisiones Obreras y el Sindicato Democrático de Estudiantes, cuyas coordinadoras se fundarían mediada la década de los años sesenta.

En definitiva, hay que felicitar a los más de 30 historiadores y ensayistas, así como a la Fundación de CCOO de Asturias —dedicada a la memoria del minero Juan Muñoz Zapico—, y a su coordinador, el excelente historiador del movimiento obrero Rubén Vega, por los libros *Las huelgas de 1962 en Asturias* y *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, que quedarán como un acertado ejemplo de una política hacia el pasado que no se detiene sólo en la conmemoración de las élites. Sin duda hubo «una luz en Asturias» que «marcó un camino» para la causa de la democracia española, quedando como un elemento central del imaginario antifranquista de la sociedad española. □

El corazón del placer

Alberto Martín-Aragón

En su última novela, Premio Alfonso García-Ramos 2002, Vicente Molina Foix historia con obscenidad desenfadada las remembranzas eróticas de Juan Borrás, un promiscuo gay cuarentón cuya principal ocupación ha consistido en *devorar* belleza sin tener en cuenta los sentimientos ajenos y al margen de toda moral. Afincado en el hastío de la madurez, Borrás rememora episodios de su vida sexual y amorosa mientras se embarca en otras relaciones sig-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL VAMPIRO DE LA CALLE MÉJICO
Vicente Molina Foix
Anagrama
Barcelona, 2002

nadas por la precariedad y la sordidez para hacer más llevadera la soledad que lo corroe en su piso de la calle Méjico. Articulada en diferentes secuencias temporales que se despliegan en un hábil juego de alternancias, la obra es rica en escenas de fuerte contenido erótico donde lo truculento aparece festoneado de un decadentismo refinado. La salvaje explicitud de las descripciones de los acoplamientos se ve contrapunteada por un humor de tintes grises tirando a negros.

Molina Foix ha trazado un personaje protagonista profuso en ambigüedades, de una malignidad que enternece por su monstruosa candidez. Sabedor de que ha dejado corazones en ruinas en tanto el suyo ha preservado, mejor o peor, su integridad, Borrás ha ido alimentando dentro de sí un complejo de vampiro que condiciona su vida hasta el punto de experimentar la ilusión de que su persona no se refleja en las lunas de los espejos. Castigo, remordimiento o purgatorio, el caso es que el protagonista ha tomado conciencia de que su apetito insaciable por los cuerpos bellos le ha empujado a cosificar a sus muchos amantes. Y aunque ningún sentimiento de culpa lo martiriza, tampoco se enorgullece ni incurre en el fanfarroneo. Simplemente lo vive. Se sugiere una suerte de fatalismo en esta toma de conciencia. Borrás es la resultante de un *fatum*. Le ha correspondido el papel de verdugo porque el azar así lo ha decidido. Y no puede hacer nada para alterar esa realidad.

«Que vuestra necesidad signifique vuestra belleza: o no os quiero». Esta sentencia de Nietzsche que encabeza el texto resume mejor que nada el ideario del personaje. Todo lo sacrifica por la belleza. Hasta la dignidad y la salud de aquellos que más le han querido, como Jeremy y Esteban. Borrás desprecia cualquier tipo de valores morales. Los considera incompatibles con la germinación de ámbitos destinados únicamente a cultivar el placer y el deleite. Transpira cada uno de sus pensamientos y sensaciones un nihilismo orientado a redibujar el difuso mapa de los afectos humanos. ¿Es posible en esta ebullición de sensaciones la presencia del amor? Borrás sospecha el amor pero no lo llega a experimentar en toda su esencia. Todo lo contrario les sucede a las personas que se han cruzado en su camino. Ellas sí saben de los dolores que ocasiona amar de verdad. No obstante, la incapacidad para amar en Juan no constituye una carencia, sino un blindaje. Un blindaje para adentrarse en las vidas ajenas y extraer de ellas todo lo que estima indispensable a fin de colmar su disfrute personal con la certidumbre de que saldrá indemne.

Hay en *El vampiro de la calle Méjico* una escenificación de la inocencia que anida en toda perversidad. El mal y el bien no son más que dos jugadores inventados por el invento de la moral. Ambos son tan víctimas como los hombres que sucumben a su tiranía. Con su osadía sexual, limpia de prejuicios, Juan Borrás intenta poner en pie un microcosmos exento de prohibiciones en que la belleza y el *eros* puedan ser disfrutados por cualquiera sin tener que pagar el peaje de una dolencia sentimental o de un sentimiento de culpa. Aniquilar cualquier reducto de resistencia de la dogmática cristiana se antoja indispensable para conseguirlo. Ya reveló Nietzsche el porqué en *Más allá del Bien y del Mal*: el cristianismo envenenó a Eros; éste no murió, pero degeneró pasando a ser vicio.

Molina Foix deja constancia con esta obra de la solidez de su estilo. Prosa acerada, resistente, mordaz. El autor de *La quincena soviética* ejecuta con solvencia varios juegos de palabras, muestra sus grandes dotes como dialoguista y reelabora con brillantez diferentes hablas coloquiales. Pero lo más logrado es quizá su capacidad para convertir en literatura de altos vuelos pasajes seudo pornográficos. En este sentido, resulta plausible el esfuerzo de Foix por insuflar naturalidad a las escenas más escabrosas y salvajes. Puede manifestarse sin exageración que el escritor de Elche ha escrito una gran novela sobre la grandeza y la miseria de la sexualidad, un viaje al corazón del placer. Una de las ideas que parece sugerir el texto es que el ritual de la copulación engrandece a los hombres pero también los rebaja. Estamos, por tanto, condenados a disfrutarlo y a padecerlo. *El vampiro de la calle Méjico* interesará a todos, independientemente de su orientación sexual, porque la cuestión esencial que desgrana y somete a análisis es el drama de la dependencia afectiva. ¿Qué somos cuando *el otro* nos posee o le poseemos? ¿Por qué es malo sentirse un objeto cuando multiplica nuestro placer? ¿Podemos volver a ser lo que fuimos lejos de aquello que un día amamos? Algo sí deja claro el libro: cuando la moral comparece, se anulan las posibilidades de experimentar el verdadero placer. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Un matrimonio dichoso

Matías Néspolo

SOBRE LITERATURA
Umberto Eco
Traducción Helena Lozano Miralles
RqueR
Barcelona, 2002

También en el campo de las ideas, no siempre la monogamia es señal de ausencia de libido.

Llama poderosamente la atención la escasa difusión que ha tenido el último libro de Umberto Eco, *Sobre literatura*. Cumplido ya con creces el tiempo necesario de recepción, ha pasado casi inadvertido por suplementos culturales y revistas literarias. Y por cierto que este volumen no se merece tal suerte.

El silencio de la crítica quizá se deba a un hecho evidente: se trata de una antología de textos diversos entre artículos para la prensa, ponencias de congresos o conferencias académicas y algún que otro prólogo, que en su gran mayoría ya no cuentan con el valor añadido de «inédito». Por otro lado, son escritos ocasionales, o menores, si se quiere, que no aportan gran novedad al conjunto de su obra teórica.

Sin embargo, estas dos objeciones, bien entendidas, se transforman en virtudes o alicientes que hacen la lectura de este libro harto seductora. El iniciado en el universo Eco, podrá refrescar algunos conceptos teóricos y verlos en funcionamiento desde distintos ángulos. Podrá también ahondar en los mecanismos metodológicos de Eco, confrontar sus contradicciones internas y sopesar las ulteriores correcciones que el italiano propone. Pero sin duda, lo más interesante será seguir a lo largo de veinte años (de 1980 a 2001) la inquebrantable fidelidad intelectual del catedrático de la Universidad de Bolonia. Eco se ha casado con la semiótica textual. Y su dichoso matrimonio ya frisa las cuatro décadas. Y la lección que parece darnos en estos tiempos en los que el adulterio teórico y los cambios de pareja son moneda corriente, es que no siempre la monogamia intelectual supone ausencia de libido. Eco renueva la pasión hacia su amor juvenil, la teoría semiótica, en cada página. Muchos deberían seguir su ejemplo.

El neófito, por su parte, podrá familiarizarse con la teoría evitando el fárrago y la jerga de *Tratado de semiótica general*, *Obra abierta* o *La estructura ausente* que quizá puedan amedrentarlo. La reiteración de nociones y conceptos a los que se echa mano una y otra vez en estos textos desde distintos enfoques tiene además una utilidad pedagógica. Asimismo, textos como «Sobre el estilo del *Manifiesto*» o «Wilde. Paradoja y aforismo» son verdaderos manuales al uso sobre cómo se hace una crítica textual. En el primero, Eco revela que tras la contundencia de uno de los textos capitales de la ciencia política se esconde agazapada una batería de procedimientos retóricos concretos. Toda la fuerza y poder persuasivo del *Manifiesto* viene dado por su estilo literario. Si se trata de una obra maestra de la oratoria política, ello se debe a una serie de estrategias textuales que hoy asociamos al marketing y al discurso publicitario.

Para llegar a estos lúcidos resultados, Eco despliega toda la maquinaria semiótica. Observar de cerca su metodología de trabajo puede ser de provecho no sólo al principiante, sino al maduro crítico literario. Porque, repito, estos artículos, al presentarse en un formato ligero y breve, son piezas en miniatura de la teoría muy fáciles de digerir. Y aquí también podemos ver al Eco narrador que, en connubio con el semiólogo, reflexiona sobre su propia obra de ficción y sobre el proceso de creación literaria en perspectiva autobiográfica.

En «Cómo escribo», Eco deja claro que las constricciones auto impuestas, ya sean formales o temáticas, le fueron de gran ayuda durante la redacción de sus novelas. E incluso más, aventura la hipótesis de que la constricción es fundamental e inherente a toda operación estética. Lo cierto es que las constricciones «externas», en el caso de su trabajo crítico, son las responsables de estas pequeñas maravillas. La gran mayoría de textos de este libro nacieron por encargo. No sólo el tema, sino también el género (artículo, conferencia o prefacio), la extensión y el registro han sido impuestos por las circunstancias. Y aunque

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

parezca extraño, con semejantes constricciones Eco se descubre mucho más brillante que de costumbre.

Al llegar aquí, cabría esperar de una reseña el repaso pormenorizado de todos y cada uno de los conceptos desplegados y obras y autores analizados en este libro. Pero el abanico es demasiado amplio. Eco se detiene tanto en *La Divina Comedia* o *El Quijote* como en *El conde de Montecristo*, *La tierra baldía* o *Pinocho*. Autores como Gérard de Nerval o Julio Verne sirven de excusa para su aguda reflexión del mismo modo que personajes de ficción como Gargantúa o Superman. Aquí se pone en la picota la noción de «obra abierta» o las funciones de la literatura y más allá se discuten los distintos niveles de lectura o los distintos tipos ideales de lector. «La angustia de las influencias» de H. Bloom le permite a Eco operar —y sin anestesia— sobre su propio *corpus* textual para revisar su relación con Borges y Joyce, al mismo tiempo que critica duramente el concepto de Bloom y lo relativiza.

Tan concienzudo repaso puede resultar tedioso. Por consideración al lector aborto el intento en esta simple enumeración y lo remito directamente a la obra que comento, porque vale la pena echarle una ojeada sin más dilaciones. Por mi parte ya he cumplido con lo que me toca. «La crítica reseñadora, por su función de recomendación, no puede eximirse de pronunciar, salvo en casos de excepcional cobardía, un juicio sobre lo que dice el texto», afirma Eco. Si hasta aquí no ha quedado claro mi juicio, lo repito: *Sobre literatura* es el mejor libro de crítica literaria publicado en España en el último año. Y por ello asombra la escasa difusión que ha tenido hasta la fecha.

Ahora bien, no quisiera terminar sin antes trasgredir las fronteras de la mera reseña para practicar, aunque sólo sea de paso, aquello que ha sido dado en llamar metacrítica. Eco distingue tres tipos de crítica: la reseñadora, que sólo cumple una función tutelar u orientativa; la historia literaria, que se encarga de las relaciones entre obras y movimientos estéticos y, por lo tanto, enuncia generalidades; y por último, la crítica literaria propiamente dicha, es decir, la crítica textual. Esta se ocupa de las obras concretas en su especificidad. Es una suerte de estilística, si entendemos el estilo, siguiendo a Eco, como «manera de formar». El estilo es su objeto de estudio en tanto serie de estrategias textuales perfectamente analizables que producen un efecto estético determinado. De más está decir que para Eco la verdadera crítica literaria, cualquiera sea su naturaleza o su escuela teórica, será necesariamente una semiótica del texto. Acarrea agua para su molino, no cabe duda. Fiel a su amor de juventud, la semiótica, Eco renueva su promesa de amor eterno en cada gesto. Su dichoso matrimonio es a estas alturas inquebrantable.

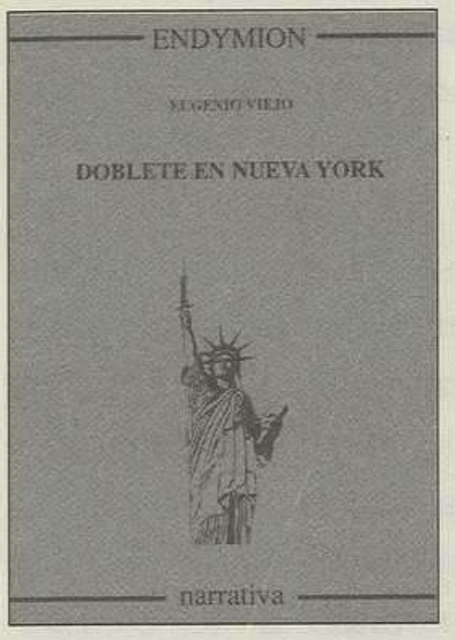
Sin embargo, si utilizamos las mismas herramientas teóricas que Eco nos facilita sobre su propio discurso crítico observamos que su maduro y feliz matrimonio aún hoy sigue provocándole inconvenientes de puertas para afuera. No es una picardía hacer esto. En todo caso, se trata de darle al semiólogo una cucharada de su propia medicina.

El análisis textual nos descubre aquí y allá expresiones del tipo «la *hybris* deconstructiva» o «la herejía contemporánea de la deconstrución». A Eco le irrita sobremanera la crítica deconstructiva, y más la escuela norteamericana de Paul de Mann que la francesa de Derrida. No tolera a sus antiguos compañeros de armas del primer estructuralismo que se dejaron seducir por la inefabilidad de un sentido último y por la imposibilidad de explicar con palabras el hecho estético; porque han cometido adulterio, han engañado vilmente a su bienamada semiótica. Los llama despectivamente «críticos del orgasmo», y trata a toda costa de limitar su desestabilizador e inacabable trabajo hermenéutico. Eco les marca «los límites de la interpretación» al colocar la *intentio operis* por sobre la *intentio lectoris* y la *intentio auctoris* (materia, esta última, de la crítica biográfica y psicoanalítica). Nadie duda a estas alturas que una interpretación es válida sólo si puede ser corroborada en la superficie textual. Pero la cuestión que está en juego aquí es un tanto más sutil. Los textos literarios suelen decir algo más, aunque más no sea muy poco, de lo que la semiótica de la mano del análisis textual autoriza. No digo que esta cuestión pueda hoy en día quitarle el sueño a Eco. Sin embargo, a pesar de su dichoso matrimonio, el semiólogo sigue apuntando sus armas en esta dirección como si luchara todavía hoy contra la tentación del adulterio. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cada uno para sí

Miguel Rubio



DOBLETE EN NUEVA YORK
Eugenio Viejo
Endymion
Madrid, 2002

¿Cómo llegan a nosotros los libros? ¿Cómo descubrimos autores nuevos? ¿Cómo nos interesamos por determinados textos? No por medio de los periódicos y sus secciones especializadas, donde sólo encontramos aquello que conocíamos y esperábamos. ¿Quizás por el *boca a boca*? ¿O mediante encuentros casuales que podían no haberse producido? ¿Tal vez por el eficaz deambular entre las repletas estanterías de las librerías? Y entre la inmensa e incontenible producción editorial actual, ¿cuántas obras que hubiéramos necesitado conocer o hubiéramos querido gustar, acaban sin que las descubramos? En el mare mágnum actual, esas obras personales, esos libros que contienen una voz íntima o una experiencia literaria nueva, ¿serán descubiertas un día o serán anegadas en la tan excesiva industrialización del libro? Aunque según los griegos «el tiempo trabaja a favor de la verdad», sólo algunos de estos libros perdidos para siempre, olvidados de la crítica, volverán a retener un día a algún lector perdido.

Pero no hay nada más gratificador, y de muchas formas benéfico, que encontrar un libro y un autor desconocidos que se eleven por encima de lo trivial, de esa media de productos que parecen arrojarnos los editores a ver si, por azar, tienen suerte y se abren camino. Entre muchas de las varias condiciones de un intelectual está la de saber buscar y la de encontrar. Y qué alegría cuando se siente descubridor de alguien que ha hecho de la literatura, más que un oficio o una vocación, una forma de salvavidas, un empeño de darse a sí mismo y de reflejar, a su través, la mirada que ha echado sobre el mundo en que su existencia tiene lugar, sin telarañas en los ojos, consciente de que *ha conseguido ver*. Cuando esto ocurre, hablamos de ese autor y de su obra, y si tenemos oportunidad escribimos de ellos.

Este es el caso de Eugenio Viejo, cuyo nombre me sonaba de haber leído hacía tiempo algún cuento en alguna revista minoritaria. Periodista especializado en política internacional, emigración y armamento, funcionario internacional de la ONU en Nueva York y Ginebra, durante muchos años alejado de la escena literaria y cultural española, autor de varias novelas inéditas y de un libro de relatos *Amores terminales (Once cardiogramas de nuestro tiempo,* Libertarias, 1993), acaba de publicar una novela en la sección Narrativa de Endymion: *Doblete en Nueva York*. Difícil me ha resultado localizar el libro de relatos, tras dejarme entusiasmado su novela neoyorquina. Sin embargo, algunos de ellos deberían haber llamado la atención de los críticos, tanto por su bien trabajado estilo y su interés narrativo como por su visión personal sobre el mundo y el hombre de hoy.

Resulta más que difícil encontrar una novela, dentro de nuestro panorama literario español —tan lleno de florituras retóricas como falto de profunda visión sobre la condición humana— tan perfecta como *Doblete en Nueva York*. No es en ningún caso la obra de un debutante o un novel. Más parece la de un escritor profesional que ha expresado ya sus demonios personales, sus experiencias directas de carácter subjetivo y que, olvidada la autobiografía, dirige su mirada hacia el exterior. Nada en esta pequeña epopeya —recuerdos esenciales hay del *Ulises* de Joyce, del más antiguo *Absalón, Abasalón* de Faulkner, y también de la Biblia— parece proceder de ese mundo interior y de sus pequeñas experiencias personales a que nos tienen acostumbrados la mayoría de los escritores españoles actuales. Aquí la experiencia es exterior, objetiva, y, lejos del lamento personal por las heridas sufridas —el «lloriqueo» contemporáneo que tanto detestaba Roberto Rossellini como el mal de la segunda parte del siglo XX—, Viejo habla de sí mismo —o mejor: sobre el mundo actual como lo contempla y experimenta él— a través de terceras personas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

He citado antes la evidente y sana influencia sobre este escritor de la literatura anglosajona pero nos trae asimismo ecos de *El extranjero* de Camus y *La náusea* de Sartre. Y lo hace a través de las cuarenta y ocho horas (¿finales?) de su personaje Abramo y el mundo que le rodea, que aparece turbulento, pululante, hirviente, como esos seres casi invisibles que descubrimos cuando, en pleno estío, bajo el sol más radiante, levantamos una roca, amparados en su tenue humedad. La roca que levanta Viejo es la ciudad de Nueva York. Y el mundo que aparece bajo los rascacielos desde donde se dirige el mundo, son los restos del naufragio de la sociedad de la primera potencia industrial y financiera, lo que los franceses llaman *épaves*, seres condenados a la destrucción y a ser engullidos por el gran sumidero.

Eugenio Viejo describe, por tanto, cuarenta y ocho horas de uno de tantos personajes que hormiguean por los subterráneos de las grandes ciudades modernas. Su historia es directa y va al grano, aunque utilice elementos de *thriller*, que sólo sirven aquí como basamento para un itinerario que le conducirá a donde, en realidad, el personaje quiere ir y que no es otro lugar que el sumidero definitivo, un final predestinado mas también elegido. Pero, como representante de una humanidad destruida, humillada, ofendida y explotada, en Abramo se mantienen vivas algunas llamas de un humanismo que parece ya un elemento extraño en esta civilización a punto de perder todo norte posible, y que le harán, ahora sí, definitiva y finalmente, optar por elegir su propio destino. Este humanismo, residual y profundamente arraigado, le hará tomar la decisión de cumplir su «función de hombre». Sin sentimentalismo, sin falsa piedad, sin ninguna clase de retórica de carácter aparentemente humanista, volverá al verdadero reino de los hombres, que consiste para él en aceptar su condición de hombre entre hombres, de padre, de marido, de hombre herido que sólo ha atisbado la felicidad en los otros, y al que no queda ya más que cumplir con un último deber. Es ahora cuando se sentirá verdaderamente libre, no acuciado por los demás.

En las cuarenta y ocho horas que pasan desde que recibe la noticia de la muerte de su hijo David por una sobredosis y como consecuencia es despedido de su puesto de guardián de noche de un *parking*, veremos paso a paso, desde un estado de escepticismo, casi de renuencia, a Abramo abrirse a una conciencia, siempre en bruto pero cada vez menos velada, hasta llegar a realizar aquello para lo que no está preparado pero que vive profundamente en sus raíces de ser humano: la solidaridad con los demás. Y como un Ulises que viviera su propia odisea entre los escombros y detritus de la capital del nuevo imperio, llegará a puerto seguro, aunque ello signifique morir a manos de los hombres de El Cacique.

Eugenio Viejo describe con palabra rigurosa este mundo subterraneo y nos lo hace presente con gran economía de medios. Economía que está también en los hechos narrados, en los ambientes, en el caminar, como pisoteando el asfalto quemado por el sol y rebosante de suciedad del Nueva York transversal que recorre Abramo; en los monólogos en acción de su pequeño héroe homérico y, especialmente en los diálogos, que brillan por su fuerza expresiva, por su sentido de la condensación, por su estilización gráfica. Pasamos del monólogo de Abramo a las secuencias dialogales sin ningún resbalón, sin ninguna desviación. Aquí el lenguaje está pegado a la piel del personaje, parece sudar de ella, tiene colorido, relieve y me atrevería a decir que hasta olor. Cada personaje es retratado por su acción, por su ocupación física de la escena, por su renuencia o asentimiento y especialmente por su manera de hablar. Viejo conoce bien, pero lo ha trabajado aún mejor, el lenguaje de los chicanos de Nueva York, cada uno con su propio sistema lingüístico, con su vocabulario específico. Sólo por el tratamiento de este aspecto de la novela —la riqueza colorística del *spanglish*— *Doblete en Nueva York* habría de tenerse en cuenta desde un punto de vista literario. Pero hay mucho más, y seguramente más importante, en esta aparición de un escritor de raza. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Fascinación tupí

Clara Janés

PIEDRA Y CENIZAS
Antonio Maura
Huerga y Fierro
Madrid, 2002

Son oleadas de colores y formas o, mejor, dicho colores y formas mezclados a la vez en el agua, pero no ajenos a los sonidos, el olor, y el sabor de los frutos… Es, acaso, el punto en que todo confluye, como ese en el que cielo y mar se unen y el sol y la luna, que eran dos enamorados que se lanzaron al río, al llegar éste a la desembocadura, pasan a las ondas y luego a elevarse como astros del día y de la noche. La exuberancia y el movimiento se originan en una tierra fecunda, que genera una humedad fértil y en la cual, por contraste, el fuego adquiere un gran protagonismo, pero el agua es igualmente una presencia incesante, benéfica y amenazadora, y espacio de vida y de muerte, pues es en ella, en el lago de los muertos, donde la vida del hombre se acaba.

En esa atmósfera fecunda, el sexo es natural, es una carnalidad que parece hallarse incluso en la materia, y ofrece todas sus formas. Y danzan los ojos rojos de los elementos iniciales, y el hijo copula con la madre, y el cazador busca el arañazo de la onza —el más peligroso de los felinos— y se entrega a ella hasta morir. En este límite entre la vida y la muerte, este contraste del no ser a la plenitud de ser, de la noche oscura, la niebla negra que oculta los peligros, y el estallido multicolor de la vida latiendo en las perfumadas flores y en el canto de los pájaros, vibrante como el fuego, todo es posible porque toda fantasía atrapa una forma de realidad. Y hasta el animal, la onza, puede comunicarnos con palabras su versión de los sucesos

Me estoy refiriendo al libro de relatos —relatos que, de todos modos, constituyen una unidad— *Piedra y cenizas,* de este escritor casi secreto que es Antonio Maura, y que, trasplantado al Brasil durante una época, no se resistió al impulso expansivo del país que, del mismo modo que invade nuevamente con la selva, sin demora, cualquier terreno roturado, hace suyos a sus habitantes sea cual sea la procedencia. Así, le bastaron a Antonio Maura unos años para dejar que penetraran en él su naturaleza y sus tradiciones, concretamente las de la Amazonia, y para sentir el corazón de las leyendas y generar él mismo su propia leyenda.

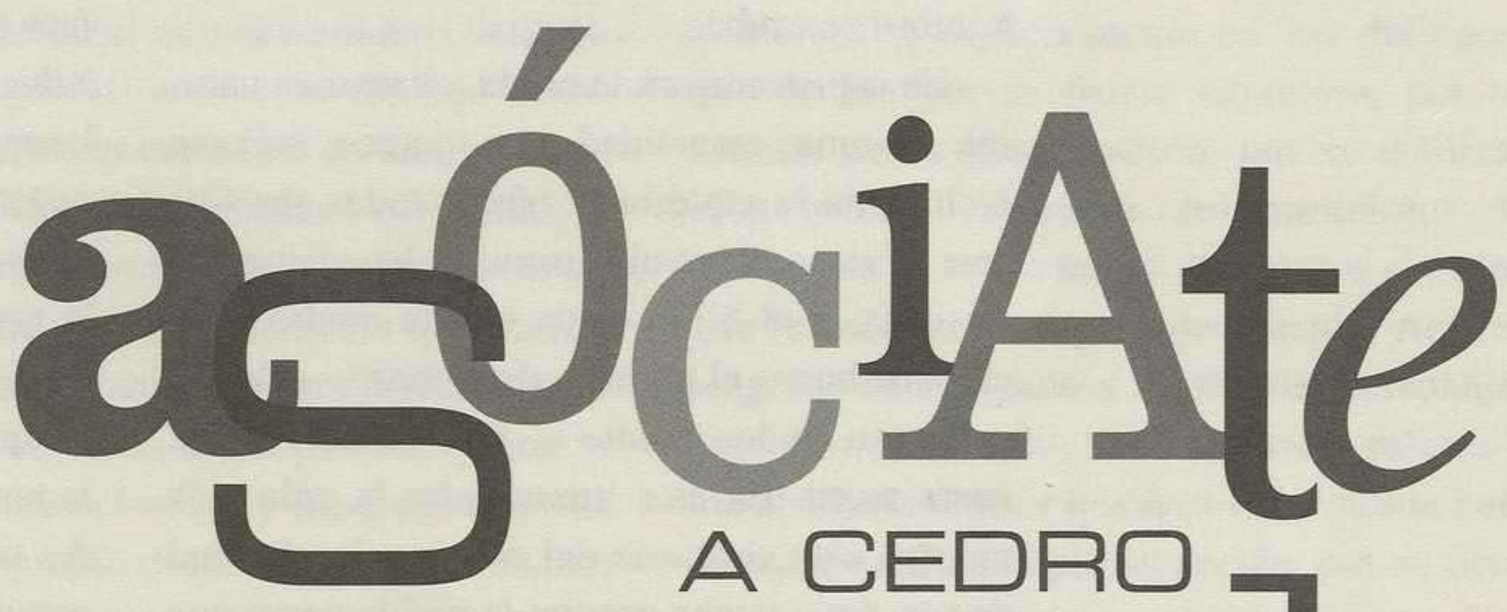
En *Piedra y cenizas* no se trata sólo de lecturas, de *Las mil y una historia tupís* o de esa biblia tupí que es *Antes el mundo no existía*, ni de las obras de Lévi Strauss, sino de la expresión de aquello que su autor, a través de la atmósfera y la vida en el lugar, captó, de una experiencia que adquirió y le hizo entrar en la génesis misma del mito. Por ello no hay que buscar en *Piedra y cenizas* el hilo definido de una leyenda, aunque algunas de ellas están en el origen de los relatos. Si en el primero que se recoge en el libro, titulado «Iobas», que nos habla de la hija de una mujer y de todos los hombres, vio Jorge Amado la imagen misma del Brasil, nación fruto de una sola tierra y de innumerables razas y etnias, en «Sol y luna de la noche», Maura hace suyos a los personajes de la mitología tupí, Yasí y Quarasí, esos amantes que tras purificarse se convierten en el sol y la luna, pero los envuelve en el marco personal del tiempo, que es un narrador, y del destino, que es un danzarín, mientras en el cuento que da título a la obra se aproxima a un Edipo al estilo tupí, aunque es el padre, Jucá, celoso de los amores entre su esposa y el hijo de ambos, Leiro, quien intenta matar a éste sin conseguirlo. Al final el hijo —que ha logrado salir del lago de los muertos— lanza a él —para siempre— a su padre.

A esta historia inquietante de oscuridad y magia, sigue la no menos inquietante titulada «El gesto de la diosa», sin duda el más intenso de los relatos, verdadero texto coral donde se oyen la voz del cazador Nurila, las de los ancianos del lugar, la del narrador e incluso la de ese animal, objeto de caza y diosa, que es la onza. Dada la feracidad del aire, no sorprenden estos cambios y hasta

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

resulta natural que una fiera se ponga a contarnos su experiencia y a reflexionar sobre el humano. Esta historia —que desarrolla dos episodios— nos hace pensar en Prometeo, pues nos remonta al descubrimiento del fuego. En él, los jóvenes se atavían con plumas de pájaro para acudir a la cueva donde las onzas custodian el fuego, se desnudan y arrojan a él las plumas y ellos mismos danzan entre las llamas; mientras tanto Nurila, el cazador, que ha experimentado el arañazo de la onza, la busca y realiza con ella el acto amoroso y, naturalmente, muere. La onza reflexiona: «Los hombres nunca respondieron a la extraordinaria efervescencia que se produce en el seno de la tierra: ni al latido de las recónditas venas de las que brota el manantial, ni al gesto con el que se cierran las garras de las raíces, ni al despertar, alegre, de la semilla».

Ese despertar alegre de la semilla es el que está latente en el libro *Piedra y cenizas*, que es, fundamentalmente, un elogio de las fuerzas de la vida por encima de toda delimitación, incluida la que el pensamiento humano lleva a cabo en cualquiera de sus intentos. Por ello, el estilo del libro es el estilo del movimiento, del colorido y de los sentidos girando. Un estilo que resulta adecuado a ese saber que, por ósmosis, adquirió Maura en el Brasil y logra transmitirnos, siendo acaso este su mayor hallazgo: a través de sus relatos, el lector entra en el enigmático espíritu de la Amazonia y desea seguir. □



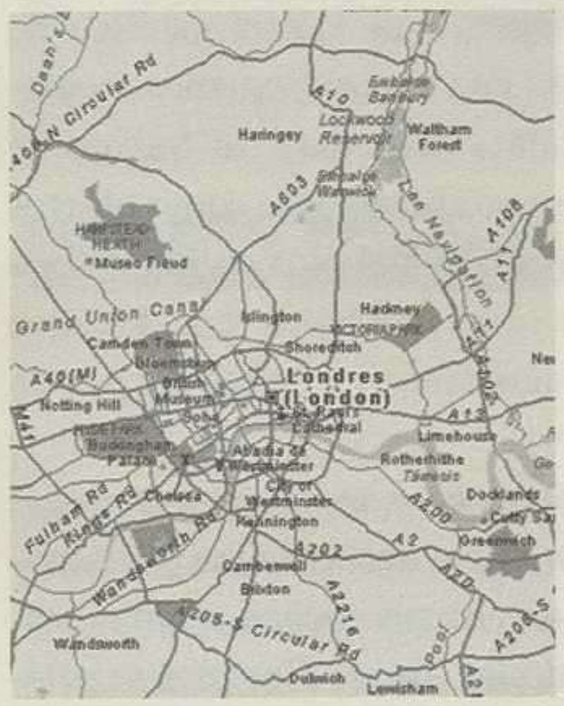
TELÉFONO
91 702 19 39
asociados@cedro.org

TELÉFONO
93 272 04 45
cedrocat@cedro.org

SI ERES AUTOR O EDITOR, asóciate a CEDRO, la entidad que gestiona colectivamente los derechos reprográficos de escritores, traductores, periodistas y editores. Todos los años recibirás los derechos económicos por la fotocopia de tus obras y podrás beneficiarte de los servicios que CEDRO pone a tu disposición. La adhesión a CEDRO no requiere el pago de cuotas ni desembolso alguno.

Correspondencia

Londres



Marina Warner

Uno escribe £ sin pensárselo, y, a veces, incluso ahora, se podría decir £.s.d., para significar dinero, pasta, pelas, parné, guita, plata, aunque el símbolo £ no signifique ninguna de estas palabras. Cualquier niño de más de diez años de edad entiende el símbolo del $. Está totalmente aceptado, es uno de esos signos invisibles y convencionales de los que pocos dudan. (Como otras presencias invisibles similares, basta con examinarla con lupa para ver que está llena de cosas: al igual que la primera gota de agua, bajo el microscopio se muestra llena de fenómenos vivientes, y algunos de ellos, con respecto al $ y la actual crisis global, están llenos de significados. Es, para usar una frase de Paul Ricoeur, un símbolo que indudablemente da qué pensar.)

La historia tras el símbolo £ es sencilla: es la primera letra de la palabra libra, que significa una medida de pesaje (tal como la lira italiana) y las dos barras que la cruzan significan, en taquigrafía de escribano, una palabra abreviada. Igualmente «s» representa la palabra *soldo* y «d» *denaro* (todas palabras italianas porque la primera familia, la de los Medici fue la pionera de la banca). Pero $ no se parece en nada a la «d» de Dólar.

Con sólo visitar la red, se pueden encontrar muchas teorías, ninguna de las cuales merece la capacidad de RAM que ocupa. Por ejemplo: que los dos trazos verticales en el $ perdieron su unión en la parte de abajo y realmente significan la «u» de United States (Estados Unidos).

Otra teoría me vino a la mente, poco después del 11 de septiembre del año pasado. Yo había recibido por correo una disculpa de los productores de *El robo de Sita*, una obra para la que había reservado asiento, comunicándome que no querían ofender con su publicidad: la imagen mostraba rascacielos y signos de dólar sobre un fondo apocalíptico, desgarrado por la guerra, quemado, bombardeado y lleno de humo. Sus carteles por supuesto habían sido impresos mucho antes de los acontecimientos que devastaron las Torres Gemelas. *El robo de Sita* era una obra teatral de marionetas de sombra diseñada por Julian Couch y ejecutada por titiriteros indonesios wayang gulong. Ellos habían interpretado la historia del rapto de la diosa Sita de la obra épica, el Mahabharata, como una alegoría de la explotación global del mundo que no es Occidente por Occidente. Algunas partes de la obra tenían como fondo las imágenes de una película rayada y apocalíptica que consistía en un *collage* de imágenes de las capitales del capitalismo global, llenas de rascacielos. En un momento dado el signo del dólar aparece por un instante, y la vertical de los rascacielos se convierte en las barras del $.

Esto se me grabó en la memoria y luego pude ubicar la imagen: según una teoría poco conocida de historia del arte, el dólar original mostraba las columnas de Hércules y de alguna manera que yo aún no había descubierto, estas columnas se habían convertido en el signo $.

Con la ayuda del departamento de Monedas y Medallas del Museo Británico, pude reconstruir la historia. Las primeras grandes y magníficas monedas de plata fueron acuñadas en las Américas bajo el mandato español y valían ocho reales: estas son las famosas piezas de ocho de las leyendas de piratas (¿recuerdan del loro en *La isla del Tesoro* chillando «piezas de ocho, piezas de ocho»?) y circulaban como moneda corriente en todo el continente americano e incluso en países tan distantes como lo era China en el siglo XVIII. Se las conocía como «dólares mexicanos» porque fueron acuñadas en México en plata local; estas imponentes monedas son anteriores a 1776 y la Independencia de los Estados Unidos y su iconografía tuvo una fuerte influencia en los primeros grandes dólares de plata de los EE UU.

En el reverso aparecían las columnas de Hércules surgiendo de las olas a ambos lados de los dos hemisferios del mundo, el continente americano —norte y sur— en la parte delantera, detrás, Europa y el lema *Plus ultra* («más allá») inscrito en banderolas que se enroscaban en cada una de las columnas. En la posición donde normalmente aparecía el valor de la moneda, se situaba la columna de la derecha, con su lazo en forma de S enroscada. El diseño da una $ y empezó a leerse como la denominación del valor, un dólar.

Esta rareza de transmisión histórica (que a mí me convence) solo sería una curiosidad del tipo de las del juego *Trivial Pursuit* si exceptuamos que el contexto en que se desarrolló el símbolo de estas tempranas torres gemelas tiene resonancias

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mucho más profundas: las columnas de Hércules fueron blasonadas por primera vez en las monedas del imperio que en su día fue el más grande del mundo, el Imperio español poco después de su conquista del Otro Mundo o Nuevo Mundo (América del Norte y del Sur) por el Emperador Carlos V y su hijo el Rey Felipe II de España en el siglo XVI. Las columnas de Hércules significaban los confines del mundo. Estaban situadas en el estrecho de Gibraltar, una en Europa y la otra en África, en lo que hoy son Gibraltar y Ceuta, y los españoles los imprimieron en la moneda de sus nuevas posesiones para vanagloriarse de haber viajado más allá de los límites del mundo conocido y hecho suyo lo desconocido.

Según las leyendas sobre Hércules, el héroe bien creó las columnas cuando forzó la apertura de la cordillera de montañas que cerraban la entrada Este del Mediterráneo y así hizo posible el pasaje hacia el este fuera de Europa, o bien plantó las columnas como aviso a los navegantes sobre los peligros que acechaban más allá del Estrecho. En el Infierno de Dante, el poeta se encuentra con el fantasma de Ulises, que le cuenta en una magnífica elegía cómo murió después de traspasar el Estrecho en busca de más *«virtú e conoscenza»* —virtud y conocimiento. Pero la virtud del humanismo temprano hace fuertes inferencias con respecto al poder, a la virtualidad. Ulises naufragó con todos sus hombres y se ahogó— como castigo por excederse, como sugiere implícitamente Dante. Pero el joven emperador Carlos V estaba poniendo fin al mundo medieval temeroso de Dios y lleno de recogimiento y humildad. Se identificaba fuertemente con Hércules y proclamó, a través de su acuñación y demás iconografía triunfal, cómo bajo su reinado los exploradores habían navegado más allá de las columnas, *plus ultra*, más allá hacia el Mas Allá. En la Edad Media las columnas de Hércules simbolizaban los límites más allá de los cuales no debía la humanidad excederse; en una era de expansión imperial, se convirtieron en una puerta, un portal hacia nuevas expediciones.

El estrecho de Gibraltar, donde Hércules colocó sus columnas, está en la misma latitud que las costas de Carolina del Norte, sólo unos seis grados al sur de la isla de Manhattan, donde en 1976 se elevaron los entonces más altos edificios del mundo como torres gemelas. El arquitecto de las Torres Gemelas, Minoru Yamasaki, murió el año después de su terminación y la estética de los edificios no ha trascendido mucho (desde el punto de vista arquitectónico, no eran especialmente admirables). Yamasaki fue un arquitecto muy viajero, un ecléctico de ascendencia japonesa que construyó mucho en los Estados Unidos y el golfo Pérsico, especializándose en instalaciones educativas en los EE UU., su país de origen, y en aeropuertos en Oriente Medio. Abrió una puerta a la parte Este de la ciudad, un portal al distrito financiero, erigió una pareja de columnas que, desde cierto punto de vista, flanqueaban la Estatua de la Libertad. Es posible que tuviese en mente las columnas de Hércules, pero aun si no fuera así, la coincidencia reverbera con un eco simbólico y perturbador. Parece ser que las Torres Gemelas surcando los cielos sostenidas por la confianza de los mercados mundiales en el clima democrático del capital de riesgo, pueden ellas mismas ser eco del modelo original del símbolo del dólar, las columnas de Hércules.

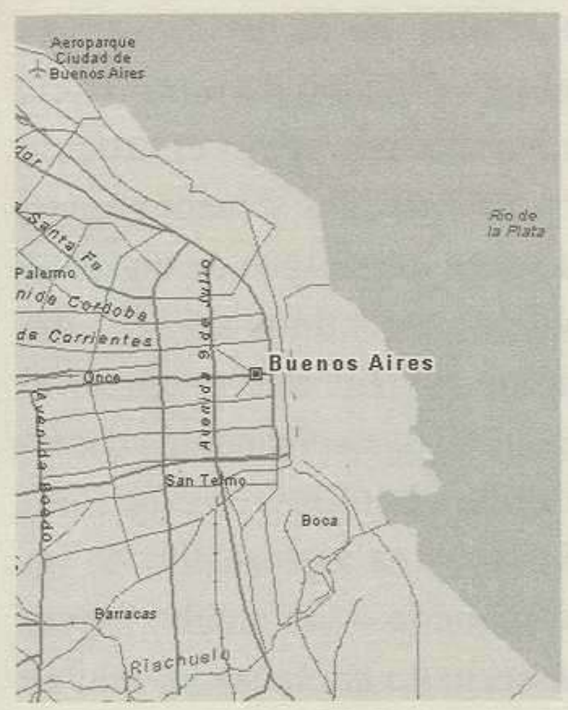
Andy Warhol, un artista con una sensibilidad sobrenatural al potencial de los iconos, pintó una serie de símbolos de la América contemporánea encarnados en objetos de consumo y de culto: el revólver Remington, la silla eléctrica, el accidente de coche, Marilyn Monroe y el símbolo del dólar. Warhol se crió en Pittsburg como miembro de una pequeña comunidad uniatista, secta que pertenece a la Iglesia católica de Roma pero observa ritos griegos, con el correspondiente énfasis en la veneración de imágenes sagradas. Su trabajo se podría decir que representa iconográficamente, como objetos de veneración, una gama completa de símbolos sagrados de la cultura contemporánea. Éstos eran símbolos por los que América vivía y moría, como registraba este artista del *pop* de cara inexpresiva.

Joseph Beuys en muchas maneras es su opuesto: mientras que Warhol copiaba y quería ser como una máquina (o un quimera), Beuys intervenía, comunicaba sus sueños, quería cambiar el mundo. En 1975, cuando las Torres Gemelas se estaban elevando para dominar Manhattan, Beuys se esfuerzó por rechazar un juego de significados a favor de otro. Hizo un dibujo en una postal, la embadurnó con betún rojo y puso un nombre a las dos torres en honor a los santos hermanos Cosme y Damián, que eran los santos patronos de los Medici (aquellos tempranos banqueros). Según su leyenda, los santos realizaron el primer transplante. Es una de esas extrañas y muy problemáticas historias católicas que profundizan en miedos y tabúes: los santos hermanos injertaron la pierna de un moro muerto al cuerpo de un cruzado moribundo y le salvaron. Beuys llamó la atención sobre la hibridación de esta operación (la pierna de un hombre negro en el cuerpo de un hombre blanco) y la elevó a estandarte de lo posible, llamando las torres Cosmos (en lugar de Cosme) y Damián para señalar la esperanza que ofrece el mundo internacional y multiétnico contenido en la ciudad de Manhattan.

Las Torres Gemelas eran una condensación iconográfica del capitalismo global; al menos eso estuvo claro para Beuys desde el principio. Se vio a sí mismo como profeta y al intentar convertir el desmesurado orgullo de las Torres en el símbolo de una posible curación y del internacionalismo, previó un peligro y provocó más ironías de las que jamás podía haber imaginado. □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Buenos Aires



Luis Seguí

Mientras en Europa mucha gente se moría —literalmente— de calor, el invierno argentino, de por sí bastante benigno, sufrió un inesperado recalentamiento gracias a los avatares políticos de este país imprevisible. Si como resultado de las elecciones del mes de abril emergió un casi desconocido, Néstor Kirchner, que se hizo con la presidencia de la Argentina con poco más del 22% de los votos, ante la vergonzosa y oportunista renuncia de Carlos Menem a disputar una segunda vuelta, los sondeos del mes de agosto revelan que el presidente cuenta con la opinión favorable de cerca del 80% de los ciudadanos. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que de verdad existe un *efecto K*, y en ese caso: en qué consiste? En las calles se percibe un sentimiento próximo a la esperanza; prudente, con entusiasmo contenido a veces, con distante escepticismo en ocasiones; y sin embargo los problemas de fondo siguen ahí, irresueltos aún. El más lacerante, la pobreza, que alcanza al 57,9% de los hogares urbanos, de los cuales el 26,3% es indigente. Siempre han convivido dos Argentinas, pero en el último decenio el abismo entre ellas se ha ensanchado, como también ha variado la proporción de gentes que habitan en uno y otro lado de ese abismo; de un lado, los muy ricos y la clase media que ha conseguido preservar su patrimonio —bien porque lo tiene a salvo en bancos extranjeros, bien porque se dedica a actividades que continúan generando recursos—; de otro, una gran masa de pobres y empobrecidos, parados o subempleados con salarios equivalentes a 120 euros mensuales; entre ambos, un amplio sector de clase media-media que sobrevive a costa de sucesivos ajustes de cinturón, renunciando a ciertas alegrías recuerdo de mejores tiempos, o pluriempleándose. El deterioro de los sistemas públicos de salud y educación es notable. La última estadística de hogares revela que hay en todo el país 1.300.000 jóvenes de entre 15 y 24 años que no estudian, no trabajan y no buscan trabajo. Mientras que el 10% más rico se lleva el 35,6% de los ingresos, el 10% más pobre recibe el 1,6%.

Sobre las tres de la tarde de cada día hábil, hileras de furgones blindados invaden el microcentro porteño recogiendo la recaudación de bancos y casas de cambio. Anuncios en diversos periódicos: «Psicólogo, primera consulta sin cargo»; «Psicólogo, Lic. Universidad de Buenos Aires, 10$ la sesión» (10 pesos equivalen a 3 euros). Cuando oscurece, las calles de las ciudades son territorio de los «cartoneros»: hombres, mujeres y niños empujan carritos inverosímiles cargados con los cartones recogidos, para entregarlos al «mayorista» que espera en un camión, y paga a razón de 0,28 pesos el kilo. Hace un año, me cuentan, era mucho peor: legiones silenciosas de desharrapados buscaban restos de comida en los cubos. Agosto es un mes decisivo para cerrar las negociaciones que Argentina mantiene con el Fondo Monetario Internacional, porque a comienzos de septiembre hay un vencimiento de 2.900 millones de dólares cuyo pago el país quiere aplazar; a su vez, el FMI quiere que las autoridades argentinas se comprometan a destinar el 4,5% del superávit fiscal al pago de la deuda —el Gobierno no acepta más que el 3%—, además de actualizar las tarifas de los servicios, concretar la siempre postergada reforma impositiva, reorganizar el sistema financiero, indemnizar a los bancos por las pérdidas que les supuso la «pesificación», en fin, proporcionar seguridad jurídica y respetar las reglas de juego. Salvo en el porcentaje del superávit, innegociable si se quiere contar con un resto para dinamizar la economía, Kirchner sabe que en las demás cuestiones tendrá que pasar por el aro. Pero maneja hábilmente los tiempos. Las empresas de servicios verán aumentadas sus tarifas, pero sin fecha fija y en proporción a la solvencia de los usuarios; los bancos serán compensados, pero aún no se ha determinado la cuantía y la forma de pago; los exportadores de productos agrarios seguirán protestando por las retenciones que hace el Estado, pero las retenciones se mantendrán porque son la única fuente de divisas —si se excluye el turismo— cuando la inversión extranjera está paralizada. Dos millones de familias reciben mensualmente un subsidio denominado «Plan Jefes y Jefas de Hogar»: 150 pesos (unos 50 euros) más 50 pesos por cada hijo o hija menor de edad, además de un paquete con alimentos básicos. La picaresca existe: en agosto se destaparon tres mil casos de falsos parados que percibían el subsidio; también sirve, especialmente en el interior, para engrasar la maquinaria clientelista de los caudillos locales. Mucha gente bienpensante opina que semejante dádiva favorece la multiplicación de vagos y malentretenidos; otros creen que sin ese apagafuegos la crisis derivaría en una protesta social con manifestaciones de violencia difíciles de controlar. Pese a todo, se perciben los efectos positivos del fin del «corralito», y la consiguiente recuperación por el público del manejo irrestricto de sus cuentas corrientes: el circulante ha aumentado y existe una tímida reactivación económica. El «corralón», en cambio, retiene los dineros a plazo con el pretexto de impedir la quiebra del sistema financiero, mientras los recursos judiciales instados por los perjudicados están pendientes de resolver. En la realidad, los bancos disponen de recursos pero apenas conceden créditos, a la espera de recibir las compensaciones que reclaman y garantías jurídicas suficientes de cara al futuro.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El director de cine Daniel Burman está rodando su película *El abrazo partido*, con guión de Marcelo Birmajer, y en las mesas de las librerías los ejemplares que más abundan —en Buenos Aires, en Córdoba y también en las ciudades más pequeñas— son los ensayos dedicados a intentar explicar (y explicarse) lo que le ha ocurrido a la Argentina y a los argentinos. Entre los más vendidos los dos tomos de *Argentinos*, del periodista Jorge Lanata, y *Crítica de las ideas políticas argentinas*, de Juan José Sebreli, un intelectual de formación marxista que colaboró en la campaña presidencial de Ricardo López Murphy, la gran esperanza de una derecha liberal que reniega de la corrupción y del horterismo menemista.

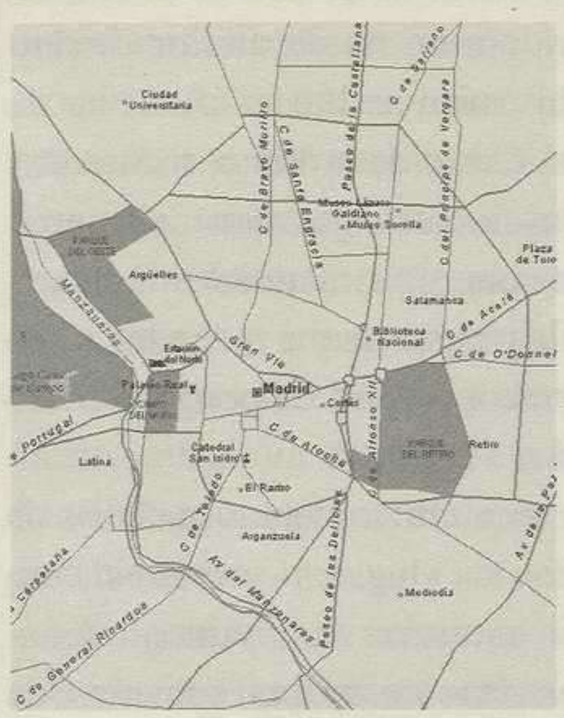
Desde el 13 de agosto está detenida por orden de un Juez Federal la ex ministra y emblema menemista María Julia Alsogaray, procesada en varias causas por apropiarse de los dineros públicos aprovechándose de sus cargos. Varias promociones de jefes y oficiales de la policía de la provincia de Buenos Aires, la más corrupta del país, han sido destituidos y están procesados u obligados a demostrar el origen de sus bienes; varias decenas de miembros del Servicio Penitenciario Federal están arrestados, después de comprobarse que dejaban salir de las cárceles a los presos bajo su custodia para robar por encargo, y de que se descubriera en el patio de una de las prisiones un «desarmadero» (desguace) de coches robados. El gobierno ha empezado a intervenir en el control del sistema público de pensiones, un saco sin fondo de corruptelas políticas y sindicales mientras la mayoría de los pensionistas sobreviven con jubilaciones de hambre. Pero la gran asignatura pendiente es la justicia, un sector en el que la voluntad política de Kirchner —que empezó arremetiendo contra los más notorios menemistas de la Corte Suprema— se ve limitada tanto por el cerrado corporativismo como por la multiplicación de jurisdicciones; aunque el presidente sólo tiene competencia sobre la Justicia Federal, es ésta la que puede adoptar las resoluciones de mayor alcance político, incluso con repercusiones internacionales.

En definitiva será la Corte Suprema la que dirá si la anulación por el Poder Legislativo de las leyes de obediencia debida y punto final tendrá eficacia práctica, posibilitando nuevos procesamientos de los responsables y ejecutores del terrorismo de Estado, o si quedará en papel mojado. El compromiso del presidente en la lucha contra la impunidad parece inequívoco: derogó el decreto que impedía extraditar y ratificó la convención internacional sobre la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra y de lesa humanidad, enviando al Congreso un proyecto para elevar esta norma al rango constitucional. El impulso ético expresado en estas iniciativas fue duramente criticado por los voceros del *establishment*: el periódico *La Nación* tachó de irresponsable la decisión de anular las leyes; el Episcopado, que en 1989 había apoyado los indultos de Menem a los militares condenados, exhortó sibilinamente a «no caer en el extremo de la impunidad ni en el extremo de la venganza»; el presidente de la Sociedad Rural, en el discurso inaugural de la feria anual, manifestó que «es hora de unir, no de dividir» y que «no es hora de quedarnos en el pasado, sino de mirar hacia el futuro»; el 17 de agosto *La Nación* reprodujo el artículo de Alain Touraine publicado en *El País* mes y medio antes, en el que el politólogo advertía sobre los riesgos de un retorno de los nuevos dirigentes políticos argentinos al «setentismo» con sus veleidades izquierdistas. En este contexto el vicepresidente, Daniel Scioli, hizo en una semana dos declaraciones públicas claramente contradictorias con la línea oficial: en la primera anticipó aumentos a plazo fijo de las tarifas de los servicios, y en la segunda —de mucho mayor alcance— expresó que «un país serio no anula las leyes», un verdadero desafío al presidente. Como quienes le conocen de cerca opinan que Scioli es una persona con un cociente intelectual extremadamente modesto, y se le presume incapaz de elaborar una estrategia propia de desgaste de Kirchner, la pregunta obvia —descartando la ingenuidad o la simple torpeza, porque en política dos casualidades trazan una línea recta— es quién o quiénes han inspirado tales manifestaciones.

Hasta ahora, el gobierno ha eludido la tentación populista de prometer soluciones simples a problemas que son graves y complejos. ¿Toca a su fin el prolongado ciclo político en el que peronistas y radicales monopolizaban el espacio público? En fin, Argentina —y Kirchner con ella— dispone de poco tiempo para definir y ejecutar un proyecto de medio y largo plazo que la saque de la crisis. Entre tanto, convendría recordar el consejo de Octavio Paz: «Hay que huir de la gran tentación latinoamericana: los gestos no sustituyen a los actos». □

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Madrid



Amanda Schachter

Llevaba varios años viviendo en Madrid antes de encontrarme con la avenida del Generalísimo. O mejor dicho, había paseado casi a diario por esa misma avenida, antaño bautizada en honor del dictador que gobernó España durante largos años, el general Francisco Franco, y ahora conocida por todos como paseo de La Castellana. Tras la muerte de Franco, las calles y espacios públicos de Madrid sufrieron una transformación, deshaciéndose de sus tributos al fascismo y volviendo a sus nombres anteriores a 1938 o asumiendo identidades nuevas e imparciales. La arteria principal de la ciudad, diseñada y realizada originariamente por Franco, ahora celebra democráticamente «la castellana», comprendiendo al ciudadano español. Lo que encontré en La Castellana fue un anticuado cartel erosionado por los elementos, que por azar había permanecido pegado a un edificio del extremo norte de la avenida. A lo largo de este tramo de la avenida construido a mediados de los años 50 del siglo XX, se pueden advertir las huellas de otras placas donde dice Generalísimo, viejos agujeros de tornillos y rectángulos visibles como sombras detrás de las brillantes nuevas placas de La Castellana. Es como si el cartel que encontré hubiera sido pasado por alto por accidente; los vecinos que pasan junto a él no parecen afectados. Una mujer propuso con total naturalidad la hipótesis de que el Ayuntamiento hubiera dejado unos cuantos carteles para los carteros en caso de que llegara una carta del extranjero con la antigua dirección. Nadie a quien pregunté parecía pensar que valía la pena molestarse en quitarlos.

No es que sea difícil encontrar vestigios de Franco en España o incluso en Madrid y sus alrededores. Una estatua ecuestre de Franco, sucia de pintadas y con una fecha de demolición aún no fijada, se levanta en la entrada sur de los Nuevos Ministerios, un complejo administrativo construido por la República en el centro de Madrid. Si se mira al noroeste en un día claro desde un apartamento en el séptimo piso, se puede discernir el Valle de los Caídos, un enorme monumento a Franco construido durante su mandato, situado fuera de la capital en los montes de la sierra de Guadarrama. Los nacionalistas de derechas realizan peregrinaciones a ese lugar; algunos radicales corren al unísono con camisetas blancas en el frío anochecer de finales de invierno, portando una pira funeraria de flores desde el centro de Madrid hasta las tumbas del Valle de los Caídos. Esto incluso se ha convertido en una especie de atracción turística. Pero el pequeño cartel con el nombre de la calle es quizá de una insistencia más inquietante que los rimbombantes monumentos, al levantar su cabeza precisamente allí donde se ha realizado un esfuerzo mayor y más patente para cortarla. Para los transeúntes relampaguea como una ensoñación, haciendo que se solapen durante un momento las sucesivas identidades de Madrid con la actual; cada una de ellas intentó en su tiempo representar al país entero. Madrid, el centro de poder de España, llevaba ya en flujo constante durante décadas cuando el ejército de Franco entró en la ciudad, derrocando la izquierdista Segunda República del país en 1939. Franco depuso una democracia de ocho años a la que desde 1873 habían precedido una dictadura, una monarquía y una incipiente Primera República. El cambio de nombre de las calles de Madrid después de su muerte en 1975, fue esencial para conferir una coherencia y estabilidad urbanas a la nueva monarquía democrática y constitucional.

Paradójicamente, según la dinastía fascista española va cayendo en el olvido, sus vestigios físicos salen a flote a la superficie de la ciudad con mayor claridad. Mientras el pequeño cartel se aferra tenazmente al muro que da a la calle del edificio de apartamentos de ladrillo, otros vestigios emergen de nuevo dentro de los límites de la ciudad y quedan allí, huellas del pasado cercano que son absorbidas de forma incongruente en lugar de borradas. El resultado es una confusa combinación de rechazo al régimen del dictador con una resistencia a ocuparse de sus restos físicos, reflejados en las calles. Estos vestigios empiezan a orquestar un mudo enfrentamiento al supuesto limpio retorno de España a la democracia.

El pasado marzo, un búnker enterrado desde la guerra civil española en 1939 fue sacado a la luz en el curso de unas excavaciones para un parque en el barrio del Lucero de Madrid. El recinto cilíndrico de un diámetro de 1,80 metros por 1,80 metros de profundidad, es parte de una serie de instalaciones militares que fueron desplegadas en 1936 frente a la linde sudoeste de la ciudad por el ejército de Franco bajo el general Varela. Originariamente más allá de los límites de la ciudad, el antiguo frente ha quedado enteramente absorbido por el tejido urbano de Madrid, siempre en expansión, saliendo de vez en cuando a la superficie dentro de él. Las construcciones se levantan a poca altura en el terreno y atisban a través de dos troneras, «ojos» incrustados que vigilan el terreno ondulado, en una serie de parejas geométricamente situadas, diseñadas para facilitar ángulos de fuego cruzado y controlar el paso. Lugar seguro desde el que defender la línea del frente, un búnker sólo requería dos o como mucho tres soldados para funcionar. Los nacionales, compuestos en parte por la Legión Extranjera de Franco que había subido desde África para ayudar derribar el gobierno republicano, pasaron tres años dentro de esta red de búnkers y trincheras antes de tomar Madrid. Tras la victoria nacional, esta línea militar fue declarada zona prohibida y abandonada.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La reciente reaparición de este búnker en lo que ahora es un tranquilo barrio residencial cerca de uno de los más extensos parques de Madrid, impulsó una breve curiosidad en los medios, que citaron los esfuerzos de dos profesores de instituto, Antonio Morcillo y Luis de Vicente, para conservar el búnker como monumento de la guerra civil. Por otra parte, el Ayuntamiento quería rellenar las troneras para impedir que ese navío blindado se convirtiese en un basurero o refugio de *okupas*. Sin embargo, nadie mencionó la necesidad de su demolición.

Cuando conocí a Antonio Morcillo en ese lugar durante una cálida tarde de primavera, dos meses después de que se desenterrara el búnker, las ventanas del pequeño fuerte y su puerta de acceso posterior ya habían sido bloqueados con ladrillos y mortero. Antonio lamenta que la ciudad haya despojado al búnker de su significado, haciendo que parezca más un depósito de agua que la torreta para ametralladoras que fue. A él le gustaría ver todos lo búnkers limpios, abiertos y convertidos en parte del itinerario de un recorrido histórico. Me entero de que la pareja del búnker ha sido demolida por una promotora inmobiliaria para dejar sitio para la construcción de viviendas al otro lado de la calle.

Antonio relata la historia del búnker y su contexto con la pasión de un forofo. Él mismo creció en este barrio situado a lo largo de los antiguos frentes de batalla de Madrid, siendo testigo de la reaparición y del abandono de varios vestigios de una guerra que no vio librar. Se dedica a ellos en honor a su padre de ochenta y siete años de edad, que luchó con los republicanos contra los nacionales de Franco para ser después traicionado por vecinos fascistas al volver a su ciudad natal, políticamente transformada después de la guerra, arrestado y sentenciado a varios años en un campo de trabajos forzados. Para Antonio, los búnkers son un testimonio de la persistente agresión orquestada por Franco tanto durante como después de la guerra.

Luego subimos la colina del Cerro de la Mica, donde otros cinco búnkers se insertan en la ladera del recientemente ajardinado parque de Cuña Verde. Éstos se han conservado bastante bien, al haber constituido el corazón de viviendas gitanas en un barrio de chabolas construido clandestinamente una década después de la guerra y sólo desmantelado en 1998. Los restos de pintura y de azulejos de cocina aún cubren parte de la superficie del búnker, confiriéndole a la burda construcción un aire casi doméstico. Unos cuantos búnkers más están completamente ocultos en la tierra, al haber ascendido el nivel del suelo circundante como consecuencia del desarrollo urbano. Sus localizaciones sólo son conocidas por Antonio, a través de largas investigaciones de mapas militares, fotos y escritos, corroboradas en ocasiones por historias contadas por su padre e incluso por sus propias memorias infantiles de la transformación del barrio.

Antonio está obsesionado con estos emplazamientos olvidados que tachonan la antigua línea del frente. En meses alternos, guía visitas de dos sesiones a través de la Casa de Campo, otro parque cercano, para ver otros vestigios de la guerra, incluyendo búnkers, trincheras, restos dispersos de munición e incluso mensajes garabateados por los nacionales en cemento fresco. Los paseos siguen las mismas líneas ofensivas de fortificaciones que pasan por el Cerro de la Mica, todas ellas abandonadas desde que los nacionales ganaron la guerra. Muchas fueron saqueadas para conseguir materiales de construcción durante la pobreza de la posguerra y a menudo lo que queda son amontonamientos irreconocibles de conglomerado erosionado y hierros oscilando al viento.

La visita guiada de Antonio requiere dos largas mañanas de caminata constante para ver todos los «lugares» previstos. Pero se puede seguir la misma ruta sin encontrar nada. Antonio señala cuidadosamente suaves meandros de zanjas cubiertos de hierba —trincheras— y luego afloramientos informes de cemento que sobresalen del suelo —búnkers—, vestigios latentes que sólo quedarán plenamente invocados por el discurso que acompaña el paseo. A juzgar por la inusitada explosión de emoción cuando se encontró una bala y un casquillo sin utilizar, otros participantes en la excursión debieron compartir mi frustración causada por la naturaleza bastante abstracta de la mayoría de los «lugares» de Antonio. De repente todo el mundo empezó a buscar su propio recuerdo, un objeto reconocible de tiempos de la guerra que pudiera guardarse en el bolsillo. Un participante explicó cómo el mejor sitio para buscar balas era en la profundidad de los troncos de los árboles cercanos, algunos de los únicos testigos de la guerra que quedan. Le encontré escarbando con una navaja en un hueco tubular del tronco nudoso de un pino achaparrado y esférico, intentando sacar una bala de plomo incrustada, absorbida por los anillos de crecimiento en expansión. Cuando finalmente llegamos exhaustos a un búnker casi intacto, todo nuestro grupo se posó en él, cubriéndolo prácticamente y prefiriendo las historias de Antonio a examinar vestigios inescrutables.

El búnker y su historia persisten precisamente a través de su ausencia. Emergiendo del suelo mientras permanecen parcialmente enterrados, lo que sale a la superficie está pensado para no ser visto. Con mucha prisa e ingenio, los búnkers se construyeron en tres breves semanas con cualquier cosa que estuviera a mano: guijarros de río, vajilla doméstica rota y las tuberías de una fuente próxima. Un muro de sacos de arena protegía el trabajo mientras se secaba el cemento. Ahora, décadas después del fin de la guerra e incluso de la dictadura, estas estructuras se han convertido meramente en una acumulación de la basura de la que fueron hechos, cadáveres demasiado pesados para hacerlos desaparecer y demasiado aislados para apreciarlos debidamente.

El padre de Antonio llevó un diario detallado desde el inicio de la guerra en Madrid hasta su salida de prisión —relatando entre otras cosas un sangriento motín de simpatizantes nacionales en una de las barracas militares de la ciudad, del que fue testigo cuando era un soldado republicano allí estacionado—. Pero el diario se ha perdido, prestado en

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

su día a un viejo amigo de Sevilla y compañero en el ejército que murió sin devolverlo. Conocí al padre de Antonio por casualidad, dando un paseo una tarde que éste me dejó en la estación. Cuando mencioné el propósito de mi visita a Antonio, empezó casi inmediatamente a hablar de su antiguo deseo de publicar el diario, justificando el haberlo prestado por la profunda empatía que sentía con su colega de tiempos de la guerra y con el que había compartido tantas penalidades. El relato deliberado y detallado de aquellos sucesos del diario está ahora confinado a la memoria del padre, aflorando sólo esporádicamente a la superficie a través de sus propias historias.

Al igual que el amado y perdido diario y el cartel de la avenida del Generalísimo al que todos pasan por alto, este búnker desenterrado es ahora parte de un sistema completamente ineficaz, un vestigio de una realidad previa que sólo persiste en fragmentos incongruentes. Así el búnker pasa desapercibido, formando parte subrepticiamente del tejido colectivo urbano y mental. Al permitírseles permanecer *in situ*, estas construcciones físicamente monolíticas y culturalmente opacas funcionan como inconscientes monumentos de guerra.

Su calidad latente funciona incluso en el lenguaje. «Búnker» —en castellano «casamata»— procede de «casa-rematada» (1), literalmente una casa «reforzada» o «terminada». Si se eliminan «re» y «da», el término se convierte en «casa que mata». La amenaza de matar de la casamata reside siempre en su propia forma reforzada, igual que la sombra de la dictadura del Generalísimo se proyecta por debajo del carácter cívico corriente de La Castellana. Arraigado en Madrid de forma tan indeleble como el significado de la palabra anida en ella misma, las huellas de un pasado persistente utilizan una taquigrafía de destrucción y apropiación para incorporarse subrepticiamente todo lo que esté a su alcance. □

(1) En castellano y con guión en el original (N.d.T.).

epi
editorial pablo iglesias

Los intelectuales y la política

Rafael del Águila
Victoria Camps
Elías Diaz
Antonio García Santesmases
José Antonio Marina
Edurne Uriarte

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid
Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585
editorial@fpabloiglesias.es

COLABORADORES

- **FRANCISCO CAUDET**
  Catedrático de Literatura Española de la Universidad Autónoma de Madrid
- **MANUEL GARCÍA**
  Historiador del arte. Director del Espacio de Arte Contemporáneo de Castellón
- **EDUARDO HARO TECGLEN**
  Periodista. Crítico de teatro
- **FERNANDO HUICI**
  Crítico de arte
- **JOAQUÍN LEGUINA**
  Político y escritor
- **NORMAN MAILER**
  Escritor
- **GERARD MALGAT**
  Hispanista. Miembro de la Assotiation des Amitiés Internationales de André Malraux. Reside en Francia
- **PETER MARSH**
  Psicólogo. Director del Social Issues Research Centre, Oxford
- **JESÚS MARTÍN BARBERO**
  Filósofo, analista de la cultura y de la comunicación. Reside en Colombia
- **JULIO PÉREZ PERUCHA**
  Historiador del cine
- **JORDI SOLER**
  Escritor. Consejero cultural de la Embajada de México en Dublín
- **GEORGE STEINER**
  Catedrático emérito de la Universidad de Cambridge
- **EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN**
  Poeta. Coordinador General del Instituto de México en España

PORTADA

JUSEP TORRES CAMPALANS
As de corazones y copas, 1964

TRADUCTORES

JULIA GARCÍA LENBERG
Amanda Schachter

MERCEDES GARCÍA LENBERG
George Steiner

PEPA LINARES
Norman Mailer

CYMBELINE NÚÑEZ SHERIFF
Marina Warner

CARLOS JOSÉ RESTREPO
Peter Marsh

FE DE ERRATAS
LETRA INTERNACIONAL 79: *En el corazón de la barbarie* es de Gutmaro Gómez Bravo.

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Norman Mailer © Norman Mailer 2003; J. Martín Barbero, por cortesía de la revista *Número*; P. Marsh por cortesía del Social Issues Research Centre (SIRC), Inglaterra, traducción por cortesía de la revista *El Malpensante*; Cuaderno Central coordinado por Manuel García; LETRA INTERNACIONAL agradece la colaboración desinteresada de la Generalitat Valenciana y de la Fundación Max Aub, Segorbe; ilustraciones N. Mailer por cortesía de galería Rafael Ortiz, Sevilla y galería Altair, Palma de Mallorca; fotografía de G. Steiner por cortesía de Ediciones Siruela; ilustraciones J. Martín Barbero por cortesía de galeria depósito 14, Madrid; ilustraciones P. Marsh por cortesía de galería Moriarty, Madrid, © de la reproducciones autorizadas VEGAP, Madrid 2003.

DISTRIBUCIÓN

ESPAÑA	*Librerías*: Siglo XXI de España; *Quioscos de prensa*: COEDIS
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Salvador, 595 - Providencia - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 223 08 19
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores - Carrera, 32 nº 25-46 - Santa Fé de Bogotá Teléf.: 337 94 60 - Fax: 337 76 65
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
EEUU	Distribuidora de Libros Nuevo Siglo - P.O. Box 430569 - San Ysidoro, Ca 92143 - 0569 Teléf.: 84 09 08 - Fax: 34 14 69
GUATEMALA	Librería Sophos - Avda. Reforma, 13-89 - Zona 10 - El Portal, Local 1 - Guatemala Teléf.: 331 63 11 - Fax: 334 68 01
MÉXICO	Gandhi México - Miguel A. de Quevedo, 134 - Col. Chimalistac - 01050 México D.F. Teléf.: 661 10 41 - Fax: 661 20 43 Fondo de Cultura Económica. Librería Octavio Paz - Miguel A. de Quevedo 115 - Col. Chimalistac - 01070 México D.F. Teléf.: 480 18 05 - Fax: 480 18 04
PERÚ	La Casa Verde - Pancho Fierro, 130 - San Isidro - Lima 27 Teléf.: 440 82 20 - Fax: 221 03 81
URUGUAY	Ediciones Trecho - Maldonado, 1092 - 11100 Montevideo Teléf.: 408 36 06 - 907 561 - Fax: 900 59 83
VENEZUELA	Distribuidora Noray - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias de Sabana Grande - 1050 A Caracas Teléf.: 761 35 76 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES

BELGRADO:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.
Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.

BERLIN:
LETTRE INTERNATIONAL
Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.
Redacción: Elisabethhof, Portal 3 B, Erkelenzdamm 59/61, 10999 Berlín

BUCAREST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.
Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.

BUDAPEST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.
Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.

COPENHAGUE:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Peter Nielsen, Antonin J. Liehm.
Redacción: Mediefabrikken, Store Kongensgade 40 E, 3, 1264 Copenhague

ROMA:
LETTERA INTERNAZIONALE
Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm
Redacción: Mediefabrikken, Store Kongensgade 40 E, 3 DK-1264 Copenhague.

SAN PETERSBURGO:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Jelena Chichova, Antonin J. Liehm
Redacción: Vsermirnoe Slovo, Spalernaia ul. 18, 191 187 San Petersburgo.

SCOPJE:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Nikolas Kosteski, Antonin J. Liehm
Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378, 91000 Skopje

SOFIA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Boris Hristov, Antonin J. Liehm.
Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.

VARSOVIA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.
Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.

ZAGREB:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.
Redacción: Kozarskaulica, 16
10000 Zagreb.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La cultura pasa por aquí

AV Monografías
Ábaco
Academia
ADE Teatro
Afers Internacionals
Álbum
Archipiélago
Arquitectura Viva
Archivos de la Filmoteca
Ars Sacra
Arte y parte
Atlántica Internacional
Aula, Historia Social
L'Avenç
Ayer
Boletín de la Institución Libre de Enseñanza
CD Compact
El Ciervo
Cimal
Clarin
Claves de Razón Práctica
CLIJ
El Croquis
Cuadernos de la Academia
Cuadernos de Alzate
Cuadernos Escénicos
Cuadernos Hispanoamericanos
Cuadernos de Jazz
DCidob
Debats
Delibros
Dezeme
Dirigido
Doce Notas Preliminares
Ecología Política
El Ecologista
Er, Revista de Filosofía
La Estafeta del Viento
Exit, Imagen y cultura
Experimenta
El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia
FotoVideo
Goldberg
Grial
Guaraguao
Historia, Antropología y Fuentes Orales
Historia Social
Ínsula
Intramuros
Jakin
Lápiz, Revista Internacional de Arte
Lateral
Leer en primavera, verano, otoño, invierno
Letra Internacional
Letras Libres
Litoral
Mas Jazz
Matador
Melómano
Mientras Tanto
Nación Árabe
Nickel Odeon
Nuestro Tiempo
Nueva Revista
Ópera Actual
La Página
Papeles de la FIM
Papers d'Art
Pasajes
Política Exterior
Por la Danza
Primer Acto
Quimera
Quórum
El Rapto de Europa
Reales Sitios
Renacimiento, Revista de Literatura
Reseña
Revista HispanoCubana
Revista de Estudios Orteguianos
RevistAtlántica de Poesía
Revista de Libros
Revista de Occidente
Ritmo
Scherzo
El Siglo que viene
Sistema
Telos
Temas para el Debate
A Trabe de Ouro
Tribuna Americana
Turia
Utopías/Nuestra Bandera
El Viejo Topo
Visual
Zona Abierta

Asociación de Revistas Culturales de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: +34 913 086 066
Fax: +34 913 199 267
www.arce.es
info@arce.es

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LAS GRANDES COSAS SE CONSTRUYEN POCO A POCO.

LA FERIA DEL LIBRO LLEGA A SU EDICIÓN Nº 30.

Poquito a poco, con mucho trabajo, esfuerzo y dedicación llegamos a la **Feria del Libro Nº 30.** Este año, Buenos Aires será un hormiguero: todos los editores, todos los distribuidores, todos los libreros, todos los bibliotecarios. **Todos para usted. Lo esperamos.**

30ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires

15 de abril al 9 de mayo de 2004.

20as Jornadas de Profesionales del Libro

13, 14, 15 y 16 de abril de 2004.

30ª Feria INTERNACIONAL del Libro 1974-2004 30 ANIVERSARIO

Hipólito Yrigoyen 1628 5º piso C1089AAF – Buenos Aires, República Argentina Tel. (54-11) 4374-3288 Fax (54-11) 4375-0268
e-mail: fundacion@el-libro.com.ar - www.el-libro.com.ar

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte